



FORBIDDEN

KARLA SORENSSEN

Este trabajo es una traducción realizada por **Black Cat** y **Sweet Poison**. Ningún participante de este proyecto ha recibido remuneración alguna por haberlo hecho. Es totalmente **sin fines de lucro**, de **fans para fans**, por lo cual no tiene costo alguno.

Por favor, te pedimos que no subas capturas de pantalla del mismo a las redes sociales y no acudas a las fuentes oficiales solicitando las traducciones de fans, y mucho menos mencionar a los fotos o fuentes de donde provienen estos trabajos.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro, si logra llegar a tu país.

¡Disfruta la lectura!



SINOPSIS

Hacen falta muchas cosas para ponerme nerviosa, pero nada podría haberme preparado para el día en que *Aiden Hennessy* cruzó las puertas de mi querido gimnasio, con los papeles de propiedad en sus grandes manos.

Sé muchas cosas sobre mi **GUAPÍSIMO NUEVO JEFE**, un antiguo luchador cuyos pósters solían decorar las paredes de mi habitación. Sé que se retiró en la cima de su fama para cuidar de su mujer enferma. Sé que ahora es papá soltero y **ESTÁ CRIANDO A UNA ADORABLE NIÑA**.

Y sé que, por muy melancólico y callado que sea, mi inocente enamoramiento adolescente se ha convertido en una fantasía adulta muy inapropiada.

Lo habría superado, hasta que una noche entrenando con él en el gimnasio, queda claro que mis sentimientos no son tan unilaterales.

ES IMPOSIBLE FINGIR QUE NO LO QUIERO. Especialmente cuando tengo que verle todos los días, y verle cuidar de su hija.

Aiden piensa que **SOY DEMASIADO JOVEN PARA ÉL**. Dice que no debería quererme.

Pero basta un paso para demostrar que lo que dicen es cierto:

LA FRUTA PROHIBIDA ES LA MÁS DULCE.

Ward Sisters #4.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

CONTENIDO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

ESCENA EXTRA

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

*A la persona que se aferra fuertemente a su corazón.
Es precioso, querido lector, dárselo a alguien que lo aprecie.*

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



PRÓLOGO

Aiden

Dos años y medio antes

—¿Esto significa que tendré una nueva mamá?

Es increíble cómo los niños pueden decir las cosas más inocentes y hacerte sentir como si te acabaran de clavar un cuchillo en las tripas.

Protegiéndome los ojos del sol de California, vi a Anya, sentada en la hamaca de su tobogán. Cuando pude respirar lo suficiente como para formar palabras, intenté mantener el rostro uniforme.

—¿Por qué tendrías una nueva mamá?

Pateó las piernas, mirando fijamente el banco de ventanas donde estaba la cama de hospital de Beth -a petición suya-, para poder ver jugar a Anya.

—Si mamá se va pronto al cielo, ¿significa eso que tendré una nueva?

Había aprendido a explicarle muchas cosas a un niño de cinco años en los últimos meses.

Cáncer.

Por qué Beth se había decidido en contra de la quimio.

Hospicio.

Cielo.

Pero esto... esto era nuevo. Y tuve que cerrar los ojos para luchar contra la brutal oleada de dolor que me golpeaba.



Cada día era nuevo, a pesar de la realidad en la que llevábamos viviendo noventa y dos días desde su diagnóstico. Y estaba convencido de que cada ola era la peor, y de que la siguiente podría no hacerme caer de rodillas hasta momentos como éste.

El cáncer de Beth me había obligado a descubrir una faceta de mí mismo que nunca había conocido. Un manantial de paciencia, de aceptación, de darme cuenta de que todo a lo que había dedicado mi vida no importaba demasiado en el gran esquema de las cosas. Ser bueno en algo no lo convertía automáticamente en vital.

Pelear solía serlo todo. Y ahora, era simplemente algo que solía hacer, y en modo alguno me preparaba para enterrar a mi mujer antes de que ambos cumpliéramos treinta y cinco años.

Tampoco me ayudó cuando mi hija preguntó por una nueva mamá.

—Tal vez podamos hablar de esto más tarde, ¿de acuerdo? —dije cansado. Dormía poco, aunque Beth cada vez dormía más. Su enfermera no podía darme un plazo exacto, pero a medida que disminuía su apetito y su energía, sabíamos que nos quedaban semanas. Quizá días.

—De acuerdo, papá. —Bajó corriendo por el tobogán hasta llegar a la escalera. En lugar de detenerse en la plataforma, saltó ágilmente a la viga que se extendía por la parte superior del columpio—. ¡Mira!

Sacudí la cabeza.

—Anya, sabes que no puedes estar tan alto.

Mi niña intrépida, rio, poniéndose de pie en la viga. Yo estaba de pie en la siguiente respiración, sosteniendo mis brazos.

—Vamos, gran salto y te atraparé.

Si me asustaba, hacía algo aún más loco, como intentar caer de pie, y sí, eso también lo había aprendido por las malas. Era la misma niña que, a los tres años, se colgó de la lámpara del comedor después de subirse a la mesa.

Anya se paró con cuidado, los brazos extendidos, la lengua atrapada entre los dientes.



—Espero que mamá pueda ver esto. Sé que la hará sentirse mejor —dijo.

Sonreí. Otro cuchillo. Otro golpe a mis pulmones.

—Seguro que sí, gingersnap.

—¿Listo?

Asentí con la cabeza.

Ella saltó, y yo la atrapé, balanceándola hacia el suelo, luego de nuevo en el aire mientras ella chillaba feliz.

—Eres muy bueno en eso, daddysnap. —Estaba un poco inestable cuando la dejé en el suelo, y su expresión achispada me hizo sonreír.

—Me alegro de ser bueno en algo.

Anya se agachó junto a la hierba y arrancó una pequeña hierba que parecía una flor blanca.

—¡Voy a llevársela a mamá! —gritó, con el cabello suelto mientras corría hacia la casa.

Suspiré pesadamente, pasándome una mano por la boca mientras intentaba orientarme. La auxiliar de enfermería seguía en casa, así que me quedé fuera trabajando en el jardín, dejando que mis músculos se calentaran, que mi sangre fluyera hacia algo productivo. Algo que pudiera controlar. Cuando Anya salió corriendo con un periódico en la mano, ya no sabía cuánto tiempo había pasado.

—¡Mira! ¡Tengo una lista! —Me tendió el papel, radiante de entusiasmo.

—¿Para qué es la lista? —Tenía las manos sudorosas y sucias, y se las mostré—. No creo que deba estropear tu bonito dibujo.

Se dejó caer sobre la hierba y extendió el papel con cuidado. Ladeé la cabeza y traté de entender lo que había escrito. Los niños de jardín de infantes no se caracterizaban por su ortografía.

Pero pude ver una galleta.

Flores.



Una mujer con el cabello largo y amarillo y una gran boca roja. Estaba gritando o riendo, no estaba del todo seguro. Me rasqué la cabeza.

—¿Por qué no me lo explicas, gingersnap?

Por favor, querido señor, explícalo.

—Le pregunté a mamá por mi nueva mamá algún día. —Me sonrió. Mi corazón se detuvo. Se paró. No latía. Mis pulmones también. Anya empezó a señalar el papel mientras yo simplemente intentaba respirar—. Me dijo que sería dulce y divertida y que te haría reír. —Golpeó el papel—. ¿Ves? Se está riendo.

Su dedo se movió hacia la galleta.

—Y haría galletas muy buenas, como mamá, porque mamá dice que eres malísimo midiendo y que necesitarás a alguien que lo haga.

Se me nublaron los ojos y me agaché con cuidado junto a mi hija, apoyando la mano en su espalda mientras miraba fijamente el horrible dibujo en el que tanto había trabajado. Quería romperlo. Quería quemarlo.

Anya señaló la figura de palo.

—Y mamá dijo que sería suave donde tú eres duro, y yo no sabía cómo dibujar eso, pero cualquiera que fuera una buena mamá ya tendría hijos y sabría cómo abrazarme cuando tengo miedo y cantarme para dormir. Y solo añadí la flor porque me gusta dibujarlas.

Me froté la mejilla con el dorso de la mano para que Anya no me viera.

—Te salió muy bien tu dibujo, gingersnap —dije con voz entrecortada.

Pasó los dedos por las letras desordenadas que debían de tener sentido para ella.

—No quería olvidar. Así no tienes que hablar de eso si no quieres. —Entonces Anya dobló cuidadosamente el papel y me lo entregó—. Puedes quedártelo, papá. Así sabrás a quién buscar.

Me lamí los labios, tomando el trozo de papel como si fuera una bomba a punto de estallar.

Pero le sonreí a mi hija.

FORBIDDEN



—Gracias.

Se abalanzó sobre mí en un fuerte abrazo y yo me quedé mirando al cielo.

Cuando Anya volvió corriendo a la casa, me levanté despacio, con el periódico en la mano, y me dirigí a la cama de Beth.

Tenía los ojos cerrados y respiraba entrecortadamente.

Tomé la silla junto a ella y, al deslizar sus huesudos dedos entre los míos, sus ojos se abrieron.

—¿Por qué has hecho eso? —susurré.

Sonrió débilmente.

—Sabía que te enfadarías conmigo.

—No estoy enfadado —le dije—. Estoy... —Mi voz se entrecortó al quedarme sin palabras. Esta vez, dejé caer una lágrima sin control, y Beth la observó con una expresión triste en el rostro—. Solo odio que te lo haya preguntado.

Mi mujer -mi mujer divertida, extrovertida, ruidosa y apasionada, que ya no podía reunir la energía necesaria para levantarse de la cama-, apretó los dedos alrededor de los míos.

—Está preocupada, Aiden. Solo quería que... —Hizo un pequeño movimiento de encogimiento de hombros—. Quería hacerla sentir mejor.

—Lo sé. —Resoplé.

—Pero prométeme algo —susurró Beth.

Inmediatamente, sacudí la cabeza.

—Prométeme que, si encuentras a alguien así, no la ignorarás. —Su voz vaciló, y quise enfurecerme. Gritar. Romper algo.

Suspiré y finalmente la vi a los ojos.

—Todo lo que saqué de esa foto es que tiene una boca del tamaño de mi cara y le gustan las galletas.

Beth soltó una carcajada.



—Eso es una gran simplificación de lo que dije.

—¿Qué has dicho? —pregunté en voz baja—. ¿A quién me has conjurado, Beth? Porque no serás tú. —Volví a negar con la cabeza—. Me da igual la lista que le acabas de dar. No serás tú.

Mi mujer ignoró mi actitud. Me conocía desde hacía demasiado tiempo, sabía que era más fácil pasar de mí. Había aprendido esa lección cuando teníamos dieciocho años, y me besó por primera vez cuando se hartó de esperar a que yo lo hiciera.

—Le dije a Anya que ojalá algún día encontraras a alguien amable y divertida, alguien que sonriera y riera con facilidad porque ambos sabemos que tú no lo haces. —Le sostuve la mirada, incapaz de discutir—. Alguien suave donde tú eres duro, alguien que sabrá manejar todas las cosas con las que Anya necesitará ayuda. Alguien que pueda hornear galletas para ella, y cantarle para que se duerma, y enseñarte cómo manejar todas sus grandes emociones porque sé que te asustan mucho, Aiden.

Cerré los ojos. No quería oír nada de esto, pero como en cualquier conversación que mantuviera con Beth estos días, me obligué a absorber cada palabra. Cada matiz. Cada segundo.

—Y por el amor de Dios, no te enamores de la primera fangirl de cuerpo apretado que te adule —se burló—. Te perseguiría el resto de tu vida.

De alguna manera, logré sonreír.

—¿Lo harías?

—Sería una perra de fantasma. —Su cuerpo se agitó con una tos que le sacudió las costillas. Levanté su mano ligera como una pluma hasta mi boca y besé sus nudillos. Olía a medicina.

Sus dedos estaban fríos contra mi boca y lo único que quería era calentarla.

Curarla.

Y no pude.



La impotencia me daba ganas de destruirlo todo. Especialmente cuando siguió hablando. Sus palabras eran mucho peores que el cuchillo; eran como cien de ellos. La chica de al lado, a la que conocía desde hacía más de la mitad de mi vida, la que había tenido mi corazón durante casi una década, iba a dejar un agujero enorme, y no quería pensar en el hecho de que no podría llenarlo.

—Tienes un gusto excelente, Aiden Hennessy —dijo en voz baja—. Debes tenerlo si me elegiste a mí.

La vi.

—Creo que fuiste tú quien eligió. Por lo que recuerdo, al menos.

Canturreó, con los ojos cerrados.

—Así es. Tenía un gusto excelente. —Deslizó la mano por mi mejilla y bajó por la línea de mi mandíbula—. Por eso deberías confiar en mí.

—Sí, lo hago —susurré.

—Bien. —Suavemente, ejerció presión sobre mi barbilla hasta que no pude apartar la mirada—. Por eso respondí a la pregunta de Anya. Porque ustedes dos estarán bien, y ella necesitaba saber eso. Volverán a ser felices, aunque yo no esté.

—Beth. —Mi voz se quebró con su nombre, los ojos ardiendo peligrosamente—. Por favor.

—Estarás bien sin mí —repitió, con su mirada clara y fuerte.

Fue como si hubiera sacado los cuchillos -todos y cada uno-, y todo lo que habían retenido hubiera salido a borbotones. Dejé caer la cabeza a un lado de la cama del hospital y, mientras mi mujer me acariciaba la nuca, yo lloraba.



1

Aiden

—Está un *poco* torcido.

Un suspiro lento se escapó de mis labios, aunque mi hija no pudo oírlo con las mantas de unicornio subidas hasta más allá de su nariz.

Con la mano en la cadera, me quedé mirando el objeto ofensivo.

—No sé, gingersnap. Se ve como anoche, ¿verdad?

Eso la dejó perpleja durante treinta segundos. Sus ojos azules miraban fijamente hacia arriba, sin pestañear y sin inmutarse, y yo prácticamente podía verla intentando averiguar por qué el dosel de tul rosa estaba descentrado y, por lo tanto, era inaceptable. Si era inaceptable, no podría dormir.

Sus ojos se dirigieron hacia mí y luego de nuevo a la nube rosa.

—¿La midió el tío Clark?

—El tío Clark *lo mide todo*.

El sonido de su risita quedó amortiguado por el montón de mantas. Sin embargo, la oí y algo se alivió en mi pecho. La hora de dormir había sido nuestra mayor lucha en los dos años transcurridos desde la muerte de Beth. Empezó unos seis meses después de enterrarla y, al principio, solo con pequeñas cosas.

Papá, ¿puedes mover esa lámpara un poco más cerca de mi cama? Está demasiado lejos y no puedo verla.

¿Puedo tener una manta más sobre mis pies? Están fríos, y no podré dormir si están fríos.

FORBIDDEN



¿Puedo tomar otro peluche del cuarto de juegos? Cuatro no son suficientes, y creo que necesito cinco para dormir.

A lo largo del año siguiente, las cosas que le molestaban se hicieron un poco más grandes y un poco más difíciles de acomodar. Pero se desvaneció al llegar a los dieciocho meses. Su habitación permaneció intacta y pude salir después de leerle un cuento, rezar una oración y desear buenas noches a todos y cada uno de los personajes de peluche que llenaban la cama de matrimonio con ella.

Luego nos mudamos de California a Washington para estar más cerca de mi familia y no tener que criar a mi hija completamente solo. Para que Anya pudiera tener a sus abuelos y a sus tíos cerca. Y la primera noche en nuestro nuevo hogar -donde habíamos estado las dos últimas semanas-, empezó de nuevo.

—¿Qué tal esto? —dije lentamente—. Bajaré a ver si el tío Beckham ha traído su cinta métrica y puede comprobar las habilidades de medición del tío Clark. ¿Te parece bien?

Asintió con la cabeza, con mechones de cabello rubio.

Con cuidado, me incliné y le di un beso en la frente.

—Te quiero, gingersnap.

—Te quiero más, daddysnap.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Vas a volver después de hablar con el tío Beckham, ¿verdad?

—Sí.

Anya suspiró, bajando las mantas un par de centímetros, lo suficiente para que pudiera ver el hueco donde solían estar sus dos dientes delanteros cuando me sonreía.

—De acuerdo.

La rutina de acostarse era un baile que los dos habíamos realizado innumerables veces solos, y yo podía hacerlo medio dormido.

Enciende la pequeña lámpara de su mesita de noche.



Ajusta la foto enmarcada de ella y Beth para que Anya pueda verla fácilmente.

Ajusta el dosel para que cubra la mayor parte posible de la cama.

Me detuve justo antes de salir de su habitación, le soplé un beso, que ella atrapó y se llevó a la boca.

Pero mi sonrisa se desvaneció al bajar las escaleras hasta la planta principal, donde me esperaban mis hermanos Beckham y Deacon.

Estaban en el suelo del amplio salón, montando algo rosa y blanco cubierto de purpurina.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Deacon se llevó una corona brillante a la frente.

—Creo que se supone que es una de esas cosas de vanidad.

Mis cejas se alzaron lentamente.

—¿Quién le compró eso?

—Eloise —dijeron al unísono.

—Ahh. —Desde que nos mudamos aquí, nuestra hermana menor se había aficionado a comprar todo lo que Anya pudiera desear. Mis papás no eran muy diferentes, dado que ella era la única nieta, lo que significaba la única sobrina de mis cuatro hermanos solteros. Si Anya no era un monstruo cuando cumpliera diez años, sería un milagro.

Con un cansancio que sentía en cada hueso y músculo, me hundí en el sofá mientras ellos seguían trabajando.

—¿Qué fue esta noche? —preguntó Beckham.

Suspiré.

—El dosel. No estaba segura de que estuviera centrado sobre su cama.

Su cara se descompuso en una sonrisa mientras atornillaba una pierna en el pequeño banco blanco del tocador.

—Clark lo colgó —dijo a modo de respuesta.



Lo que significaba que sí, que estaba centrado. Nuestro hermano mediano, también conocido como el chico genio, nunca se equivocaba cuando se trataba de cosas así.

—Debería subir con una cinta métrica por si aún está despierta.

Beckham y Deacon compartieron una mirada.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Estás seguro de que deberías seguir consintiéndola? —preguntó Beckham. Pero sus ojos seguían fijos en el mueble.

Mis dedos encontraron el puente de mi nariz y pellizcaron con fuerza.

—No, eso no lo sé. Pero si alguno de ustedes tiene algún consejo útil sobre cómo ayudar a una niña de siete años que perdió a su mamá, entonces estoy abierto a sugerencias.

—Quizá deberías llevarla a hablar con alguien si sigue haciendo cosas así.

—Estaba mejorando en Los Ángeles. —Dejé caer la mano y estudié las cicatrices entrecruzadas a lo largo de mis nudillos—. Una vez que se acostumbre a esta casa y a su nueva escuela, también mejorará aquí.

—Han pasado dos años, Aiden —añadió Deacon.

Como si no supiera cuándo murió mi mujer. Podía contar los días con facilidad. Sin mirar un calendario, sabía cuántas horas habían pasado. Tal vez hasta el minuto, si tuviera la habilidad de Clark con los números. Perder a la persona que amas produce un vacío generalizado, y puede que ese vacío se aliviara con el paso de los minutos, las horas y los días, convirtiéndose en algo manejable, pero siempre estaba ahí.

Pero en lugar de decírselo, de intentar explicárselo a alguien que no tenía familia propia y que nunca había amado a alguien cuya pérdida le haría un hueco en su ser, simplemente asentí.

—Lo sé.

Una de las cosas más extrañas de estar de vuelta eran momentos como éste, cuando mis hermanos pequeños me ayudaban. Con cualquier cosa, sinceramente. No solo habían estado aquí todos los días haciendo cosas

como colgar doseles de tul rosa y montar tocadores de princesa, sino que me daban consejos de paternidad.

Una vez montado el taburete, Beckham lo dejó en el suelo y le dio una palmadita al asiento acolchado.

—No está mal. Quizá tenga futuro en el montaje de muebles.

Sin levantar la vista del tocador, Deacon señaló la pata delantera.

—Eso está al revés.

—Y una mierda. —Beckham le dio la vuelta y maldijo en voz baja.

Era más fácil sonreír de lo que había sido salir de la habitación de Anya. La preocupación de mi hermano no hacía más que acentuar la mía. Mi hija, de siete años que parecía que estaba a punto de cumplir diecisiete, era inteligente y dulce y toda una temeraria. Pero a la hora de dormir, cuando la oscuridad se apoderaba del cielo, dejaba que todos los miedos de su cabeza tomaran el timón.

—¿Cerveza en el refrigerador? —pregunté.

Deacon levantó la vista y asintió.

—Puede que aún no estén frías.

—Me parece bien.

La casa estaba deshecha, aunque con poco mobiliario. Nuestro bungalow de Los Ángeles era la mitad de grande -y costaba el doble-, que la casa que había encontrado para Anya y para mí con vistas al lago Sammamish, en Bellevue. Y el refrigerador no era diferente del resto de la casa. Casi vacío. Dentro había una caja de cerveza, restos de pizza, carne de charcutería y cualquier cosa que mi mamá hubiera comprado para las comidas de Anya. Aparté una botella de agua rosa brillante y tomé una botella de cerveza.

No bebía a menudo, cosa que mis hermanos sabían, pero hoy era un día en el que podía justificarlo.

La botella se abrió con un giro de la mano y, mientras la tapa metálica caía al suelo de baldosas de la cocina, tragué fuerte.



Desde el día en que me retiré de la lucha, no había reconsiderado ninguna de mis decisiones. Pero hoy, mientras estampaba mi firma en un centenar de papeles ante un notario con cara de piedra, al hacer la mayor compra de toda mi vida -un gimnasio a punto de ser rebautizado Hennessy's-, tuve mi primer momento de pausa.

Mis instintos eran siempre, siempre acertados. Si no hubiera confiado en mis instintos, no habría sobrevivido ni a una sola pelea. A veces tu cuerpo reaccionaba antes de que tu mente tuviera un momento para preguntarse si era el movimiento correcto. Para eso estaba el entrenamiento. Porque un movimiento de la pierna en la dirección equivocada significaba que te inmovilizaban con el brazo por encima de la cabeza. Si no bloqueabas un uppercut a la mandíbula o a los riñones, era cien veces más difícil ganar.

Cuando visité el gimnasio por primera vez, aproximadamente un año después de la muerte de Beth, sentí un cambio al entrar por la puerta. Era la única manera de explicarlo. Algo en mis entrañas me gritaba que era el gimnasio adecuado, el lugar adecuado, el momento adecuado para Anya y para mí.

—¿Qué te pasa en la cara?

Parpadeé porque Beckham entró en la cocina sin que me diera cuenta.

—Pensando.

—¿Arreglando tu papeleo?

Asentí con la cabeza y bebí otro sorbo de cerveza.

Me señaló.

—Lo estás haciendo otra vez.

Efectivamente, tenía la frente arrugada y el ceño fruncido. Respiré hondo, tratando de suavizar mi expresión.

—Estoy bien.

Como mi hermano pequeño me conocía, no insistió en ese comentario. Tomó una cerveza, la abrió y le dio una larga calada mientras miraba por la ventana de la cocina que daba al lago.



—¿Recuerdas tu última pelea?

Le vi secamente.

Beckham sonrió.

—Los detalles, quiero decir. ¿Lo recuerdas bien?

A lo largo de una carrera de casi una década, tuve unos cuantos combates en los que recordaba cada movimiento, cada pivote, cada caída a la lona, cada golpe tal y como golpeaba mi cuerpo, y ese fue uno de ellos. Sabía que era mi último combate, pero aún no lo había anunciado.

Fue mi victoria más rápida, en menos de tres minutos.

Pura rabia, ira que se canalizaba a través de mis puños, pies y piernas, alimentó esos tres minutos. Dentro del ring, yo tenía el control. Ahora que lo pienso, hasta que decidí mudarme y comprar el Wilson's Gym, fue la última vez que realmente me sentí así.

Pero en lugar de explicárselo a Beckham, me limité a decir:

—Me acuerdo bastante.

—¿Lo echas de menos?

—Sí. —Bebí un trago de cerveza y suspiré—. Y no.

Antes de contestar, Beckham vio por la ventana junto al fregadero de la cocina que daba al lago.

—¿Seguro que quieres estar pegado a un escritorio todo el día?

Me encogí de hombros.

—No creo que lo haga, una vez que me familiarice con el lugar. Amy dijo que podía llamarla si necesitaba ayuda, y hay un gerente que ha estado dirigiendo el lugar por ella durante los últimos siete años más o menos.

—¿Está buena?

—No seas sexista, Beckham. —Sonrió—. ¿Está buena?

—Ella no es consciente de que tiene un nuevo jefe, así que no sé nada más que lo que me ha contado Amy —admití.



—Será divertido.

Me froté los ojos con una mano.

—Te agradezco que lo hayas señalado.

—No sería tan malo si no fueras tan... tú.

Se me cayó la mano.

—¿Qué se supone que significa eso?

Inclinó su cabeza en mi dirección.

—Aiden, tienes el encanto de un puercoespín rabioso.

—¿No tienes que estar en otro sitio?

—No. Solo tiempo de calidad con mis hermanos mientras montamos muebles de princesa rosa brillante.

Puse los ojos en blanco.

Deacon asomó la cabeza en la cocina.

—Any a acaba de llamarte. —Me tendió una cinta métrica, que tomé con un suspiro.

Subí los escalones de dos en dos y puse cara de circunstancias cuando empujé la puerta.

—¿Se ha perdido la cinta métrica? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, gingersnap, estaba hablando con el tío Beckham sobre mi nuevo trabajo.

Volvió a acurrucarse bajo la manta y, en la penumbra de su habitación, pude ver cómo la curiosidad iluminaba sus ojos. El toldo había quedado olvidado, lo cual no era malo. A escondidas, metí la cinta métrica en el bolsillo de mi pantalón de gimnasia.

—¿Es tu primer día mañana?

Con un movimiento de cabeza, me senté en el borde de su cama.



—Hoy he firmado todos los papeles, pero me voy a ir un ratito por la mañana para que la señorita Amy me enseñe algunas cosas en el ordenador. La abuela estará aquí cuando me vaya, así que probablemente te preparará el desayuno cuando te despiertes.

Sus labios se fruncieron en pensamiento.

—¿Puedo comer tortitas de arándanos?

—No veo por qué no.

Anya sonrió, poniéndose de lado con el brazo agarrando un pequeño perro de felpa.

—¿Tienes miedo por tu primer día? ¿Crees que serán amables contigo?

En la inocente pregunta, escuché sus propios temores sobre el comienzo de una nueva escuela, aunque aún faltaran un par de semanas.

—Sí —le dije—. Creo que serán amables conmigo. Lo importante de conocer gente nueva es asegurarte de que los tratas como quieres que te traten, ¿no?

Ella asintió.

—Mamá siempre decía eso también. La regla de oro.

—Casi —murmuré, pasándole una mano por la cabeza.

—Pero eres muy callado cuando conoces gente nueva, papá.

—Supongo que lo soy.

—¿Eso significa que tú también quieres que la gente se calle contigo? —preguntó, completamente inocente, y como hacía casi todos los días, me rompió el corazón un poco más.

Pero decidí responderle con sinceridad.

—Depende de la persona. Me gusta oírte hablar, gingersnap.

Ella soltó una risita.

—Tenías que decir eso.

—No. Solo lo digo porque lo siento.



—Creo que deberías averiguar qué le gusta a tu nueva gente, papá. Puede que no sean como tú.

—Eres muy inteligente, ¿lo sabías?

Anya suspiró y acurrucó la cara en el peluche.

—Quizá deberías llevarte “La lista de mamá” —dijo en voz baja—. Por si acaso.

La lista de mamá, como había empezado a llamarla, estaba en el marco detrás de la foto de Beth, a petición de Anya. En los últimos dos años, cada vez que iba a un sitio nuevo, me preguntaba si la necesitaba. Por si acaso.

Yo siempre decía lo mismo. Y ella nunca insistió. Como si pudiera olvidar esa maldita lista de todos modos.

—Quizá debería. —Sonreí—. ¿Estás lista para ir a dormir ahora?

Ella asintió.

—Creo que sí.

Me levanté y me incliné para darle un beso en la frente. Cuando entré en el pasillo y cerré la puerta tras de mí, ya tenía los ojos cerrados.

Las palabras de Anya resonaron en mi cabeza, saqué el teléfono y decidí enviarle un mensaje a Amy.

Yo: *Sé que iré por la mañana, pero para que no se me olvide sacar el tema, aceptaré cualquier consejo sobre la mejor forma de presentarme al personal.*

Ella respondió casi de inmediato.

Amy: *La mayoría eran conscientes de que era una posibilidad, así que no creo que nadie se escandalice demasiado, pero fijaremos una hora para que conozcas a Isabel antes de hacer una reunión con todos.*

Yo: *¿Cómo crees que se lo tomará?*



Amy: Ella será tu mayor aliada en esto. Es inteligente y dedicada, y completamente imperturbable. Lo juro, nunca he visto nada que la haga perder el equilibrio.

Yo: Imperturbable suena bastante bien ahora mismo.

Amy: Mañana es su día libre, pero probablemente aparecerá en algún momento. No hay muchas sorpresas cuando se trata de Isabel.

Guardé el teléfono y suspiré.

—Sin sorpresas suena bastante bien para mí.



2

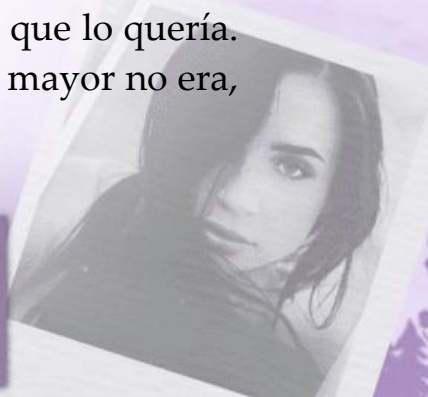
Isabel

Nadie en mi vida lo sabía, pero mi posesión favorita en el mundo entero era una caja de metal. Mi abuela, la mamá de mi hermanastro Logan, me la regaló cuando cumplí diez años y me dijo que era la mejor manera de guardar cosas importantes. Cosas que no estaba dispuesta a compartir con nadie o de las que quería asegurarme. Fue justo después de una pelea a gritos con Molly porque había encontrado mi diario y se había burlado de mí por algo que había escrito sobre un chico de mi clase. Un lugar donde guardar las cosas lejos de las miradas indiscretas de mi hermana sonaba como el mejor regalo posible.

Era elegante y negra, un poco desgastada por los bordes y con una cerradura gruesa que se había vuelto opaca con el tiempo. A lo largo de la pesada tapa metálica había una franja roja, y siempre me gustó ese sorprendente toque de color brillante. El resto de la caja era imponente, pero ese toque de color le daba personalidad.

Me dijo que era de época, que ya no se hacían cajas de este tipo. En el metal de la parte inferior estaba grabado 43 Bond, aunque yo no sabía lo que significaba.

A lo largo de los años, fui muy selectiva con lo que metía en esa caja. Había unos cuantos recuerdos, algunos que me traían gratos recuerdos y otros que me servían de importante recordatorio, bueno o malo. Un medallón de plata que Molly me compró para mi undécimo cumpleaños después de ahorrar su dinero durante meses porque sabía que lo quería. Solía mirarlo cuando quería recordar por qué mi hermana mayor no era, de hecho, la pesadilla de mi existencia.



Una cinta de mi ramillete de graduación. La cita había sido olvidable, pero sus sudorosas manos de hombre-niño intentando averiguar qué hacer conmigo... no. Aquel tipo -al igual que los otros pocos que habían hecho el triste intento de salir conmigo mientras estiraba mis largas piernas hacia la edad adulta-, no podían mantener una conversación ni aunque se la ataran a la espalda. Aquel salió de la caja si alguna vez necesité recordar por qué era más fácil decir que no.

Una pulsera que me regaló nuestra mamá unas semanas antes de dejarnos en el porche de casa de nuestro hermano. Nunca me la había puesto. Por lo general, la guardaba muy atrás, porque hasta el más mínimo atisbo de aquel delicado dibujo plateado me aceleraba el corazón. La gente sabía cuándo te iba a dejar. La pulsera no necesitaba salir de la caja para recordármelo.

Algunos de los artículos no eran tan sensibleros, no te preocupes.

El primer par de vendas para las manos del gimnasio de kickboxing que había sido mi segundo hogar, mi vida, desde que empecé a trabajar ahí a los dieciocho años. Tenía catorce la primera vez que me las puse.

Algunas eran tontas, o me hacían sentir tonta, lo cual era un poco diferente. No solía sacarlas para estudiarlas. Pero lo estaba consiguiendo.

Todas las historias tenían un sentido, lo prometo.

A medida que fui creciendo, me di cuenta de que la caja -fuerte, segura y protectora-, era un símbolo adecuado para mí.

Qué sexy, ¿verdad?

Isabel Ward, la caja fuerte humana.

Yo era dura y fuerte. Todo lo importante permanecía a salvo donde nadie pudiera tocarlo o estropearlo.

Dentro de mí había espacio para mucho más, pero cuanto mayor me hacía, menos oportunidades había de abrir la tapa.

Para ser sincera, ni siquiera lo intenté, lo cual estuvo bien. Nada que requiriera lástima o vergüenza. *Me gustaba* mantener mi tapa cerrada, si sabes a lo que me refiero. Ningún hombre la había abierto todavía, y eso me parecía bien al cien por cien.

No es que juzgara a la gente que... dejaba que alguien abriera su caja con frecuencia; ésta era simplemente una mejor opción para mí. Más segura. Dejar que se mantuviera cerrada era mejor que tener que manipularla mal.

La caja, guardada a buen resguardo en la habitación libre sin usar de la casa de Logan y su esposa Paige, era algo que no había tocado en mucho tiempo. No le había añadido nada desde que tenía dieciocho años.

Pero, por alguna razón, pensé en la caja y en las tonterías que solía mirar antes de irme a la cama.

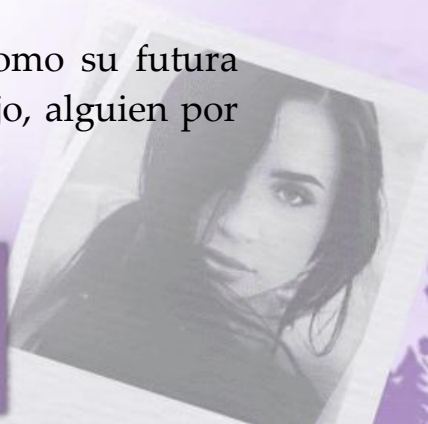
No pretendía ser vidente ni nada por el estilo. Pero unas cuantas veces en mi vida, había luchado contra el sueño durante horas, consumida por el abrumador impulso de mirar algo en esa caja. Impulso ni siquiera era la palabra adecuada. Era tan fuerte que mis piernas temblaban y mis dedos se movían inquietos.

La noche antes de que mi mamá nos dejara, te lo juro sobre la tumba de mi Nan (cosa que solo hacía cuando de verdad, de verdad quería decir algo), sentí que esa caja me llamaba como si estuviera *viva*. En aquel momento, estaba en el fondo de mi armario, donde mis entrometidas hermanas no pudieran encontrarla, y la saqué cuando el cielo estaba oscuro. Entonces no había tantas cosas, así que no tardé mucho en rebuscar en su contenido. Comprobar que la pulsera seguía ahí me ayudó y pude dormir.

Qué presagio *resultó* ser.

Un par de años después volvió a ocurrir. Un hogar diferente me albergaba a mí y a la caja, la que Logan había comprado para nuestra nueva familia improvisada. Algo me hizo abrirla de nuevo y estudié una foto que había metido dentro. Éramos nosotros cinco. Mis hermanas, Molly, Lia y Claire, y luego Logan. Nuestro protector, el papá que no era papá, el que intervino y enderezó nuestro mundo cuando mi mamá lo había puesto patas arriba.

Al día siguiente, llevó a Paige a casa y la presentó como su futura esposa. Esta vez, el cambio fue bueno. El tornado pelirrojo, alguien por



quien recibiría una bala, se convirtió en la mamá que siempre había deseado.

Esa fue la última vez que ocurrió.

Hasta ahora.

Me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo, intentando visualizar la caja que no había abierto probablemente en siete años. Catalogué todo lo que había dentro, intentando descifrar lo que significaba. ¿Qué cambio se vislumbraba en el horizonte?

Déjame decirte. A las mujeres que nos parecíamos a cajas de metal no nos gustaba el cambio.

Odiábamos el cambio.

Era aterrador, como estar fuera sabiendo que una tormenta se cernía sobre ti, pero aún no habías sentido la primera gota de lluvia gorda.

Aunque era mi día libre, me duché y me vestí para ir a trabajar, poniéndome la armadura emocional de mi camiseta favorita morada oscura de cuarto de cremallera con el logotipo del gimnasio sobre el corazón. Antes de salir del apartamento, comí Pop-Tarts de fresa, mi versión del desayuno de campeones. Tomé un sorbo de café mientras conducía sin música en la radio porque solo podía pensar en la bomba proverbial que estaba a punto de estallar en mi vida.

Hacía meses que sabía que mi jefa, Amy, iba a vender el gimnasio, pero nunca me había dicho nada sobre quién podría sustituirla. Pero aún así, mientras tomaba la ruta familiar al trabajo, donde había invertido cada gramo de mi corazón desde el día en que me contrató para dirigir el lugar, tuve la sospecha de que mi premonición se refería a este lugar que era tan querido para mí.

Mis faros atravesaron el estacionamiento vacío frente al edificio bajo y cuadrado que albergaba el gimnasio. En lugar de estacionar en la parte de atrás, decidí hacerlo por delante.

Cerré la puerta tras de mí y pulsé el código de seguridad mientras sonaba en la pared. El gimnasio estaba a oscuras cuando entré, lo cual me vino muy bien. Hacía años que había memorizado cada centímetro del



lugar, así que la débil luz del amanecer fue más que suficiente para dirigirme a mi despacho.

Si me mantenía lo suficientemente ocupada, con las cajas de mercancía que tenía que desembalar y exponer, el programa de formación que tenía que ultimar y las fichas horarias que tenía que terminar, quizá podría ignorar la sensación de mal juju.

Tomé un sorbo de café y estiré el brazo libre por encima de la cabeza con una mueca de dolor. Me pasé un poco en clase el día anterior, y gemí con fuerza cuando mis músculos gritaron en protesta por el movimiento.

El gemido fue lo que hizo que se abriera la puerta del despacho de Amy, la luz de su pequeña lámpara de rincón iluminando el espacio. Las persianas estaban corridas sobre el cristal que daba al gimnasio, algo en lo que no había reparado antes. Amy asomó la cabeza.

—Iz. Has llegado muy temprano.

Me detuve, mi corazón empezaba a dar tumbos con cada latido.

—¿Por qué pareces nerviosa por el hecho de que lo haya hecho?

Había trabajado para ella y la conocía desde hacía demasiado tiempo como para andar de puntillas.

Amy suspiró, su cara cayó en una mirada que hizo que mi estómago cayera también. Había sido mi jefa y me conocía desde hacía demasiado tiempo como para andar de puntillas a *mi* alrededor. Era el momento. En cuanto vio por encima del hombro y habló con alguien en su despacho, supe que era lo que había estado temiendo.

Un nuevo propietario.

Un nuevo jefe.

Pero ese temor no era nada comparado con lo que sentí cuando Amy se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa de disculpa. Fue la disculpa que vi lo que me hizo palpar el corazón.

Sentía la piel demasiado tensa y los huesos demasiado grandes porque sabía que quien estaba en aquel despacho era la cosa... la sensación que había tenido.

FORBIDDEN

De repente, quise huir. No quería enfrentarme a quienquiera que fuese.

Los ojos oscuros de Amy buscaron mi cara.

—Iba a hacer esto mañana un poco más formal, pero tenía la sensación de que tu trasero aparecería en tu día libre.

—Necesitaba desempaquetar esas cajas —dije, pero mi voz se entrecortó cuando ella se hizo a un lado, y *él* llenó la puerta.

Santo. Jodido. Infierno. Era incluso peor de lo que pensaba. Como si todas las cosas que me aterrorizaban estuvieran enrolladas en un paquete grande, musculoso y más guapo en persona enviado para hacerme sentir salvajemente fuera de control.

Odiaba tener razón, que mi noche de insomnio me hubiera advertido de que algo así iba a ocurrir. Sabía qué objeto de la caja me había llamado, y ahora quería hacerlo pedazos para fingir que no existía.

Todo iría bien, me dije.

Este no era lugar para la versión adolescente de Isabel, la que había estado un poco insegura y muy aterrorizada de lo que la gente pensara de mí. Yo ya no era ella. No importaba lo que hubiera en esa maldita caja con su nombre.

Fue la única razón por la que no vi por dónde caminaba, y mi pie se enganchó en el borde de las cuerdas.

Con un grito ahogado, me lancé hacia delante, mi café cayó con una bofetada húmeda al suelo, mi mano goteando por el desastre que quedó de mi taza después de aplastarla hasta la muerte entre mis manos.

—Lo siento mucho —le dije.

Amy se rio.

—Esta es la imperturbable Isabel Ward de la que te hablaba.

Me ardía la cara, pero se inclinó hacia mí para pasarme una toalla, que utilicé para limpiarme la mano y arrojarla sobre la mancha de café que, sin duda, tendría que fregar en unos minutos. Mientras empujaba la toalla con el pie, sentí su mirada clavada en mí. Con cuidado, levanté la cabeza para mirarlo de frente. Para ver si era capaz de hacerlo.

Esto.
No.
Podía.
Estar.
Ocurriendo.

Sinceramente, sabía tanto sobre él que era ridículo. De mis años de estudio, de seguir su carrera, de *seguirle* la pista. Sabía que medía un metro noventa, y que en sus mejores tiempos de combate pesaba alrededor de ciento diez kilos, lo que lo situaba entre los pesos pesados, que dominó durante años. Había adelgazado desde que se retiró, lo que no disminuía su impacto.

Sabía lo que era verlo pelear porque había visto todos los combates.

Cada uno.

Sabía que su nombre estaba garabateado en las páginas del diario de Isabel, de quince años, porque cuando tuvo su primera pelea, yo estaba completamente convencida de que lo conocería y me casaría con él algún día. Durante años, todos los chicos que intentaban ligar conmigo, invitarme a salir o hacer cualquier cosa conmigo, se ponían a su altura en mi mente. Con el hedor de mi café derramado a nuestro alrededor, juro que podría haber muerto de la mortificación.

Sabía que sus ojos eran verde oscuro y que su boca rara vez se curvaba en una sonrisa.

Sabía que se había jubilado hacía un par de años, tras la muerte de su esposa, para cuidar de su hija.

Tenerlo frente a mí era como tener a alguien que te diera la única cosa que solías desear, que solías anhelar, y ahora solo tenías que rezar para que fuera tan buena en la vida real como habías imaginado que sería.

Si se parecía en algo a lo que me había imaginado, estaba jodida. Amy se aclaró la garganta y rompió la conexión entre su mirada y la mía.

—Iz, podrías ser la primera en saberlo —dijo Amy.

FORBIDDEN



Dio un paso hacia mí, con la boca llana, pero sin maldad, los ojos oscuros y curiosos, y cuando me tendió su enorme mano, yo también di un paso. Por desgracia, aspiré temblorosamente antes de deslizar la palma de la mano contra la suya. La razón por la que esto fue desafortunado fue porque era fuerte e imposible que él no lo oyera.

Cuando nuestras manos se tocaron, su ceño se frunció y su mirada se mantuvo en ese único punto de conexión. Lentamente, retiré la mano, esperando que no notara el temblor de mis dedos.

—Aiden Hennessy —dijo.

Como si no supiera su nombre.

Cuando volvió a abrir la boca, estuve a punto de taparme los labios con la mano porque no quería que lo dijera. Pero mi mano permaneció a mi lado, y él pronunció las palabras de todos modos, en voz baja y oscura, y sentí un escalofrío de presentimiento al ver cómo mi vida estaba a punto de cambiar.

—Soy el nuevo propietario.

Tardé unos segundos en encontrar mi voz, y cuando lo hice, fue más suave de lo que me hubiera gustado.

—E-Encantada de conocerte. —Dios, podría haberme abofeteado a mí mismo por ese único hipo en la primera palabra. Pero, sinceramente, era difícil hablar por encima del rugido de mis oídos. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había conocido a un atleta que me había dado mariposas... ¡mariposas!

Aiden Hennessy, mi nuevo jefe, al que vería *todos los días* a menos que me despidiera por ser una completa incompetente, no solo las encendió en mi vientre. Desde la cabeza hasta los pies, y cada centímetro entre medias, estaba cubierta de alas revoloteando, revoloteando, de vivos colores, batiendo.

Quería rociarlas con gasolina y prenderlas fuego a todas esas mierditas.

Amy me miraba de forma extraña porque hablar bajito y yo no iban de la mano. Nunca.

Estudió mi cara durante un segundo y luego asintió.

FORBIDDEN



—¿Amy me ha dicho que trabajas aquí desde hace tiempo?

Amy se rio y me puso una mano en el brazo antes de que pudiera formular una respuesta.

—Isabel cruzó estas puertas cuando tenía, ¿qué, trece años? ¿Catorce? Puede que no la contratara hasta que cumplió los dieciocho, pero desde el día en que puse mis ojos en esa chiquilla valiente con un gancho de derecha asesino, no he podido quitármela de encima.

Volví a sentir calor en las mejillas mientras me evaluaba. Sonreí levemente a Amy.

—Ella también lo intentó.

—Por favor. Habría estado loca si me hubiera deshecho de ti —dijo—. Ella es la razón por la que nos va tan bien como nos va, y no dejes que te diga una palabra diferente. Los clientes la adoran, y los empleados también. Todos la queremos.

—Sin embargo, te vas —me oí decir. Cerré la boca de golpe porque no era exactamente el tipo de cosa que uno debería decir delante del nuevo propietario.

Los ojos de Amy se humedecieron y, para mi horror, sentí que los míos hacían lo mismo.

—Sabías que esto iba a pasar, Iz.

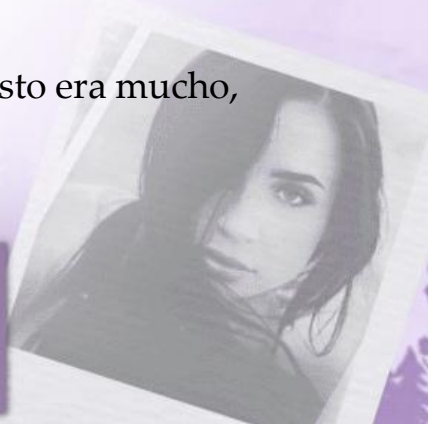
Lentamente, asentí.

—Lo sé.

Cuando bajó la barbilla hacia el pecho, sus largas trenzas negras cayeron sobre su hombro y oí el más silencioso de los resoplidos. El hombre corpulento nos observaba atentamente, sin una pizca de juicio en su expresión ante la muestra de emoción.

—Les daré un minuto —dijo, con un gruñido grave en la voz que sentí en los huesos.

El sonido de esa voz, santo infierno, casi me estremecí. Esto era mucho, mucho peor de lo que podría haber imaginado.



Amy levantó la cabeza, con los dientes blancos y rectos mientras sonreía agradecida.

—Gracias, Aiden.

Bajó la barbilla, volvió a mirar en mi dirección y desapareció en el despacho.

En cuanto nos quedamos solas Amy y yo, hice un gesto hacia el borde del ring de boxeo que dominaba el centro de la sala principal. Ella se sentó primero y yo la seguí.

—Yo no... —Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza—. No quería que pasara así. Tomarte por sorpresa así.

No confiaba en mí misma para responder todavía y, lo que era peor, sentía que me ardían los ojos ante la idea de no trabajar para ella.

Y Amy, como me conocía desde hacía tanto tiempo y me conocía tan bien, siguió hablando.

—Aiden vino el año pasado. No sé si te diste cuenta.

Resoplé, lo que hizo reír a Amy en voz baja.

—Por supuesto que sí. —Volvió a negar con la cabeza—. Realmente quería una sesión de entrenamiento, pero también estaba investigando. Y cuando se me acercó hace unos meses para empezar a negociar, Iz, fue una oferta que no pude rechazar.

El aire siseó lentamente entre mis labios fruncidos.

—¿Cómo supo que querías vender?

—Se lo comenté a un vecino porque conoce a muchos ex deportistas. Pensé que podría ayudar a encontrar a alguien que encajara bien.

Mis manos se cerraron en puños.

—Podrías haberme preguntado.

Amy me vio sorprendida.

—¿Por tu aportación?

Tragué saliva.



—Por comprarlo.

Me dio un codazo con el hombro.

—¿Tienes tanto dinero por ahí, Isabel Ward? Sé que no te he pagado lo suficiente como para permitirte algo así.

Levantando los ojos hacia ella, asentí.

—Tengo un fondo fiduciario de Paige que nunca he tocado. Tal vez esté subestimando cuánto vale este lugar —admití en voz baja—, pero probablemente podría haberte hecho una oferta.

Amy se hundió contra las cuerdas, con la boca floja.

—¿Qué demonios, Ward? ¿Estás forrada y yo no lo sabía? Debería haberte dejado pagar el café todos estos años.

Sonreí.

—Puede ser. Apartó el dinero para nosotras, pero ninguna podía hacer nada con él hasta los dieciocho años, e incluso entonces, necesitábamos la firma de Logan y Paige para liberar nada hasta que cumpliéramos los veinticinco.

Canturreó.

—Bueno, tal vez podrías haber hecho una oferta, y tal vez no. Pero su oferta era más de lo que vale.

—¿Por qué crees que hizo eso? —Mis ojos se desviaron hacia el despacho, donde estaba sentado en silencio, esperando a que termináramos de hablar.

—Tiene una familia enorme, como cuatro o cinco hermanos o algo así. Todos viven en esta zona y está cerca del colegio de su hija. Le permite tomar lo que ya hemos construido y solo ... hacerlo aún mejor. —Vio de reojo—. Y creo que lo hará. Le apasiona esto, y no quiere venir y rehacerlo todo, lo prometo.

Asentí con la cabeza.

La noche en vela estaba perfectamente clara ahora.



El cambio había vuelto a llamar a mi puerta y, una vez más, se había instalado en el lugar en el que me sentía más segura. El único lugar, fuera de mi familia, donde me sentía más cómoda.

Esto era lo único que me preocupaba que pusiera a prueba cualquiera de las fuertes barreras metálicas que había levantado. Lo era.

Pero como respetaba a Amy y quería que recibiera una oferta tan buena que no pudiera rechazar y pudiera viajar por el mundo con su mujer, Renata, como siempre habían soñado, le di un codazo en el hombro.

—Confío en ti —le dije.

—Gracias. —Ella suspiró—. Lo que más temía era decírtelo.

Eso me hizo sonreír.

—¿Y eso por qué? —le pregunté.

—Porque eres muy cabezota y no creas que no sé que probablemente tenías sus partidos memorizados porque los veías todos, y *odiarás* eso ahora que es tu jefe y sientes que hiciste algo mal.

Me ahogué con la burbuja de risa histérica que intentaba subirme por la garganta.

No tenía ni puta idea.

Mis estúpidas mejillas ardieron estúpidamente por octogésima vez desde que entré por la puerta, y me negué a mirarla.

—No sé de qué estás hablando.

Amy resopló.

—Como si fueras a compartirlo. Prométeme que le darás una oportunidad, ¿de acuerdo? Te necesitará más que a nadie aquí si quiere sacar esto adelante. Ya le dije que serías su mayor aliada.

Su sombra, alta y ancha, se movía en el despacho, visible tras las persianas cerradas, y la visión -su visión-, hizo que los nudos se me apretaran cada vez más en el estómago.

Darle una oportunidad.



¿A qué, exactamente? Mis opciones eran escasas. O no era nada de lo que imaginaba, o era mejor. Ya me había puesto la zancadilla delante de él, así que la dinámica jefe/empleada había tenido un comienzo fantástico.

—¿Iz? —me preguntó cuando no contesté.

—Te lo prometo.

Y la cumpliría. Pero fue la promesa más aterradora que jamás había hecho porque la sensación que me produjo me dejó perfectamente claro que mi noche de insomnio no era más que el principio. El cambio estaba aquí, y su nombre era Aiden Hennessy.



3

Isabel

—Estás actuando raro y te estás escondiendo, y no sé cuál de las dos cosas me asusta más. —La voz de Kelly provenía de la gran pila de cajas detrás de la que yo estaba sentada, es decir, escondida.

Señoras y señores, el desafortunado efecto secundario de conocer increíblemente bien a mis compañeros de trabajo era que no tenían ningún problema en llamarme la atención, aunque yo fuera su jefe.

Sin dedicarle una sola mirada, aparté una pila de toallas y las marqué en mi hoja de inventario.

—Estoy trabajando, Kell.

—Has estado aquí desde el minuto en que entró por la puerta.

La parte superior de su coleta rubia asomaba por encima de la caja más alta de la pila, pero no podía verle toda la cara.

Lo que a Kelly McKendrick le faltaba en altura, lo compensaba con una energía y un entusiasmo sin límites. Tanto que quería que me cayera mal por eso, pero literalmente no podía porque era una de las personas más agradables que había conocido.

—Normalmente, trabajas en tu despacho los miércoles por la mañana. Pero como tu despacho está vacío... me imaginé que lo estabas evitando, y quería asegurarme de que estabas bien por si necesitabas hablar de eso. —Ella suspiró—. No es que quieras hablar nunca de lo que te preocupa, pero hay una primera vez para todo.



Cuando puse los ojos en blanco, se subió detrás de las cajas conmigo, apoyando la espalda contra la pared y estirando las piernas cubiertas en leggings rosas mientras empezaba a doblar las toallas. El gimnasio tenía un puñado de empleados a tiempo parcial, y Kelly era la que llevaba más tiempo en el grupo.

—Estoy bastante segura de que no sé de qué estás hablando —murmuré. Antes de tomar la siguiente caja, le entregué la hoja de inventario.

—No podía creer lo triste que estaba después de la reunión de ayer. —Ella suspiró—. Amy es tan buena jefa, y él es tan...

En su pausa, me encontré conteniendo la respiración. Sin duda se me ocurrían algunas palabras para rellenar el espacio en blanco, pero no estaba del todo segura de cómo quería que Kelly respondiera.

—¿Tan qué? —le pregunté. Volví a tomar el portapapeles mientras ella empezaba a desembalar la caja de guantes nuevos.

—Serio —susurró—. Creo que ayer no sonrió ni una sola vez mientras ella lo presentaba.

El comentario de Kelly, totalmente acertado, hizo que me sirviera una severa charla mental de ánimo.

Sí, ella y yo teníamos la misma edad.

Sí, la consideraba una amiga porque habíamos trabajado juntas durante cinco años.

Y sí, deseaba desesperadamente hablar con ella de todo este asunto. Quería contarle cómo me escondía del hombre sexy que ahora firmaba mis cheques y cubría mi cuerpo de mariposas, y en un momento de mi vida, practiqué firmar con mi nombre como si estuviéramos casados. La vergüenza era tan real.

Era tan malo que apenas le dediqué una mirada durante la reunión de Amy del día anterior.

Ni una.



Pero no pude decirle nada de eso porque no estaba en modo amiga para esta conversación en particular. Era la gerente. Tampoco le contaba nada a nadie si podía evitarlo.

Elegí mis palabras con cuidado.

—Parece que siempre ha sido un tipo bastante serio. —Cuando me vio con curiosidad, me encogí de hombros—. He visto sus peleas, así que eso es lo que supongo, por mucho que puedas juzgar a alguien que nunca has conocido.

—Tendré que creerte. No soporto ver peleas profesionales, así que ni siquiera sabía quién era cuando me lo presentó. —Ohhh, tener ese problema—. ¿No se supone que tiene que conquistarnos?

—En realidad, creo que es al revés —le dije—. Él es el nuevo propietario, Kell, y depende de nosotros demostrarle que sabemos lo que hacemos.

—¿Aunque sea físicamente incapaz de sonreír? —preguntó con voz sombría.

Le tendí unos guantes.

—Aunque lo sea.

—Estos son algunos hijos de puta malotes aquí —dijo, tirando de la manga de plástico para que pudiera admirar el diseño negro mate y brillante—. ¿Puedo probar un par?

—Si pagas por ellos.

Se rio.

—¿No crees que el señor Smiley me los dejaría gratis?

Mientras las palabras flotaban en el aire entre nosotras, apareció su sombra gigante y no sonriente. Se me cayó la cara de vergüenza y Kelly empezó a toser, con un sonido horrible que no sirvió para borrar el hecho de que acababa de llamar a nuestro nuevo jefe señor *Smiley*.

Se me revolvió el estómago al ver cómo los músculos de su mandíbula, que parecían tallados en una montaña, se contraían peligrosamente.

—Buenos días, señor Hennessy —dijo Kelly.

FORBIDDEN

Sus ojos pasaron de mi cara a la suya.

—McKendrick, ¿verdad?

Ella asintió.

Como la mitad de su cuerpo estaba cubierta por las cajas, no supe qué miraba cuando bajó la vista hacia sus manos. Pero cuando volvió, por un lado, llevaba en la mano un vaso de café desechable, con tapa blanca y el nombre de ella garabateado en el lateral. Se lo entregó a Kelly, quien, tras tomarlo con cuidado, olfateó la abertura.

En mi visión periférica, vi cómo se le desencajaba la mandíbula.

Sacó otra taza y esta vez me la entregó. Todo mi cuerpo se bloqueó como si alguien me hubiera vertido en hormigón.

Su ceja, oscura y ligeramente premonitoria, se alzó lentamente.

Kelly carraspeó con fuerza y yo parpadeé.

Café.

La taza.

Correcto.

En el lateral de la taza estaba escrito mi apellido con Sharpie negro, y juro que no me tembló la mano lo más mínimo cuando alargué la mano para tomarla. Nuestros dedos no se tocaron porque me aseguré de eso.

Sus ojos, firmes y, *sí*, sin sonrisa, me observaban mientras yo daba un sorbo cauteloso.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando llegó a mi lengua porque era exactamente lo que normalmente pedía. Con una leve inclinación de la barbilla, murmuró un “Ward” corto y gruñón a modo de saludo y se marchó.

Mientras se alejaba, con sus largas piernas que se deslizaban fácilmente sobre el suelo de goma negra, vi otro porta bebidas lleno en sus enormes manos.

—Qué demonios —susurré.

Kelly se echó a reír.

FORBIDDEN



La vi de reojo.

—Nunca me oíste decir eso.

Se llevó dos dedos a la frente en señal de saludo.

—A la orden, jefa.

Como si estuviera manipulando una granada sin perno, dejé la taza de café en el suelo a mi lado y seguí desempaquetando cajas con la ayuda de Kelly. Solo había unos pocos clientes habituales, utilizando las bolsas y las pesas, así que el gimnasio estaba tranquilo.

Después de tanto tiempo trabajando ahí, los ruidos ya casi ni me llegaban. El ruido metálico de las pesas al chocar contra un soporte, las risas de la gente al hablar, la música que sonaba por los altavoces y el golpeteo rítmico de alguien con un saco en un rincón deberían haberme reconfortado y hecho sentir mejor.

Pero todo estaba... apagado. No podía orientarme en el lugar que era mi piedra de toque.

—¿Cuántos para tu clase de hoy? —le pregunté a Kelly.

Su cara se arrugó mientras pensaba.

—¿Veinticinco, creo? Lo comprobé hace una hora cuando llegué.

—Sí, ¿por qué *estás* aquí tan temprano?

—Quería hacer ejercicio.

La vi dando un sorbo tranquilo a su café.

—¿Qué tal te va?

—Bastante bien, ya que estoy ayudando a mi bella gerente a desempaquetar estos preciosos guantes de su escondite —dijo con gesto magnánimo. Tomó uno y estudió el diseño—. Ahora entiendo por qué Amy no quería el logotipo en la muñequera. Sabía lo que se le venía encima.

El par que sostenía bajó lentamente hasta mi regazo porque ni siquiera me había dado cuenta. Hacía más tiempo de lo que pensaba que se

vislumbraba un cambio en el horizonte, asomando por el filo de mis días sin que me diera cuenta. Era yo quien no había prestado atención.

Kelly parloteaba alegremente en mi silencio, pero muy poco de lo que decía registraba. Más allá de las cajas, Aiden se familiarizaba con los programas informáticos que utilizábamos y repasaba las políticas, los horarios y la información cotidiana que yo conocía como la palma de mi mano.

Y yo me escondía detrás de unas cajas porque mi reacción ante él me hacía sentir como si estuviera haciendo puenting desnuda desde el Space Needle. Un flechazo adolescente no era nada de lo que avergonzarse, pero ahí estaba yo. Escondida.

—Iz —dijo Kelly. Por su tono, debía de estar intentando llamar mi atención.

—¿Eh?

Sonrió.

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

—Yo... —Mis hombros cayeron—. La verdad es que no. Lo siento.

Kelly hizo un gesto con la mano.

—Dije que deberías entrar y darle las gracias por el café.

Una declaración bastante inocente, pero entonces ella agitó sus largas pestañas.

Ladeé la cabeza.

—¿Estás drogada?

—Nunca los miércoles —respondió con seriedad. Su amplia sonrisa se dibujó en su rostro y me encontré riendo en voz baja—. Estoy bromeando a medias. Deberías agradecerérselo, pero sinceramente, ese hombre es guapísimo, y está soltero, y ustedes dos tienen un millón de cosas en común.

Quería meterle una toalla en la boca para que se callara porque al oírla hablar de nosotros juntos me sudaban las palmas de las manos.



—Kelly —dije en voz baja.

Ella sonrió.

—Deja de hablar de eso.

Kelly suspiró.

Sonó una alarma en mi teléfono y maldije en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Kelly.

—Olvidé que tengo un asunto de vestidos de dama de honor con mis hermanas. —Exhalé un fuerte suspiro.

—¿Estoy invitada a la boda de Molly?

La vi.

Kelly suspiró.

—*Lo sé.* Pero se va a casar con *Noah Griffin*. Es el jugador favorito de Keith en los Wolves, y tu hermano es su entrenador favorito, lo que significa que medio equipo estará ahí, y entonces mi novio podría morir feliz.

Sonreí. Este era el subproducto de pertenecer a una familia que prácticamente pertenecía a la realeza de la NFL. Estaba constantemente rodeada de atletas de talla mundial, pero mira por dónde, eso no me servía de nada cuando realmente contaba. La imagen mental de derramar mi café a sus pies me perseguiría hasta el infierno.

—Por muy divertido que suene, no creo que los compañeros de trabajo de los hermanos estén invitados —dije—. ¿Puedes tomar mi sesión con Glenn después de tu clase? Es lo único que tenía en la agenda.

Ella asintió.

—No hay problema.

Me levanté y estiré los brazos por encima de la cabeza.

Kelly señaló la taza sin tocar que había en el suelo.

—No te olvides de eso.



Lo juro, miraba esa taza como si fuera una serpiente enroscada alrededor de mis piernas, lista para hundir sus colmillos en mi piel.

Se rio y sacudió la cabeza mientras se iba a preparar para su clase.

—Eres tan desconfiada, Iz —dijo por encima del hombro.

Tal vez para ella, era así de simple. Un gesto considerado de un tipo serio. A mí, sin embargo, me pareció algo totalmente distinto. Si me tomaba ese café, me pondría a pensar en cómo -en su primera semana como propietario de un nuevo negocio-, se había tomado la molestia de averiguar qué le gustaba beber a cada uno de los empleados del horario. No quería pensar en Aiden Hennessy, con sus excelentes ojos, sus hombros anchos como una casa y sus largas piernas, haciendo cosas tranquilamente pensativas, porque eso destrozaría mi ya avergonzado corazón.

Lo que hizo fue hacerme sentir como aquella niña de quince años otra vez, y eso lo odiaba.

No porque a mis quince hubiera sido un mal año. Al contrario. Nuestra familia por fin se sentía asentada y bien cuando yo tenía esa edad. Paige estaba embarazada de Emmett, y yo me sentía segura. Amada. Por eso garabatear en mi diario morado sobre casarme con luchadores de MMA diez años mayores que yo me parecía completamente aceptable.

La realidad de mi vida adulta podía ser diferente de la que había soñado, pero todo en ella era genial.

Y lo que no necesitaba era que Aiden me hiciera sentir como una jovencita de ojos estrellados cuyo corazón era lo bastante blando como para ser aplastado en pedacitos. Ya había pasado por eso y tenía una camiseta y problemas de abandono y control. No necesitaba ponerme en esa situación nunca más.

Y claro, era genial si no resultaba ser un imbécil, pero sosteniendo ese café, me parecía mucho, mucho más peligroso que pudiera ser más de lo que yo había construido en mi cabeza tantos años atrás.

Por eso acerqué aquel café a la fuente, le quité la tapa y lo vertí lentamente por el desagüe.



Era una pequeña forma de afirmar el control sobre todos los aleteos.

El líquido marrón se arremolinó rápidamente por los agujeros y respiré hondo cuando desapareció. Con decisión, volví a tapar el vaso vacío con la tapa de viaje y tiré ambos a la papelera que había junto a la fuente.

—Supongo que me equivoqué de orden.

Me quedé inmóvil. Su voz venía de detrás de mí, grave y gruñona. Se me cerraron los ojos porque, mierda, estaba destinada a empezar con mal pie con este hombre, ¿no?

Respiré lentamente y me volví hacia él. Sus ojos delataban el más mínimo indicio de diversión por haberme sorprendido, pero todo lo demás en su rostro era uniforme y firme. De hecho, todos los rasgos físicos de Aiden Hennessy parecían tallados en piedra.

No solo su rostro, que era bastante atractivo, sino sus hombros y brazos, las venas que bajaban hacia sus enormes manos.

Había visto la violencia que su cuerpo era capaz de infligir con elegancia, la velocidad y la fuerza. Y mientras se alzaba sobre mí, odié tener que levantar la barbilla para encontrarme con su mirada.

—El pedido estaba bien —le dije—. Ya había bebido demasiado esta mañana.

El sonido que emitió en el fondo de su garganta fue tan ambiguo que tuve que morderme físicamente la lengua para no defenderme. Cuando se abrió la puerta principal y entró un grupo de miembros para la clase de Kelly, su atención pasó de mí al sonido de sus risas brillantes. Inmediatamente, la presión sobre mis pulmones se alivió. Había algo de vudú mágico en él, y no me gustaba ni un poquito.

—Parece que las clases siempre están muy concurridas —dijo. Su mirada abandonó el grupo de mujeres y volvió a posarse en mi rostro.

Asentí con la cabeza.

—Sobre todo los fines de semana. —Aspiré hondo y le sostuve la mirada—. Espero que no tengas intención de deshacerte de ellos.

Sacudió la cabeza. Nada más. Solo un movimiento de cabeza.

—Bien.

Sus labios se movieron un poco antes de volver a formar una línea firme.

—Me alegra tener tu aprobación, Ward.

Me ardían las mejillas y lo odiaba. Levanté la mano en un pequeño gesto hacia la puerta.

—Tengo que... volveré en un rato.

Aiden asintió, y cuando me di la vuelta para irme, supe que me estaba mirando.



—Entonces déjame entender esto....

—Sí.

Molly hizo una pausa.

—No sabes lo que iba a decir. ¿Cómo puedes decir que sí?

Aunque estaba detrás de la cortina del camerino y ella no podía verme, puse los ojos en blanco.

—Ya sé lo que vas a decir.

—¿Simplemente te fuiste?

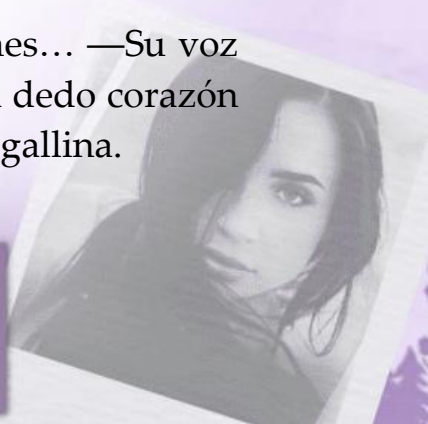
—Sí.

—¡Isabel!

Me incliné hacia un lado, subí la cremallera del vestido azul cielo y resoplé cuando no pude cerrar el gancho del ojo.

—¿Qué? No es que esperara que estuviera parado sobre mi hombro como una sombra gigante y corpulenta, y sí, simplemente... me fui.

—Supongo que sé quién no va a ganar empleado del mes... —Su voz se entrecortó. Saqué la mano de detrás de la cortina con el dedo corazón levantado. Ella me lo devolvió—. No sabía que fueras una gallina.



En lugar de discutir con ella por algo tan estúpido, simplemente enrollé los labios entre mis dientes y tiré una última vez de la cremallera. Mientras estudiaba mi reflejo en el espejo, no podía decidir si el vestido simplemente no era adecuado para mí o si mi cuerpo estaba tan acostumbrado a la ropa de entrenamiento que ahora rechazaba activamente cualquier material más fino.

—¿Ya estás vestida?

Mis manos cayeron a los lados.

—Sí. Aunque no creo que este color me quede bien.

—Uno, me parece muy poco probable, y dos, enséñamelo. —Molly apartó la cortina, y cuando me vio, su sonrisa era enorme—. Iz, me encanta. Estás tan hermosa.

Con una mirada escéptica al espejo, tiré de los drapeados que me cubrían los hombros.

—Hay volados. En mi cuerpo.

Se rio.

—No tienes que elegir ese estilo. Solo estoy tratando de decidir los colores. Me gusta el rosa rubor, pero podría ser demasiado veraniego para una boda de otoño.

—El azul —insistí—. Me sentiré desnuda en ese rosa.

—Definitivamente el azul —dijo Lia desde el otro lado del espacio.

Nuestras dos hermanas menores, Lia y Claire, separadas por apenas dos minutos al nacer, compartían vestuario.

—Vamos, ustedes dos —dijo Molly—. Iz ya está vestida.

—Espera. Las nuevas tetas de mamá de Lia son enormes, y no puede subir la cremallera de su vestido.

Molly y yo nos sonreímos porque, en realidad, lo eran. Había dado a luz unas ocho semanas antes y, sinceramente, tenía las tetas de una página central, si es que alguna vez había visto una.



Mientras esperábamos, Molly sacó su carpeta de boda gigante e hizo algunas anotaciones después de hojear una pestaña rosa brillante. No era de extrañar que Molly fuera la futura novia más organizada del planeta, y tampoco que no tuviera ninguna tendencia a la noviazilla hasta el momento, algo que estaba facilitando mucho todo este asunto de “ver casarse a mi hermana mayor”.

—¿Dónde está Paige? —pregunté.

—Tuvo que quedarse en casa con Emmett. No se sentía bien, y Logan está en el campo de entrenamiento. —Molly levantó su teléfono y me tomó una foto—. Pero le prometí que le enviaría fotos.

Mientras sus dedos enviaban un mensaje a nuestra cuñada, me senté en la gran otomana de color marfil que había en el centro de la habitación. No había nadie más en la tienda con nosotras, así que me apoyé en las manos y escuché las risas de Lia y Claire mientras se esforzaban por cerrar el vestido de Lia.

De la nada, me sentí muy, muy sola sentada en esa habitación con mis hermanas.

Molly se iba a casar.

Lia vivía con su novio, Jude. Con la llegada de su hijo y el nuevo trabajo de Jude como jugador de fútbol en Seattle, sabía que era cuestión de tiempo que ellos también lo hicieran oficial.

Incluso Claire, la más tímida de las cuatro, encontró a su persona en el snowboarder Bauer Davis.

Y nada de esto era nuevo; ninguna de sus relaciones era nueva. ¿Se me permitía culpar a Aiden de esto? Intenté imaginarme su cara si volvía al trabajo hecha una furia.

Eh, jefe, verte me revuelve por dentro y no me gusta. Y cuando eres amable y considerado, lo empeoras, y empiezo a sentirme como una adolescente solitaria y petulante cerca de mis maravillosas hermanas, felices y enamoradas, porque preferiría sacarme los ojos antes que explicárselo. Por favor, basta. Gracias.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Lia.

Tardíamente, me di cuenta de que las tres me miraban fijamente.

FORBIDDEN

—Nada. —Me aclaré la garganta.

Molly le dio un codazo a Claire.

—Está aterrorizada de su nuevo jefe. ¿Lo he mencionado ya?

Los ojos de Lia se abrieron de par en par.

—¿Ah, sí?

—¿Está muy bueno? —preguntó Claire.

Molly levantó las dos manos, moviendo los diez dedos.

Claire se rio.

La vi fijamente.

—¿Estamos decidiendo los colores del vestido o no?

Lia me tendió la mano para ayudarme a bajar de la otomana.

—Lo siento, Iz. Nunca habíamos podido burlarnos de un hombre.

Molly se rio.

—Sí, porque normalmente, se los come vivos una vez que termina con ellos.

Las palabras que murmuré en voz baja habrían hecho arder los oídos de una monja. Lia fue la única que lo oyó y se echó a reír. La idea de verme como una devoradora de hombres, chupándome los dedos después de haberme salido con la mía era tan risible... Pero inmediatamente después me vino a la mente una imagen sorprendentemente clara de Aiden tumbado en una cama, agotado y destrozado, y yo igualmente agotada y destrozada a su lado. La vívida imagen que tenía en la cabeza me aceleró el ritmo cardíaco. Pero ese tipo de reacción interior sería bienvenida después de cómo había empezado con él.

El yo que tropezara y derramara café no era para nada como me imaginaban. Era mucho más fácil dejar que lo pensaran. Dejar que lo creyeran.

—Bien. —Molly suspiró—. Terminemos con esto para que pueda volver y esconderse de él por el resto del día.



Respiré hondo y dejé de lado todo lo que acababan de decirme. Muy, muy abajo.

—Te vas a perder a tu dama de honor si sigues con esta mierda.

Molly levantó las manos.

—Bien, bien. He terminado. señoritas, muéstrenme lo que tienen.



4

Isabel

Hasta que empecé a trabajar en el gimnasio, a dirigir clases y a trabajar con clientes, nunca comprendí exactamente hasta dónde llegaba mi vena sádica. Pero cuando uno de mis clientes favoritos se me acercó cojeando después de la clase, con la camisa empapada de sudor, fue la única vez en mi vida que fui todo corazones y arcoíris y sonrisas.

Los ojos de Sally se entrecerraron en una mirada fulminante.

—No sé quién te hizo daño, Isabel, pero no sé si debería concertarte una cita con mi terapeuta o darte un abrazo.

Me reí, pasándome la toalla de sudor por la nuca.

—¿Es tu forma de decir que te ha gustado mi clase de hoy?

Mientras volvía a meter los guantes y las vendas en el bolso, resopló.

—Algo así.

—He añadido esos burpees extra solo para ti.

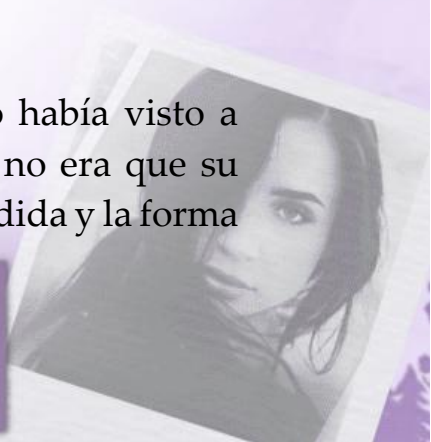
Se enderezó lentamente, puso los ojos en blanco y se colgó el bolso al hombro.

—¿La próxima vez? No lo hagas.

—Adiós, Sally.

Ella saludó.

Estaba de buen humor, probablemente porque aún no había visto a Aiden. Al menos por aquel día, mi despacho era mío. Y no era que su presencia me agobiara; era simplemente esa conciencia añadida y la forma



en que mi piel vibraba a una frecuencia diferente cuando él estaba en el edificio. Era algo que iba a tener que superar porque Aiden Hennessy estaba aquí para quedarse.

Una chica universitaria se acercó cuando empezaba a limpiar la bolsa que había utilizado durante la clase. Se coló justo antes de que yo empezara, así que no tuve ocasión de hablar con ella como me gustaba hacer con los nuevos miembros.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

Exhaló una pequeña carcajada.

—Eso fue... intenso. Pero uno de los mejores entrenamientos que he tenido.

—Excelente. —Le tendí la mano—. Soy Isabel, la gerente.

—Brenleigh. —Señaló el ring en el centro del gimnasio—. Me alegré de que no nos hicieras subir ahí para patear traseros.

—No, esperamos al menos hasta tu segunda clase para eso. Compraste la tarjeta de diez clases, ¿verdad?

Brenleigh asintió.

—Vine ayer después de ver uno de tus posts en Insta sobre el especial que estás organizando. —Sus mejillas ya estaban sonrojadas por la clase, pero cuando vio a su alrededor, el rojo se profundizó aún más—. ¿Es cierto que Aiden Hennessy es el nuevo propietario?

—Eso es cierto. Estamos muy emocionados de trabajar con él.

Emocionados. Aterrorizados. Escondiéndonos de él. Lo que sea.

Se lamió los labios y bajó la voz hasta un susurro conspirativo.

—¿Acepta clientes individuales o algo así? Ya sabes, sesiones de entrenamiento *privadas*.

Ahh. Las fangirls estaban empezando a caer. Esto era algo que no había previsto. Sabía que tenía planes de hacer algunas sesiones de entrenamiento, pero no un entrenamiento formal como algunos especulaban que haría después de retirarse. Así que una estudiante que venía y pedía sesiones privadas... eso no entraba en mis planes de

FORBIDDEN

dirección. Tampoco estaba en mi terreno personal. Mi habilidad para fingir con la gente era tan estelar como mis habilidades culinarias.

Apeataba en ambas cosas.

Ahora que la miraba con más atención, llevaba uno de esos sujetadores deportivos que en realidad no lo eran, de los que enseñan más escote que un anuncio de Victoria's Secret.

Dios, soné como una perra prejuiciosa. Así que suavicé mi sonrisa.

—No que yo sepa, pero todavía se está instalando. Seguro que en las próximas semanas sabremos mucho más. Si decide aceptar clientes, lo publicaremos en nuestras redes sociales, así que estate atenta.

Ya está. Soné educada. Profesional. Bien por mí.

Brenleigh y su escote se inclinaron hacia mí.

—¿Cómo es? —preguntó, con sus grandes ojos marrones muy abiertos.

Hice una pausa. ¿Qué quería que le dijera?

—Parece muy simpático —respondí diplomáticamente.

—Espero que no sea como demasiado amable. —Ella sonrió—. Qué decepción, ¿verdad? Puede ser duro conmigo *cualquier* día.

Luego se mordió el labio y soltó una risita.

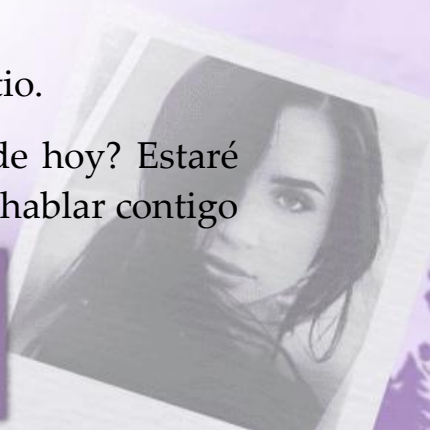
Y fue la risita, junto con el criminal uso excesivo de la palabra *como*, lo que me hizo imaginar cómo sería para Brenleigh si yo le diera un codazo en la cara.

No era culpa suya, en realidad no, porque lo que hacía la señorita Brenleigh y su sujetador de tirantes y su ardiente curiosidad no era más que sostener un espejo frente a mi cara. Algo en él me volvía un poco loca y me hacía sentir que yo era Brenleigh. Una caricatura del peor lado de mí.

El lado tonto e insustancial.

Aunque me mataba hacerlo, mantuve la sonrisa en su sitio.

—¿Hay alguna otra pregunta sobre el entrenamiento de hoy? Estaré encantada de repasar cualquier cosa, ya que no he podido hablar contigo



antes de que empezara la clase. Normalmente, repasaría los movimientos básicos si fuera tu primera vez.

Agitó una mano en el aire.

—No, estoy bien. ¿Estará aquí mañana si vuelvo para tu clase de las cuatro?

—No podría decirlo. No tiene un horario fijo. —Me encogí de hombros—. Ventajas de ser el dueño.

Brenleigh suspiró.

—Supongo. Bueno, nos vemos mañana. Gracias.

Y ella rebotó. En realidad, rebotó físicamente. Me pellizqué el puente de la nariz.

Mientras caminaba hacia la parte delantera, donde se sentó en un banco para cambiarse de zapatos, di una vuelta alrededor de las bolsas, enganchando dos botellas de agua que se habían quedado atrás y unas toallitas tiradas justo fuera del contenedor de basura. Solo unas pocas personas estaban utilizando las máquinas de pesas, con una persona en las cintas de correr frente al televisor que Amy había instalado un par de años antes.

Mi despacho estaba en silencio cuando entré y, al respirar hondo, percibí el leve aroma de algo masculino.

Me hundí en la silla y dejé caer la cabeza entre las manos. Ni siquiera estaba aquí y podía olerlo. Fue entonces cuando me fijé en la sudadera doblada en el borde de mi escritorio. La llevaba puesta en la reunión y debía de habérsela dejado. Mis dedos alcanzaron el borde, tirando de ella hacia mí antes de pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

La camiseta estaba muy usada. Tenía el logotipo de un gimnasio californiano descolorido en la parte delantera y las costuras del bolsillo delantero estaban rasgadas por los bordes.

Cuando me lo acerqué a la cara e inhalé profundamente para ver si ese era el origen del olor, lo volví a colocar en su sitio con un gemido antes de seguir bajando por esta madriguera de locos.



Sé que no me conoces, pero tengo dieciséis años, y creo que eres increíble, y aunque soy más joven que tú, sé que estamos destinados a conocernos.

Se me cerraron los ojos y el corazón se me aceleró incómodo al pensar en aquella tonta carta, doblada con cuidado y encerrada en la caja metálica.

Yo no era mejor que la colegiala saltarina y su sujetador de mala calidad, sus risitas y sus *cosas por el estilo*. Me senté derecha, respiré hondo y vi fijamente mi propio reflejo en el cristal del gimnasio.

No más, pensé. No más olfateos. No más mariposas. Se acabó el preguntarme cuándo iba a entrar o el obsesionarme con si compartiríamos espacio o me invitaría un café. Se acabaron las zancadillas a sus pies y las demostraciones infantiles para hacerme sentir mejor por mi vergüenza.

—Isabel Ward —me dije—, ponte las pilas. Esto es jodidamente ridículo.

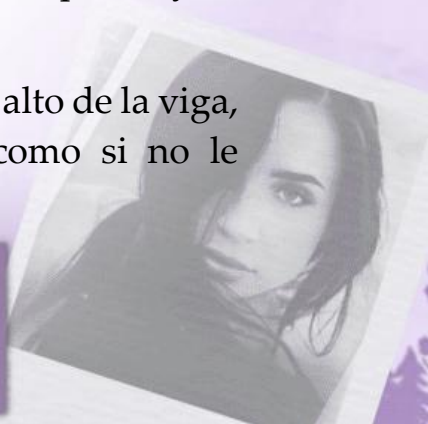
Con la sudadera de nuevo en su sitio, hice girar la silla por levantarme demasiado deprisa y salí de mi despacho. Con solo una clase más en el horario para el resto del día y sin sesiones de entrenamiento propias, lo más probable era que el gimnasio estuviera tranquilo durante las próximas dos horas.

Fue fácil mantenerme ocupada y me puse un auricular para escuchar música sin perderme nada que requiriera mi atención.

Al salir del ahora limpio baño de mujeres, hice un rápido escaneo del gimnasio, algo que hacía constantemente cuando era la única persona que trabajaba, y me di cuenta de que el gimnasio estaba vacío. Una mirada al reloj digital de la pared me decía que probablemente seguiría así hasta que nos reuniéramos con nuestro grupo habitual de después del trabajo.

Por eso me detuve en seco cuando una joven cruzó la habitación corriendo, con el cabello rubio alborotado, y se subió a uno de los pesados sacos hasta que enganchó sus pequeños brazos en la parte superior y se subió a la viga de hierro que sujetaba toda la estantería.

En menos de lo que tardé en pestañear, había subido a lo alto de la viga, donde ahora estaba sentada, balanceando las piernas como si no le importara nada.



Tuve que hacer un gran esfuerzo para cerrar la boca, pero dejé los productos de limpieza y eché un vistazo al gimnasio. No había ni un papá a la vista. Era completamente normal que algunos niños vinieran acompañados de sus papás si venían a clase, pero esto no era normal.

Tampoco era seguro.

Lo último que necesitábamos era que la hija de alguien se cayera de una viga de hierro y se rompiera una pierna. Me acerqué con cuidado, canalizando todas mis vibraciones de hermana mayor. Tenía los ojos muy abiertos, azules, claros y brillantes, y seguían cada paso que daba.

Puse las manos en las caderas y vi hacia la viga.

—Impresionante —le dije.

No contestó, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Eres una extraña, así que no debería decírtelo.

Asentí lentamente.

—Eso es muy inteligente.

—¿Cómo te llamas?

—Isabel. ¿Dónde aprendiste a trepar así?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Siempre he sabido hacerlo.

—¿Y no te dan miedo las alturas?

Su cabello se alborotó cuando sacudió la cabeza.

—¿Crees que podrías saltar hacia mí?

De nuevo, con el cabello revoloteando y la cabeza sacudiéndose.

De acuerdo, entonces.

—Sería bastante incómodo estar sentada ahí todo el día.

Sus piernas se balancearon. Sí, no tenía ninguna prisa. Qué bien por ella.



—No sé si podría subirme a la viga —dije—, pero tengo otro truco que podría hacer.

El interés brilló tras aquellos ojos.

—¿De qué se trata?

Chasqueeé la lengua.

—No puedo decírtelo a menos que bajes, pequeña. —Sus labios se torcieron mientras reflexionaba—. ¿Con quién has venido?

—Mi papá está en el baño. Le he oído hablar por teléfono y me he aburrido de esperar.

—De acuerdo, bueno... quizá si te bajas ahora, pueda enseñarte mi truco, y ni siquiera te vea ahí arriba.

—Ya está enfadado conmigo porque fingí que tenía que vomitar para no tener que ir al campamento de día, pero ese sitio es tonto y no quiero ir, pero mis abuelos estaban ocupados y no podían vigilar me.

Exhalé un suspiro lento, imaginando todas las formas en que esto podría torcerse.

—No puedo culparte, chica. Yo también fingiría estar enferma.

Esta vez su sonrisa era más grande y pude ver un adorable hueco en el que le crecerían los dientes delanteros. Mi sobrino Emmett perdió los suyos cuando tenía casi ocho años, así que me quedé con ese pequeño detalle.

—Especialmente porque tienes, ¿qué, nueve años?

Ella soltó una risita.

—No. Solo tengo siete años, pero *casi* ocho.

—¿Sí? ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—En diez meses.

Reprimí mi sonrisa.

—Tan cerca.



—¿Cuántos años tienes? —Se movió en la viga y yo luché contra el impulso de sacar las manos por si se caía, pero, al parecer, solo una de nosotras estaba nerviosa, y no era ella.

—Veinticinco —susurré—. Súper vieja.

Volvió a soltar una risita.

—Solo se es viejo cuando se cumplen cincuenta años.

—Ahh. Es bueno saberlo.

Sus ojos se desviaron a un lado y luego volvieron a mí.

—¿Te gusta cantar?

Mi cabeza se ladeó ante el cambio de tema.

—No soy muy buena cantante, así que no... no puedo decir que lo haga.

Bajó la línea de sus cejas.

—De acuerdo, bajaré, pero solo si antes me enseñas tu truco.

Entrecerré los ojos.

—Regateando, ¿eh?

—Mi tía me dijo que siempre debía defender lo que quiero, así que eso es lo que estoy haciendo.

Bueno, su maldita tía no estaba aquí intentando bajarla de la maldita viga metálica, ¿verdad? Pero mantuve la sonrisa.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que bajarás, ¿verdad?

—Levanté dos dedos—. ¿Palabra de Girl Scout?

Ella asintió con vehemencia.

—De acuerdo. —Señalé la viga—. Gira una pierna de modo que estés a horcajadas sobre ella como si estuvieras sentado en un caballo, ¿bien? Luego sujétate con las dos manos.

Respiré un poco más tranquila cuando ella obedeció de inmediato.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Voy a colgarme de la bolsa —susurré—. Sin manos.

FORBIDDEN



Sus ojos se abrieron de par en par.

—No puede ser.

—Puede ser.

Eché un rápido vistazo al cuarto de baño y seguía sin haber rastro de su papá, así que sacudí la cabeza y salté, agarrándome a la cadena que había en la parte superior de la bolsa y tirando del peso de mi cuerpo tan alto como pude. Levantada así, estiré las piernas hacia arriba, envolviéndolas alrededor de la parte superior central del pesado saco, y crucé los pies por los tobillos.

Con una mirada en su dirección, suelto las cadenas y dejo que la parte superior de mi cuerpo caiga lentamente hacia atrás.

—Wow —susurró.

Mi trenza se balanceaba hacia el suelo cuando levanté la parte superior del cuerpo e hice un par de abdominales desde esa posición colgante. Ella aplaudió entusiasmada.

—¿Cuántas más debo hacer? —le pregunté.

—¡Veinte!

—Oof. De acuerdo. ¿Entonces saltarás hacia mí?

—Ajá.

—Cuenta para mí entonces, jefa —le dije.

—Uno, dos, treeeeeees —se estiró.

Gemí al hacer el número cuatro, y ella soltó una risita.

—Deberías ser entrenadora aquí —le dije—. Yo también hago esa mierda de contar despacio en mis clases.

Llegamos hasta la siete cuando noté que alguien se acercaba por el rabillo del ojo, una sombra alta que tapaba las luces superiores del gimnasio.

Aiden.



Hoy llevaba una camiseta blanca, ceñida sobre su pecho de roca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, aunque yo estaba colgada boca abajo, podía ver la tirantez de su boca mientras observaba nuestra pequeña escena.

La niña dejó de contar.

—¡Hola, papi! Mira el truco tan genial de la señorita.

Fue entonces cuando mi tobillo perdió agarre y me caí de la bolsa, aterrizando a los pies de mi jefe en un montón enredado y sin gracia.



5

Isabel

Tal vez, solo tal vez, pensé, si hago como que no ha pasado nada, se habrá ido cuando abra los ojos... Mis piernas cayeron al suelo y me estremecí cuando rodé hacia un lado, con los ojos aún cerrados.

—Wow —dijo la voz de la niña. La voz de la niña *de Aiden*—. Cayó super fuerte, señorita Isabel.

Jódeeeeemee, honestamente.

—¿Estás bien? —me preguntó. Su voz era cercana, grave y áspera, y me erizó el vello de los brazos.

¿Estaba bien? Qué pregunta tan interesante. Porque no... no lo estaba.

Quería borrar cada maldita interacción que había tenido con él, borrarla de mi cerebro con lejía porque, de algún modo, cada vez eran peores.

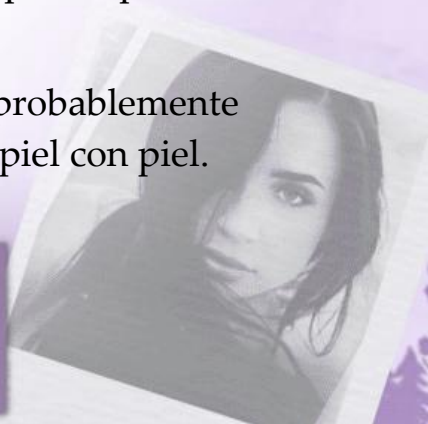
Pero ¿estaba realmente bien físicamente? Ajá, claro, vamos con eso.

Dejé escapar una lenta bocanada de aire e hice balance de mi cuerpo, porque si me había hecho daño en algo, levantarme de un salto era una pésima idea.

—Sí, lo estoy.

Cuando abrí los ojos, Aiden estaba agachado, con las manos colgando entre las rodillas dobladas. Tenía el rostro delineado por la preocupación, pero no hizo ademán de tocarme.

Si era tan torpe cuando respiraba el mismo aire que yo, probablemente tendría un orgasmo espontáneo si entráramos en contacto piel con piel.



Asintió con la cabeza y se levantó lentamente mientras yo me levantaba de las colchonetas. Apoyó las manos en las caderas y dirigió los ojos hacia su hija, que seguía balanceando las piernas sobre aquella viga de acero como si estuviera en el maldito parque infantil.

—Anya —dijo, todo firme y tranquilo, pero vi la tensión en su mandíbula—. Hora de bajar.

Su barbilla sobresalía.

—No me voy a bajar por ti. —Me señaló—. Estoy bajando por su truco.

—Bien —dijo Aiden uniformemente.

—¿Puedo saltar desde arriba?

—Por supuesto que no.

Suspiró dramáticamente, pero extendió los brazos. Se movió por debajo de la viga y, al ver esos brazos extenderse hacia ella, sentí una peligrosa hinchazón en el corazón. Algo que no quería tocar ni hurgar, pero ella saltó de la viga con tanta facilidad, con tanta confianza, que casi tuve que apartar la mirada.

Antes de dejarla en el suelo, Aiden abrazó a Anya contra su pecho, rodeándole el cuello con sus delgados brazos, y le vi soltar un suspiro de alivio.

En lugar de observar la escena que tenía delante, desplacé la mirada hacia el suelo y me pasé una mano por la trenza destrozada, símbolo apropiado de mi orgullo herido.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—No es buena cantante —dijo Anya—. Ella me lo dijo.

Aiden cerró los ojos, mientras yo... intenté no mirar torpemente a su hija porque, sinceramente, ¿podría empeorar?

—Anya —reprendió.

—Se lo pregunté. —Jugueteó con el cuello de la camisa de Aiden—. Pero no le pregunté nada más.



Me dirigió una mirada de disculpa.

—Lo siento. —Aiden dejó escapar otro suspiro. Echó un vistazo al gimnasio—. Hay clase a las seis, ¿verdad?

Una vez más, asentí con la cabeza, porque éste era el movimiento característico de la biblioteca de reacciones de Isabel Ward ante este hombre en particular.

—¿Estás enseñando?

No asientas, no asientas.

Mi lengua se despegó del paladar.

—Normalmente no, pero estoy cubriendo a Kelly.

Los ojos de Anya se abrieron de par en par.

—¿Le enseñas a la gente a dar puñetazos como mi papá?

La boca de Aiden se suavizó, pero aún... no era del todo una sonrisa.

Quizá esta niña, con sus extrañas preguntas y su horrible afición a escalar, podría ayudarme a convertirme en la “Isabel normal” a su lado.

Incliné la cabeza.

—Enséñame tu puño más fuerte —le dije.

Apretó tanto los deditos que se le puso blanca la piel de los nudillos.

—Muy bien. —Le enseñé el mío y me di unos golpecitos con los nudillos de los dedos índice y corazón—. Intenta golpear siempre aquí, ¿de acuerdo? Y no metas el pulgar dentro de los otros dedos.

Anya puso los ojos en blanco.

—Todo el mundo lo sabe. Te romperás el dedo.

Puse las manos en las caderas.

—Tal vez debería hacerte dar clase.

Soltó una risita y vio a su papá con una expresión de adoración tal que sentí que cada gramo de mi cuerpo se derretía como una barra de mantequilla.



—De acuerdo, gingersnap, puedes jugar con tu iPad mientras yo trabajo un poco —dijo, y por todos los santos, *la llamó gingersnap*. Sus ojos volvieron a posarse en mí y recé a todas las deidades de todas las religiones del mundo para que no pudiera ver lo que eso me había hecho.

Sinceramente, era como si intentara ser el hombre vivo más atractivo. Y el hecho de que no se diera cuenta de que lo era lo hacía aún más atractivo, lo cual era una cuestión totalmente distinta. Le indicó que se pusiera a su altura y le susurró algo al oído. Si su cara hubiera estado orientada hacia mí, habría visto cómo se le curvaban los labios en una sonrisa, pero en lugar de eso, solo vi cómo se le movía el borde de la mejilla. Pero asintió a lo que ella le dijera.

Anya me dedicó una tímida sonrisa.

—Es usted muy guapa, señorita Isabel. Creo que te pareces a la Mujer Maravilla.

En lugar de reírme de ella o ignorarla porque Aiden estaba mirando, levanté los brazos formando una X sobre el pecho y le guiñé un ojo. Cuando su cara se transformó en una amplia sonrisa, por primera vez, me sentí bien acerca de una interacción con mi nuevo jefe. Algo así.

Cada momento embarazoso podía quedar guardado en un rincón de la caja, mantenido en su sitio por cada vez que conseguía dar pequeños pasos hacia algo normal con él. No quería adularlo, no quería estudiar cada matiz de cada momento, porque me parecía miserable.

Anya salió corriendo hacia su despacho y, para mi sorpresa, Aiden no la siguió.

—Te debo una, Ward —dijo.

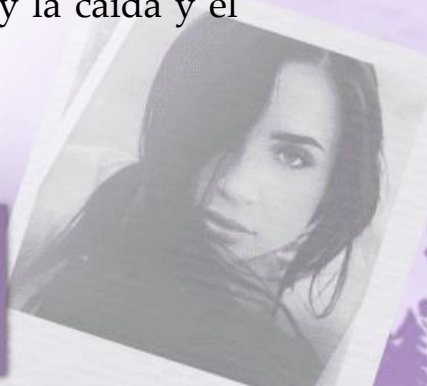
Parpadeé.

—¿Por qué?

Aiden levantó la barbilla hacia la parte superior de la viga de acero.

Mis mejillas se sonrojaron. Sinceramente, con el rubor y la caída y el asentimiento.

—No, está bien. No me debes nada.



—Sí —dijo uniformemente—, lo hago.

No tenía nada que decir, porque 1- tenía miedo de seguir discutiendo porque no, no le debía nada por sacar a la niña pequeña de la viga muy alta, y 2- me parecía más seguro no iniciar una conversación con él.

Algo problemático.

—Any —dijo, levantando la barbilla hacia donde había desaparecido su hija—, ha hecho eso toda su vida. —Ante la elevación de mis cejas, aclaró—. La escalada. Ya no me da un infarto como antes, pero de vez en cuando se pasa un poco.

La forma en que su voz se suavizó cuando habló de su hija hizo que todo tipo de cosas pegajosas y melosas sucedieran en mi cuerpo. Al principio, lo único que pude hacer fue asentir. Pero cuando no dije nada en respuesta, sentí su mirada curiosa.

Prométeme que lo intentarás oí decir a Amy en mi cabeza. En aquel momento, no tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo, pero de todos modos le había dado mi palabra.

Sin embargo, antes de que pudiera formar palabras, Aiden habló de nuevo.

—No te gusta que esté aquí, ¿verdad?

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—¿Qué?

La mirada de Aiden era firme, escrutadora. No repitió la pregunta. No para ser grosero o intimidar, sino porque ambos sabíamos que le había entendido perfectamente.

—Yo —me tembló la voz y negué con la cabeza. *Inténtalo, Isabel*—. Me cuesta cambiar —me obligué a decir. Aparté todas las mariposas, todos los sentimientos fuera de lugar con un movimiento de la mano, pasé por encima de la vergüenza y encontré un núcleo de verdad—. Aún no sé qué significa tu presencia aquí —le dije.



Entregarle ese trozo de verdad, aunque no tuviera ni idea de lo que significaba exactamente, fue como arrancarme una parte del cuerpo. Pero su reacción... Mentiría si dijera que no lo hizo un poco menos doloroso.

La forma en que me miraba hablar sin apresurarme ni presionarme ayudó a aflojar algo tenso e incómodo detrás de mis costillas.

Aiden metió las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros oscuros.

—¿Qué te parece esto? —dijo despacio—. Te prometo que no haré grandes cambios sin hablarlo antes contigo. Nuevo nombre aparte —añadió.

Mi corazón martilleaba. No estaba obligado a hacerlo. Y su enfoque, la calma, la firmeza... no era algo que esperara.

—No tienes que hacer eso —le dije—. Este es tu lugar, no el mío.

Entraron unas cuantas personas -abogados de un bufete local-, y me saludaron efusivamente al entrar.

Los saludé con la mano.

—¿Estás segura? —preguntó secamente.

Oculté una sonrisa de satisfacción. Apenas. Sentí que era mi casa desde el primer día que entré.

—De todos modos. —Mantuve mi respuesta uniforme, profesional—. El edificio lleva tu nombre, o lo llevará muy pronto. Puedes dejar tu marca en él sin que yo lo diga.

Después de decir esas palabras, quise retirarlas. O, por un momento, quise. Porque había conocido a muchos atletas, ególatras, orgullosos, que se engreían odiosamente bajo cualquier foco que se les diera. Y aún así, no estaba del todo seguro de cómo respondería este exatleta en particular.

—De todos modos —respondió—. Quiero que confíes en mí, Ward.

Apenas podía mirarlo a los ojos, no con la forma en que dijo mi apellido. Si miraba lo suficiente, vería cómo se me ponía la carne de gallina en los brazos desnudos. El impulso de alisármelos con la palma de la mano era

casi imposible de ignorar. Antes de que pudiera reaccionar, Anya asomó la cabeza por su despacho.

—Papá, mi iPad se ha congelado. ¿Puedes ayudarme?

Levantando ligeramente la barbilla, se dirigió hacia su despacho, y yo exhalé lentamente, con las mejillas hinchadas por la cargada exhalación.

De vuelta al trabajo. Era la única manera de sobrevivir.

Pronto, como le había dicho, el edificio llevaría su nombre, y la idea me hizo dirigirme a la zona delantera.

Mientras miraba las estanterías de mercancía junto al mostrador, pensé qué demonios íbamos a hacer con todo lo que llevaba la etiqueta de Wilson's Gym cuando sabía que Aiden ya había encargado la nueva señalización para hacer el cambio a Hennessy's. Afortunadamente, no estaba ansioso por poner su nombre en todo. Quería manejar la transición públicamente de una manera que fuera suave. Contemplando los estantes de camisetas, sudaderas, envoltorios, guantes, todo eso, empecé a pensar en formas de vaciar el inventario lo antes posible.

Tomé asiento en el mostrador y abrí de un tirón el cajón inferior derecho.

—Aquí estás —murmuré, tirando de un recipiente transparente que contenía pegatinas redondas de colores brillantes. Vi los estantes de camisas y me pregunté si Aiden tendría una opinión sobre empezar con la mitad de descuento en todo o tal vez una venta BOGO para ver cuánto podíamos mover.

Ahí estaba de nuevo, la pausa en todo mi cuerpo cuando pensé en ir a su despacho a preguntarle.

Esto fue ridículo.

Apoyé los codos en el escritorio y me tapé la cara con un gemido. Mientras estaba sentada en esa posición abatida, sonó el teléfono del gimnasio. Lo tomé, pero antes de que pudiera decir nada, oí la voz de Aiden a través del auricular de su despacho.

—Gimnasio Wilson, este es Aiden.



Dios, su voz. Entorné los labios entre los dientes y permití, solo por un momento, que se me cerraran los ojos para poder... escucharle hablar.

—Señor Hennessy, soy Chandra, de la Fundación de Deportes Juveniles de Seattle. Muchas gracias por su llamada. Nos ha hecho mucha ilusión recibirla.

Poco a poco, fui colgando el teléfono, aunque en el fondo de mi mente había un susurro persistente y travieso que quería que siguiera escuchando. Porque la forma en que formaba las palabras, la manera en que algo sencillo e inocente salía de su boca, me hacía imaginarlo detrás de mí, susurrándome al oído. Cosas que nunca había imaginado que alguien me dijera que hiciera.

Si le mandaba un mensaje a Amy sobre dónde estaba explorando Grecia en ese momento, no creía que éste fuera el tipo de intento que tenía en mente.

La puerta principal se abrió justo cuando tenía el teléfono colgado en el auricular, revelando la cara sonriente de nuestra nueva universitaria contratada.

—Emily, ¿cómo te va?

Cuando aspiró profundamente, supe que la respuesta iba a ser muy, muy dramática. Inmediatamente empezaron los vómitos de palabras sobre su novio y otra chica, y estoy segura de que tenía los ojos tan abiertos que parecía que me acababan de dar un tortazo en la nuca.

—Entonces, estás estresada —le dije cuando por fin tomó aliento.

Emily se dejó caer en la silla que yo había dejado libre detrás de la recepción.

—Solo sé que me está engañando.

Los primeros en llegar a mi clase de las seis empezaron a filtrarse por la puerta principal y los saludé con una sonrisa.

—Pero no puedes estar segura —le dije—. Solo sospechas basándote en un par de... vibraciones, ¿verdad?



Mis hermanas siempre acudían a mí para que les diera consejos prácticos sobre relaciones y, sinceramente, a veces pensaba que mi capacidad para ser práctica se debía a que nunca me había enredado en ningún drama. Ni en ninguna parte del cuerpo, en realidad.

Las vibraciones nunca habían sido mi fuerte, o al menos... no hasta que Aiden entró por la puerta. Por mucho que no quisiera admitirlo, estaba creando todo *tipo* de ellas en mi propia imaginación.

Emily se detuvo para pasar la tarjeta de socio mientras él se esforzaba por registrarse con el escáner del mostrador. Le dio las gracias con una sonrisa y me saludó con la cabeza al pasar. Saqué mis envoltorios negros y rosas favoritos del cajón superior y desenredé el ovillo apretado.

—Fueron fuertes, sin embargo —dijo, apoyándose en el escritorio—. *Fuerte* contacto visual.

Sí. Mucho contacto visual. Me moví incómoda.

—¿Qué más?

Emily tarareó.

—Un subtexto muy cargado en las cosas que dijeron. —Su rostro se puso serio—. Decían una cosa, pero sabías que querían decir otra.

—¿Y eso es una señal de...? —Se me cortó la voz.

—Sexo, *seguro*.

Me salía el sudor por la nuca porque *comprobado, comprobado y comprobado*.

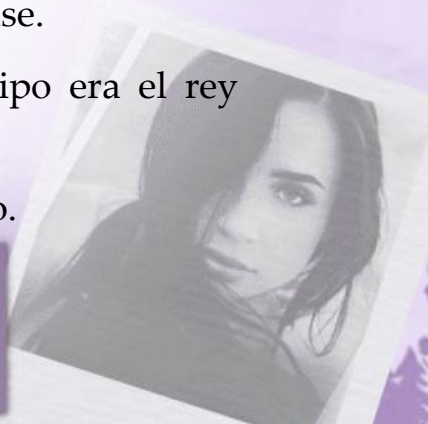
Vibración unilateral, cortesía mía.

Entró otra persona y reprimí un gemido al verlo. Lo sé, el servicio al cliente y todo eso, pero este tipo era la pesadilla de la existencia de cualquier entrenadora. Estaba demasiado cerca, hablaba demasiado, se quedaba después de clase hasta muy tarde y tenía una tendencia muy molesta a mirarnos las tetas o el trasero durante toda la clase.

Hablando de recibir una vibración de alguien. Este tipo era el rey absoluto de inspirar sentimientos de imbécil.

—Mike —dije cortésmente—. Hace tiempo que no te veo.

FORBIDDEN



Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Dónde está Kelly? No sabía que ibas a dar clases esta noche.

No me sorprendió. Mike no parecía quedarse hasta muy tarde ni hablar demasiado conmigo. Le gustaba Kelly, probablemente porque era menuda y podía mirarle el pecho desde su elevado metro setenta.

Además, Kelly era más simpática que yo.

En su ausencia, examinó a fondo a la rubia burbujeante que estaba detrás del escritorio. La forma en que vio a Emily de arriba abajo me hizo carraspear. Le sostuve la mirada cuando su atención volvió a centrarse en mí.

—Se hizo daño en el tobillo. —Seguí enrollándome los nudillos, colocándolos alrededor de la muñeca y luego de nuevo alrededor de la palma de la mano. Flexionando los dedos, le dediqué una pequeña sonrisa—. Te quedas conmigo esta noche.

—Eres nueva —le dijo a Emily.

Le dedicó una sonrisa amistosa, pero no tanto como la que había dedicado a los demás. Emily, al parecer, leía muy bien las vibraciones y el contacto visual intenso.

—Empecé hace un par de semanas.

Asintió con la cabeza.

—Genial. Otra razón para amar los martes por la noche.

Como no estaba mirando, puse los ojos en blanco.

—Será mejor que vayas a estirar, Mike. Tengo mi lista de reproducción de rock furioso, lo que significa que tienes que estar todo calentado y listo para que te pateen el trasero.

Resopló al pasar y tuve que apretar los dientes.

Alguien iba a recibir un montón de burpees extra esta noche, y no era yo. Como gerente, puede que no pudiera ser directamente grosera con él, pero podía hacerle maldecir el día en que nació.

Emily sacudió la cabeza.

FORBIDDEN



—Tan espeluznante.

Terminé de envolverme la otra mano y suspiré.

—Lo es. Por desgracia, nunca ha hecho nada flagrante como para echarlo. La semana que viene, si estás aquí con Kelly y él es el único que queda, no te vayas hasta que ella lo haga. Esa es una de nuestras reglas tácitas. Ninguna entrenadora aquí sola con alguien nuevo, o alguien como el idiota de ahí que es un poco baboso. ¿Entendido?

Ella asintió.

—Entendido. Gracias, Iz.

Tomé mi botella de agua y la incliné hacia atrás para beber un trago. Fue entonces cuando vi que sus ojos se abrían de nuevo y su espalda se enderezaba. A mitad de trago de agua fría fue cuando decidió hablar desde justo detrás de mí.

—Espero que esa regla también se aplique a ti —refunfuñó Aiden.

El ahogo llegó primero y me tapé la boca con una mano, pero en el proceso intenté exhalar. Lo que me trajo agua a la puta nariz.

La mueca de asco en la cara de Emily fue más que suficiente para que yo supiera lo mortificante que debía de parecer, pero cuando me pasó con cuidado una toalla para que me limpiara la cara, supe que la cosa iba mal.

—Lo siento —dijo—. Parece que tengo la mala costumbre de tomarte por sorpresa.

No me digas, Sherlock.

Terminé de limpiarme la cara y vi a Aiden.

—Está b-bien.

Me observó dejar la botella y la toalla, y cuando su mirada volvió a mi cara, vi el más mínimo indicio de diversión.

Y eso no disminuyó en nada mi abyecta humillación por lo estúpida y tonta que me sentía ante aquel hombre.

Respiré hondo y me enfrenté a él.

—¿Qué regla se aplica a mí?

FORBIDDEN



Ladeó la cabeza hacia donde Mike extendía los brazos delante de su bolso.

—Lo que acabas de decirle a Emily.

—La mayor parte del tiempo —respondí con sinceridad—. Pero Mike no me molesta.

—Todavía.

Asentí en señal de concesión.

—Todavía.

—Puedo revocar su afiliación si los entrenadores se sienten incómodos a su alrededor.

Mis cejas se alzaron lentamente.

—¿Incluso si no ha hecho nada más que ser un asqueroso?

—Incluso.

Su brusca respuesta no hizo nada por calmar mis plumas que parecían erizarse de forma natural en su presencia. En todo caso, lo empeoraron. Algo sobre nuestro intercambio anterior, la bolsa, la hija, la forma en que me atacó de frente. Aiden me hacía sentir como si estuviera en carne viva, con los bordes al descubierto, y no había nada que odiara más. Me aparté brevemente para tomar la batería del micrófono, engancharlo a la parte trasera de mis leggings y, a continuación, colocar el auricular alrededor de mi oreja de forma que el micrófono quedara frente a mi boca. Me aseguré de que estuviera apagado antes de hablar.

—Te avisaré si llegamos a ese punto.

Aiden apretó la mandíbula.

—De acuerdo.

Mira eso. Mantuve toda una conversación con él, y lo peor que me pasó fue escupir agua por la nariz. Las cosas estaban mejorando.

—¿Necesitabas algo? —pregunté.

Echó un vistazo a las estanterías.



—La nueva mercancía debería estar aquí en unas dos semanas.

—Puedo hacer que Emily rebaje esto a mitad de precio si quieres moverlo rápido.

Pero Aiden negó con la cabeza.

—Solo ponlo todo en cajas.

—¿No quieres intentar venderlo?

Me dio un trozo de papel y, en la parte superior, vi el logotipo de la Fundación de Deportes Juveniles de Seattle.

—Prefiero donarlo. Lo repartirán entre varias fundaciones de todo el estado para niños desfavorecidos. Necesitan el equipo más que yo el dinero.

Por un momento, me quedé mirándolo. La dura línea de su perfil y el leve amontonamiento de líneas de sonrisa que se abría en abanico a lo largo de sus ojos. Sinceramente, al diablo con Aiden Hennessy y su gran corazón y sus gestos protectores y su linda hija y sus bíceps del tamaño de mi cabeza. Esto estaba a punto de volverse ridículo.

—Si te parece bien —dijo con ligereza.

Mirándolo a los ojos para calibrar su sinceridad, no encontré nada que me hiciera dudar de lo que decía.

Finalmente, asentí.

Cuando tomé el papel de su mano y él se marchó con un murmullo de agradecimiento, supe que si seguía en ese estado de ánimo una semana más, estaría perdidamente enamorada de mi jefe.

No podía predecir lo que iba a hacer, lo que iba a decir, y me encontré esperando con la respiración contenida lo que viniera después.

Estaba encerrado en su propia caja y, por primera vez, fui yo quien quiso meter los dedos y abrir la tapa.



6

Aiden

—Cuál es tu problema?

Parpadeé, mirando a Clark. Estaba sentado en mi escritorio, esbozando una idea para añadir un altillo abierto sobre la zona de entrenamiento principal.

—No tengo ningún problema.

Que no era mentira porque no era la palabra adecuada.

—Parece que tienes un problema —dijo, con el lápiz volando firmemente sobre su papel cuadriculado.

—¿Por qué mis hermanos pequeños siempre me preguntan eso cuando intento pensar?

Clark no dudó.

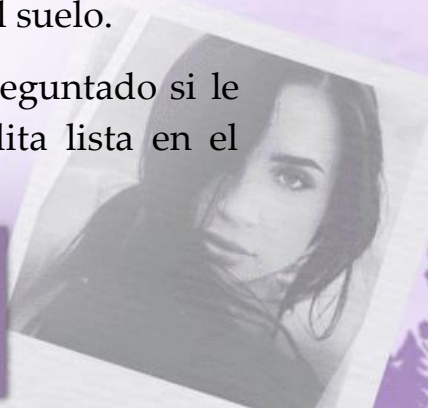
—Quizás porque pareces perpetuamente enojado cuando piensas demasiado.

Cruzando los brazos sobre el pecho, volví a dirigir mi atención hacia el centro del gimnasio, donde Isabel dirigía una clase.

Entraba y salía de las bolsas, gritaba para animar y de vez en cuando se detenía para ayudar a alguien. Llevaba el cabello, como siempre, despejado, y cuando se tiraba al suelo para mostrar algo que quería, lo llevaba tan largo por encima del hombro que casi rozaba el suelo.

Wonder Woman, Anya la había llamado. Y le había preguntado si le gustaba cantar. Supe que estaba pensando en esa maldita lista en el momento en que dijo eso.

FORBIDDEN



—Lo estás haciendo otra vez.

Esta vez, no vi a Clark.

—No puedo entender a mi gerente.

En mi visión periférica, vi que su lápiz se ralentizaba, se detenía y volvía a ponerse en marcha. Siempre pensaba mejor cuando estaba dibujando o construyendo.

—¿Por qué no?

—No puedo obtener una lectura de ella —dije lentamente—. Pero siento que está... incómoda conmigo.

Clark dejó de dibujar, girando en la silla de mi escritorio hasta que me vio.

—¿Hace un buen trabajo?

—Sí.

Como siempre, sin mi permiso y sin ninguna aprobación o premeditación, mi atención se desvió hacia ella. Me irritaba, no por nada en particular, sino simplemente porque tenía la sensación de que ocultaba algo. Se ocultaba a sí misma.

Y no me gustó cómo me sentí.

Porque encendió la mecha de un impulso que hacía tiempo que había enterrado.

Interés.

Todos los demás en el gimnasio habían hecho un esfuerzo concertado para buscarme y llegar a conocerme.

Y con ella era exactamente lo contrario. Quizá por eso me sentí atraído por ella.

La suavidad que mostró a mi hija fue lo más desconcertante de todo. Antes de eso, todo lo que había visto de Isabel eran fragmentos cambiantes que no podía precisar, como si estuviera frente a un espejo de feria.



Torpe en un momento, elegante al siguiente. Impenetrable con un cliente, sonrojándose en la siguiente interacción. Amable con los empleados, rechazando a su vez mi amabilidad.

Cálida con los que la conocían, cándidamente recelosa conmigo.

Era hermosa, como había dicho mi hija. Rara vez sonreía, rara vez reía. No es que yo lo hubiera visto todavía.

Y odiaba, más de lo que podría expresar con palabras, que quisiera descubrirla.

Odiaba haber revisado su expediente de empleada, reflexionando incómodamente sobre el hecho de que era una década más joven que yo y, sin embargo, parecía mucho mayor que su edad.

Ninguna de esas cosas se las verbalizaría a mi hermano, que ya me estaba observando con ese cerebro analítico suyo. Probablemente ya había dicho demasiado.

Porque en el momento en que la vi haciendo reír a Anya, en el momento en que las vi interactuar, lo primero que se me vino a la mente fue absolutamente aterrador:

Esta no. No puede ser ella.

Por muchas razones. Demasiadas para contarlas.

Antes de saber lo que Anya le había preguntado, había catalogado mentalmente cada pedazo de Isabel que conocía. Cuando apareció como lo contrario de cada cosa que Beth le había enumerado a nuestra hija un millón de horas antes, sentí el impacto como un golpe.

Decepción.

—¿Aiden? —preguntó Clark.

—Olvida lo que dije —murmuré—. Lo superaré.

Tenía que hacerlo.



7

Isabel

—¿Es posible que pudieras ser mas zorra?

Ni uno solo de los comensales parpadeó cuando Molly me fulminó con la mirada. Sonreí porque, rodeada por el caos de nuestra familia, estaba en mi lugar feliz.

—¿Por esto? —Levanté el tenedor, cada púa cargada hasta el borde con fideos rotini. Mi mirada se mantuvo fija en Molly mientras olfateaba profundamente—. Mmmm, la salsa huele tan bien, ¿verdad?

Sus ojos se entrecerraron. Me metí todo el bocado en la boca y gemí. Molly tomó su propio tenedor y pinchó su ensalada como si fuera una diminuta muñeca vudú de Isabel.

Noah, el prometido de mi hermana, le frotó la espalda y le puso un trocito de pan en el plato.

—Puedes comer algunos carbohidratos, Molly.

—Sí, Molly —dije—, puedes comer carbohidratos.

Me tiró el pan y yo lo atrapé riendo.

Paige suspiró.

—Isabel, no pinches al oso privado de carbohidratos.

Apretó la mandíbula, mi alegre, amable y simpática hermana que estaba tan enfadada por la falta de carbohidratos que parecía estar tramando mi muerte.



—Para ti es fácil decirlo, te ganas la vida haciendo ejercicio. —Luego vio alrededor de la mesa—. Dios, la mitad de la gente de aquí se gana la vida haciendo ejercicio. Esto es una mierda —refunfuñó, cortando un espárrago.

No se equivocaba.

Logan levantó la mano.

—No me incluyas en eso. Los entrenadores no tienen que estar en forma.

—Aunque seguro que esperas que tus jugadores lo estén —refunfuñó Noah entre bocado y bocado de su propia pasta.

Logan exhaló feliz.

—Gran acondicionamiento hoy, ¿verdad, Griffin?

Noah le dirigió una larga mirada.

—Hablando de gente que se gana la vida haciendo ejercicio —dije—, ¿dónde está Bauer?

Claire suspiró.

—Está en Vancouver para un entrenamiento que no podía perderse.

Extendí el puño sobre la mesa.

—Oye, ahora no soy la única soltera en la cena familiar.

Me chocó el puño. Nuestro sobrino, Emmett, el hijo de diez años de Logan y Paige, se burló.

—Yo también estoy soltero. Muchas gracias.

Claire le dio un puñetazo y yo me acerqué para hacer lo mismo.

Paige sonrió por encima del borde de su copa de vino.

—Esto es lo más cerca que hemos estado de todo el zoo en una mesa en... un año.

—¿Por eso hay tanto ruido? —preguntó Logan.

—Sí —respondimos Claire y yo.



Desde la cocina, Lia caminaba hacia la mesa, equilibrando dos platos en sus manos. Detrás de ella venía su novio, Jude, con Gabriel profundamente dormido. Echó un vistazo a la mesa.

—¿Alguien quiere un bebé dormido?

Paige, Molly y yo levantamos la mano.

Jude nos lanzó una mirada escéptica a las tres y luego levantó la barbilla hacia Molly.

—Te toca, entonces.

—Grosero —murmuró Paige.

Fruncí el ceño.

—Solo la eliges porque tiene esa mirada como si te fuera a cortar.

Noah se atragantó con la comida. Molly volvió a sentarse en su silla, con Gabriel apoyado en el pliegue del brazo y una sonrisa beatífica en el rostro.

—No puedo esperar a que te comprometas algún día, Iz, y ya veremos cómo te comportas cuando falten un par de meses para tu boda y no quieras que el pan te hinche porque pediste el vestido un poco pequeño por accidente.

Isabel Ward Hennessy. Isabel Hennessy. Isabel y Aiden 4-ever.

Si cerraba los ojos con un pellizco, podía ver los garabatos de tinta morada en mi cabeza. Puede que aquel maldito diario no estuviera en la caja metálica, pero probablemente seguía en mi antiguo dormitorio y, Dios, quería ir a buscarlo y quemarlo.

Puede que nunca envíe esta carta, pero ¿vendrías conmigo a mi baile de graduación? Tengo un vestido morado claro que mi hermano me compró. Y me encantan las margaritas, por si quieres hacerme un ramillete con ellas. Solo si quieres.

Apagar mi cerebro hubiera sido encantador porque mi cara se puso inmediatamente al rojo vivo. Después de eso, la cara de Aiden fue lo que se me vino a la cabeza como un imbécil. Y mi hermana mayor se dio cuenta inmediatamente.

—¿Qué es esa cara?

—Nada. —Me metí otro bocado de pasta en la boca—. Reacción física involuntaria ante la idea de dejar los carbohidratos.

Puso los ojos en blanco.

Podía sentir el peso de la mirada de Paige a un lado de mi cara, por lo que la ignoré.

En algún momento, siempre había sabido que la persona adecuada metería el pie en la puerta proverbial antes de que yo pudiera cerrarla de golpe.

Pero tendría que ser un pie grande. No es un juego de palabras. Pensar en pies grandes, manos grandes y brazos grandes me hizo volver a meterme comida en la boca. Era difícil imaginar cómo a los demás les resultaba tan fácil dejar que eso sucediera, abrirse y ser normales.

Pero como era yo, claro que no era tan fácil.

El primer tipo que pulsó todos los interruptores correctos era en parte fantasía, en parte realidad prohibida, y todo jodidamente perfecto por lo que pude ver.

—¿Cómo es el nuevo jefe, Iz? —preguntó Logan.

Aquella deliciosa pasta se convirtió en ceniza en mi boca porque era imposible que hubiera estado siguiendo mis pensamientos. Ahora me tocaba a mí fulminar con la mirada.

—¿Qué? —preguntó—. ¿No estamos hablando de eso?

Paige ahogó una carcajada.

Suspiró.

—Se supone que tienes que decirme cuándo no puedo preguntar cosas —le dijo a su mujer.

Molly se rio.

—Iz está muy susceptible porque estaba muy enamorada de él cuando empezó a pelear.



—No lo hice —protesté, pero fue una protesta débil en el mejor de los casos. Yo tampoco me habría creído.

Lia se rio.

—Solías recortar su foto de *Sports Illustrated* y pegarla en la parte de atrás de tu puerta. Nos lo contaste después de que fuera al gimnasio la primera vez.

Con las manos temblorosas mientras agarraba mi plato, me levanté de la mesa. Prefería enfrentarme a un pelotón de fusilamiento que a ese tema.

—Sabes, creo que he terminado de comer.

Paige abofeteó a Lia.

—¿Deberíamos recordarte a quién solías pegar en tu pared?

Su risa se desvaneció. *Todos* recordamos la fase de Bieber con el cabello largo por la que pasaron Lia y Claire. Duró dos años.

—Mis tímpanos aún se están recuperando de ese bloque de tiempo —murmuró Logan.

Jude tarareó.

—Kate Winslet para mí. La conocí en una cena hace unos años y casi me desmayo cuando me dio la mano.

—¿Ves? —Señalé a Jude—. No soy solo yo.

Molly tomó un trozo de pan del plato de Noah y me señaló con el dedo cuando terminó de masticar.

—Sin embargo, es tu jefe. Tu capacidad para separar tus sentimientos del pasado es vital si vas a mantener los límites profesionales.

—¿Hablas en serio? —pregunté.

—¿Qué?

Noah la vio.

—Eres de las que hablan. ¿Necesito recordarte cómo nuestro pasado nos alcanzó en el trabajo?

Las mejillas de Molly se sonrosaron.



—No.

Le sonreí.

—Gracias, Noah. Eres mi casi cuñado favorito.

—Soy tu único casi cuñado.

Jude levantó la mano.

—Hola, sentado aquí.

Mi hermano le dirigió una mirada llana.

—¿Hay un anillo en el dedo de Lia que no vemos?

Sabiamente, Jude no discutió. Se limitó a rodear con el brazo a mi hermana pequeña, que sonrió en su dirección.

Dejé el plato en la isla de la cocina e intenté ignorar la forma en que Paige me miraba desde la mesa. Ni siquiera intentaba ocultarlo, y cuando Logan le susurró algo al oído, ella sonrió, pero sus ojos permanecieron fijos en mí.

Veía demasiado. Desde el día en que apareció en nuestras vidas, tenía la extraña habilidad de ver a través de mí como si yo fuera de plástico. Lo odiaba. Y lo necesitaba.

Mis hermanas, por la razón que fuera, y aunque me querían eternamente, nunca tuvieron el mismo talento. Veían lo mismo que los demás. Isabel, la hermana intimidante. Isabel, con la que no te metías. Isabel, la que se pelearía con el mundo si alguien se metía con su familia.

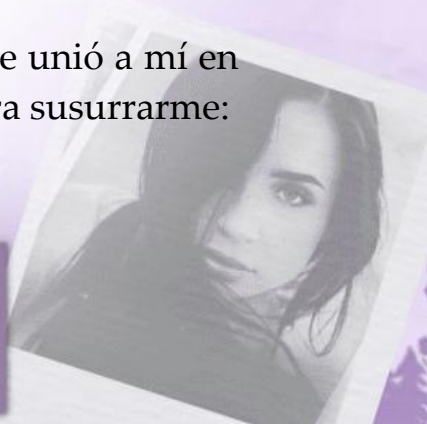
Pero de vez en cuando me preguntaba cómo no podían ver lo que había debajo de todo eso.

A veces sentía que todo lo verdaderamente bueno que podía ofrecer a alguien estaba forrado de metal y encerrado bajo la superficie. Incluso yo no estaba segura de cómo quitar la tapa. Aiden, todo esto, me hizo darme cuenta de cuánto tiempo había estado contenta con eso.

Cuando recogí mi plato, Paige se levantó en silencio y se unió a mí en la cocina. Me dio un codazo con el hombro y se inclinó para susurrarme:

—Háblame.

FORBIDDEN



—¿Sobre qué?

Ella suspiró.

—¿Vamos a jugar a ese juego en el que actúas como si no pasara nada? Solo avísame si es así, y me pondré mis pantalones de terca.

Tomé su plato, lo enjuagué y lo puse en el lavavajillas junto al mío.

—Es que no sé qué quieren que les diga. Sí, la Isabel adolescente sentía algo por él. No puedo cambiarlo, y ahora no significa nada.

Mentirosa, mentirosa, pantalones en llamas.

—¿Y por qué parece que quieres teletransportarte fuera de aquí cuando te preguntan por él?

Cerré el lavavajillas y me apoyé en la encimera. Con un encogimiento de hombros, le dirigí una mirada de impotencia.

—Porque sí. Y yo solo... Todo esto me hace sentir tan... —Me estremecí.

Paige me estudió y asintió lentamente mientras yo hablaba.

—Te hace sentir desequilibrada y fuera de control, cosa *que* odiarías. Ahora que lo pienso, creo que nunca te he visto ponerte así por un hombre.

Con un gemido, me cubrí la cara con las manos.

—¿Podemos dejar de hablar de eso?

Ella se rio.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya he terminado.

Logan se unió a nosotros.

—Lo siento, Iz, no sabía que era un tema prohibido.

Qué interesante elección de palabras. Aiden era ciertamente eso.

Algo que quería, pero no podía tener. Por lo que yo sabía, aún no había llorado a su esposa. Quien, según todos los indicios, había sido hermosa y amable. Su novia del instituto, según el artículo que leí un día que estaba un poco sensible. Estaba empezando de nuevo, cuidando de su hija, y lo

más probable es que siguiera siendo como era. Un participante activo en todas mis mejores fantasías hasta que algún día lo superara. Con suerte.

—Está bien. —Suspiré.

Vio a Paige.

—¿Le preguntaste por Emmett?

—¿Qué pasa con Emmett? —le pregunté.

—Paige quiere venir al partido de Tampa —dijo mi hermano.

Paige le lanzó una mirada que le hizo sonreír.

—¿Pueden no hacerlo, con el contacto visual? —pregunté.

Paige se rio.

—¿Podrías quedarte con Emmett un par de días? Tiene un asunto escolar ese viernes al que no puede faltar.

—Claro. ¿Cuándo es el partido?

Mientras me desplazaba por el calendario de mi teléfono, nombró la fecha de mediados de septiembre.

—¿Molly también va al partido?

Paige negó con la cabeza.

—Ella no quiere usar cualquier tiempo libre tan cerca de la boda. Creo que se irá a trabajar, de todos modos.

Como ya nos habíamos burlado implacablemente de ella cuando empezó a planearlo, levanté la voz al responder.

—Sí, ¿qué clase de novia planea una boda en octubre en una familia de atletas?

Molly volvió a alzar la voz.

—Sabía que era una semana de descanso, ¿de acuerdo? Intentas reservar el lugar de tus sueños cuando la mitad de la gente de tu familia juega en algún deporte profesional.

Paige se rio.

FORBIDDEN



No se equivocaba. Hacer malabarismos con los horarios de mis hermanas y sus parejas era una pesadilla.

—Lia estará fuera en un partido fuera de casa con Jude, y Claire estará en Vancouver con Bauer mientras entrena.

Hice caso omiso de las explicaciones de Paige.

—No pasa nada. Hay tiempo de sobra para pedir el fin de semana libre.

—¿Al nuevo no le importará? —preguntó.

Mi mirada se quedó clavada en mi teléfono.

—No veo por qué lo haría.

Emmett corrió a la cocina y tiró su plato al fregadero con estrépito.

Paige puso los ojos en blanco.

—¿Me quedo contigo cuando se vayan, Iz?

—Creo que nos quedaremos aquí si te parece bien.

Asintió con la cabeza.

—Totalmente. Tu apartamento es tan aburrido.

—No es así. Simplemente no necesito más de setenta centímetros de pared para ver la televisión, como algunas personas que conozco. —Vi a Logan.

—Sí —dijo Emmett—, por eso es una mierda. Has vivido ahí dos años, y lo ves en tu diminuto portátil.

Paige le dio un codazo para que saliera de la cocina.

—Ve a hacer los deberes antes de que cambie de opinión, pequeño punk.

—Y deja de decir apesta —dijo Logan tras su espalda en retirada.

—Si eso es lo peor que dice a los diez años, lo está haciendo mejor que nosotras —le recordé.

Se frotó las sienes.



—Escucho maldecir a los atletas todo el día en el trabajo, y a veces, creo que el peor lenguaje que he escuchado vino de ustedes cuatro mientras crecían.

—Por eso nos amas.

—Y ese amor es la razón por la que estoy encaneciendo prematuramente. —Suspiró.

Paige le acarició el estómago.

—Mi sexy zorro plateado —ronroneó, inclinándose para darle un beso.

Puedo soportar las demostraciones públicas de afecto de aproximadamente el dos por ciento de la población, pero cuando le agarró el trasero, me estremecí.

—Y a propósito de eso —dije, saliendo de la cocina con una mano tapándome los ojos—. Adiós a todos —dije, saludando con la mano al grupo de la mesa.

—¿Ya te vas? —preguntó Molly con un mohín. No se me pasó por alto que Noah le había arrancado lentamente trozos de pan hasta el punto de que ella se había comido su rebanada entera. No me extraña que ahora estuviera más simpática.

—Estoy agotada —le dije—. Y tengo que dar tres clases mañana sin Kelly.

—Voy a ir a hacer ejercicio contigo —dijo Molly después de soplarme un beso.

—'K. Envíame un mensaje para que ponerlo en la agenda. No quiero que nadie más me reserve para una hora que funcione para ti.

Lia hizo una cara de puchero.

—Aw, esperaba que pudiéramos revisar cajas después de la cena y encontrar toda tu parafernalia de *I ♥ Aiden*.

La mirada que le dirigí hizo que Lia se riera, pero, sinceramente, si quería una garantía de que me largaría de ahí, acababa de hacerlo.



Porque en algún lugar, subiendo las escaleras, podría encontrarla si buscaba lo suficiente. La caja metálica, con aquella maldita carta, estaba en la habitación de invitados, sin duda debajo de una pila de libros y papeles que Paige se negaba a organizar. Por un momento, vi hacia las escaleras y pensé en sacarla a escondidas.

Tal vez destruir la carta, ver el ridículo nivel al que me había obsesionado con él, lo purgaría de mi sistema y podría volver a la normalidad.

Sonaba tan bien.

Y tan terrible.

Me despedí y recibí un apretón extra de Paige. Pero antes de salir de casa, hice una pausa y, sin pensármelo demasiado, subí las escaleras de dos en dos, dirigiéndome directamente a la habitación de invitados. Era un desastre, pero en la gran estantería del fondo de la habitación, rodeada de muebles de repuesto, ropa que había que donar, montones de juguetes y toda la mierda que habíamos acumulado a lo largo de los años, vi el borde de metal negro de la caja de seguridad.

Conteniendo la respiración, lo rodeé con la mano y lo saqué de debajo de la pila de libros que lo había ocultado casi todo. Pesaba más de lo que recordaba y, cuando lo apreté contra mi pecho, deseé poder llamar a Nan y contarle lo de Aiden. No era pariente mía, ya que Logan y yo no compartíamos mamá, pero en todos los aspectos que importaban, nos había acogido bajo su protección tras la muerte de mi papá, su exmarido.

Querría saberlo todo sobre lo que había guardado en la caja en los años transcurridos desde que me la regaló.

Y por qué quería ocultar esto a todos los demás.

Con la caja en mi poder, exhalé un suspiro de alivio y bajé ligeramente los escalones, escabulléndome por la puerta principal antes de que nadie se diera cuenta de que había subido.

El aire de la noche era cálido y fragante cuando salí hacia mi auto. La caja se colocó en el asiento del copiloto y, por un momento, la estudié como si no estuviera segura de lo que era o de cómo había llegado hasta ahí.

Mi pulgar trazó el pesado círculo de oro donde la llave, pegada al fondo de la caja en una bolsa de sándwich, se deslizaría en su lugar. Con mi suerte, la caja se había oxidado y pasaría el resto de mi vida sabiendo que mi yo adolescente nunca podría deshacerse por completo de las pruebas de mi enamoramiento de Aiden Hennessy.

En ese caso quemaría toda la maldita caja.

Justo cuando esa idea se me pasó por la cabeza y me di cuenta de lo loca que parecía, mi teléfono empezó a sonar. Cuando lo saqué, no reconocí el número que aparecía en la pantalla, pero me resultaba lo bastante familiar como para contestar.

—¿Hola?

—Busco a Isabel Ward —dijo una voz masculina desconocida.

—¿Puedo preguntar quién llama?

Hizo una pausa.

—Sí, soy Carl de Punch Fitness. ¿Esta es Isabel?

Fruncí los labios un segundo. Punch era uno de nuestros mayores competidores. Nunca habíamos tenido una mala relación con ellos, pero solo que llevábamos un gimnasio de estilo diferente. Y ni una sola vez, en todos los años que llevaba trabajando para Amy, el dueño se había puesto en contacto conmigo.

—Lo es. ¿Cómo puedo ayudarte, Carl?

—No sé cómo decirlo de otra forma que no sea sin rodeos, pero me he enterado de tu cambio de dueño y me pregunto si buscas un cambio.

Mi cabeza se echó hacia atrás.

—¿Quieres contratarme?

Se rio ante mi tono incrédulo.

—Sí.

—Ni siquiera me conoces —señalé.

—No lo hago, pero soy consciente de tu reputación. Pareces alguien que no tolera las tonterías, y eso me gusta. Así que no me andaré con rodeos.



En los últimos cinco años hemos coincidido lo suficiente en cuanto a miembros como para que haya oído hablar de ti. Y todo lo que he oído es bueno, aunque sea malo.

Si seguía actuando como hasta ahora, lo único que sabría de mí era que me tropezaba con el aire, me caía de las bolsas y fantaseaba con mi jefe.

—Gracias —dije secamente.

—Es decir, si la gente tiene un problema con cómo diriges las cosas, probablemente es porque te han enojado y les has hecho responsables. Así es como yo hago las cosas también.

Me pasé una mano por la cara y no pude ignorar cómo se me aceleraba el corazón en el pecho.

No me lo esperaba.

Las sorpresas, al igual que los cambios, no me sentaban bien.

La idea de dejar mi trabajo, aquel edificio y a mis compañeros me causaba verdadero dolor. Me desangraría de inmediato si intentara desprenderme de ella. La caja metálica crujía y gemía en señal de protesta ante la idea de desarraigar todo lo que me hacía ser yo, lo mucho que tenía arraigado en el edificio donde trabajaba. El cambio adoptó una forma diferente, algo que no podía haber imaginado cuando Aiden asomó la cara. Así que respondí con toda la sinceridad que pude sin llevarle la contraria a este tipo.

—No quería dejar Wilson's.

—Pero ya no es Wilson's, ¿verdad?

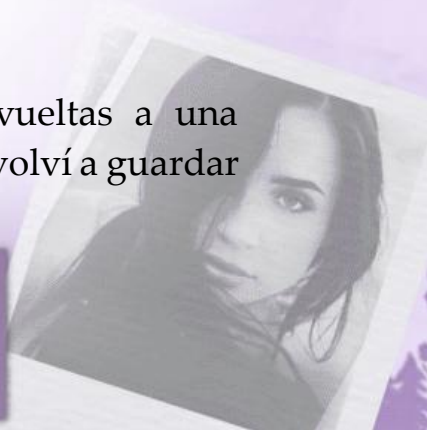
Exhalando lentamente, golpeé el volante con los dedos.

—No lo es. Pero sigue siendo el lugar que amo. Y ahora mismo, no tengo intención de irme.

Tarareó.

—Bueno, si cambias de opinión, tienes mi número.

Con la llamada desconectada y mi cerebro dando vueltas a una velocidad incómoda sobre lo que significaba todo aquello, volví a guardar el teléfono en el bolso y arranqué el auto.



8

Isabel

Al día siguiente, todo parecía distinto en el trabajo.

O tal vez el trabajo era el mismo, pero yo lo observaba a través de una lente diferente. La llamada sorpresa de la noche anterior me mantuvo despierta durante horas mientras miraba al techo e intentaba imaginar una realidad que no incluyera las cuatro paredes del gimnasio que era mi segundo hogar.

El filtro que había aplicado empezó a catalogar cosas que cambiaría, si pudiera.

No me gustó cómo se habían colocado las máquinas de pesas y cardio, pero Amy consideró que era importante mantener una separación con las bolsas. Había demasiado espacio muerto alrededor de la pista central, y la recepción debería estar orientada de otra manera. En repetidas ocasiones nos habían pedido duchas completas, pero la inversión nunca valía la pena en aquel momento.

Más de una vez ese día, me encontré mirando fijamente ese lado del gimnasio, reorganizando mentalmente las cosas.

Necesitábamos más empleados, lamentablemente al parecer en días como en los que me encontraba, mientras me envolvía las manos para mi tercera clase de una hora del día. Mi garganta estaba pagando el precio tanto como mi cuerpo, porque aunque teníamos micrófonos, seguía siendo una hora sólida de gritar por encima de la música. Y mi cuerpo, bueno... basta decir que intentaba ir con calma para poder moverme al día siguiente.



Mientras charlaba con los clientes, estiré el brazo sobre el pecho y capté movimiento en el despacho de Aiden.

Había estado escaso todo el día, y se lo agradecí.

Si hubiera empezado con agua saliendo por la nariz, cayéndome de bruces, tropezando con cuerdas o algo así, quizá habría pensado demasiado en la oferta de Carl.

Su alta estatura llenaba el umbral de la puerta y, cuando su mirada se clavó en la mía, sentí que se me calentaban las mejillas.

Mi reacción suscitó una pregunta en la que no quería pensar. ¿Podría irme simplemente por mi reacción ante él?

Nunca había huido de un reto en toda mi vida. Ninguno que importara.

Y si aceptaba este otro trabajo, eso era lo que estaría haciendo. Incluso cuando no lo veía, imaginaba sus ojos sobre mí.

Bajé los brazos y la mirada porque aún estaba lo suficientemente lejos de mí como para que yo hubiera sido inmune a su presencia.

Pero eso no significaba una mierda, no cuando me tenía conectada a una red de energía invisible. Incluso con las pocas interacciones que habíamos tenido hasta ahora, ese hombre tenía todo tipo de partes ocultas de mí encendidas.

Enganché la batería a mis leggings y encendí el micrófono.

—Dos minutos para que empecemos a rodar, todo el mundo. Asegúrense de estar estirados, tomen algo de beber, lo que necesiten hacer. No doy descansos para beber agua en mi clase, así que depende de ustedes mantenerse hidratados, ¿de acuerdo?

Me acerqué a la pared donde estaba montado el equipo de música sobre grandes soportes y toqué el iPad en el soporte de la pared, sacando la lista de reproducción que quería utilizar.

Por el borde del gimnasio, Aiden caminaba despacio, charlando con uno de nuestros miembros más veteranos. Pero sentí sus ojos clavados en mí mientras acompañaba a la clase durante el calentamiento. Mi sangre

zumbaba caliente y rápido bajo mi piel, y me encontré con más energía que en mis clases anteriores del día.

Mientras caminaba alrededor de las bolsas, gritando combinaciones e indicaciones a las treinta personas presentes, fue la primera vez que sentí un tipo diferente de energía recorriendo mi cuerpo mientras Aiden estaba cerca. Era algo poderoso, algo que merodeaba y ronroneaba.

Lo que me permitió a continuación fue estúpido. Tan estúpido. Pero mientras enseñaba, dejé que mi mente se acelerara. En mi cabeza se reproducía un escenario diferente al ritmo fuerte y palpitante de la música. Mientras todos seguían trabajando, mientras la gente llenaba el edificio, me hizo un gesto para que entrara en su despacho. Sin mediar palabra, cerró la puerta detrás de nosotros, se acercó a mí en silencio, deslizó su mano contra mi cadera para apagar el micrófono, y entonces yo estaba contra la puerta, sus manos duras, su boca exigente, y al ritmo del bajo retumbante, me tomó así. Me tapó la boca con la mano para que nadie me oyera.

Pero no era real.

Cuando terminé la clase y acompañé a todo el mundo a enfriarse y estirarse, estaba sudorosa y despeinada, con el cabello pegado a la nuca porque mi trenza había empezado a deshacerse con mi esfuerzo y mi imaginación. Los clientes me dieron las gracias por la clase y, después de limpiar sus bolsas y recoger sus cosas, el gimnasio se fue vaciando poco a poco, salvo algunas personas en las máquinas.

Para entonces, mi ritmo cardíaco había disminuido y mi mente se había calmado.

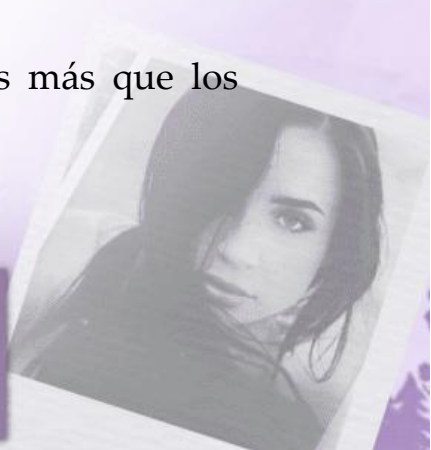
Un miembro de la clase, una joven de rostro fresco, se acercó a mí con una sonrisa tentativa.

—Casey, ¿verdad? —le pregunté.

Ella asintió.

—Me gustan mucho tus clases. Siempre me presionas más que los demás profesores. Creo que es porque das más miedo.

Me reí.



—Gracias, creo.

—¿Alguna vez haces entrenamiento de defensa personal?

Asentí con la cabeza.

—Sí, la configuración de estas clases es para cardio, pero si querías algo específico, puedo engancharte conmigo o con uno de los otros entrenadores.

—Creo que preferiría una entrenadora —dijo en voz baja.

—Por supuesto. —Suavicé mi tono—. Sienta bien conocer algunos movimientos, ¿verdad?

Casey tenía los ojos muy abiertos y, cuando asintió lentamente, me entraron ganas de destroz a cualquiera o cualquier cosa que le hiciera sentir que necesitaba saber cómo defenderse.

—¿Cuánto cuestan las sesiones de entrenamiento? —Hizo una mueca—. Presupuesto de estudiante universitario, ¿sabes? Aproveché la promoción de tu tarjeta perforada el mes pasado, pero no sé si podré permitirme algo más.

Miré por encima del hombro y no vi a Aiden.

—Te diré algo, ¿tienes unos minutos ahora? Me encantaría repasar algunos conceptos básicos.

—¿En serio? —respiró ella.

—Sí. Déjame deshacerme de este micrófono y tomar algo de agua.

Mientras conectaba la batería al cargador, respiré lentamente. No era la primera vez que una joven nos pedía clases de defensa personal, pero, sin embargo, algo en sus grandes ojos marrones y en su carácter tímido me hizo pensar.

Tal vez una clase al mes impartida por mí o por Kelly con algunos otros entrenadores ayudando con demostraciones. Tendría que preguntarle a Aiden si le parecería bien algo así. Las ideas sobre cómo podríamos conectar con la Universidad de Washington y otras universidades locales me rondaban la cabeza cada vez más deprisa.

Volví hacia donde ella esperaba, con los brazos cruzados sobre el estómago.

—¿Lista? —le pregunté.

Ella asintió.

—De acuerdo, deja los brazos a los lados y respira hondo para mí. —Asentí cuando ella obedeció—. Te enseñaré un par ahora mismo, y no son nada que requiera que seas más fuerte que un atacante, ¿está bien? Los movimientos de defensa personal más básicos no requieren que te quedes a luchar. El objetivo es escapar de forma segura.

Su pecho subía y bajaba rápidamente, pero estaba escuchando.

Señalé las bolsas.

—Todo lo que acabamos de hacer en clase está muy bien como ejercicio. Es genial saber lo básico de cómo lanzar un puñetazo efectivo y usar la parte inferior del cuerpo a tu favor, pero no vas a golpearles con un jab, un cross y un roundhouse, ¿verdad?

Casey exhaló una carcajada.

—Espero que no. De todos modos, siempre he tenido muy poca fuerza en la parte superior del cuerpo.

—No pasa nada —le aseguré—. Si te sientes cómoda con eso, me gustaría que actuaras como la agresora ahora mismo, y te enseñaré un par de cosas.

—¿Qué debo hacer?

Por el rabillo del ojo, pero fuera del campo visual de Casey, vi a Aiden apoyar su corpulento cuerpo contra una de las vigas de acero que sostenían todas las bolsas. Tenía cara de curiosidad, pero no hizo ademán de interrumpirme.

Tragué saliva y la moví para que quedáramos frente a frente.

—Empecemos como si alguien se te acercara e intentara tirar de tu brazo hacia él, así que por qué no me agarras la muñeca.

Aún tenía las manos vendadas de la clase y, tímidamente, me rodeó la muñeca con los dedos.

FORBIDDEN

—Bien. —Le sostuve la mirada—. Ahora siente cómo voy a poner mi mano sobre la tuya. No se trata de arrancar mi brazo de tu agarre. Se trata de recuperar el control.

Pasé la mano por encima de la suya y empujé ligeramente hacia abajo; su cuerpo se movió hacia mí y yo giré el brazo que ella sujetaba hacia abajo y alrededor, de modo que pude utilizar esa mano para agarrarle el antebrazo. Una vez hecho esto, la parte superior de su cuerpo se vio obligada a apartarse de mí y empujé suavemente hacia abajo. Casi de inmediato, se arrodilló.

—Wow. —Se rio.

—Ahora intenta levantarte —le dije, con la mano aún sujetándole el brazo.

No pudo.

—¿Ves? No estoy tratando de dominar a nadie. Solo quiero ponerme en una posición en la que pueda desengancharme y escapar. Así que ahora que estás así, voy a soltarte y huir.

Casey se puso de pie, con los ojos encendidos de emoción.

—¿Puedes enseñármelo otra vez?

Un poco más despacio, lo repasé dos veces más hasta que sintió que podía probarlo conmigo.

Cambiamos de sitio y, tras una corrección de cómo me agarraba la mano, me puso de rodillas, con el cuerpo de espaldas a ella.

—Excelente —le dije—. Hagámoslo una vez más, y pasaremos a otro movimiento.

Casey lo hizo muy bien, empujándome hacia abajo y alejándome de ella con más facilidad, y su sonrisa era amplia cuando volví a ponerme de pie.

—De acuerdo, ¿qué te parece si me agarras de la trenza? Puedo enseñarte una forma muy fácil de escapar si alguien te agarra del cabello.

Inmediatamente, su rostro palideció.

—Yo... no lo sé.



Levanté las manos.

—No haremos nada que te haga sentir incómoda, lo prometo.

Volvió a cruzar los brazos sobre el estómago.

—Creo que podría agarrarte bien, pero... no puedo... —Su voz se entrecortó y señaló vagamente su propia coleta. Casey cerró los ojos—. No me atacaron ni nada parecido. Fue solo un tipo borracho en una fiesta, y se puso un poco manoseador.

Se me rompió el corazón mientras buscaba las palabras, y toda la furia que había sentido antes volvió a rugir.

—No tienes que decírmelo si no quieres.

Detrás de ella, vi a Aiden dejar caer la barbilla sobre el pecho, que se expandió en una profunda inhalación.

Tomé aire para tranquilizarme.

—¿Te importaría si traigo a alguien que pueda mostrarte cómo funciona esto?

Casey parpadeó, con aire inseguro.

—Solo me tocará el cabello —prometí—. No te tocará para nada, ¿de acuerdo? O también podríamos hacer otro movimiento.

—No —dijo ella—. Puedo mirar. Gracias, Isabel.

Le puse una mano en el brazo y apreté. Mi mirada encontró la de Aiden y levanté la barbilla.

—¿Podrías ayudarme un segundo, por favor?

Se apartó de la viga y se acercó, y tuve que cerrar los dedos en un puño cuando sentí el menor temblor de nervios.

Casey le dedicó una rápida y apretada sonrisa, y él le respondió con un pequeño movimiento de cabeza.

—Casey, este es Aiden. Es el dueño.

Ella saludó.

—Hola. Perdón por ser una gallina con esto.

FORBIDDEN



Agachó la cabeza porque ella era mucho más baja que él.

—No te disculpes nunca, ¿de acuerdo? Es duro dejar que alguien te ponga las manos encima, aunque solo sea para practicar.

Tuve que luchar contra el impulso de no pensar algo injusto como, oh, que se joda por decir algo perfecto. No quería que Aiden dijera e hiciera cosas perfectas. Quería que metiera la pata. Que hiciera algo que me enfadara. Que hiciera algo que me dieran ganas de llamar a Carl y decirle que aceptaría su oferta de trabajo.

Y esa era la cuestión. No quería aceptar la oferta de trabajo de Carl. Solo lo haría si tuviera una muy buena razón. Cuando Aiden me vio con sus ojos verdes clavados en mi cara, tuve que aceptar que el hecho de que me desestabilizara no era una buena razón.

Imaginarnos juntos no era una buena razón.

Preguntarme si tenía sitio en su vida, en su corazón, para alguien nuevo tampoco era suficiente.

Reconocerlo fue suficiente para calmar algo frenético dentro de mí. Confiar en que sabía que lo correcto era quedarme, aunque me llevara tiempo superarlo, me hizo respirar más tranquila.

—Aiden me va a agarrar del cabello, ¿está bien? —Le dije a Casey aunque mi mirada no se movió de la suya—. Y quiero que mires cómo muevo el brazo.

No hizo ningún movimiento rápido, nada diseñado para sorprender. Cuando levantó el brazo, moviendo los músculos bajo el algodón de la camisa, le costó un poco más respirar. Las costillas se apretaron cuando la gruesa columna de su garganta se movió en un pesado trago. Como acababa de imaginarnos con tanta claridad, en mi cabeza se desdibujó lo que era real y lo que no.

Justo antes de tocarme, vaciló. Nuestras miradas se sostuvieron así, y me pregunté qué vería en mi rostro.

Cuando su mano se enroscó alrededor de mi trenza, sus dedos me rozaron la nuca. Era tan leve que apenas se notaba, pero aun así me estremecí.

Y se dio cuenta. Sus ojos se entrecerraron ligeramente. A un lado, Casey se movió, y yo parpadeé.

Dirigí mi atención hacia ella.

—Nunca intentes apartarte ni intentes quitarles la mano del cabello.

Se había tapado los dientes con los labios, pero asintió. Dos brillantes manchas rosas salpicaban sus mejillas.

—Mira por donde tiro hacia abajo, justo al lado de su codo.

Respiré hondo y balanceé el brazo que había entre nosotros, enganchándolo alrededor de la parte superior de su brazo y tirando de él hacia delante en forma de gran C. Aiden se tambaleó hacia delante y vi la enorme sonrisa de Casey.

Aiden enarcó una ceja cuando se enderezó a su altura completa y, ante su expresión, exhalé una carcajada.

—¿Otra vez? —preguntó. Su tono era cálido, y los dedos de mis pies se curvaron en mis zapatos.

Asentí con la cabeza.

Volvió a agarrarme del cabello, con un agarre un poco más firme. Le hice un gesto para que esperara.

—Mira lo que hago al final ahora. Esto es solo si sientes que lo necesitas.

—¿Me avisas de lo que me vas a hacer? —preguntó.

—No.

Casey se rio.

Su mano se tensó, mi piel zumbó al hacerlo, y volví a girar el brazo, esta vez con más fuerza, y cuando tropezó hacia delante, le di una patada en la parte posterior de la rodilla, que ya estaba doblada, y cayó inmediatamente hacia delante.

Casey aplaudió.

—Eso fue increíble.

Con una sonrisa, le choqué los cinco.



—Y no soy más grande ni más fuerte que él, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

Aiden se enderezó de nuevo, clavándome una mirada que casi, casi podría haber parecido divertida. Algo ligero y burbujeante se apoderó de mi torrente sanguíneo y me entraron unas ganas desesperadas de agarrarle la cara con las manos y besarlo cuando me miraba así.

Con todo el control del que era capaz, aparté mi atención de él.

—No se trata de luchar contra ellos, Casey. Deshazte y escapa. Eso es todo de lo que debes preocuparte.

—Gracias —le dije.

—Creo que ya estamos en paz —murmuró, señalando la viga de acero donde Anya había estado encaramada.

Asentí espasmódicamente.

Hizo un rápido gesto con la cabeza a Casey.

—Llama mañana si quieres concertar una sesión de entrenamiento gratuita con Isabel o Kelly, ¿de acuerdo? Yo invito.

—Gracias —dijo con fervor—. Son increíbles.

Desapareció del suelo del gimnasio y volvió a su despacho, y lentamente, mi corazón volvió a una velocidad normal.

Casey puso su mano en mi brazo.

—Gracias. De verdad.

—Ese es mi trabajo —le dije.

Y así era.

Se despidió con la mano y me senté en el borde de la pista central, apoyándome contra las cuerdas, cuando sentí que se acercaba.

Ninguno de los dos dijo nada, y tuve que cerrar los ojos para luchar contra el impulso de escapar. El impulso de quedarme. Era una batalla constante cuando se trataba de él.

—Ward —dijo.

FORBIDDEN



Lentamente, abrí los ojos. Quería oírle susurrarme eso al oído.

Miraba fijamente al estacionamiento, donde Casey estaba sacando el auto de su sitio.

—Cualquier cosa que necesites para conseguir algunas clases como esa en el horario, haz que suceda.

Se me hizo un nudo en la garganta al asentir.

—Si quieres —añadió en voz baja.

—Lo hago.

—Bien. —Exhaló y sus ojos se posaron en mí solo un instante. Pero sentí como si acabara de volver a rodearme el cabello con las manos, como si sus dedos apretaran los mechones y tiraran de mi cabeza hacia atrás.

Por un momento, nos quedamos callados.

—Hoy has enseñado mucho —dijo.

Lo vi.

—Normalmente no hago tanto.

—¿Cuántos más necesitas?

Al parecer me había arrancado el pensamiento anterior de la cabeza y, tras respirar hondo, dije:

—Dos más harían las cosas más cómodas.

Aiden asintió.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—¿Qué más necesitas? —preguntó.

Solté un suspiro. Vaya pregunta.

Contacto visual intenso. Subtexto cargado. Vibraciones sexuales, ¿no era así como Emily lo había llamado?

No había manera de que él estuviera sintiendo lo que yo estaba sintiendo, e incluso si lo estaba, tenía que ser cambiado todo el camino al

máximo en mi estúpida, nunca-desbloqueada cabeza virgen. Este era un hombre que había tenido todo un matrimonio con alguien bueno. Y yo era la chica tonta hilando escenas en su mente.

—Por ahora nada —respondí.

Si Aiden sintió la necesidad de presionarme, no lo hizo. Pero me observó un momento más antes de asentir.

Se alejó, y tuve que volver a cerrar los ojos, dejando que la sensación cargada se asentara y luego pasara.

Al final, tenía que pasar, me dije. Esa noche me iría a casa y pensaría en lo que acababa de ocurrir, guardaría la escena bajo llave donde nadie pudiera verla. Pero antes de hacerlo, lo repasaba en mi cabeza y lo imaginaba de otra manera. Una en la que estuviéramos solos y él me sujetara para hacer algo muy, muy diferente.

En ese espacio seguro de mi cabeza, imaginaba que tenía los dedos metidos en mi cabello y su aliento caliente en mi cuello mientras se acercaba por detrás. Se me aceleró el corazón, ahí sentada en medio del gimnasio, y tuve una imagen visceral de Aiden sujetándome la cadera con la otra mano. Mis dedos se cerraron en puños, un gesto de impotencia que no podía controlar mientras lo dejaba actuar durante unos segundos egoístas.

¿Qué había pensado solo unos días antes? Que el contacto piel con piel podría provocarme un orgasmo espontáneo. Bueno, al parecer, tenía fantasías sexuales reprimidas que habían estado latentes con Aiden Hennessy como la proverbial puta llave, lista para abrirlas.

Ese pequeño roce de sus dedos a lo largo de mi nuca fue la mayor acción que había tenido en un par de años, y *no debería querer* imaginar cómo se sentirían esos dedos en cualquier otra parte de mi cuerpo. De verdad, de verdad que no debería.

Pero mientras me levantaba y volvía a mi despacho, creo que, incluso entonces, sabía que me estaba mintiendo a mí misma.



9

Isabel

—¿Vas a volver pronto?—Con el teléfono entre la oreja y el hombro, saludé a los chicos que se marchaban mientras terminaban una sesión de entrenamiento en grupo con Aiden.

Involuntariamente, mis ojos se desviaron hacia donde estaba limpiando el equipo que acababan de utilizar. Cada flexión de su brazo hacía que mi cuerpo tarareara una alegre melodía. Dios, necesitaba un pasatiempo.

O un vibrador mejor.

O un perro.

O un cerebro nuevo.

Kelly suspiró y volvió a centrar mi atención en nuestra conversación.

—El médico quiere que no me opere el tobillo durante una semana más, luego podré intentar dar clases. Mientras no me vuelva loca.

—Boo.

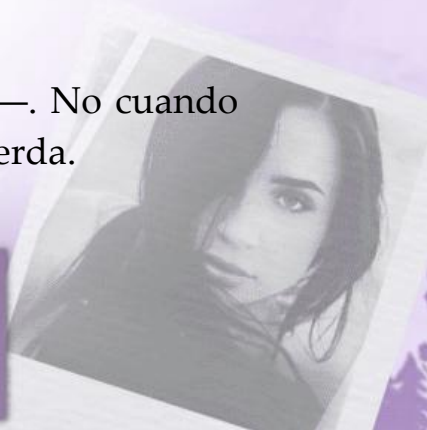
—Lo sé.

Consulté el horario y entrecerré los ojos ante la pantalla del ordenador.

—Probablemente pueda cambiar a un par de personas para que nadie asuma demasiado para cubrirte una semana más.

—¿No querrás tener otro día de tres clases? —se burló.

—Diablos, no. —Arqueé la espalda, que aún me dolía—. No cuando hago dos el día anterior. Soy demasiado vieja para esta mierda.



—Tienes veinticinco años, Iz.

—Sí, pero mi actitud es mucho, mucho mayor.

Aiden se acercó a la recepción, con los ojos fijos en un papelito que llevaba en la mano. Aún le sudaban los brazos de la sesión y me pregunté -solo un poquito-, qué sentiría si recorriera con los dedos las curvas de sus bíceps.

—¿Cuánta gente tuviste en clase anoche? —La voz de Kelly me sacó de mi pequeño festival de miradas, lo cual era bueno porque hasta ahora no había hecho nada que me avergonzara. Mi racha actual se sentía muy, muy impresionante, considerando todas las cosas.

—Mmm, espera. —Hice clic en el ratón varias veces, inclinándome para ver los diminutos números. Quizá necesitaba gafas—. Treinta.

—Oh, zorra, mi máximo es veinticinco para esa franja horaria.

Me reí por lo bajo.

—¿Algo más, Kell? Necesito hacer algo de trabajo antes de una sesión de entrenamiento.

—¡No! Te quiero, adiós.

Negué con la cabeza mientras colgaba. Aiden me vio a la cara mientras dejaba el periódico junto al teléfono.

—¿El tobillo de Kelly va mejor? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—No puede dar clase hasta dentro de una semana, pero debería estar bien con cobertura.

Aiden cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Con qué frecuencia se lesionan así los entrenadores?

—No muy a menudo —le dije—. Creo que agravó una vieja lesión.

Sin darme cuenta de lo que hacía, estiré la muñeca y flexioné las manos. Él se dio cuenta.

—¿Qué pasa?



Mi mano se detuvo.

—Oh. Nada. Todavía un poco dolorida de ayer.

Parecía que iba a decir algo, abría la boca y la cerraba con un pequeño movimiento de cabeza, casi imperceptible. Muy lentamente, él y yo estábamos pisando un terreno más neutral.

—Mi codo —dijo, tras otra pausa—. Me lo he hiperextendido más veces de las que puedo contar. La peor fue mi penúltimo año luchando. Cortez me agarró en una llave, y ese imbécil no me soltaba. —Desplegó la mano y se dio unos golpecitos en un pulgar—. Fractura conminuta en uno de mis primeros combates. Lo juro, aún la noto a veces cuando hace mucho frío.

—Lo recuerdo —dije en voz baja antes de poder contenerme.

Me estudió detenidamente.

—¿Lo recuerdas?

Girando la silla de nuevo hacia el ordenador, empecé a hacer clic aleatoriamente en... cosas.

—Algo así. Vi muchas peleas.

Se me humedeció el cuello de sudor porque la lesión había puesto fin al combate y, al día de hoy, recuerdo que me preocupaba su futuro luchando después de que anunciaran que el hueso se había roto por dos sitios.

No hubo respuesta de su parte, pero tampoco se apartó.

No estábamos solos en el edificio. Alrededor de media docena de personas hacían ejercicio en el equipo. Pero incluso con esa gente compartiendo espacio, tenía que *recordarme* que no estábamos solos. Desde que mi zorra oculta decidió bombardearme con todo tipo de fantasías en las que él y yo estábamos en cuartos oscuros y demás, me resultaba casi imposible estar tan cerca de él.

Con el espacio perfectamente razonable que había entre sus hombros y los míos, era casi como si estuviera enrollando lentamente una cuerda. La cuerda, en mi mente, era invisible para cualquiera excepto para mí, lo que

significaba que no podía cortarla, no podía poner límites a la forma en que mi cuerpo quería balancearse suavemente en su dirección.

—¿Has publicado lo de los puestos vacantes? —preguntó. El claro cambio de tema me hizo respirar un poco más tranquilo.

—Sí. Ya he recibido algunas solicitudes. —Traje el horario de nuevo para que pudiera ver—. Pero a menos que alguien se enferme, estamos bien con esto hasta que Kelly pueda volver.

Mientras Aiden echaba un vistazo al horario que yo había sacado del ordenador, cerré los ojos y respiré lentamente.

Si pudiera pasar un día entero sin hacer ninguna estupidez, sentiría que es algo que puedo controlar. Si tan solo mi imaginación cooperara. Para ser virgen, mi imaginación era muy, muy buena.

Cuando abrí los ojos, estaba entrecerrando los ojos ante la pantalla, y eso me hizo sonreír. Él se dio cuenta.

—No puedo ver estos números tan pequeños —murmuró, inclinándose sobre mi hombro.

—Yo tampoco —admití.

—Molly Ward —dijo en voz baja, y su dedo tocó la pantalla de la sesión de entrenamiento que yo había anotado en el calendario. Su brazo rozó el mío—. ¿Relación o coincidencia?

—Mi hermana mayor. —Lo vi de reojo—. Ella pagó, si te lo estás preguntando.

—No lo hacía. —Se alejó del escritorio, y me encontré perdiendo un poco de esa tensión tan cerrada—. Haces pagar a tu hermana, ¿eh?

Exhalé una carcajada.

—Se lo puede permitir.

Aiden vio fijamente hacia el estacionamiento, pero no pude saber si iba a decir algo más por la forma en que se mantenía.

—Mis hermanos creen que deberían poder hacer ejercicio gratis —dijo—. Pensé en ser amable y decir que sí.



Mi atención permaneció fija en la pantalla del ordenador mientras intentaba descifrar lo que intentaba sonsacarme. La conversación trivial no era algo que domináramos. Lo que empeoraba aún más mi vida de fantasía cuanto más lo pensaba. Y no es que no quisiera saber nada de él. Sí quería. Pero era tan obvio que cuanto más supiera de Aiden, más lo querría.

Pero esta tenue cosa que estábamos haciendo caminando por una extraña cuerda floja de tensión no podía continuar.

Finalmente, lo vi.

—Depende de cuántos hermanos tengas.

—Demasiados.

Su seca respuesta me hizo sonreír. Bajó las cejas, como si mi reacción le confundiera.

—¿Ha pensado Amy alguna vez en instalar un escáner de llaves en la puerta? —preguntó.

Ante el cambio de tema, levanté las cejas.

—Hace un par de años. En aquel momento, no pudimos pagarlo.

—De acuerdo. —Vio un gran reloj negro que llevaba en la muñeca y tuve que luchar para que mis ojos no recorrieran las venas que dibujaban su antebrazo. Quería lamerlas como si fueran caramelos—. Tengo que ir a recoger a Anya a casa de mi hermano. Tu hermana estará aquí cuando acabe el horario de apertura, ¿no?

Asentí con la cabeza.

Me dirigió una mirada mordaz.

—Cierra la puerta principal.

—Lo haré —respondí en voz baja.

Habría sido fácil descartarlo o decirle que estaría bien si estuviera aquí con Molly. Que estaría bien aunque estuviera aquí sola. Hubiera sido fácil tomar sus palabras por algo más profundo que el valor nominal, como si fueran solo para mí, pero la dura verdad era que se lo habría dicho a Kelly o a Emily. También se lo habría dicho a nuestros entrenadores masculinos.

FORBIDDEN

Mi corazón quería empaparse de sus palabras y dejar que dieran vida al resto de mi cuerpo, pero mi orgullo cerró el muro de golpe. Porque eso no ayudaría en nada.

Mientras él recogía sus cosas del despacho, yo me mantenía ocupada. Uno de nuestros miembros me hizo señas para que le ayudara con su forma, así que ni siquiera estaba mirando cuando Aiden se marchó. Cuando terminaron las horas de gimnasio abierto y se fue la última persona, el sol de finales de verano aún brillaba en el cielo. Como la fachada acristalada del gimnasio daba al oeste, era mi momento favorito para hacer ejercicio a la vista de las ventanas. Mientras esperaba a que Molly llegara, me senté en el suelo con la espalda apoyada en el mostrador y empecé a garabatear ideas para la clase de defensa personal.

Inmersa en esas ideas, en las que había estado pensando durante meses antes de que Aiden se apropiara de ellas, ni siquiera me di cuenta de que llegaba el auto de Molly. No fue hasta que abrió la puerta principal y gritó:

—Siento mucho llegar tarde.

Di un respingo y me di una palmada en el pecho.

—Mierda, Molly.

Me vio fijamente.

—¿No me viste entrar al estacionamiento?

—Parece que no. —Tiré mi cuaderno a un lado y me puse de pie.

Llevaba el cabello recogido en una coleta, el pecho ya le brillaba de sudor, y ladeé la cabeza mientras estudiaba su camiseta de deporte.

—¿Tienes la camiseta al revés?

Vio hacia abajo.

—Mmm...

—Oh, en serio. ¿Por eso llegas tarde?

Molly se rio.

—¿Sabes lo que sigo pensando?

—¿Qué?

FORBIDDEN



—Ni siquiera son recién casados y Noah y tú ya son nauseabundos. ¿Cómo va a ser cuando estén realmente casados?

Exhaló con fuerza.

—Por favor. Estamos de luna de miel antes de la boda. Hoy estaba muy nerviosa después del entrenamiento, así que... —Se encogió de hombros—. Tengo que sacar esa tensión de alguna manera, ¿sabes?

No, seguro que no.

—Sinceramente, no quiero pensar en ti y en Noah y en el tipo de actividades que tienen ahora mismo.

Molly volvió a reír, sentada en el banco frente a la ventana mientras se calzaba las zapatillas de deporte. Mientras ella no miraba, estudié a mi hermana mayor. Me hizo preguntarme qué se debe sentir al tener a alguien así en tu vida.

Y como yo era yo... no pregunté.

—¿Por dónde empezamos primero? —preguntó.

Parpadeé.

Mmm, tengo algunos ejercicios de peso corporal trazados. Hoy es el día de los brazos.

—Oh, qué bien —murmuró.

Mientras ella se dirigía hacia donde estaban las cuerdas y las cintas en el suelo de goma, yo ponía música.

Hicimos algunas cosas y, como hacía habitualmente, me ejercité junto a ella.

Molly y yo estábamos hombro con hombro, pasándonos un balón medicinal de un lado a otro después de girar a un lado, cuando hice una pregunta que más tarde, de verdad, desearía no haber hecho.

—¿Recibiste todas tus confirmaciones de asistencia?

Con un giro, le entregué la pelota negra y ella imitó mi movimiento con una mueca. Me ardían los cuádriceps mientras aguantaba la sentadilla y



esperaba a que me la devolviera. Pero cuando se volvió hacia mí, capté una mirada... solo un atisbo de incomodidad.

—¿Qué? —pregunté. Tomé la pelota y volví a retorcerla.

Cuando estuvo en manos de Molly, me puse de pie. Ella hizo lo mismo, dejando la pelota a sus pies.

—Nada.

Pero no hizo contacto visual cuando lo dijo.

—Molly.

—Isabel.

—Tenías esa mirada, y ni siquiera finjas que no lo hiciste. ¿Sigue Noah con eso *de invitar a todo el equipo*?

Exhaló una carcajada.

—No. De todas formas, demasiados chicos viajan durante la semana de descanso. —Molly hizo una pausa, sus ojos finalmente se fijaron en los míos—. Pero acabamos enviando una invitación de última hora esta semana. Y... y no creo que vayas a entender por qué.

Mi cabeza se echó hacia atrás.

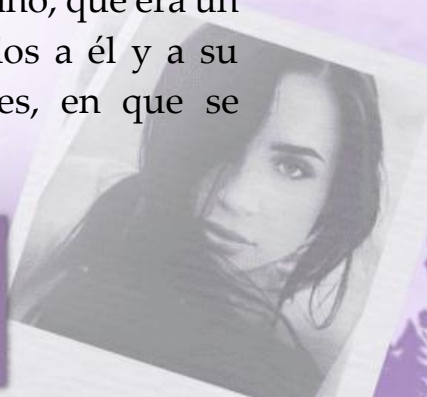
—¿Qué tengo yo que ver con esto?

Antes de contestar, Molly se inclinó para tomar su botella de agua y bebió un largo sorbo. Cuando dejó el agua en el suelo, podrían haber pasado más de diez segundos, pero le pareció una hora.

—Sé que tenemos una dinámica familiar complicada —dijo despacio—, pero siento que no podemos evitar algunas cosas.

Asentí con la cabeza.

—Sí, ya lo sé. Y Logan me dijo que teníamos que ser amables con Nick aunque no los hayamos visto ni una sola vez desde que se mudaron a la Costa Este —dije, refiriéndome a nuestro otro medio hermano, que era un completo imbécil. Por suerte, rara vez teníamos que verlos a él y a su mujer. Hubo un momento, cuando éramos más jóvenes, en que se



enfrentó a Logan por la custodia de los cuatro. Dios, qué idiotas seríamos si él nos hubiera criado.

Los ojos de Molly buscaron los míos.

—No estaba hablando de Nick.

—De acuerdo. ¿De quién?

—Noah y yo decidimos enviar una invitación a la última dirección conocida de Brooke —dijo levantando la barbilla.

Mi piel se calentó.

—¿Qué? —susurré.

Ella asintió, y mi piel se puso helada, helada. El cambio fue chocante, vigorizante, y el corazón se me desbocó en el pecho. Sentí como si Molly me hubiera dado con una palanca en la caja torácica, abriéndome como si estuviera sobre una bisagra.

—No fue una decisión fácil —dijo Molly con calma—. Pero Noah estuvo de acuerdo en que era lo correcto.

—¿Por qué la *quieres* en tu boda?

—Porque... ¡porque esto es algo importante! Casarse es una gran cosa. Todos estamos pasando a estos capítulos de nuestras vidas, y para mí, se sentía como un gesto apropiado para hacer, teniendo en cuenta lo feliz que estoy con Noah. —Molly puso las manos en las caderas y exhaló pesadamente—. Tal vez estoy manejando esto mal.

—Quizá no deberías haber invitado a la mujer que nos abandonó.

Incluso a mis propios oídos, me pareció una reacción infantil, a la altura de tirar el café por el desagüe, pero al igual que me había pasado con Aiden, la idea de enfrentarme a ella también hizo que la Isabel adolescente volviera a tomar las riendas de mi cerebro. Pero esta no era la Isabel adolescente que se enamoraba y recortaba fotos. Era la versión pasada de mí, la que arremetía contra cualquiera que pudiera hacerme daño, y qué bien lo había hecho.

Era la versión de mí que sentía que no tenía control sobre ninguna parte de su vida.

FORBIDDEN



Molly inhaló lentamente.

—Sabía que no sería fácil escuchar esto, Isabel, pero es mi rama de olivo para extender.

—Ella no se merece una rama de olivo —dije acaloradamente—. *Última dirección conocida*, Molly. Ni siquiera se molesta en ponernos al día de dónde demonios vive, ¿pero crees que debería sentarse en los bancos de la familia en la ceremonia?

Molly levantó las manos.

—Si quieres provocarme para que me pelee por esto, no lo haré.

Puse las manos en las caderas.

—No estoy intentando pelear. Intento entender por qué demonios crees que esto es una buena idea. No tienes ni idea de cómo actuará o qué hará, Molly. ¿No quieres que este día sea perfecto?

Solo de pensarlo, de que Brooke entrara en la habitación, tenía las manos, los dedos y los brazos llenos de punzadas. No sabía cómo envejecería. No sabía qué diría. Si fingiría que todo iba bien. Y todas esas incógnitas chasqueaban y gruñían en mi cabeza como un perro rabioso sobre una cadena oxidada.

Mi mal genio no salía a menudo, pero esto era lo único que me hacía explotar más rápido que cualquier otra cosa en el mundo entero. Si mi reacción a Aiden me hizo sentir desequilibrada y fuera de control, mi reacción a Brooke me convirtió en una bomba nuclear andante.

La combinación de ambos -el primero acumulándose durante semanas y el segundo cayendo sin previo aviso-, no fue agradable.

Para mi horror, los ojos de Molly se humedecieron.

—Sí —susurró—. Por supuesto que quiero que este día sea perfecto. Me caso con el amor de mi vida. ¿No crees que he pensado en todo? Estoy invitando a Brooke por mí, Isabel. No por ella.

Exhalé una carcajada, metiéndome los dedos en el cabello.

—¿Qué podrías ganar con esto?

Molly se encogió de hombros impotente.

FORBIDDEN



—Paz, Isabel. Me da paz saber que la he perdonado por marcharse y que ella se dé cuenta. Quizá Brooke se ha mantenido alejada todos estos años porque no sabe cómo la recibirían.

La mirada que le dirigí a Molly solo podía describirse como incrédula.

—¿Ahora la estamos excusando?

—No —respondió ella con sencillez—. No voy a poner excusas, pero tampoco voy a esconderme detrás de un muro arbitrario de ira. Sé que la terapia fue una mierda para ti, pero no lo fue para mí. Y a veces, hermana, encuentras la manera de perdonar a alguien porque es lo *que* necesitas. No porque los estés dejando libres de culpa.

Con cada palabra que decía, sentía unas ganas irrefrenables de huir. Quería taparme los oídos con las manos y dejar de escuchar. Era la misma sensación que sentí antes de que Aiden dijera que había comprado el gimnasio, excepto que mucho, mucho peor.

Lo que Molly había hecho era, como mínimo, como abrir la peor cicatriz que se me pudiera ocurrir y ver cómo alguien vertía suero salino en la carne desgarrada. Y lo que sentí... bueno... sacó la peor versión de mí mismo. Odiaba esta parte de mí. Esta persona reaccionaría que no podía controlar lo que decía o hacía.

Me había esforzado mucho para no ser ella. Para dejarme llevar por el instinto. Y últimamente todo en mi vida parecía impulsado por el instinto, la rueda giraba salvajemente de un modo que no podía detener, que no podía controlar.

Me agaché y recogí las bandas que habíamos usado, luego me metí el balón medicinal bajo el brazo.

—Creo que deberíamos terminar aquí.

—Isabel, vamos, no seas así.

Me detuve, clavándole una mirada.

—¿Cuánto tiempo has tenido para procesar la idea de esto?

Molly tragó saliva antes de responder.

—Tres semanas.

FORBIDDEN



—Genial. —Asentí—. A mí también me parece bien. Ahora si me disculpas, necesito guardar estas cosas.

Cuando volví de guardar el equipo, mi lista de reproducción había llegado al final y Molly estaba en la zona delantera, haciendo lentamente la maleta. Desde mi posición, no podía saber si estaba llorando o no, pero estaba demasiado alterada para pararme a preguntar.

Lo cual era un gran problema porque cualquier cosa que hiciera llorar a mis hermanas me daba ganas de golpear cosas repetidamente.

Y ahora, me dieron ganas de correr.

Porque en este momento, lo único que hacía llorar a mi hermana era yo.

Bueno, yo y nuestra mamá.

Maldita Brooke y el daño que había causado con su egoísmo.

Molly se detuvo antes de salir del gimnasio y me lanzó una larga mirada.

Por suerte, tenía los ojos secos.

—Te quiero, Isabel. Y espero que con el tiempo entiendas por qué hago esto.

Hice rodar los labios entre los dientes y asentí.

—Yo también te quiero.

Exhaló aliviada cuando se lo dije, pero su rostro se entristeció al salir.

El edificio se llenó de silencio en cuanto ella salió, y yo respiré con dificultad. Hice las maletas despacio y apagué las luces de mi despacho. Pero no me atrevía a marcharme. Casi vi al techo porque hubiera jurado que ladrillo a ladrillo, un peso inimaginable caía sobre mí. Me empezaron a temblar las manos y cerré los puños con fuerza para que dejaran de hacerlo.

Necesitaba esta tensión... esta sensación... fuera de mi cuerpo.

Primero el trabajo.

Ahora mi hermana, mi familia.



Ambos me tenían sacudido sin lugar al que agarrarme. O eso fue lo que sentí.

Y la verdad, que también odiaba, era que no tenía a nadie que pudiera cargar con ello como yo necesitaba. Para soportar la presión que crecía y crecía, sin salida, sin válvula de escape. Todos tenían a alguien. Todos tenían a esa persona que sabría exactamente lo que necesitaban en el momento en que estaban más fuera de control.

Me temblaron las manos e imaginé aquella caja de metal partiéndose furiosamente por las costuras, la pintura desconchándose, los bordes arrugándose por lo que contenía dentro.

Y lo que yo necesitaba, ante toda esa emoción desbordante, era alguien que se dejara llevar por lo que saliera de mi boca sin juzgarme y sin tratar de suavizar los golpes o decirme que estaba exagerando, que yo era demasiado por sentirme así.

Me acerqué a grandes zancadas al iPad de la pared, puse una de mis listas de reproducción de rock furioso y subí el volumen. Un momento después, mis manos estaban envueltas y metidas en mis guantes negros y morados favoritos.

Si no hubiera nadie que fuera eso para mí, lo sería para mí misma.

Dejé escapar una profunda bocanada de aire frente a mi bolsa favorita, estiré los brazos un par de veces y empecé a moverme.



10

Aiden

Fue un error volver al gimnasio cuando vi las luces encendidas y me di cuenta de que su auto era el único en el estacionamiento. Lo reconocería más tarde, las ramificaciones completas y claras una vez que todo estuviera dicho y hecho.

Pero en ese momento, no estaba pensando en eso. Aunque no me hubiera dejado la cartera en el escritorio, la visión de su solitario auto, las luces brillantes y el cielo oscuro alrededor del edificio probablemente me habrían hecho detenerme.

Porque era cuestión de tiempo que reconociera algo importante en relación con Isabel.

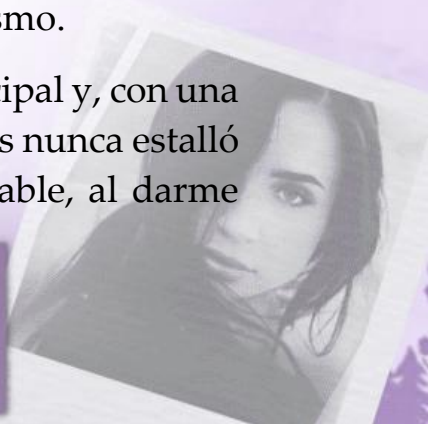
La curiosidad y la atracción eran dos cosas totalmente distintas. El interés era tan mundano porque muchas cosas mantenían mi interés.

El fútbol mantenía mi interés, que era como sabía quién era ella, quién era su familia. Me interesaba hacer ejercicio porque me hacía sentir fuerte, sano y cuerdo. Cuando tenía tiempo, me interesaba leer si la historia era buena.

Eran cosas fáciles y tranquilas que mantenían mi atención y reducían mi estrés.

Pero si pensaba que mi gerente entraría perfectamente en esa categoría una vez que la descubriera, me estaba engañando a mí mismo.

Eso se hizo evidente cuando me acerqué a la puerta principal y, con una mueca y una llamarada de ira, la encontré abierta. El interés nunca estalló en una bola brillante de emoción ardiente, algo innombrable, al darme



cuenta de que ella estaba dentro con la música a todo volumen mientras la puerta estaba jodidamente abierta para que entrara cualquiera.

La atracción lo hizo. Pero no estaba preparado para ponerle nombre. No hasta más tarde.

La música era dura y rabiosa -algo así como las ondulantes olas de emoción que yo intentaba controlar-, con guitarras, tambores y rock chillón, así que sabía que Isabel no podría oír el tintineo del timbre por encima de las pulsaciones del equipo de música.

Incluso entonces, podría haberme dado la vuelta, haber cerrado la puerta detrás de mí con mi llave y haberla dejado hacer ejercicio en paz. Una vez que supe que mi estado de ánimo era poco educado, poco civilizado.

Pero tampoco lo hice.

—¿En qué demonios está pensando? —murmuré.

Cuando me evitó, la dejé en paz.

Cuando la atrapé tirando la taza de café que le había comprado, no la presioné.

Cuando continuó, una y otra vez, haciendo cosas que parecían totalmente contrarias a lo que Amy me había dicho, no me comprometí como quería.

Cuando me sorprendía observándola, estudiándola, luchando contra el impulso de analizarla hasta comprender todas esas cosas que parecía no entender, la dejaba en paz.

Pero al doblar la esquina y verla, *supe* que debía haberme ido. Algo dentro de mí gritaba que diera la vuelta y me fuera. Que la dejara en paz ahora que era importante.

Porque lo primero que me vino a la cabeza al notar la grácil fuerza de su cuerpo, con el cabello despeinado, las extremidades y la espalda recubiertas del brillo de un esfuerzo increíble fue: *podría verla hacer esto toda la noche.*



Me había estado mintiendo a mí mismo diciéndome que solo sentía curiosidad por ella como mi empleada.

No fue cortés ni profesional mientras me quedaba mirándola. Tenía unos dientes afilados y chasqueantes y un apetito voraz, algo que no había tenido antes.

Como sacudir una extremidad que se había quedado dormida y sentir punzadas cuando la sangre volvía a fluir porque, durante mucho tiempo, esa parte de mí había permanecido en silencio.

Me detuve para ver cómo Isabel cruzaba el brazo izquierdo y lanzaba un puñetazo explosivo a la bolsa, seguido de un gancho de derecha y, con un rápido chasquido del brazo, un codazo.

Su técnica no era perfecta, pero cuando la emoción se apoderaba de ella, era raro que alguien sostuviera su cuerpo correctamente.

Finalmente, finalmente, estaba viendo a la verdadera ella. Y sabía la verdad hasta la médula. Crucé los brazos sobre el pecho e intenté luchar contra las emociones que se agitaban detrás de mis costillas.

Vete ahora era el pensamiento que luchaba por el dominio, pero mi curiosidad y la forma completamente hipnotizante en que se movía mantuvieron mis pies firmes en el suelo.

No. No era curiosidad. Atracción disfrazada de algo mucho más inocente.

Mi mirada captó el borde de sus pómulos altos y la línea esculpida de su mandíbula. Incluso desde mi posición, pude ver cómo apretaba la mandíbula y me entraron ganas de ponerle las manos sobre los hombros y decirle que se relajara y respirara.

Si me esforzaba lo suficiente, sabía exactamente cómo se sentiría si lo hacía. Si bajaba mis pulgares por la línea de su cuello para desbloquear los músculos que mantenía tan tensos. Se volvería flexible si hacía eso. Si la trataba con suavidad.

Pero no quería verla derretirse. No quería verla entrar en un lugar dulce y tierno. El fuego en ella era palpable, y sabía que estaba a punto de entrar en él.

FORBIDDEN

Fue ese instinto el que me hizo inclinarme para tomar las manoplas que estaban en el suelo, junto al ring. El mando a distancia del equipo de música estaba en el suelo, junto a su bolso, y por mucho que no quisiera que Isabel Ward me diera una patada en la cara, mi propia rabia por haber dejado la puerta abierta me hizo acercarme por su ángulo muerto.

Solo para ver lo que haría.

Solo para ver qué pasaba.

Era una estupidez. Y nada, ni una sola cosa, me había excitado tanto en dos años.

Si esta era mi oportunidad de ver la versión real y desprevenida de ella, no la desperdiciaría.

Y más tarde, podría maldecirme por un momento de debilidad.

Metí la mano en una manopla de enfoque y giré el cuello antes de ponerme la segunda.

Cuando echó la pierna hacia atrás y pateó la bolsa con tal fuerza que se me levantaron las cejas, levanté una manopla para protegerme la cara y le toqué el hombro con la otra.

Con un rugido digno de una amazona, se giró con el guante apuntándome a la cara. Tiré de mi mano para atrapar la cruz derecha del guante.

—¡No está mal! —grité por encima de la música—. Pero la próxima vez, haz un uppercut con la pierna de atrás.

Tenía el pecho agitado, los ojos azules muy abiertos y las manos enguantadas en guardia.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó.

Señalé la puerta.

—Cualquiera podría haber entrado aquí.

Sus ojos se entrecerraron en una mirada feroz y, por un momento, no pude evitar gloriarme de lo bien que llevaba la ira. Isabel se quitó un guante, se agachó y tomó el mando a distancia, bajando el volumen a un nivel más manejable.

Ninguno de los dos hablaba, pero Isabel respiraba agitadamente. Desde que la había visto antes, se había quitado la camiseta del gimnasio y llevaba puesto delante de mí un sujetador morado empapado de sudor y unos leggings negros. Odiaba haberme dado cuenta y, como lo hice, mantuve la mirada fija en su cara.

Esto era, sin duda, lo último que necesitaba. Y era lo único que quería de ella.

No más andar de puntillas. No más dejarla en paz.

Isabel rompió la mirada primero, poniendo las manos en las caderas y dejando escapar una pesada exhalación.

—Esto es... imaginable, ¿no?

—¿Qué?

—¡Tú! —gritó, levantando la cabeza, con los ojos encendidos—. Por supuesto que aparecerías ahora mismo.

Di un paso a su alrededor, y ella se movió como yo, manteniendo el pie delantero centrado hacia mí, como debía.

—¿Tienes algún problema con que me presente en mi propio gimnasio?

—¿De momento? Sí.

Levanté un guante.

—Enséñamelo.

Sin dudarlo, Isabel me lanzó un golpe.

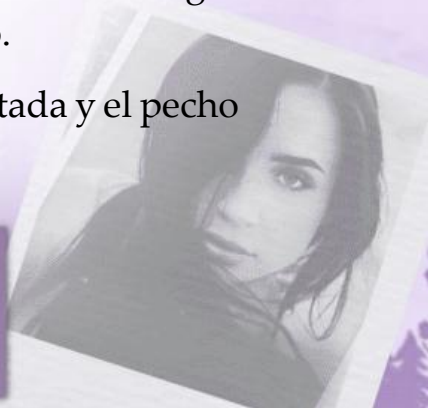
—¿Por qué no me quieres aquí?

Cada golpe golpeaba las manoplas con un chasquido agudo.

—¿Quieres una lista?

¿Qué era esto? Era tan inmediato, tan sin filtro, y exactamente lo contrario de todas las interacciones que habíamos tenido. Mi sangre gritaba con algo caliente y palpitante, algo nuevo y furioso.

—Lo último que necesito —dijo ella, con la barbilla levantada y el pecho agitado—, es que estés aquí para ver esto.



—Otra vez. —Levanté los guantes.

Snap. Snap.

—Casi te doy un puñetazo en la cara.

—No me diste casi un puñetazo en la cara —dije con calma, lo que hizo que sus ojos se entrecerraran aún más—. Más.

Me dio más. Tres más en rápida sucesión. Pero no se calmó. Había palabras gestándose, y podía verlas ardiendo en sus ojos. Pero sabía que no me las daría. No fácilmente.

—¿Qué pasó con tu consejo anterior a Casey? Pensé que el objetivo era desacoplarse, no atacar.

Isabel levantó la barbilla.

—Para ella, ese es el objetivo.

—¿Y tú te exiges a ti misma algo distinto?

No contestó. Pero al ver el destello detrás de sus ojos, como si alguien hubiera tirado una cerilla en un cubo de gasolina, supe que tenía razón. Era Isabel Ward. Y era jodidamente gloriosa.

Quería más de esto. Más de esto. No importaba lo equivocada que estuviera para mí, lo mal que pudiera salir, o lo mucho que pudiera arrepentirme. Yo quería más.

Por eso me incliné hacia ella y le susurré—: Cierra la puta puerta la próxima vez.

Se quedó con la boca abierta.

Satisfecho de haber dejado claro mi punto de vista, asentí con la cabeza, levantando las manoplas.

—Vamos. Sea cual sea tu problema, sácalo ahora mismo.

Isabel me vio atentamente.

—¿Quién dice que tengo un problema?



—Cualquiera con ojos, basándome en cómo tratabas a esa bolsa indefensa. —Golpeé las manoplas, el agudo chasquido resonó en el gimnasio. Ni siquiera se inmutó—. Vamos, Ward.

Por un momento me vio fijamente, y me sorprendí a mí mismo conteniendo la respiración ante su respuesta.

Y como era el primer momento en el que estábamos los dos solos, también fue la primera vez que vi lo cuidadosa que era. El filo de la cautela en su mirada. ¿Qué creía Isabel Ward que le iba a hacer para que me mirara así?

—No —dijo ella—. Esta noche no.

Asentí lentamente, esperando a que me diera la espalda.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunté.

Su cuerpo, alto, fuerte y orgulloso, se quedó inmóvil. Era casi como verla convertirse en una estatua delante de mis ojos. Si un artista la hubiera esculpido en mármol, con los guantes bajo los brazos y las manos vendadas, se habría llamado algo así como *“Una guerrera en reposo”*.

Pero cuando giró lentamente en mi dirección, la cautela desapareció y fue sustituida por una resolución tajante. Isabel volvió a meterse las manos en los guantes y yo levanté los míos.

—No tengo miedo —espetó.

—Demuéstralo. —Me acerqué y ella se mantuvo firme—. Soy la única persona en el edificio de la que te escondes, y eso termina ahora.

—¿Crees que te lo vas a ganar así? —Ella enarcó una ceja—. Sacándomelo a la fuerza.

—Claro que sí. —Le sostuve la mirada y sus ojos se abrieron de par en par ante mi sinceridad—. Este es probablemente el único lugar donde sientes que puedes ser tú misma, ser honesta sobre lo que sientes. Apostaría todo el puto gimnasio a eso, y si tú y yo vamos a seguir adelante, resolveremos tus reservas aquí.

La caja torácica de Isabel se dilató y la luz del techo se reflejó en el brillo del sudor que cubría las curvas de su escote.



—Lo haré con una condición —dijo, rebotando ligeramente sobre las puntas de los pies, con los brazos en alto para protegerse la cara—. No me preguntes por qué estoy enfadada.

A juzgar por su mirada, como si la más mínima cosa pudiera hacerla estallar, era algo fácil de aceptar. Asentí con la cabeza.

—No soñaría con eso.

Empezamos de forma sencilla. Me mantuve lo suficientemente lejos como para que ella tuviera que poner su peso detrás de cada golpe, y le dije lo que quería que hiciera, haciendo una cuenta atrás hasta que pudiera respirar hondo o beber agua.

Isabel y yo encontramos fácilmente un ritmo y, una vez que lo hicimos, sus movimientos se volvieron más precisos, menos salvajes. Su pecho brillaba bajo las luces, el sudor le salpicaba la frente hasta que unos mechones de su cabello casi negro se le pegaban a la línea del cuello.

Al cabo de unos quince minutos, di un paso atrás y extendí el brazo, dando golpecitos junto al codo con la manopla de enfoque.

—Cuida tu forma justo ahí, cuando vayas a por el cruzado de izquierda. Si fuera a bloquear, sería muy fácil para ti ajustarte y golpearme con un codo derecho de tu pierna delantera.

Asintió, con la respiración entrecortada. Levanté la barbilla.

—Enséñamelo.

Empezamos despacio, casi como un baile. Ella entró con la izquierda. La empujé con el brazo hacia abajo y, cuando di la orden, levantó el codo derecho y se detuvo justo antes de golpearme en la mejilla.

—Excelente —le dije—. Inténtalo de nuevo. Movámonos un poco más rápido.

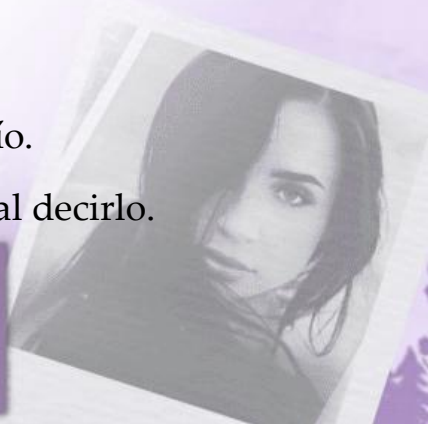
Lo hizo casi de inmediato y di un paso atrás, pasándome el brazo por la frente. Capté una rápida sonrisa en su rostro.

—No esperaba un entrenamiento esta noche —le dije.

—Entonces quizás no deberías haber interrumpido el mío.

Exhalé una carcajada, midiendo la expresión de su cara al decirlo.

FORBIDDEN



—¿Lamentas lo que hice?

En lugar de responder, Isabel se quitó uno de los guantes para beber un largo trago de agua de su botella. Cuando volvió a dejarla en el suelo, exhaló con fuerza.

—No —dijo ella. Luego se volvió a poner el guante.

Levanté las manoplas.

—Vamos de nuevo. Después del codazo, usa tu brazo derecho para empujar mi brazo bloqueador hacia abajo, sube con un rodillazo a mi sección media mientras mi impulso está a tu favor.

Ella asintió.

Practicamos una vez. Dos veces. Luego más rápido. Y otra vez. Su cabello olía a cítricos cuando su trenza me pasó por la cara. La cuarta vez, me empujó con toda su fuerza y gruñí cuando su rodilla tuvo más fuerza de la que esperaba.

—Tranquila —advertí, mientras daba un paso atrás.

Pero Isabel no sonrió. Me estaba mirando de nuevo.

—¿Qué? —pregunté, dejando caer los guantes para beber un trago.

Su mirada se clavó en mí mientras tragaba.

—Tengo una oferta de trabajo de Punch Fitness.

El agua se me atascó en la garganta y tosí en la mano. Ella no parecía muy arrepentida de su inoportunidad mientras yo intentaba serenarme. Después de otro sorbo, pude respirar con normalidad.

—¿La tomarás? —pregunté. Mi voz era tan tranquila y firme, pero dentro de mi cuerpo, algo rugía y gruñía. Otra señal peligrosa. Otra reacción imposible ante esta mujer. No estaba preparado para algo así. Como ella. Algo grande, algo salvaje.

—Aún no lo he decidido.

—Ese tipo es un pirata —me oí decir. Porque lo era. Estaría desperdiciada en un sitio así.



No podía leer una maldita cosa en su cara, no como antes, cuando había visto más. Esta era la Isabel reservada, la Isabel serena. Y descubrí que me gustaba más su transparencia. En su ira, no importa lo peligroso que fuera para mi bienestar, podía ver todo lo que pensaba.

Volví a colocarme las manoplas en las manos, aunque mis antebrazos estaban sufriendo un gran esfuerzo. Me los acerqué a la cara y ladré: —Otra vez.

Se puso en pie y volvimos a empezar el baile. Pero esta vez, había un borde.

Cada vez que golpeaba las manoplas y me echaba los brazos hacia atrás, sentía que me daba más y más. Bloqueé su rodilla cuando subió con demasiada fuerza y le lancé una mirada de advertencia.

Sus labios, carnosos y rosados, se curvaron en una sonrisa de satisfacción, aun cuando la parte superior de su cuerpo se agitaba por el esfuerzo.

—No quieres ese trabajo —dije en voz baja.

Isabel apretó la mandíbula y se echó a un lado cuando yo esperaba que me lanzara un izquierdazo. Me lanzó un uppercut que bloqueé con facilidad.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Le aparté el brazo de un manotazo.

—Porque esto no es solo un trabajo, o un cheque de pago para ti.

Isabel esquivó y trató de hacer un giro bajo, pero le derribé la pierna con las manoplas. Sus ojos brillaron de calor, porque yo ya no me contenía tanto. Pero ella tampoco.

—No me conoces —dijo, golpeando con fuerza la manopla izquierda con un jab.

—Porque no me dejas. —Golpeó las manoplas tres veces más en rápida sucesión, el sonido *pop pop pop* resonó a nuestro alrededor—. Pero te veo, aunque tú no quieras.

Maldijo.

FORBIDDEN

—Tratas a los empleados como de la familia —le dije. Ella bailó a mi alrededor, sin que ninguno de los dos hiciera ningún movimiento—. Haces lo mismo con los clientes.

Golpeé las manoplas y ella atacó, *jab, cross, cross*.

—Bien —grité—. Y conoces cada centímetro de este lugar como si fuera tu propia casa. Puede que pienses que me escondo en mi despacho todos los días —me incliné hacia ella cuando retrocedió—, pero sé exactamente lo que este edificio, estas personas significan para ti.

No dijo ni una palabra, pero en solo unas frases, noté que sus movimientos volvían a cambiar, llenos hasta los topes y desbordantes de emoción, lo que fuera que mis palabras estuvieran provocando en ella se mostraba en la ferocidad con la que se abalanzó sobre mí.

—No quieres ese trabajo —repetí, y esta vez sentí que mi propia reacción influía en las palabras. Soné, a mis propios oídos, menos firme y calmado—. Y yo tampoco quiero que lo aceptes.

Y así, lo que hacíamos se convirtió en algo menos coreográfico de lo que esperábamos y más instintivo. En el momento en que ella se salía del patrón que habíamos establecido, yo tenía que anticiparme a lo que haría a continuación. No se trataba de hacernos daño porque no era una batalla. Lo que parecía era una prueba.

Pero estaba en desventaja al llevar las manoplas, no mis guantes típicos, pero aun así... Bloqueeé y giré, atrapando cada golpe ofensivo antes de que ella me atrapara a mí. Casi sonreí cuando falló su apertura, y cuando vi sus ojos brillar, supe que estaba en problemas.

Me tiró del brazo con el suyo y trató de barrerme la pierna, pero la atrapé en el aire. Con la espinilla metida entre el brazo y el costado, murmuró una maldición en voz baja y perdió pie.

Isabel golpeó la colchoneta con fuerza, con los brazos extendidos y la caja torácica expandiéndose en profundas y ávidas respiraciones. Me incliné sobre ella, con las manoplas apoyadas en las rodillas, respirando hondo.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella asintió, pero no se movió para levantarse.

Me quité el guante y le tendí la mano. Isabel tragó saliva visiblemente y yo me quedé un momento pensando si toda esta interacción con ella había sido la cosa más tonta que podía haber hecho.

Sus ojos, a la luz cenital del gimnasio, eran de un profundo azul noche, algo que yo no había percibido hasta esta noche.

No quería saber el color de sus ojos ni el olor de su cabello, pero la sensación que corría por mis venas ante lo que acababa de ocurrir era demasiado potente para ignorarla.

Porque era la *vida*. Cuando pierdes a alguien a quien amas, una parte de tu cerebro y una parte de tu corazón creen que nunca, nunca volverás a sentir. Que para siempre vas a caminar con entumecimiento en esta parte de lo que eres. Y durante los últimos dos años, fue cierto.

Cuando Isabel se incorporó y se quitó lentamente los guantes, tirándolos a un lado, estuve a punto de echar el brazo hacia atrás. Pero entonces ella lo tomó con el suyo y, cuando enrosqué los dedos alrededor de su mano, el entumecimiento desapareció.

Hecho a un lado.

Borrado por completo.

En su lugar había una necesidad feroz.

Tiré de ella hasta ponerla de pie, y fue lo más cerca que habíamos estado en toda la noche. Era más alta que la media, y cuando levantó la barbilla para mirarme fijamente, noté que su inspiración era un poco inestable. Y sus ojos, bajaron hasta mis labios.

No había nadie a nuestro alrededor.

Nadie para ver.

Y por primera vez en dos años, quise deslizar mis manos sobre el cuerpo de una mujer para ver cómo se sentía su piel bajo las yemas de mis dedos. No, no cualquier mujer. Isabel. Sería cálida y suave. Tendría la evidencia de lo duro que acababa de trabajar, y eso hizo que mi piel se tensara y mi corazón latiera con fuerza.



Esta mujer, con todo ese fuego acumulado en su interior, me tenía conteniendo la respiración para ver qué haría a continuación.

Porque no quería, no podía, ser el primero en acercarme.

Aunque quisiera. Aunque luego pensara en ella así, imaginara cómo seríamos juntos, por mucho que no debiera.

No solo porque era demasiado joven, porque lo era.

O porque trabajaba para mí, que lo hacía.

Porque en dos años, nadie me había hecho desear nada, y en una sola interacción, ella lo redefinió todo, me hizo imaginarla abierta de par en par debajo de mí, uñas afiladas, labios suaves, lengua húmeda y su sabor en mi boca.

Fue entonces cuando Isabel se lamió los labios, con los párpados aleteando.

Respiré hondo.

Entonces me dio un tirón del brazo, pasó su pierna por debajo de la mía y aterricé en el suelo como una puta roca gigante.

Se inclinó sobre mí con una sonrisa, la trenza negra cayéndole sobre el hombro.

—Tienes razón —dijo sin aliento—. No quiero ese trabajo.

Exhalé una carcajada mientras ella se alejaba.

—Hasta mañana, jefe —dijo por encima del hombro.



11

Isabel

Mi salida confidente -de la que me sentí muy orgullosa- duró hasta el estacionamiento.

—Santa mierda —susurré, con las manos temblorosas mientras abría el auto y me deslizaba en el asiento delantero. Por lo que sabía, Aiden seguía tirado en el suelo del gimnasio porque yo *lo había puesto ahí*—. Oh, ¿qué acabo de hacer?, ¿qué *hice*?

Pero por mucho que quisiera morirme de risa en aquel estacionamiento, una vocecita traviesa en mi cabeza me daba palmaditas en la maldita espalda porque había pasado unos gloriosos veinte minutos en los que él y yo existíamos en un extraño estado de tensión sexual suspendida.

¿Fue un entrenamiento? ¿Juego previo? Ni siquiera estaba jodidamente segura.

Toda mi incomodidad desapareció.

Estaba hablando.

Le estaba contestando.

Sabía exactamente lo que necesitaba para calmar la versión furiosa y gruñona de mí que tanto odiaba.

No eran el jefe y la gerente. No había ninguna versión incómoda de mí en pantalla. Era algo totalmente distinto. No era algo que acababa de ocurrir en mi vívida imaginación. Había sido real.



Porque Aiden Hennessy estaba de pie junto a mí, mirándome fijamente a los labios, y juro por el espíritu benévolo de Muhammed Ali que casi me muero en el acto.

Era tan grande, alto y fuerte, sus manos tan anchas y capaces, y si besara, aunque solo fuera una fracción de lo bien que hacía cualquier otra cosa, yo no sobreviviría. Olvídate del sexo, perecería con su lengua en mi boca.

Ni siquiera pude arrancar el auto porque no estaba segura de tener la suficiente estabilidad para conducir hasta casa. Una bajada de adrenalina o algo así. Cualquiera que fuera la versión comparable cuando tenías lujuria no correspondida bombeando por tu cuerpo en lugar de sangre.

Tuve el teléfono en la mano antes de parpadear y las palabras se me agolparon en la garganta antes de que pudiera entender lo que quería decir.

Paige apenas pudo saludar.

—Necesito tu consejo —la interrumpí.

—Mierda, por fin —respiró.

En voz baja, me reí, pero en realidad seguía... enloqueciendo.

—¿Alguna vez has querido —hice una pausa, pasándome una mano por el cabello—, algo, pero nunca pensaste que lo tendrías.

Paige no perdió el ritmo.

—Tu hermano cuando nos casamos.

Crucé los brazos sobre la parte superior del volante y apoyé la frente en ellos, con la mirada fija en mi regazo. No podía hacerlo. Cerré los ojos y solté lo primero que me vino a la cabeza.

—Pastel. Hay un pastel que te imaginabas comiendo. Sabes exactamente qué aspecto tiene, tenías memorizada cada parte de la existencia de ese pastel y soñaste con él durante mucho tiempo, incluso antes de saber a qué sabía el pastel.

—Yo... —Paige vaciló—. Solo voy a correr con esto. De acuerdo, claro. Sí.



Sentada, vi fijamente a la fachada del gimnasio, intenté imaginar qué estaba haciendo desde que me había marchado.

—Así que el pastel, de repente, está justo delante de ti. Nunca, *nunca* pensaste que lo sacarían de la caja. Solo mostrarlo, sin tocarlo, fingir que el pastel... no es tuyo porque no lo es —dije—. Y entonces está... ahí.

Mierda, me estaba confundiendo, pero me había comprometido con la analogía y no iba a abandonarla ahora.

—El pastel está ahí, excelente. —Se aclaró la garganta con cuidado—. ¿Ya le hemos dado un mordisco al pastel?

—¡No! —grité.

Paige exhaló una carcajada.

—Está bien. Está bien.

—¿Y si... y si el pastel sabe a mierda, sabes? ¿Qué pasa si lo has pensado durante tanto tiempo, y nunca lo has probado antes, y tu primer bocado es horrible o simplemente, no es lo que esperabas?

El silencio cayó como una maldita bomba.

—Espera, ¿nunca has...? —Paige se detuvo—. Isabel, ni siquiera puedo creer que estoy a punto de preguntar esto, pero ¿eres *virgen*? —susurró.

Mi cara se puso al rojo vivo.

—No se trata de eso.

—Sé que no estamos hablando del postre, Isabel Ward.

—¡Sí, lo estamos! —grité, con el hormigueo del pánico coloreando mis palabras—. He dicho que estamos hablando del pastel, así que *estamos hablando del puto pastel*, ¿de acuerdo? —Me tapé la cara aunque ella no podía verme—. Es todo lo que puedo soportar, Paige. Por favor.

—De acuerdo, de acuerdo —me tranquilizó—. Entonces, ¿te preocupa que te decepcione? —corrigió al instante.

Oh, mierda, iba a llorar. Esto era *horrible*.

—O peor —susurré.



—Oh, Iz —dijo suavemente—. ¿Cómo puede ser peor?

A través de las ventanas, vi a Aiden apagar las luces. Con cada apagada, desaparecía de mi vista. Por un momento, me pareció ver su silueta junto a la recepción mirando hacia mi auto, pero cerré los ojos para dejar de intentar verlo.

Había perdido algo -alguien-, increíblemente valioso para él. Y yo era la chica torpe con un enamoramiento vívido y mal genio, una década más joven que él. Se me ocurrían muchas razones por las que él podría no verlo de la misma manera que yo.

Ese fue siempre mi problema, ¿no? Ni siquiera estaba muy claro lo que quería de mí, pero ahí estaba yo, abriendo una barrera imposiblemente grande porque eso era lo que ya me estaba haciendo.

Aiden me estaba abriendo, y no tenía ni idea.

—¿Y si...? —Tragué saliva—. ¿Y si es la cosa más perfecta, deliciosa y asombrosa que he experimentado nunca, y el... pastel... no quiere lo que yo quiero a cambio? ¿Cómo podría superarlo?

Paige exhaló pesadamente.

—Bueno, creo que si alguien muestra interés en ti -y por qué *no lo haría* porque eres un puto tesoro, Isabel-, entonces deberías confiar en eso. Y confiar en que sabes cuándo es lo correcto.

Finalmente, sonreí.

—¿Por qué suena tan fácil cuando lo dices así?

—No es fácil, querida niña. Las relaciones nunca, nunca son fáciles.

—No es una relación, Paige. —Sacudí la cabeza—. Es un enamoramiento hecho realidad. Me siento como una niña cuando está cerca, y lo odio. O lo odiaba hasta esta noche —enmendé.

—Lo harías —dijo ella, con la voz llena de amor—. Nada de esto me sorprende de ti, Iz.

Suspiré.

—Míralo así, tener grandes sentimientos por alguien no significa que seas débil o que estés pidiendo que te hagan daño. Pero si no quieres

FORBIDDEN

morder ahora, entonces no lo hagas. —La voz de Paige adquirió un tono suave—. Te han hecho daño, chica. Eso hace que abrirte sea difícil. Pero con la persona adecuada, querrás hacerlo.

—No sé cómo puede haber alguien a su altura —admití en voz baja. Las palabras dolían al salir—. Después de llegar a conocerlo. No lo veo, Paige.

Paige respondió con cuidado.

—No creo que necesitemos pedir prestados problemas todavía, ¿de acuerdo? Un día a la vez.

—Sí, supongo.

Por un momento, ambas nos contentamos con permanecer calladas, aunque mis razones fueran diferentes a las suyas. Paige, sin duda, estaba procesando todas las horribles analogías que acababa de lanzar sobre su regazo como una granada. Y yo estaba callada porque ya no podía ignorar lo lejos que había llegado en esta madriguera.

Protegerme del posible dolor me costó caro.

Además de mis hermanas y Logan, Paige era la única persona en mi vida a la que confiaba algo. La única persona que se había ganado esa confianza. Pero esta noche, Aiden entró y, sin inmutarse, supo exactamente lo que necesitaba de él para suavizar los nervios que me recorrían la espalda.

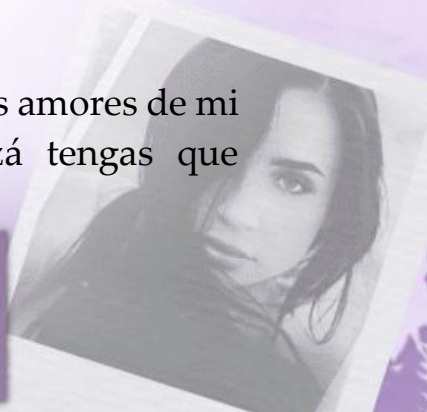
Cuanto más me empujaba, más me pinchaba, más me calmaba. Me encontró donde estaba en lugar de intentar sofocar las llamas.

Y ni una sola vez, a pesar de mis crecientes sentimientos hacia él, había intentado acercarme de la misma manera.

Lo que podría necesitar en esta nueva etapa de su vida sería completamente diferente de lo que yo acababa de necesitar de él. Y todo lo que había hecho era evitar. Desviar. Esconderme.

Cuando me di cuenta, Paige volvió a hablar, arrancándome los pensamientos de la cabeza.

—Lo único que diré -mi querida niña, uno de los grandes amores de mi vida-, es que si quieres saber lo que él quiere, quizá tengas que



preguntar—. Hizo una pausa y continuó cuando no protesté. —Y no hablo solo de querer un bocado de su propio pastel, ¿sabes? Puede que conozcas la versión de él que hay detrás de la vitrina, pero ¿es realmente él?

¿Qué le había preguntado en las dos primeras semanas? Nada.

Porque la idea de Aiden -y ahora, la realidad de quién era-, me tenía desequilibrada y en desventaja, aunque la desventaja estuviera en mi cabeza.

Intenté no sentirme avergonzada porque había hecho todo lo posible para que me sintiera cómoda.

A veces tenías la guardia tan alta que bloqueabas lo bueno también. Y yo era mejor que esto. Era jodidamente más fuerte de lo que había estado actuando. ¿Y qué si me tropecé delante de él y derramé un poco de café?

Me gustaba ser quien era, aunque a los demás les costara vislumbrarlo.

Uno de nosotros era una caja cerrada y el otro estaba expuesto a la vista de todo el mundo.

Ninguno de los dos facilitaba el establecimiento de contactos reales.

Una sombra se alejó de las ventanas y salió del edificio. Al otro lado del estacionamiento, aunque estaba oscuro, supe que me estaba observando.

Respirando hondo y tirando de un pozo de autocontrol que no sabía que tenía, giré la llave en el contacto y arranqué el auto. En cuanto se encendieron los faros, Aiden agachó la cabeza y se dirigió a su camioneta.

—Un día a la vez —repetí.



12

Aiden

—¿Te has hecho daño? —preguntó mi mamá.

Por supuesto, se dio cuenta de la mueca. Anya estaba profundamente dormida en su sofá, y cuando me incliné para hacer mi primer intento de levantarla, debí de hacer una mueca.

Mi hermana Eloise, sentada en la encimera de la cocina con una cucharada de mantequilla de cacahuete en la boca, asintió lentamente.

—Ahora mismo parecía muy viejo y lento.

La fulminé con la mirada.

Ella sonrió.

Decidiendo dejar a Anya donde estaba, por el momento, me levanté rápidamente, como si fuera joven.

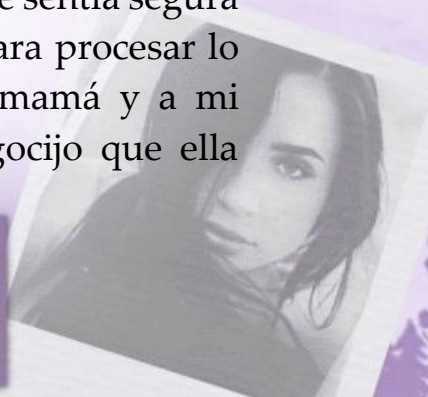
—Solo caí duro en el trabajo cuando no lo esperaba.

La cara de mi mamá se arrugó de preocupación.

Eloise sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó mamá.

—Sí. Estaba... entrenando con mi gerente y... —hice una pausa, intentando decidir si era prudente contarles siquiera un poco de esta conversación. Ninguna parte de mi interacción con Isabel se sentía segura para el consumo todavía. Ni siquiera estaba preparado para procesar lo que significaba, y mucho menos para contárselo a mi mamá y a mi hermana pequeña, que lo devorarían con el mismo regocijo que ella



atacaba la mantequilla de cacahuete directamente del tarro—. Me caí —terminé cojeando.

Eloise entrecerró los ojos, pero le golpeé las piernas de lado cuando pasé a la cocina de la casa de nuestros papás. Me dio una patada que me golpeó la cadera cuando pasé por encima de la isla, y tuvo suerte de que no la tirara de la encimera.

Ya me había dado bastantes patadas una veinteañera peleona esta noche, y no necesitaba que mi hermana pequeña se sumara a las filas.

Y maldita sea, como si necesitara el recordatorio de que ella no era mucho mayor que Eloise.

—¿Cuándo se durmió Anya? —pregunté.

Mi mamá tomó una cuchara y le quitó el recipiente a Eloise.

—Hace unos treinta minutos. Coloreó un dibujo con El después de cenar. Clark estuvo aquí un rato y jugó al Uno con ella. Tenía la frente un poco caliente y dijo que estaba cansada, así que le dije que se acurrucara en el sofá. Se durmió en cuanto encendí la tele.

Me froté la frente con cansancio.

—Me preguntaba si estaría enferma. Anoche también estaba un poco rara.

La cara de mamá, como de costumbre, adoptó esa expresión de preocupación.

—¿Todavía se pone quisquillosa a la hora de dormir?

Mi risa fue seca.

—Sí. Aunque anoche llegamos a una nueva variante. Me preguntó si podía dormir en la cama conmigo, cosa que no hacía desde que Beth murió.

Eloise se quedó mirando su regazo y mi mamá chasqueó la lengua. La falta de reacción inmediata no era nada nuevo para mí.

Esta era mi vida en bucle.



A veces hacían sugerencias, pero en general nadie en mi familia había afrontado una pérdida de este nivel hasta que murió mi mujer. Su silencio era un reconocimiento flagrante. *Esto es una mierda y no sabemos qué decirte.*

Era la pieza más importante para superar un duelo que alteraba la vida.

Hacer las paces con esa verdad insatisfactoria.

Era un asco. Y no importaba lo que la gente dijera, sus palabras no lo mejoraban. Lo mejor vino con conseguirlo a través de cada día.

—¿La dejaste? —preguntó Eloise. Por mucho que me echara la bronca -era parte integrante de ser la menor de cinco hermanos y la única chica-, mi hermana siempre andaba con cuidado en este terreno.

Sacudí la cabeza.

—Ahora no puedo retroceder. No estoy muy seguro de qué lo provocó, pero lo vigilaré.

—Se subió al armario de nuestro dormitorio —dijo mamá—. Tuve que sobornarla con galletas para que bajara.

—¿Cómo llegó hasta ahí?

Se encogió de hombros.

—Creo que usó la mesita del lado de la cama de tu papá.

Me senté en un taburete de la isla y me froté la frente.

—Eso también está pasando más otra vez.

—¿En tu casa? —preguntó Eloise.

—El gimnasio. —Parpadeé un par de veces, con una sonrisa involuntaria en los labios—. Mi gerente fue bastante impresionante al intentar negociar con ella en las vigas de acero que sostienen los pesados sacos.

Eloise se aclaró la garganta con delicadeza.

—¿La misma gerente con la que te has peleado esta noche?

Entrecerré los ojos.

—¿Qué tiene eso que ver?

FORBIDDEN



—No lo sé, Aiden —dijo ella—. Dínoslo tú. Tú solo... —me señaló la cara con la cuchara—. Sonreíste. Un poco. Más o menos.

—No lo hice.

—Lo hiciste —dijo mamá—. Más o menos.

Hundí la cabeza entre las manos.

—¿Está llorando? —susurró Eloise.

Levanté la cabeza para poder mirarla.

Mi mamá se rio.

—Me gustaba más cuando eras demasiado joven para participar en estas conversaciones.

—Bueno, puedes agradecerérselo a mamá y papá. No es que haya elegido ser catorce años más joven que tú.

Mamá levantó una mano.

—No me mires a mí. Es culpa de tu papá. No podía mantener sus manos fuera de mis pantalones cuando estábamos en el instituto. Ser una mamá adolescente nunca estuvo en el plan. —Ella se inclinó y despeinó a Eloise—. Pero todo salió bien. Cometimos todos nuestros errores criando a Aiden, así que para cuando llegaron los demás, ya sabíamos cómo no fastidiarla demasiado.

Apoyé las palmas de las manos en las cuencas de los ojos y respiré hondo varias veces.

Mi mamá me puso la mano en la espalda.

—¿Qué pasó, Aiden?

Hice una pausa.

—Nada.

Era la verdad. Pero no lo era.

Había hecho las paces con la pérdida de Beth, y lo que podría significar para mi futuro. El duelo por mi esposa, el duelo por la ausencia de su naturaleza dulce y divertida, el saber que Anya tal vez no la recordaría



cuando creciera. Ni una sola vez en los últimos dos años había conocido a una mujer que me provocara algún tipo de reacción.

Así que, aunque no había pasado nada con Isabel, dentro de mí no se sentía como nada.

Me sentí como si alguien hubiera accionado un interruptor cuya ubicación se había mantenido en secreto, incluso para mí. No era como si hubiera estado tanteando en la oscuridad, tratando de forzar la atracción hacia alguien. No había ningún vacío en mi vida que quisiera llenar.

Pero ahora, solo podía pensar en cómo habría respondido si hubiera deslizado mi mano por detrás de su cuello y hubiera tomado su boca con la mía. Lo bien que se adaptaría a mí, lo bien que nos moveríamos juntos porque ella ya había demostrado que podía igualarme paso a paso. Si dejaba que las imágenes progresaran con Isabel, nunca tendría que preocuparme por romperla, porque lo más probable era que me tuviera de espaldas y a su merced antes de que llegáramos a ese punto.

—Mierda —susurré.

Mamá hizo un sonido.

—Lenguaje. Te he educado para que no maldigas delante de mí.

Eloise soltó una carcajada de alegría.

—Ohhhh, esto es bueno. Vamos, danos la primicia.

—¿Es guapa? —preguntó mi mamá.

Eloise suspiró.

—Mamá, ya no reducimos el valor de una mujer a sus rasgos físicos. Puede ser guapa *y un* monstruo de zorra furiosa con el coeficiente intelectual de una ensalada, y luego todo se va al garete.

—No lo es —me oí decir. Ante su silencio atónito, quise arrancarles las palabras.

—¿Un monstruo de las zorras? —preguntó Eloise.

—No. Quiero decir, ella tampoco es eso. —Mantuve la mirada fija en el mostrador porque, a mis treinta y cinco años, nunca había tenido una



conversación con mi mamá y mi hermana pequeña sobre mujeres—. Guapa. O... no es la palabra adecuada, al menos.

Por alguna razón, el recorrido de mi cerebro provocó un temblor de pánico que me recorrió la espina dorsal. Tratar de definir lo que Isabel era o no era, en este contexto, hizo que mi pecho se sintiera pesado y apretado, y que mis manos contuvieran un ligero cosquilleo.

No, Isabel no era alguien a quien yo describiría como guapa. Era una palabra tan débil. Incluso guapa me parecía mal.

Recuerdo que llevé a Anya al zoo, quizá un año antes, y estuvimos observando la exhibición de panteras durante una hora entera. Había algo en aquel animal -deslumbrante y poderoso, que se paseaba y merodeaba- que nos hipnotizaba a los dos mientras estábamos sentados en un duro banco de madera. A veces desaparecía detrás de un poco de exuberante vegetación, pero cuando volvía a salir, un movimiento de su cola o un estiramiento de su elegante y extraordinario cuerpo, y se me cortaba la respiración en los pulmones.

Eso era lo más cerca que podía estar de cómo era Isabel.

Sí, era feroz y fuerte, pero tampoco era solo eso. Mientras mi corazón latía con fuerza, recordé la curva de sus labios cuando me miraba fijamente. Eran carnosos. Perfectamente formados. El aspecto más suave que tenía cuando intentaba separar a Isabel en atributos individuales.

—¿Cuál es la palabra correcta? —preguntó mi mamá con dulzura.

—Di lo primero que se te ocurra —Eloise me dio un codazo.

Mi voz salió como un susurro.

—No puedo.

Nadie dijo nada. Ninguna de las dos se movió. Ni siquiera estaba seguro de que respiraran. Cuando levanté la cabeza, ambas me miraban boquiabiertas. La admisión seguía ahí, y no podía retractarme. Ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo. Más que cualquier otra cosa que pudiera haberles admitido, era lo más revelador.



Había perdido a la mujer que amaba y aún no podía pensar en ella sin sentir ese moratón, y no sabía cómo hacerme a la idea de que alguien más pudiera ocupar ya su lugar.

—Oh, Aiden —dijo mi mamá, con los ojos llorosos.

Su reacción desencadenó una pequeña llamarada de pánico, haciendo tambalear los cimientos de este plan cuidadosamente cultivado en mi cabeza.

—Todo lo que quiero es algo tranquilo, mamá. Vine aquí para crear un hogar para mí y Anya, algo bueno y sólido en lo que podamos asentarnos. No desarraigué nuestra vida por algo así. Soy su *jefe*.

Eloise asintió, con los ojos muy abiertos.

—El abuso de poder no es ninguna broma. Tienes que saber que lo *quiere*.

—Eloise —reprendió mi mamá.

—¿Qué? No quiero que mi hermano sea uno de esos imbéciles que creen que por tener el aspecto que tienen pueden salirse con la suya. —Me señaló con el dedo—. No puedes. Sé respetuoso.

La vi.

—Lo siento —murmuró—. Ya he terminado.

—Por eso no me apetece especialmente hablar de eso. —Me levanté con un suspiro—. No pasó nada. Lo que haya pensado o imaginado o lo que sea no importa porque nada pasó y nada pasará. Mudarme aquí era para hacer lo mejor para Anya, no para poder empezar algo con mi gerente que es una década más joven que yo.

—Oooh, —respiró Eloise—, diferencia de edad. Hay tantas capas en esto.

—¿Puedes ponerle un bozal? —le pregunté a mamá.

Se rio.

—Tengo veintiún años de intentos fallidos que dirían que no.

Eloise nos ignoró, suspirando feliz.



—No puedo ni imaginarme lo genial que es este montaje. Es como las miradas prohibidas y los toqueteos accidentales en el trabajo, y estás buscando una segunda oportunidad en el amor aunque eres demasiado mayor para ella, así que está toda joven y caliente... —Mi mamá le tapó la boca a Eloise con una mano.

Lo cual agradecí porque mi cerebro se fue a un sitio donde no había ido antes.

La voz cansada de Beth se burlaba de mí diciéndome que me perseguiría si me enamoraba del primer cuerpo caliente y firme que encontrara. Se me revolvieron las tripas al darme cuenta.

—Gracias —le dije a mi mamá—. Voy a recoger a Anya. ¿Puedes llevar su mochila a la camioneta por mí?

Mamá asintió.

—Sí.

Cuando fue a recoger la mochila, Eloise me dedicó una sonrisa avergonzada.

—Perdona, estoy leyendo unos libros ahora mismo y puede que me haya dejado llevar un poco.

—¿Puede?

Suspiró abatida. Mi hermana pequeña era mi opuesto en casi todos los sentidos. Hablaba sin pensar y lo sentía todo tan grande y alto, y en momentos así era difícil concederle la gracia cuando lo último que necesitaba era que hablara de abuso de poder, del cuerpo joven y caliente de Isabel y de que yo era demasiado mayor para ella.

—Está bien, El. —Le pasé el brazo por el hombro para abrazarla y le di un beso en la cabeza cuando me apretó—. Pero créeme, no necesito que nadie me recuerde todas las razones por las que nada puede pasar entre Isabel y yo.

—¿Nada?

Le di un suave codazo.



—Nada. Volveré al trabajo con la cabeza bien puesta porque es lo mejor para todos.

—Qué aburrido —susurró.

No respondí, pero me hizo sonreír. No fue hasta que salí de la cocina que ella me paró en seco.

—Beth querría que fueras feliz, sabes.

Lentamente, me giré.

—Soy feliz.

Sacudió la cabeza.

—Estás cómodo. Hay una diferencia, hermano mayor. Y espero que no ignores la posibilidad de una porque estés tan fijado en la otra.

Sus palabras resonaron en mi cabeza mientras subía a una somnolienta Anya a la camioneta y nos llevaba a casa. La metí en su cama y luego me hundí en el sofá del salón con un suspiro. Las palabras seguían sonando una y otra vez, como una campana que no podía apagar.

Aunque tuviera razón, no importaba.

Si me imaginaba besando a Isabel o no, si me picaban las manos por deslizarlas sobre su piel, o cómo en ese momento se me hacía la boca agua al pensar en enterrarme hasta la empuñadura hasta perder la cabeza los dos, no era lo importante.

No importaba lo que dijera mi hermana, esta fase de mi vida consistía en encontrar una base uniforme y estable. No se trataba de calor y hormonas, de atracción que se escondía tras la apariencia de interés.

Ya me había casado con la mujer que amaba. Ya la había enterrado.

Nada menos que un milagro me haría querer hacerlo de nuevo.



13

Isabel

Aiden: *Anya está enferma, así que estaré en casa hoy, posiblemente mañana. ¿Podrías darme los números de los dos clientes que tenía hoy en mi agenda? Gracias, Ward.*

El suspiro que se escapó de mi boca al leer su texto llegó sin permiso. Demasiado para dar un nuevo permiso y extender una rama de olivo largamente esperada. El café negro grande estaba en el borde del mostrador, con su nombre garabateado en el lateral. Bebí un sorbo y me quedé mirando la taza. El pedido era una suposición, porque nunca lo había visto tomar café.

Antes de responder a su mensaje, tomé la taza, me acerqué a la fuente y la vacié lentamente. El líquido oscuro que se arremolinaba en el desagüe me hizo sonreír un poco por la ironía de encontrarme ahora tirando un café que había destinado a él.

Tiré la taza vacía a la pequeña papelera que había contra la pared y volví a la recepción. Tomé el teléfono y tecleé los números de teléfono de sus clientes porque, aunque podía llamarlos y ofrecerme a cubrirlos, enseguida había aprendido que la gente que quería entrenar con Aiden solo quería entrenar con Aiden.

No es que pudiera culparlos.

Yo: *Aquí tienes. Mañana no tienes a nadie en la agenda, así que tómate el tiempo que necesites.*

FORBIDDEN



Aiden: *Te lo agradezco. Si no te importa, hay un papel en mi mesa junto al ordenador. Olvidé añadir a ese cliente en el calendario para el final de esta semana.*

Yo: *No hay problema.*

Los tres puntos de la pantalla rebotaban y luego desaparecían. Un día a la vez. Por muy impaciente que fuera, ninguna relación sólida, fuera del tipo que fuera, se construía de la nada.

Yo: *Nos ocuparemos de todo aquí. Dile a Anya que espero que se sienta mejor.*

Aiden: *Lo haré.*

Aiden: *Gracias de nuevo.*

Yo: *Solo hago mi trabajo.*

Aiden: *Me alegra oírlo, Ward. Aunque me siga doliendo la espalda.*

Todavía sonreía cuando entré en su despacho un par de horas más tarde. El trozo de papel era fácil de encontrar, y mis ojos se abrieron de par en par cuando vi el nombre de su nuevo cliente. El gimnasio ya contaba con antiguos atletas como clientes, simplemente por mi conexión con los Wolves y la reputación de Amy.

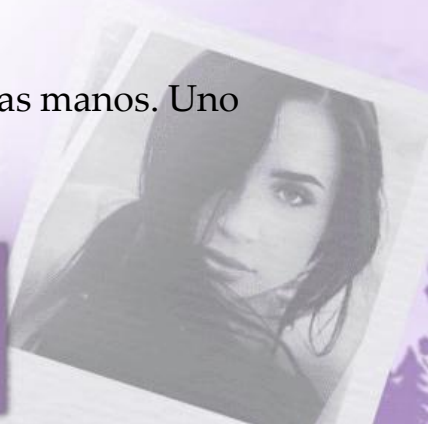
Los atletas de élite actuales -incluida la que había visto jugar al fútbol femenino estadounidense durante los últimos años-, eran nuevos.

La conexión provenía claramente de Aiden y me hizo pensar en sus planes para el gimnasio.

El día pasó en un abrir y cerrar de ojos. Al igual que el siguiente.

No era más fácil sin él ahí porque sentía una extraña urgencia por ver si ahora podía actuar con normalidad a su lado. O tan normal como fuera capaz después de nuestro combate sexual.

El tercer día, llegué al trabajo con otro porta bebidas en las manos. Uno para mí, otro para Emily y otro café solo para Aiden.



Cuando su hora habitual de llegada llegó y pasó sin dejar rastro de él, dejé el café en la esquina de mi escritorio mientras me ponía a trabajar. Emily asomó la cabeza por la puerta.

—Llamada para ti —dijo—. Y el repartidor está aquí con una entrega enorme. ¿Dónde deben ir?

—¿Cuántas cajas?

—Probablemente unas doce.

Vi hacia mi despacho.

—Ponlos justo delante de mi puerta. No quiero abarrotar la entrada. Voy a ver qué son.

Se marchó asintiendo con la cabeza y yo pulsé el botón del teléfono de mi mesa para coger la llamada.

—Soy Isabel.

—Ward.

Mis ojos se cerraron brevemente al oír su voz. Así que tal vez no estaba haciendo tan bien manteniendo esa reacción bajo control.

—Hola, jefe. ¿Cómo está Anya?

Suspiró.

—Un poco mejor, aunque todavía no ha vuelto a la normalidad. Le ha bajado la fiebre, pero...

Me eché hacia atrás en la silla y coloqué el teléfono entre la oreja y el hombro.

—Podemos mantener el fuerte aquí si eso te preocupa.

—No me preocupa. Confío en ti. —Hizo una pausa—. La nueva mercancía debería llegar hoy o mañana.

—Así que eso es lo que se está apilando delante de mi puerta ahora mismo —dije.

—¿Ya llegó?

—Hace un momento.

FORBIDDEN



—Bien. —Pero sonaba decepcionado. Probablemente yo también lo habría estado, si hubiera comprado el gimnasio y estuviera poniendo mi nombre en todo.

—¿Quieres que te los deje para que los abras? —pregunté con cuidado—. Es algo importante.

Se quedó callado.

—¿Te importaría?

—En absoluto.

—Gracias, Ward. —Aiden suspiró—. Ojalá pudiera escabullirme y hacerlo hoy, pero no puedo irme.

Bajé las cejas.

—¿Todavía está tan enferma?

Dudó antes de contestar.

—Any a no ha estado tan enferma desde... desde Beth. Ella realmente no quiere a nadie más que a mí en este momento.

Un extraño puño se cerró alrededor de mi corazón al ver con qué cuidado lo dijo. Como si no quisiera divulgar demasiado. Como si revelara algo.

Me lamí los labios.

—Mi hermano solía comprarnos estos libros de pegatinas especiales cuando nos poníamos enfermas. Los ponía en una bandeja con un vaso grande de 7 Up con una pajita de fantasía y un pequeño cuenco de galletas saladas. —Se me calentó la piel al contar la historia y me froté distraídamente la nuca—. Ni siquiera me gustaban tanto las pegatinas, pero nunca las compramos porque una vez mis hermanas gemelas pusieron cientos de ellas por todo el armazón de su cama y él no podía quitárselas.

Aiden hizo un sonido que podría haber sido una risa, pero no estaba muy seguro.

—¿Cuántos años tenías?



—Doce. —Sacudí la cabeza—. Tal vez no funcione para Anya. Pero sé que, para nosotras, fue suficiente distracción.

—¿De qué? —preguntó en voz baja.

—De todo.

Aiden estaba callado, y en ese silencio, me sentí desnuda.

—Voy a ver si mi mamá puede encontrar uno —dijo después de un momento—. Gracias.

—¿Tomas café? —pregunté de repente. Se me cerraron los ojos de mortificación.

—No —respondió, y oí claramente la confusión en su voz.

Mi mano encontró el fondo de la taza, aún sobre mi escritorio.

—Estaba... Te traje café cuando venía esta mañana.

De nuevo, Aiden guardó silencio. Oh, el silencio era malo para mí cuando no estaba seguro de cómo proceder. Provocaba todo tipo de incómodos impulsos balbuceantes.

—Quiero decir, traje un poco para mí y Emily también —dije—. Yo solo ... Quería devolver el favor. Porque no debería haber dejado el que me conseguiste. Eso fue grosero.

Tarareó en voz baja. Descubrí que me gustaba el sonido. Mucho.

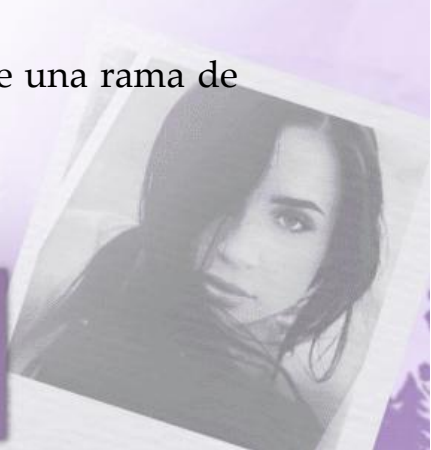
—Perdonada —respondió. Había una sonrisa en su voz, y deseé poder verla.

Pero eso fue todo. Nada más. No era la primera vez que Aiden no reaccionaba como yo esperaba. Tal vez, como dijo Paige, era tan misterioso para mí como yo lo era para él.

Exhalé ligeramente.

—Buena suerte con las pegatinas.

Dijo mi nombre a modo de despedida, y aunque no fue una rama de olivo... fue algo.



A la mañana siguiente, tenía un té helado sentado en el borde de la recepción cuando llegó su camioneta. No había forma de que fuera capaz de respirar con normalidad cuando se acercó.

Tal vez fuera porque llevaba muy poco tiempo conociéndolo -a su verdadero yo-, pero los cuatro días sin verlo me parecieron un mes. En su ausencia, habían retirado del edificio la antigua señalización del gimnasio, y al verle detenerse para mirar el espacio en blanco con una expresión inescrutable en el rostro, deseé desesperadamente saber qué pasaba por su cabeza.

Con una última mirada a la zona donde iría el nuevo cartel luminoso, abrió la puerta de un tirón.

—Ward —dijo a modo de saludo. Pero hablaba más despacio, su voz era más grave y su mirada... el contacto visual era... una vibración propia. La llamada telefónica había sido una escasa práctica. Esta era la verdadera prueba después de nuestro combate.

Sus ojos se posaron en la taza y un lado de sus labios se torció. Lentamente, Aiden la tomó y estudió el contenido antes de dar un sorbo.

—Todavía no —dijo—. Buena suposición, sin embargo.

Ni una sola palabra salió de mi boca cuando finalmente cortó ese contacto visual y volvió a su despacho.

Café no.

Ni té helado.

Me sorprendí observándolo a lo largo del día. A veces su mirada se enredaba con la mía, y otras parecía que era ajeno a mi atención.

Como cuando abrió la primera caja de mercancía nueva y sostuvo una de las camisetas durante un largo minuto y se quedó mirándola.

Mi cabeza se inclinó desde donde limpiaba distraídamente algunas bolsas con Kelly después de su clase.

—Le gusta mucho esa camiseta —susurró.

Sonreí.

—Eso parece.

FORBIDDEN



—Sabes —dijo—, por mucha mierda que le echara al principio, es un jefe increíble. Me imaginaba que sería... no sé... uno de esos luchadores imbéciles de prima donna.

—Definitivamente no es eso —murmuré.

Compró libros de pegatinas para su hija enferma y pasó desapercibido. Me echó en cara cuando pensó que estaba siendo imprudente con mi seguridad y no se inmutó ante mi enfado. Compró cafés y limpió los bancos de pesas. En un momento parecía que iba a arrinconarme contra la pared y al siguiente mantenía una educada distancia profesional.

—Si miras más fijamente, le vas a hacer un agujero en la piel —comentó Kelly ligeramente.

—Solo trato de entenderlo.

—Ajá.

Puse los ojos en blanco.

—Llevan dando vueltas el uno alrededor del otro desde el día que empezó. Es como ver a las dos personas más coquetas del universo intentando averiguar cómo hablarse.

Le lancé una toallita usada y se rio.

La atención de Aiden se movió en nuestra dirección, y con la camiseta doblada en la mano, sentí un poco como si me estuviera estudiando de la misma forma que yo le estaba estudiando a él.

Al día siguiente, me fui.

Y al siguiente, añadí Kombucha a la lista de bebidas que Aiden no bebía por las mañanas. Tampoco era matcha, que sabía a tierra, según él.

La rutina que establecimos durante la semana siguiente mantuvo una extraña tensión, diferente a la del principio. Quizá porque estábamos en pie de igualdad, o quizá porque ya no hacía todo lo posible por evitarle.

Y lo que descubrí, al verlo interactuar con su creciente lista de clientes, con los nuevos formadores que contratamos, con el resto de nosotros, fue que me gustaba tanto como lo deseaba.

Su sentido del humor estaba ahí, oculto bajo la reserva.

FORBIDDEN

—¿Agua con limón? —preguntó. Levantó el vaso y le dirigió una mirada sucia.

—Aparentemente no soy muy buena en esto. —Lo observé por encima del borde del monitor del ordenador.

—Sabe como si estuviera bebiendo Pledge.

Puse los ojos en blanco y Aiden me observó atentamente.

—¿Quieres que te ayude con eso? —preguntó, señalando con la cabeza todas las cajas que yo seguía desembalando. Habíamos encargado nuevas estanterías, nuevos estantes a juego con la nueva marca, y estaba tardando más de lo que pensaba mientras formaba a los nuevos empleados.

Sacudí la cabeza.

—No pasa nada. Además, tienes un nuevo cliente a las nueve. Todo su papeleo está en tu escritorio.

—¿La futbolista? —preguntó.

Con un movimiento de cabeza, me giré para recoger otro montón de camisas. Estaban justo fuera de mi alcance, y él se inclinó para acercarme la pila.

Sonreí.

—¿De qué la conoces? —le pregunté.

—El mismo agente. O mi antiguo agente, al menos.

Deslicé una pila de camisas cuidadosamente dobladas en la papelera correspondiente a su talla.

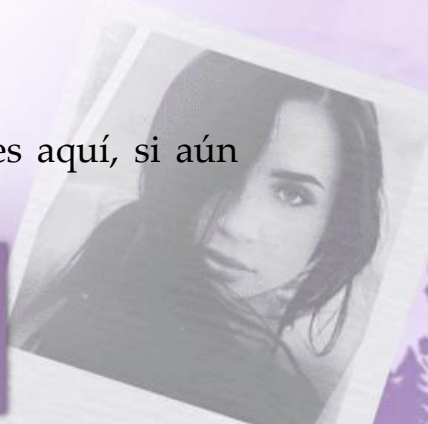
—¿Ya no necesitas un agente?

Aiden negó con la cabeza. Muchos deportistas, sobre todo los de alto nivel, mantenían un flujo constante de ingresos después de retirarse. Me miraba con ojos pensativos, como si supiera lo difícil que era para mí. Pero tampoco dijo nada más.

Respiré hondo y lo vi.

—Probablemente ganarías más dinero que lo que haces aquí, si aún tuvieras uno.

FORBIDDEN



La boca de Aiden se suavizó, pero no sonrió.

Echó un vistazo al gimnasio, y me gustó la forma en que sus ojos se calentaron cuando vio el espacio, el equipo. Como si fuera algo más.

—Probablemente lo haría, Ward.

Cuando desapareció en su despacho, hundí la cara en la camisa e intenté calmar la aceleración de mi corazón.

Las mujeres normales de veinticinco años podían coquetear y reír y hacer preguntas a un hombre guapo sin desencadenar un ataque de ansiedad, pero yo no.

No Isabel Ward, la chica que podía con *todo en el mundo* excepto con esas tres cosas. Llegó su nueva clienta, y yo hice muy bien en no encapricharme cuando se presentó.

—Bienvenida a Hennessy's —le dije, entregándole una tarjeta de socio—. Aiden se reunirá contigo en las cintas de correr en un minuto.

Al acercarme a su despacho, me sacudí el nerviosismo.

Un día a la vez. Aunque solo fuera mi jefe, aunque nunca volviéramos a repetir lo que pasó en el descampado en medio del gimnasio, así era como se construían las relaciones de cualquier tipo.

Con cuidado, llamé a la puerta abierta.

—Pasa —me dijo.

Aiden estaba sentado frente al monitor y se me secó la garganta porque se había puesto unas gafas de montura negra. Ni una sola vez en toda mi vida me habían parecido atractivas las gafas, pero al parecer, tenía un nuevo fetiche.

Antiguo luchador convertido en hombre de negocios era todo un espectáculo, y me gustaba mucho, *mucho*. Sus cejas se alzaron expectantes.

—Bien. —Me aclaré la garganta—. Ella está aquí para su sesión.

Aiden se levantó y tiró las gafas sobre el escritorio. Me aparté para que pudiera salir del despacho, pero se detuvo en la puerta y su figura ocupó todo el espacio. Su clienta estaba junto a la cinta de correr, estirando las

piernas, con la rodilla envuelta en una rodillera negra. Cuando se lesionó en la última Copa del Mundo, casi lloré.

—Es una gran cosa —me oí decir.

No era un entrenador famoso en todo el mundo. No tenía una presencia ruidosa en las redes sociales ni era alguien cuyo nombre se mencionara a menudo. Pero aun así, estaba aquí para hacerse más fuerte.

No preguntó a qué me refería.

—Lo es.

Mi mirada se detuvo en su perfil. Y cuando se volvió y clavó sus ojos en los míos, no aparté la mirada.

—Por eso —dijo en voz baja—. No es dinero fácil. Pero en este momento de mi vida, quiero construir algo que importe.

Luego se marchó, y me quedé pensando si no estaría empeorando completamente las cosas al intentar comprenderlo mejor.

Estaba en mitad de la sesión cuando aparecieron las gemelas con sus bolsas de deporte al hombro.

—No sabía que iban a venir hoy —les dije.

Lia señaló a Claire con el pulgar.

—Idea suya.

Vi a Claire.

—Nunca es idea tuya hacer ejercicio.

Claire levantó las manos.

—No para eso.

Mis cejas se alzaron.

—¿Para qué entonces?

Lia levantó dos dedos.

—Queríamos echarle un vistazo porque sigues siendo terriblemente cautelosa, y dos, Molly nos contó lo de tu pelea.



—No fue una pelea, en sí —le dije.

Claire puso una mano en el brazo de Lia.

—Lo entendemos. Y no estamos tomando partido. Solo quería saber cómo estabas porque no te hemos visto mucho últimamente.

Me levanté del taburete y me uní a ellas mientras caminaban hacia las bolsas.

—Sin tomar partido, ¿eh? Dices que soy la única que no se emociona ante la perspectiva de verla.

—Si pensara que realmente vendría, probablemente necesitaría medicarme —dijo Lia.

Claire sonrió.

—Podría ir en cualquier dirección. Pero tiendo a estar de acuerdo.

Aiden me vio mientras me sentaba en el suelo con ellas mientras empezaban a estirarse. Pero su cliente empezó una nueva repetición y apartó la mirada de mí y de las gemelas.

—Prefiero no pensar en si vendrá o no —les dije—. Odio que eso se cierna sobre el día.

Claire rodeó con las manos la suela de su zapato y se inclinó hacia delante.

—No luches contra esa incomodidad, ¿sabes? Ignorar tus sentimientos al respecto solo lo empeorará.

—Gracias, señorita futura terapeuta.

Sonrió.

—Además, aunque venga, nadie dice que tengas que comprometerte con ella en absoluto.

Lia apretó el brazo sobre el pecho y se estiró.

—No va a aparecer. Es imposible que tenga agallas.

Cuando me moví en el suelo, Claire vio a su gemela.

—Tenemos tiempo de sobra para resolverlo.



Aparentemente, mi deseo de hablar de Brooke estaba impreso claramente en mi cara.

Lia echó un vistazo por encima de su hombro, donde Aiden estaba guiando a su clienta en algunas estocadas. Él señaló algo en su forma, y ella asintió, ajustándose inmediatamente.

—Mierda, ¿esa es Allie Catalano?

Asentí con la cabeza.

Ella silbó.

—No puedo esperar para decirle a Jude.

—¿Cómo te va con él? —preguntó Claire con cuidado.

La vi.

—Perfectamente bien, gracias.

Claire sonrió.

—¿Ha hablado mucho de su mujer? No puedo imaginar lo duro que debe ser empezar de nuevo así.

—Solo una vez —dije, mirándolo de nuevo.

Sus ojos encontraron los míos y se sostuvieron.

En lugar de apartar la mirada, como habría hecho antes, respiré hondo y le dediqué una pequeña sonrisa.

—No es realmente el tipo de tema que puedes presionar si alguien no quiere discutirlo —dijo Lia—. Imagina que Logan perdiera a Paige. Tampoco podría hablar fácilmente de ella.

Las tres nos quedamos calladas. Me dio un vuelco el corazón, me dolió un poco solo de pensarlo. Nunca estaría listo. Nunca.

Tal vez ese fue el tipo de matrimonio que Aiden tuvo también. El tipo de matrimonio que nunca superaría. Un día a la vez, me recordé a mí misma.

Las gemelas se fueron.

Su clienta se fue.

FORBIDDEN



Una clase empezaba y terminaba mientras yo seguía trabajando.

Y me encontré incapaz de dejar de pensar en lo que Lia había dicho. Lo que este nuevo comienzo podría significar para él.

Mientras lo pensaba, un camión gigante se detuvo frente al edificio y me levanté del suelo de un salto para ir al despacho de Aiden.

—¿Tienes un minuto? —pregunté, asomando la cabeza por la esquina.

Suspiró, pellizcándose el puente de la nariz.

—Para ti, sí.

Mis mejillas se calentaron y, a la luz de su despacho, pensé que quizá las suyas también.

—Han venido a instalar el nuevo cartel. —Le dediqué una pequeña sonrisa—. ¿Quieres mirar?

Me estudió.

—Si me acompañas.

Asentí con cuidado y salí de su despacho mientras él me seguía.



14

Aiden

Casi me había convencido de que la invitación a que me acompañara no significaba nada. Casi. Porque mientras caminábamos uno al lado del otro, una conciencia baja y zumbante se extendía entre su cuerpo y el mío, aunque no nos tocáramos.

Nunca sería posible nada más con ella, me había dado cuenta. Pero era tolerable, al menos para mi propia cordura, mientras no pasara de ahí.

Fue esa conciencia la que me hizo alejarme un poco más de ella, porque lo último que necesitaba era arruinar la tranquilidad que habíamos encontrado en los últimos días.

—¿Limonada? —preguntó.

En mi cabeza, me reí a carcajadas. Pero mantuve el rostro firme mientras respondía.

—No. —Cuando vi en su dirección, estaba frunciendo el ceño.

—No es justo, ¿sabes? —dijo suavemente—. Sé que le preguntaste a Amy qué traernos.

Empujé la puerta del gimnasio y le hice un gesto para que saliera del edificio delante de mí.

—La vida nunca es justa, ¿verdad, Ward?

Resopló.

Los hombres de la grúa colocaron el cartel con precisión mientras Isabel y yo encontrábamos un sitio para quedarnos mirando. Aparecieron los



bordes de la H, de un azul intenso que brillaría con fuerza cuando se encendieran las luces por la noche.

A mi lado, Isabel se cubría los ojos y los miraba trabajar.

Su cuerpo se expandió al inspirar profundamente y me quedé esperando a ver si hablaba, qué decía.

—Antes de venir aquí por primera vez, no tenía ni idea de cómo manejar todas las cosas que había empujado hacia abajo. A los catorce años, no sabía que solo era... ira esperando a salir. —Se lamió los labios cuando apareció más del signo—. Miedo también, supongo. Acabé mi primer entrenamiento hecha un desastre sollozando. —Hizo una pausa, con una expresión de pesar en su bello rostro, y no pude apartar los ojos de ella—. Odio llorar. Pero este lugar me dio algo seguro. Un lugar seguro donde poner todas las cosas que eran demasiado grandes para mi cuerpo.

Era fácil imaginársela a esa edad, con los ojos encendidos y las emociones a flor de piel. Los trabajadores se movieron hacia el otro lado, la mitad del cartel ahora visible.

—Nunca he amado un lugar más que el hogar donde mi hermano nos crio —continuó—. Hasta que crucé esas puertas. —Isabel se volvió hacia mí, con ojos suaves y solemnes—. Estoy muy orgullosa de formar parte de lo que estás construyendo aquí, Aiden. Estás tomando algo que amo y lo estás tratando con el mismo cuidado que yo lo haría si fuera mío.

Mi reacción a sus palabras, a su admisión, no fue pacífica ni tranquilizadora, y necesité todo lo que había en mí para quedarme quieto, para no buscar su mano, simplemente para encontrar un ancla en el momento.

—Gracias —dije con voz ronca.

A través del sonido de los taladros que utilizaban, el ruidoso tintineo de metal sobre metal, Isabel y yo nos sumimos en un cómodo silencio.

Cerré los ojos mientras el sol calentaba mi piel, e imaginé a Beth viendo esto. Estaría orgullosa de este hogar que había encontrado, de este refugio que estaba construyendo.



Los obreros retiraron las últimas cubiertas protectoras y, cuando la plataforma bajó, por fin vi el nombre completo.

—Tiene buena pinta —dijo en voz baja.

Las palabras subieron lentamente por mi garganta, más allá de los bordes duros de emoción que llenaban el espacio.

—Así es.

De algún modo, me pareció bien que solo ella y yo presenciáramos este momento, y me negué a indagar en el porqué.

—¿No querías hacer un gran corte de cinta o algo así? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Sabes, no dejas de sorprenderme.

Al mirarla, descubrí que su atención seguía centrada en el cartel.

—¿Sí?

—He conocido a muchos deportistas, actuales y antiguos. Aunque no les gusten los focos, saben aprovecharlos cuando es necesario. Me imaginé que harían eso aquí.

Tarareé, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Hace unos años, creo que sí.

Isabel me echó una mirada rápida y se volvió hacia la fachada del edificio.

—Puede que no sea así para todo el mundo —continué—, pero cuando murió mi mujer, odié la atención que conllevaba. Con mi decisión de dejar el deporte. Ser el centro de atención de todos en el peor momento de tu vida lo cambió todo. Ya nada de eso me atraía. —Me quedé mirando las letras en azul—. Sé que parece una locura.

—No una locura. —Me vio con el cabello casi negro resbalándole por la cara con la brisa—. Pero te mereces celebrarlo. Tu familia y tus amigos también.

Mis manos ansiaban deslizar el cabello detrás de sus orejas. Las dejé donde estaban.

FORBIDDEN

—¿Tú crees?

Sus labios se movieron en los bordes, el comienzo de una sonrisa encubierta.

—Bueno, si alguien planeara una fiesta, debería avisar con tiempo.

—Ahh. Si *alguien estuviera* de acuerdo, se lo haría saber. —Levanté una ceja—. Nada grande sin embargo, si lo hacemos. Aunque tengo a alguien a quien puedo contactar para un poco de prensa.

—De acuerdo. —Se mordió el labio inferior, envió una rápida mirada en mi dirección—. ¿Chocolate caliente?

—No —murmuré.

Isabel resopló en voz baja y, mientras volvía al gimnasio, sonreí.



Isabel

A la mañana siguiente, Aiden parecía cansado y un poco gruñón cuando llegó, pero al ver un vaso vacío lleno de hielo en la recepción, sus ojos se calentaron.

—Tan cerca.

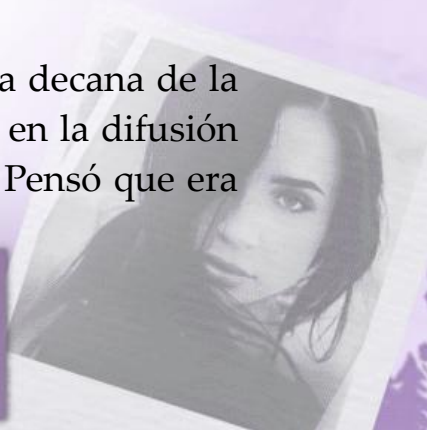
—Bueno, me estoy quedando sin opciones.

—Tal vez solo necesitas esforzarte más, Ward.

Me permití una pequeña mirada de soslayo y volví a la pantalla del ordenador, donde apareció un correo electrónico que me hizo sonreír.

—¿Buenas noticias? —preguntó Aiden.

—Sí. —Me desplazé por el correo electrónico—. Es de la decana de la vida estudiantil en U Dub. Ella va a trabajar con nosotros en la difusión de la noticia acerca de nuestra clase de defensa personal. Pensó que era



una gran idea, y si conseguimos que se apunte suficiente gente, podríamos ofrecer unas cuantas sesiones diferentes para no sobrecargar el ring.

Aiden echó un vistazo al gimnasio y me di cuenta de que intentaba imaginárselo.

Me puse en pie, señalando más allá del centro.

—Podríamos empujar parte del equipo hacia el otro lado y quitar algunas bolsas para abrir espacio temporalmente. Pero creo que para la primera clase, deberíamos limitar las inscripciones a veinte personas para asegurarnos de que tenemos espacio suficiente para movernos.

Asintió con la cabeza.

—Me parece bien.

Aspiré lentamente.

—¿Estamos cobrando por la clase?

Sus ojos eran brillantes y claros cuando volvió a dirigir su mirada hacia mí.

—¿Qué te parece?

Mis labios se crisparon ante su tono perfectamente uniforme, perfectamente molesto de que siquiera preguntara.

—¿En general? ¿O sobre esto?

—Ward —gruñó.

Me sentí como si estuviera pinchando a un oso gigante, pero demonios si no me sentí prácticamente colocada al poder ponerme un poco bocazas con él. Habíamos llegado lejos, me di cuenta con no poco orgullo.

—Supuse que sabía la respuesta, pero no quería hacer nada sin tu permiso.

Sus ojos se desorbitaron.

—¿Quieres decir como cuando trataste de patearme en la cabeza hace un par de semanas?



Con el corazón martilleándome por la calidez de su tono, me sentí muy orgullosa de mí misma cuando fríamente, *tan fríamente* levanté una ceja.

—No es culpa mía que no estuvieras prestando atención.

Me echó una larga mirada, y se estiró lo suficiente como para que mi barriga se volteara peligrosamente.

Volví a sentarme en el taburete y maldije el calor de mis mejillas.

Aiden se quedó callado unos instantes, y me encontré conteniendo la respiración por lo que diría a continuación.

Era la primera mención de esa noche, y él había sido el que había sacado el tema. Eso tenía que ser significativo, ¿no?

—El electricista llegará dentro de treinta minutos para instalar el sistema de escaneado de la puerta.

—Siéntete libre de enviarlo a mi oficina cuando llegue.

Mantuve un tono ligero.

—Entendido, jefe.

Mi mano temblaba ligeramente al hacer clic en otro correo electrónico, y él seguía detrás de mí. Pero cuando se alejó, solté un suspiro lento y volví al trabajo.

El resto del día transcurrió sin sobresaltos. Impartí una clase y tuve una sesión de formación. El electricista instaló nuestro nuevo sistema, y Emily y yo trabajamos los dos días siguientes para resolver la distribución del nuevo sistema de tarjetas a todos los miembros.

Puse un cartón de leche sobre el escritorio de Aiden cuando volví después de un día libre, y sus labios se crisparon.

—Oh, vamos —le dije.

Se reclinó en la silla, con las manos detrás de la cabeza.

—Al final, lo conseguirás porque te quedarás sin opciones.

Entrecerré los ojos y, al salir de su despacho, oí una risa ronca que me puso la piel de gallina.



Fue ese sonido el que me hizo deslizarme en vívidas imágenes, Aiden besándome a lo largo de la nuca, riéndose cuando me giré e intenté capturar su boca.

Justo cuando pensaba en cuánto tiempo hacía que no me permitía entrar en ese estado de ánimo, oí el sonido de alguien que pasaba la llave por la puerta y parpadeé varias veces para despejarme.

Con mi educada sonrisa, levanté la vista y vi a Anya golpeándose la cara contra el cristal perfectamente limpio. Me saludó frenéticamente y sonreí. Detrás de ella había un chico alto y guapo con los ojos y la mandíbula de Aiden, pero con el cabello casi negro.

Odiaba cómo catalogaba inmediatamente todas las formas en las que era *menos* que Aiden. Era más joven, sin duda. Si tuviera que adivinar, probablemente se acercara más a mi edad.

No era tan alto, aunque cuando le abrió la puerta a Anya, supe que seguía midiendo un metro ochenta.

No era tan grande, aunque parecía fuerte y musculoso.

Y no llevaba esa constante cara melancólica y malhumorada que tenía Aiden, porque al verme detrás del escritorio, su rostro se ensanchó con una amplia y atractiva sonrisa de dientes blancos.

—¡Mujer Maravilla! —Anya gritó, corriendo alrededor del escritorio para lanzar su pequeño cuerpo en mis brazos.

Emitiendo una carcajada sorprendida por su efusivo saludo, le di un rápido abrazo y la puse de espaldas para estudiarla.

—Nada de trucos con las vigas hoy, ¿verdad?

Ella asintió.

—El tío Beckham también me lo hizo prometer. Solo que me dio una barra de caramelo gigante.

—Veo la prueba de eso. —Señalé sus mejillas manchadas de chocolate.

—Anya Hennessy —dijo el hombre con voz escandalizada—, se suponía que ese era nuestro secreto. Qué rápido te vuelves contra mí.

Su risita me hizo sonreír de nuevo.

—La señorita Isabel no se lo dirá a papá. —Se apoyó en la pared y me estudió rápidamente.

—La señorita Isabel no, ¿eh?

Su tono era innegablemente coqueto, sus ojos verdes eran cálidos y amistosos y, sinceramente, ese era el problema. Por qué “tener citas” estaba tan abajo en mi lista de prioridades como una depilación completa. Porque ese tono innegablemente coqueto y sus ojos cálidos me pusieron los pelos de punta inmediatamente. Me sentí como un perro que acaba de ver a otro perro a lo lejos y, en lugar de esperar a ver cómo se comportaba conmigo, mi instinto me erizó el vello de la espalda y el comienzo de un gruñido en el fondo de la garganta.

Este tipo ni siquiera me conocía. No había hecho nada para justificar ojos coquetos y un tono coqueto. Esto, señoras y señores, era por qué todavía estaba en plena posesión de un himen.

Por qué solo me parecían atractivos los hombres intocables y emocionalmente inaccesibles, porque cosas así no pasaban.

Anya se fue corriendo a buscar a su papá, dejándonos a los dos solos en la recepción.

Él extendió una gran mano.

—Beckham Hennessy.

Me aclaré la garganta para asegurarme de que no surgía un gruñido real.

—Isabel Ward.

—La gerente —aclaró.

Asentí con la cabeza.

—Mmm.

Mis ojos se entrecerraron.

—¿Qué significa *eso*?

Al principio, no hizo más que sonreír, pero luego chasqueó los dedos como si yo no estuviera ahí sentada mirando.



—Logan Ward es tu hermano, ¿verdad?

—Lo es.

—Es un genio de la defensa —dijo Beckham.

—Lo es —repetí, esta vez inyectando un poco de calidez a mi voz—. Aunque, nunca lo vi de esa manera mientras crecía. Solo era el tipo que me obligaba a hacer los deberes y me decía que no podía torturar a mis hermanas pequeñas.

Eso le hizo sonreír.

—Tenía una foto suya en la pared cuando jugaba.

Se me encendió la cara cuando pensé en el hecho de que yo tenía fotos del hermano de Beckham en mi pared por la misma época, pero vaya si se me cerró la boca.

Beckham se acercó al escritorio y apoyó los codos en el mostrador de la barra. Como un bicho raro, me eché hacia atrás en la silla para que no estuviera tan cerca.

—Tú y yo probablemente podríamos intercambiar algunas historias absolutamente asesinas —dijo.

Una ceja se alzó.

—¿Podríamos? —murmuré. Por favor, nada de pósters en las paredes, pensé frenéticamente.

Se inclinó un poco más y bajó la voz.

—Imagínate cuánto tenemos en común.

Incliné la cabeza. No sabía quién era ese tipo, porque sus ojos, de cerca, no contenían nada excepto una amable amabilidad.

—Beckham —espetó una voz grave.

Mi espalda se enderezó. Porque Aiden apareció por la esquina, con la mandíbula tensa y los ojos nada coquetos.

Beckham no se movió de su posición, con la inclinación y la cercanía. Su sonrisa se extendió.



—Aiden. Encantado de verte. Le estaba diciendo a tu gerente que tenemos mucho en común.

La cara de Aiden estaba tormentosa.

—Tal vez deberías dejarla volver al trabajo.

—Tal vez ella quiera hablar conmigo —dijo Beckham.

—Quizá deberías prestar atención a cómo se aparta de ti —replicó Aiden.

—Tal vez —intervine suavemente—, ella puede hablar por sí misma.

Los ojos de Aiden se clavaron en los míos y, aunque todas las reacciones físicas normales -inducidas por Aiden-, se desencadenaron de inmediato, con los latidos del corazón palpitantes, el hormigueo en las manos y el vientre lleno de mariposas, me negué a apartar la mirada.

Beckham silbó.

—Me gusta mucho.

Bajé los ojos y respiré hondo.

Beckham se echó hacia atrás y golpeó con una mano la encimera del escritorio.

—¿Ves? Podríamos escribir un libro, tú y yo.

—¿Sobre qué? —gritó Aiden.

—Cómo lidiar con hermanos mayores prepotentes, atléticos e insoportables.

La risa me estalló tan rápido, tan fuerte, que no había forma de pararla.

Y los dos hombres tuvieron reacciones muy, muy diferentes. Mientras me tapaba la boca con una mano para contener los sonidos histéricos que intentaban escapar, Beckham sonrió con demasiada suficiencia.

Y Aiden... parecía un nubarrón.

De hecho, nunca lo había visto mirar así, y mientras se me pasaba la risa, intenté desesperadamente ignorar la creciente sensación de que parecía... parecía celoso.



—Beckham —dijo—, gracias por dejar a Anya. ¿No tienes que ir a trabajar?

—No, tengo tiempo de sobra.

Mis ojos pasaron de uno a otro.

Aiden me fulminó con la mirada.

Beckham sonrió.

—El otro día tuve una conversación interesante con Eloise cuando volvía del colegio.

Cuando Aiden emitió un gruñido desde lo más profundo de su pecho, mis ojos se abrieron de par en par.

—Beckham —gritó.

Beckham volvió a inclinarse hacia mí.

—Eloise es nuestra hermana menor. A veces es un poco entrometida, pero todos la adoramos.

—Discutible en este momento —intervino Aiden.

—¿Cuántos son? —pregunté.

—Cinco —dijeron al unísono.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Yo también tengo una gran familia.

Al oír eso, el rostro de Aiden perdió por fin su dureza y asintió.

Beckham vio su reloj, y como si no hubiera instigado toda esta conversación, hizo girar las llaves de su auto en su dedo índice.

—Bueno, será mejor que me vaya. —Volvió a tenderme la mano y yo la tomé—. Isabel, fue un *placer* conocerte.

Bajé las cejas.

—Creo que voy a retener el juicio hasta que no esté atrapada en un combate verbal entre ustedes dos.

Se rio.

FORBIDDEN



—Aiden, te veré más tarde.

Aiden se frotó la frente.

—Gracias por vigilar a Anya.

Su cabeza asomó por la esquina.

—¡Adiós tío Beckham, gracias por la enorme barra de chocolate!

Beckham le guiñó un ojo.

—Cuando quieras, munchkin.

Aiden fulminó con la mirada su espalda en retirada y yo traté de reprimir mi sonrisa.

Qué intercambio tan extraño e inesperado para cambiar por completo la trayectoria de mi estado de ánimo. Había visto tantas facetas diferentes de él y ninguna de ellas, ni una sola, me resultaba menos atractiva.

Me gustaba el gruñón hermano mayor Aiden. Y deseé que no fuera así.

Con Beckham fuera, y Anya corriendo de vuelta a la oficina de su papá, estábamos solos Aiden y yo. Me encontré conteniendo la respiración para ver si decía algo. Rezando para que no lo hiciera. No estaba del todo segura.

¿Y no era ese el problema?

Estaba en un estado constante de estira y afloja sobre lo que quería y lo que necesitaba de él.

Abrió la boca para hablar, la cerró y sacudió ligeramente la cabeza.

—Tienes libre este fin de semana —comentó.

Asentí lentamente.

—Estoy cuidando a mi sobrino mientras mi hermano y su mujer están fuera de la ciudad. —Señalé detrás de nosotros la parte principal del gimnasio—. Kelly me está cubriendo.

Tarareó en señal de asentimiento.

—Que tengas un buen fin de semana, entonces.



Aiden empezó a alejarse y yo lo observé con atención. Quería que se pusiera celoso porque su hermano coqueteaba conmigo.

Como si me hubiera oído pensarlo, Aiden hizo una pausa y volvió a encararse conmigo.

—No debería haber asumido que no querías hablar con Beckham. Lo siento.

Mis cejas se alzaron.

—No pasa nada.

Asintió.

Respiré hondo, le sostuve la mirada y levanté un poco la barbilla.

—No me interesa tu hermano.

Aiden se quedó inmóvil y yo me maldije de arriba abajo y de lado a lado por sentir que tenía que explicárselo.

En el momento en que nos miramos después de decirlo, me imaginé todo tipo de cosas. Yo diciendo que estaba interesada en él.

Que se estaba convirtiendo rápidamente en mi persona favorita con la que pasar el tiempo. Que lo deseaba.

Imaginaba a Aiden caminando hacia mí, tomándome la cara con las dos manos y acercando su boca a la mía. Mis manos serpenteando bajo su camisa para poder memorizar los músculos con las yemas de los dedos. Imaginé la forma en que sería capaz de levantarme con facilidad, la forma en que sería capaz de moverse y presionar y empujar mi cuerpo en una maraña anudada de placer. Ni una sola vez, en toda mi vida, había fantaseado con que alguien tuviera la fuerza de sujetarme, de inmovilizarme, pero sentada en aquella silla, sabía que se lo permitiría.

Permitirle no tenía nada que ver. Se lo rogaría.

Le cedería todo el control a Aiden, y tenía la sensación de que él sabría exactamente qué hacer con él.

—Bien —murmuró, sosteniendo mis ojos un segundo más. Y luego se volvió hacia su despacho.



Solo cuando lo hizo empecé a respirar con normalidad. Por un momento, pareció que él y yo habíamos encontrado un terreno firme, un punto de apoyo en un nuevo lugar que me estaba gustando.

Tal vez me estaba engañando a mí misma al pensar que conocerlo mejor me llevaría a quererlo menos. Porque mientras se alejaba, supe que no estaba controlando mis sentimientos hacia él.

Y cuando vio en mi dirección, tuve que preguntarme si no sería la única.



15

Isabel

—Creo que deberíamos salir a desayunar —dijo Emmett.

Nos quedamos uno al lado del otro, mirando fijamente al refrigerador. Sorprendentemente, nuestras miradas no hicieron aparecer comida por arte de magia.

Hice un gesto de dolor.

—Podemos hacer *algo*. Hay como... huevos. Y pan. Y queso. Es suficiente, ¿no?

Me vio.

—¿*Me estás* preguntando qué hacer con esas dos cosas? Soy un niño.

—Tienes casi diez años.

—Tienes como... veinticinco. Si alguien debería ser capaz de cocinar el desayuno, eres tú.

Me quedé mirando las estanterías con un fuerte suspiro.

—Todo el mundo tiene talentos en esta vida, Emmett. Cocinar no es uno de los míos.

—No me digas.

Levantando la barbilla con determinación, empecé a sacar cosas.

—Voy a ignorar eso.

Tomó los huevos cuando se los entregué, dejándolos sobre la encimera con mirada escéptica.



—Mamá se va a enojar si me envenenas con tu comida antes de que lleguen a casa.

—No, me perdonará.

Emmett sonrió.

Pobre chico. No tenía más remedio que hablar con fluidez el sarcasmo teniendo en cuenta la familia en la que nació.

Un minuto más tarde, la encimera de la cocina estaba cubierta de un montón de cosas que deberían haber equivalido a un desayuno bastante épico.

—¿No tienen aparatos de cocina sofisticados que facilitan estas cosas?

Sus ojos se iluminaron.

—Tienen una de esas freidoras de aire. Y una tostadora.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Sé lo que es una tostadora, Emmett.

—¿Seguro que no podemos salir a desayunar?

—Mañana —insistí—. Será nuestra recompensa por no matarnos después de todo este tiempo juntos sin supervisión.

—Si tu desayuno no me mata antes —murmuró.

Lo empujé de lado.

—Vete de aquí con esa mala actitud.

Emmett suspiró.

—Pero no uses el microondas y la tostadora al mismo tiempo. Mamá dijo una palabra muy fea ayer cuando lo hizo.

Poniendo los ojos en blanco, le dije—: Sé cómo funcionan los electrodomésticos, Emmett. Ve a ver esos horribles dibujos animados.

Después de recogerme el cabello en un moño en lo alto de la cabeza, me remangué mentalmente y me puse manos a la obra. Conseguí cascar unos huevos en una sartén chisporroteante, con solo unos trozos de la cáscara que saqué con una cuchara. Metí el pan en la tostadora y apreté el botón.

Me acerqué una bolsa de salchichas a la cara e intenté leer las instrucciones de recalentamiento. Los huevos ocupaban toda la sartén, así que arranqué un trozo de papel de cocina del rollo y metí unas cuantas salchichas en el microondas.

Por un momento, vi los dos aparatos. Nunca había oído a Paige quejarse de que funcionaran simultáneamente y, aunque hacía cuatro años que no vivía bajo su techo, me habría acordado si hubiera sido un problema.

Encogiéndome de hombros, pulsé el botón de encendido del microondas.

Toda la cocina se quedó a oscuras.

—La mierda se pega —susurré.

—¡Te dije que pasaría! —gritó desde el sofá.

Con las manos en las caderas, solté un profundo suspiro.

—No pasará nada. Puedo ir a activar el fusible. ¿Puedes gritar cuando vuelva la luz?

—Siempre y cuando no hayas fundido el fusible —dijo, sonando tan parecido a Logan que casi pongo los ojos en blanco—. Papá dijo que si mamá hacía eso una vez más, iba a dejar que lo cambiara ella misma.

Sonreí.

—¿Y qué dijo a eso?

—Que podía meterse el fusible por el trasero porque ella estaría bien si tuviera que hacerlo.

Todavía me estaba riendo cuando caminé por el pasillo y abrí el armario de los servicios.

Pero cuando abrí la puerta de metal gris, mi risa murió de una muerte horrible.

Nota: haz caso al niño de diez años cuando te diga que no pongas en marcha los electrodomésticos a la vez.

Emmett me vio cuando volví a la sala de estar.

—¿Qué pasa?

FORBIDDEN



—Se ha fundido el fusible.

—¿Vas a llamar a alguien para que venga a arreglarlo?

Mi pulgar golpeaba furiosamente mi muslo mientras pensaba en mis opciones.

—Puede que no tenga que hacerlo. —Saqué el móvil y envié un mensaje.

Yo: *¿Ya estás en el gimnasio?*

Kelly: *Probablemente no por otra hora, ¿por qué?*

Yo: *Nada. Solo trataba de recordar si tenía una caja de fusibles en mi oficina. ¿Recuerdas cuando Amy estaba teniendo todos esos problemas el año pasado?*

Kelly: *Alguien quemó el fusible del estéreo en medio de una clase de domingo por la tarde. SÍ, LO RECUERDO. ¿Alguna vez has tratado de enseñar con solo el sonido de tu respiración pesada para motivar a la gente?*

Yo: *Afortunadamente, no.*

Con una mirada a la oscura cocina, decidí que lo último que me apetecía era esperar todo el día a un electricista. Fui a buscar a Emmett.

—Si no te importa un viaje por carretera al gimnasio, en realidad tenemos algunos fusibles de repuesto en mi oficina. No tiene sentido pagar a alguien para que lo haga si puedo resolverlo yo misma.

—Sí, excepto si vuelas la casa porque pusiste el fusible equivocado.

—¿Tienes tan poca fe en mí? —pregunté.

—No sabes revolver huevos sin quemarlos, Iz. —Emmett me vio con ojos *muy* abiertos.

Hice un gesto hacia la puerta principal.

—Vamos, pequeño punk. Te invitaré a desayunar por el camino.



Veinte minutos más tarde, todavía estaba inhalando el resto de su sándwich de desayuno cuando nos detuvimos en el estacionamiento del gimnasio.

La visión de una familiar camioneta negra al final del estacionamiento me hizo pronunciar una palabrota en voz baja.

Emmett me tendió la mano.

Le arrojé toda mi cartera.

—Toma un billete de veinte, entonces estoy cubierta todo el fin de semana.

Sus ojos eran del tamaño de los neumáticos del camión de Aiden.

—Trato hecho.

Estacioné el auto y me volví hacia Emmett.

—De acuerdo, mi jefe está ahí dentro. Sé amable, respetuoso y no le digas nada embarazoso, ¿está bien?

Se encogió de hombros.

—¿Qué le diría que es embarazoso?

Cuando nos acercamos a la puerta principal, eché un vistazo al interior antes de deslizar mi nueva tarjeta frente al escáner. Había algunas luces encendidas, pero no las suficientes como para ver a Aiden de inmediato.

En cuanto doblamos la esquina de la media pared que separa la entrada principal de la zona principal del gimnasio, vi un pequeño cuerpo tendido como una estrella de mar en medio del ring de boxeo. Cantaba una canción a pleno pulmón, completamente ajena a nuestra presencia.

Emmett me dio un codazo.

—¿Quién es?

Anya se levantó de un salto con un grito de sorpresa, y su cabello rubio blanco voló en todas direcciones. Pero cuando me vio, sonrió.

—¡Señorita Isabel!

—Hola, niña. Qué bien cantas —le dije.



El cuerpo de Aiden llenaba la puerta de su despacho.

Emmett subió al ring con Anya y empezaron a correr en círculos. Suspiré en silencio. Ahora que había alguien con quien jugar, este no sería un viaje rápido.

Hice sonar mis llaves contra mi pierna mientras me acercaba a Aiden.

—No pensé que habría alguien aquí.

—Podría decir lo mismo. —Sus ojos me examinaron de pies a cabeza y luché por no inquietarme. No es que me arreglara mucho para ir a trabajar, pero era la primera vez que me veía con la cara descubierta, el cabello revuelto y los joggers negros que me había puesto al levantarme. Mi camiseta blanca era holgada y cómoda, y se me caía constantemente por los hombros, por lo que era *dolorosamente* evidente que no llevaba sujetador.

—¡Iz! —Emmett gritó desde el ring. Había metido el cuerpo entre las cuerdas y tenía las rodillas en equilibrio sobre la inferior.

—¿Sí?

—¿Es el tipo del que Molly se burlaba porque tenías su póster en la pared cuando eras pequeña?

Mis párpados se cerraron de golpe, mi corazón dejó de latir en mi pecho y, en ese momento, imaginé lo posible que era viajar atrás en el tiempo y no encender ese puto microondas.

Cuando abrí los ojos, lo fulminé con la mirada de tal manera que se quedó con la boca abierta.

—Ohhh, ¿es ese el tipo de cosas embarazosas que no querías que dijera? Lo siento, Iz. —Saltó de las cuerdas y volvió a correr.

Como si no acabara de avergonzarme.

Me tapé la boca con una mano cuando oí un sonido de diversión ahogada detrás de mí. Me quería morir.

Cuando me giré, Aiden seguía apoyado en la puerta, pero no me lo podía creer.

Me estaba sonriendo.

FORBIDDEN



No era una sonrisa amplia que mostrara todos sus dientes o que hiciera aparecer un hoyuelo sorpresa a cada lado de su boca. Pero era mucho, mucho peor. Porque esta sonrisa me devastó por completo.

Dejé caer la mano, señalándolo con un dedo.

—No es gracioso.

—Es un poco gracioso —bromeó.

En lugar de contestarle, me dirigí a mi despacho, con la cabeza tan alta como podía cuando lo que quería era esconderme debajo de la mesa.

Con sus ojos clavados en mí, abrí mi despacho y empecé a buscar en el armario de la esquina donde metía toda la mierda que nunca me apetecía organizar. Mi pálpito mental mientras rebuscaba entre las cajas era algo así como, *está bien. No pasa nada. Un póster no es gran cosa, y a él no le importará porque era un atleta de talla mundial, así que probablemente ni se acuerde.*

—¿Qué póster? —preguntó.

Me enderecé despacio, con una cajita en las manos. Estaba detrás de mí, encaramado al borde de mi escritorio.

—Ni siquiera recuerdo. —*No tengo fantasías sexuales contigo todos los días de la semana*—. Me aparté un mechón de cabello detrás de la oreja antes de volverme hacia él—. Tenía muchos atletas en mi pared cuando era más joven.

—De acuerdo. —No me creyó, pero no podría haberme importado menos mientras no insistiera. Mi ritmo cardíaco disminuyó un poco cuando levantó la barbilla, los ojos en la caja en mis manos—. ¿Qué buscas?

—Mmm, una caja de fusibles.

Sus cejas se alzaron.

—Yo... como que me volé uno en la casa. No tenía ganas de esperar a un electricista.

Emmett corrió a la oficina.

—Lo explotó tratando de hacernos el desayuno.

FORBIDDEN



Recuerda cuánto lo quieres, canturreé en mi cabeza.

—¿Lo hizo? —preguntó Aiden.

—Sí —dijo Emmett—. Isabel *es* malísima cocinando.

Aiden ahogó otra sonrisa.

—De acuerdo —intervine—. Eso es suficiente de ti, o no tendrás tu tiempo en pantalla más tarde.

Suspiró pesadamente.

—¿Puede venir Anya a jugar? Le hablé de la casa del árbol en el patio y quiere verla.

—Oh, mmm —vi a Aiden—. No sé si hoy es un buen día. Tengo que arreglar esto y el señor Hennessy está trabajando.

Aiden se levantó del escritorio.

—¿Has reemplazado fusibles antes?

Me pasé la lengua por los dientes.

—No exactamente, pero puedo imaginármelo.

—¿Sabes para cuántos amperios es esa caja?

Mirando hacia abajo, vi el borde de la caja.

—Veinte.

—¿Y ese es el tipo que necesitas? Si sustituyes el malo por algo que tenga demasiados amperios, dañarás aún más el cableado.

Mis ojos se entrecerraron ligeramente y, de inmediato, Aiden me devolvió la mirada. Algo peligroso se encendió como una cerilla bajo mi piel.

—No lo sé —admití.

—Tengo un montón de cosas en mi camioneta, incluidos algunos fusibles de quince amperios —dijo—. Estaría encantado de ir y hacerlo. Si no es el adecuado, iré corriendo a la tienda.



—Por favor, di que sí —susurró Emmett—. No quiero que la casa explote. Mamá y papá se enfadarían mucho contigo.

La única razón que tenía para decir que no era mi orgullo, no para pedirle problemas. Invitarlo a nuestra casa me parecía muy, muy problemático.

Desafortunadamente, esa no era una razón para decir que no. No con esto.

—Te agradecería tu ayuda —le dije—. Te enviaré la dirección.

Ya no sonreía, y no me afectó menos cuando movió la barbilla en señal de asentimiento.

Todos mis momentos a solas con Aiden habían sido accidentales. Hasta ahora.



16

Isabel

Emmet vio mis manos golpeando frenéticamente el volante

—Ni una palabra, punk.

Puso los ojos en blanco.

—No iba a decir nada.

Giré el volante y metí el auto en la entrada de la casa.

—¿Quieres decir que no ibas a decir nada sobre tener un póster de Aiden en mi pared? Deberías devolver mis veinte pavos.

Emmett suspiró.

—Tengo un póster de Noah en la pared, y no me ves ir por ahí insultando a la gente si se lo cuentan. —Luego se encogió de hombros—. No entiendo por qué te avergonzarías de eso. Lucharé con él si se burla de ti.

Sonreí porque por mucho que me volviera loca, momentos como este me recordaban por qué moriría por él tan rápido.

—¿Vas a luchar contra Aiden Hennessy?

—Sí. No es como si hubiera ganado el título de los pesos pesados. —Hinchó su flaco pecho—. Además, oigo a mamá decir todo el tiempo que un buen ataque de ira te hace más fuerte que alguien del doble de tu tamaño.

—¿Por qué te dice eso?

Pensó en eso.

FORBIDDEN



—Uno de mis amigos estaba siendo intimidado en la escuela.

—¿Y te dijo que los atacarás en un arrebato de justa ira? —pregunté, sonriendo ampliamente.

Emmett negó con la cabeza.

—No. Pero la norma de la casa es que les pidas que paren. Si no paran, se lo dices a un profesor. Si siguen sin parar, les das un puñetazo, y aunque me meta en líos en el colegio, *nunca jamás* me meteré en líos en casa. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Pero tiene una vena violenta, ¿sabes?

—Sí, la tiene. —Me giré en su dirección, apartándole con cuidado el cabello de la cara—. Tu cabello se está oscureciendo. ¿Quién dijo que puedes empezar a parecer un adolescente?

Las mejillas de Emmett se sonrosaron.

—¿Cuántos años crees que aparento?

—Por lo menos trece.

Sonrió de oreja a oreja, se desabrochó el cinturón y salió del auto como si le hubiera dado un cheque de un millón de dólares.

—Voy a limpiar la casa del árbol —gritó por encima del hombro. Le saludé con la mano y salí lentamente del auto después de que él diera la vuelta a la casa.

Estuvo bien.

Esto estuvo bien.

Los niños jugarían fuera mientras Aiden me ayudaba a arreglar el fusible. Tardarían dos minutos, seguirían su camino y yo me podría dedicar a relajarme con Emmett. No había planeado absolutamente nada, de ahí el look pijama-chic que me había puesto.

Vi hacia abajo y gemí.

Sin sujetador.

Si me daba prisa, quizá tendría tiempo. Eché un vistazo a la calle y vi que estaba vacía, así que entré corriendo en casa y jugueteé con la llave de



la puerta principal. Justo cuando oí girar el cerrojo, el ruido de la camioneta de Aiden llegó retumbando a la entrada. Me permití una breve exhalación fortificante, luego saqué la llave y giré, apoyando la espalda contra la puerta con una sonrisa en la cara.

Emmett debió oír la camioneta porque volvió corriendo al patio delantero y se detuvo cuando Aiden desplegó su enorme cuerpo del gran vehículo.

¿Habría algún momento en que verlo no fuera como si me hicieran un agujero en el pecho? Ni siquiera tuvo que hacer nada más que salir *de su camioneta*, y yo quería desnudarme, extenderme sobre su cuerpo como una manta y besarlo hasta ver las estrellas. Era confuso. Y molesto. Y empezaba a sentir un poco de simpatía por las razones por las que mis hermanas habían sido todas unas locas en algún momento de los últimos dos años.

Aiden llevaba unas gafas de aviador oscuras que le ocultaban los ojos. Aunque no podía verle los ojos, sabía que me miraba fijamente mientras esperaba a que Anya se bajara del asiento de seguridad. Abrió la puerta trasera de la cabina de su camioneta y la ayudó a bajar.

—Hola, Anya —gritó Emmett como si no acabaran de verse.

—¡Hola! —Se detuvo frente a la casa y se quedó mirando el exterior de ladrillo—. Tienes una casa mucho más grande que la nuestra.

Aiden se frotó la nuca, dejó caer la barbilla sobre el pecho y suspiró audiblemente. Al menos no era el único con un parloteo sin filtro en este escenario.

Sonreí a Anya.

—Bueno, éramos cinco cuando mi hermano compró la casa. Debía tener espacio suficiente para mí y mis tres hermanas. Son muchas habitaciones.

Aiden levantó la cabeza y, de nuevo, tuve la sensación de que me estaba estudiando. Anya abrió mucho los ojos.

—¿Vivías con tu *hermano*? Genial.

Asentí con la cabeza.



Fue entonces cuando mi parlanchín sobrino decidió intervenir.

—En realidad, es su medio hermano. Tenían el mismo papá. Tuvo un infarto. Pero cuando su mamá se fue, mi papá compró una casa más grande para que pudieran vivir todos juntos.

—Gracias, Emmett. —Suspiré. La boca de Aiden se crispó como si estuviera luchando contra una sonrisa—. ¿Algo más que quieras compartir? —le pregunté a la personita que estaba a mi lado.

—Sí.

Lo vi.

—¡Bueno, tú preguntaste! —Respiró hondo y se volvió hacia Aiden—. No deberías sentirte demasiado especial porque Iz tuviera tu foto en su pared cuando tenía quince años. Ella tenía un montón de gente en su pared, y probablemente había toda una sección de atletas que *no* le gustaban también, ya sabes, solo para recordarle quiénes eran.

—Emmett —le dije—, deja de hablar.

—Bien, cielos —murmuró.

Me pasé los dedos por el cabello y exhalé un suspiro.

—¿Por qué no le enseñas a Anya tus videojuegos o el patio o... algo?

—¡La casa del árbol! —Anya gritó, luego vio a Aiden—. ¿Puedo?

Se agachó hasta su altura y se quitó las gafas de sol.

—Sí, pero tratas sus cosas con respeto, ¿y cuál es la otra regla?

Suspiró.

—No subir demasiado alto.

—Adelante —dijo en voz baja. Le tendió el puño y ella lo chocó antes de salir corriendo con Emmett. Chillaron y gritaron como pequeños salvajes, y sonreí cuando el sonido desapareció en el patio trasero.

Aiden se enderezó. Y estábamos solos.

—Traeré los fusibles que tengo —dijo—. Con suerte, uno funcionará.



Asentí con la cabeza y lo vi abrir una caja de herramientas de acero en la caja de su camioneta. Observé cómo estiraba la espalda, cómo se le contraían los músculos de los brazos al mover objetos que yo no podía ver. Y su trasero en los vaqueros que llevaba. Casi gemí.

Así que sí, si yo era culpable de algo, era de mi completa objetivación física de este hombre. Sí, él era mucho más que un cuerpo hermoso, pero santo infierno, su cuerpo era tan, tan agradable a la vista.

Quería *hacerle cosas* a ese cuerpo y dejar que me hiciera aún más.

Abrí la puerta cuando llegó al primer escalón y le seguí hasta la entrada. Con la cabeza inclinada, contemplaba la escalera que subía al segundo piso, la pared de cuadros que cubría el muro que conducía a la cocina, el comedor y el salón.

Al final de la exhibición, hubo una que le hizo detenerse: yo, mis hermanas y Emmett cuando Lia y Claire terminaron su licenciatura. Las gemelas, con toga y birrete, estaban flanqueadas por Molly y por mí, mientras Emmett permanecía de pie delante y en el centro, sacando la lengua a la cámara.

—¿Es tu sobrino, dijiste?

—Sí. —Luego me reí en voz baja—. Pero a veces se siente como si fuera nuestro hermano pequeño. Tenemos un —hice una pausa—, árbol genealógico único.

Tarareó.

—Toda esa ira adolescente que mencionaste.

Lentamente, asentí.

—Sí.

Aiden estudió la fila de fotos y me pregunté qué estaría pensando. Su mirada se posó en una de mí, Logan y Paige cuando yo tenía dieciséis años.

—Tu mamá las dejó a las cuatro.

Lo dijo tan sencillamente, sin ninguna inflexión, que no me dejó sin aliento.



De nuevo, asentí.

Cuando se volvió, sus ojos mostraban un borde peligroso.

—Yo también estaría jodidamente enfadado.

Mi sonrisa era amplia, mi risa inesperada. Pero me sentí muy bien. La expresión de Aiden se suavizó.

Me puse a su lado y vi la foto.

—Es el enfado que viste —lo vi de reojo—, hace un par de semanas. Mi hermana la invitó a su boda, y yo... no lo llevé bien —dije con ironía—. Quizá todavía no lo llevo bien.

Aiden me miraba con ojos pesados. Algo en mi sinceridad parecía afectarle más.

—¿Entonces no debo esperar ataques así a menudo? —preguntó—. Mantendré la guardia alta si es necesario.

—No —respondí esbozando una pequeña sonrisa—. No lo hagas.

Cuando asintió, respiré un poco más tranquila.

—Te enseñaré dónde está el armario de los servicios.

Pasé junto a Aiden, mi brazo rozó el suyo donde la camisa se me había deslizado por el hombro, y sentí el pequeño roce hasta los dedos de los pies porque su piel era cálida y firme. Mientras me seguía, estaba callado, pero tuve la sensación de que estaba estudiando nuestra casa. Estudiándome.

Pasamos junto a la habitación de invitados y un cuarto de baño, y giramos junto a la puerta que daba al despacho de Logan. Aiden se detuvo y echó un vistazo al interior. Por encima de mi hombro, le vi echar un vistazo a la parafernalia de los Washington Wolves que cubría las paredes. Dos camisetas enmarcadas colgaban centradas sobre el sofá, a lo largo de la pared del fondo, de la carrera profesional y la universidad de Logan. Fotos de él con Paige, las hermanas y Emmett adornaban la pared de detrás de su escritorio. Sobre la superficie de madera oscura había dos enormes monitores de ordenador y ordenadas pilas de libros y carpetas.

—No hay trofeos fuera —comentó Aiden.

Sonreí.

—Creo que están en una caja en el armario.

Sus cejas se alzaron brevemente.

—Probablemente los míos también acabarán ahí. Nunca sé cómo exhibirlos sin parecer pomposo.

—¿La carga de la grandeza? —bromeé ligeramente.

Uno de los bordes de su boca se enganchó en una sonrisa irónica.

—Algo así. Aún no he montado mi despacho.

—Probablemente porque nunca dejas el del gimnasio —le dije.

Su mirada se desplazó del despacho a mi cara.

—Si eso no es la sartén por el mango.

—Touché. —Levanté la barbilla hacia una puerta anodina—. La caja de fusibles está ahí. Puedo ir a ver a los niños y así no molestarte.

—Oh, no, vas a ayudar. —Estaba tan despreocupado mientras lo decía, abriendo la puerta y dejando su caja de herramientas en el suelo para mantenerla en su lugar.

Una de mis cejas se alzó al oír la orden.

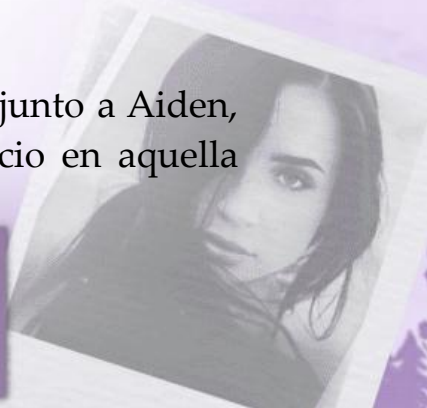
—¿Lo haré?

Me golpeó con toda la fuerza de esos ojos cuando se giró.

—Sí. Porque si esto vuelve a ocurrir, sabrás qué hacer. —Aiden hizo un gesto con la cabeza para que me uniera a él en el lavadero.

El pequeño y nada espacioso cuarto de servicio. La caja de fusibles estaba en medio de la pared, flanqueada a un lado por la caldera, el calentador de agua estaba en la esquina y en la pared opuesta había una estantería metálica del suelo al techo que Logan había apilado con herramientas, bombillas y un montón de otras mierdas que nunca había mirado.

Lo único que sabía ahora, mientras permanecía de pie junto a Aiden, era que aquella estantería ocupaba una mierda de espacio en aquella



habitación, y nos vimos obligados a permanecer de pie con los brazos rozándonos mientras él abría la puerta de un tirón.

—Es ese —le dije.

Asintió con la cabeza.

—¿Puedes tomar esas dos cajas que hay en la parte superior de la bolsa, el pequeño comprobador de tensión de mango rojo que hay junto a ellas y un destornillador plano? Por favor —añadió cuando le lancé una mirada.

Al agacharme para buscar los objetos que me había pedido, no pude evitar sonreír.

Cuando le entregué las cajas de fusibles, empezó a explicarme lo que estaba haciendo, comprobando los números de las piezas y dónde comprobar que el disyuntor principal estaba desconectado. Luego desenroscó la tapa y la dejó en el suelo junto a sus pies.

—Todavía llega corriente —dijo, señalándome que sostuviera el medidor justo por encima de los cables para ver cómo se iluminaba—. Ahora que sabemos que los disyuntores que tenía coinciden, podemos sustituir el viejo. Pero primero tenemos que desconectar el disyuntor principal, así que adelante, enciende la linterna de tu teléfono. No hay suficiente luz natural en el pasillo para poder ver.

Sí, por favor, pensé. Justo lo que necesitaba. Estar codo con codo con Aiden en un armario oscuro. En una casa para nosotros solos.

No me extrañaría lo más mínimo que pudiera oír el martilleo de mi corazón detrás de mi caja torácica. Al fin y al cabo, lo único que lo cubría era una fina capa de algodón blanco y la endeble protección de mi piel, que zumbaba como un cable en tensión ante su proximidad.

Si alguien sostuviera ese comprobador de tensión en el escaso espacio que separa nuestros cuerpos, se habría iluminado como el maldito Cuatro de Julio.

Aiden desconectó la alimentación principal y quedamos sumidos en la oscuridad.



Dejé escapar un suspiro audible cuando se movió ligeramente y la piel de su brazo rozó mi hombro. Olía a bosque de pinos enjabonados, que sonaba mucho menos sexy de lo que olía. Quería aplastar ese aroma en cristales y esnifarlo.

—¿Puedes, eh —hizo una pausa—, la linterna?

—Bien —exhalé. Saqué el teléfono del bolsillo de mis pantalones de correr y casi se me cae cuando me temblaron un poco las manos.

La luz era chillona y dura, y cuando levanté la vista hacia él, un músculo se tensó ominosamente en su mandíbula mientras sus ojos se clavaban directamente en la caja de fusibles.

—¿Ves ese tornillo a la derecha del fusible fundido?

Moví la linterna, pero tuve que acercarme más para verlo con claridad.

—Ajá.

—Eso es lo que se desenrosca para quitar el cable —explicó—. ¿Tienes el destornillador plano?

Asentí y bajé el teléfono para meter la otra mano en el bolsillo.

—Sostendré el teléfono —dijo.

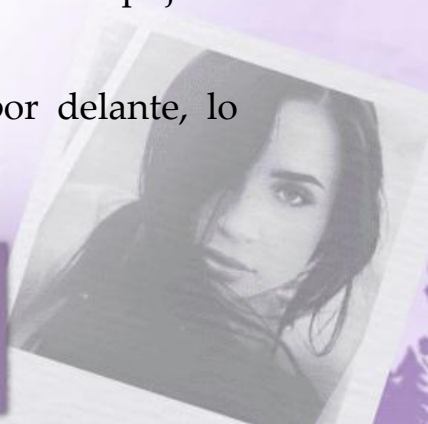
Se lo pasé y me obligué a dejar de pensar en otra cosa que no fuera cambiar el puto fusible, porque las cosas que se me pasaban por la cabeza eran indecentes.

Empeoraron cuando extendió el brazo detrás de mí para inclinar la luz y que yo pudiera ver con más claridad.

En mi cabeza, yo era como una marioneta, y él podía tirar de mí y colocarme en la posición correcta con solo pulsar una cuerda. Cada parte del cuerpo se doblaría a su voluntad. Lo que yo quería era deslizarme más cerca y ver qué pasaba si me movía delante de él.

¿Me rodearía la cadera con una de sus grandes manos y me empujaría contra él?

¿Dejaría caer el teléfono, me rodearía con el brazo por delante, lo deslizaría por la abertura de mi camisa?



¿Me pasaría el brazo por la cintura?

¿Me tiraría del cordón de mis joggers y los apartaría de su camino?

A la luz, mi mano tembló visiblemente cuando la levanté para desenroscar el fusible.

—Oye —dijo en voz baja.

Mi mano se congeló en el aire.

—¿Qué?

—Respira hondo. —Hice lo que me pidió—. Si estás nerviosa para hacer esto, puedo hacerme cargo.

Hacerse cargo.

Quería que se hiciera cargo.

¿Por qué me estaba pasando esto a mí? ¿Y con este hombre? Yo siempre fui la fuerte. La unida. La que tomaba las riendas.

Y en ese pequeño y oscuro armario, quería que me dominara absolutamente.

Aiden y yo estábamos hablando de dos cosas completamente diferentes, de eso estaba segura.

Pero aun así, me deslicé hacia un lado de modo que mi espalda quedara pegada a su pecho, y cuando inhaló, un rápido y agudo aliento, sentí algo poderoso bajo mi piel.

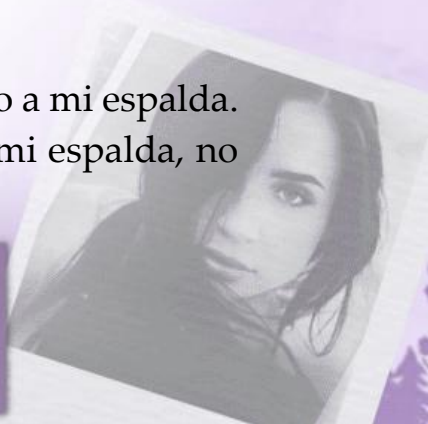
—Por favor —susurré. Quería darme la vuelta y mirarle a la cara, arremolinarme en sus brazos y apretarme contra su cuerpo—. Por favor, hazte cargo —le supliqué en voz baja.

Por un momento, el aire entre nosotros era tan denso que no podía respirar.

Si todo esto estaba en mi cabeza, no podía imaginarme enfrentándome a él de nuevo.

—Mierda —refunfuñó, una deliciosa vibración de sonido a mi espalda. Sentí su nariz junto a mi cabello, e inhaló. Su pecho rozó mi espalda, no accidentalmente, y no rápidamente.

FORBIDDEN



La mano que sujetaba el destornillador se plantó contra la pared, junto a la caja de fusibles, y arqueé el cuello. Su aliento golpeó caliente contra la piel de mi cuello. Y entonces, oh, y entonces, sus labios rozaron el caparazón de mi oreja. Me estremecí y él se acercó más a mi trasero.

No en mi cabeza.

No estaba sola en esto.

Porque lo *sentí*.

—Is... —Lo que fuera a decir a continuación no importaba.

—¿Isabel? —gritó Emmett—. ¡No puedo encender ninguna de las luces!

Aiden retrocedió. El destornillador se me cayó de la mano con un ruido estrepitoso y me alejé de él. Ni siquiera pude mantener el contacto visual mientras recogía frenéticamente el destornillador y se lo tendía. Lo cogió.

Llamé a Emmett,

—Aguanta, amigo. Estamos en eso.

—Voy a terminar —dijo Aiden, con voz áspera.

Asentí con la cabeza, escapando hacia la seguridad del pasillo. Acababa de levantar los ojos para mirarlo cuando Emmet se deslizó por la esquina con Anya justo detrás.

—¿Iz? ¿Puede Anya quedarse a jugar cuando él termine?

Apenas podía concentrarme en lo que decía, pero vi que Aiden parpadeaba rápidamente. Puede que le temblaran las manos mientras desenroscaba el circuito y tiraba del cable conectado, pero tenía la mandíbula tensa y todo su cuerpo parecía una cuerda a punto de romperse. Estaba tan nervioso como yo.

—Por favor, papá —suplicó—. No quiero volver a pasar el rato en el gimnasio.

Los ojos de Aiden miraron brevemente los míos y luego se dirigieron a su hija.

—Puede que tengan planes, gingersnap.



—No tenemos —dijo Emmett—. Solo íbamos a pasar el rato aquí todo el día.

Los niños me miraron suplicantes e intenté forzar una sonrisa.

—Me parece bien, pero le dejo la decisión a tu papá, Anya.

Aiden encajó el nuevo circuito en la ranura, conectó el cable y apretó rápidamente el tornillo. Cuando accionó el interruptor principal, el pasillo se inundó de luz. Junto con ella, parte de mi tensión pareció desvanecerse de forma natural. Si no me hubiera sentido como él quería, habría pensado que me lo había imaginado todo. Porque cuando Aiden volvió a meter las herramientas en la bolsa y se volvió hacia nosotros, parecía perfectamente normal de nuevo.

—¿Seguro que no sería una molestia? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Si no le importa pizza congelada para el almuerzo, es más que bienvenida.

Alborotó el cabello de su hija.

—Tú ganas, pequeña.

Los niños gritaron con fuerza mientras Aiden volvía a centrar su atención en mí.

—Gracias. No debería tardar más de un par de horas.

—Me está haciendo un favor —le dije—. Ahora no tengo que entretener a Emmett.

Emmett puso los ojos en blanco.

—Vamos, Anya. Deja que te enseñe el trampolín que tenemos en el gimnasio.

Entraron en la habitación de mi izquierda y Aiden los observó con una leve sonrisa en la cara.

—¿Segura? —preguntó ahora que ya no los oía, aunque su mirada seguía fija en los niños.

Por eso, estaba agradecida.

FORBIDDEN



Mantuve un tono ligero y uniforme.

—Ahora no te debo nada por el disyuntor.

Sus ojos encontraron los míos.

—Gracias —le dije.

Aiden no contestó. Pero debió de apretar los dientes porque ese músculo volvió a estallar. Mientras lo acompañaba a la salida, sin que ninguno de los dos hablara, supe que tenía que recomponerme. Porque cuanto más pasaba esto, más salvaje me sentía cada vez que estaba cerca de él.

Se detuvo en la puerta principal.

—Estaré aquí antes de la una —prometió.

Asentí con la cabeza.

Con la puerta firmemente cerrada tras él, me hundí contra la pared y respiré hondo.



17

Isabel

Aparentemente, si alguna vez hubiera querido ahondar en la historia de la familia Hennessy, lo único que necesitaba era pasar unas horas con Anya.

Con una pizza congelada recién salida del horno, me contó todo sobre sus tíos (Beckham, Clark y Deacon) y su tía (Eloise). Me habló de sus abuelos y de sus comidas favoritas y de cómo Eloise le compraba cosas bonitas de princesa.

Era una niña dulce y compartía información de la forma en que solo una niña bien y verdaderamente querida puede hacerlo. No había un momento de pausa cuando hablaba de cómo deseaba tener primos y de cómo dormía con una foto de su mamá junto a la cama.

—¿Qué le pasó a tu mamá? —preguntó Emmett.

Los observé atentamente, pero no reprendí a Emmett por preguntar. Había aprendido, por experiencia propia, que era algo peor cuando la gente evitaba la realidad en la que habías crecido.

Anya terminó de masticar su pizza.

—Ella está en el cielo. Tuvo cáncer.

Emmett me vio, con los ojos muy abiertos, y yo asentí dándole ánimos.

—Siento que haya muerto —le dijo.

—Yo también. Aunque solo la recuerdo un poco. —Se encogió de hombros—. Mi papá me cuenta muchas historias sobre ella. Para que no se me olvide.

FORBIDDEN

—Es bueno que un papá haga eso —le dije. Me comí el trozo de corteza que tenía en el plato. Anya y yo teníamos muchos puntos en común, pero la forma en que se desarrollaban era muy diferente. Brooke nunca nos habló de nuestro papá después de su muerte. Solo que su ausencia la dejó sola y corta de fondos. Mis recuerdos de él eran vagos y nada que pudiera contarse como un cuento antes de dormir.

—Es el mejor papá —afirmó—. Intenta hornear sus galletas para mí aunque no le salgan bien.

Sonreí.

—¿Hacía buenas galletas?

Anya asintió y luego estudió mi rostro con atención.

—¿Tú horneas?

Emmett se rio.

—Ni hablar, Isabel es la peor repostera del mundo.

—Oye —discutí.

Anya se quedó pensativa.

—No la recuerdo cocinando. Mi abuela me dijo que mi mamá era dulce como el azúcar y el doble de simpática. Y *todo el mundo* la quería porque era amable con todas las personas que conocía.

Sus palabras eran tan inocentes, y por mucho que lo sintiera por su papá, sentía la punzada de lo que habían perdido. La ausencia de la esposa de Aiden dejaba un hueco que él intentaba llenar mudándose aquí.

¿Quién era yo para pensar que podría intentar llenarlo? Se había casado con esta persona. Tuvo una hija con ella. Dejó su carrera en la cima para cuidar de los dos y, por lo que yo sabía, no se arrepentía ni un ápice de haberlo dejado todo atrás.

—Tu mamá parece que era una persona increíble —le dije amablemente—. Ojalá hubiera podido conocerla.

Anya sonrió, pero sus ojos estaban un poco tristes.

Emmett apartó su plato.



—¿Quieres ir a la casa del árbol?

—Yo limpiaré —dije cuando Anya asintió.

Los dos salieron corriendo y, mientras cargaba el lavavajillas y limpiaba las encimeras, intenté desenredar todo lo que sentía.

En circunstancias normales, mi tendencia sería golpear la bolsa. Empujar mi cuerpo hasta el agotamiento sudoroso hasta que pudiera dar sentido a lo que estaba dando vueltas en mi cabeza. En ese momento, no era una opción, y me hacía sentir nerviosa e incómoda.

Las palabras de Anya sobre su mamá me pusieron nerviosa por una razón totalmente distinta. Los recuerdos de la que nos crio eran turbios, no todos buenos. Pero tampoco del todo malos.

Brevemente, pensé en la pulsera de la caja metálica.

Puse el plato de pizza que había sobrado en el refrigerador y, cuando se cerró la puerta, me encontré mirando una foto de Molly y yo en un partido de los Wolves. De repente, no podía llamar a mi hermana lo bastante rápido, después de semanas sin saber muy bien qué decir.

Me subí a la isla de la cocina, busqué su nombre e inicié un FaceTime.

Eran sus últimos días en un viaje de trabajo, pero cuando volviera a casa, estaría en la recta final antes de la boda. Contuve la respiración cuando conectó la llamada.

Sonrió, pero fue contenida, sus ojos un poco recelosos. Yo había hecho eso.

Empecé a llorar de inmediato.

—Lo siento —dije con voz temblorosa.

—Oh, Iz —suspiró—. Yo también lo siento. Te lo eché encima. Debería haberlo sabido.

—¿Arruiné la planificación de tu boda?

Se rio.

—No. Eso es lo bueno de tener una organizadora de bodas. Ella se encarga de casi todo.



Asentí con la cabeza.

—Bien.

—¿Estás en casa?

Aun así, aunque ninguna de nosotras vivía ya aquí, la llamábamos casa. Volví a asentir.

—Cuidando a Emmett un par de días porque todo el mundo tiene una vida menos yo. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. —Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Estás bien, Iz?

Respiré hondo.

—No debería haber tardado tanto en acercarme a ti.

—Lo dices como si me sorprendiera —se burló.

Exhalé una carcajada.

—A veces soy un poco lenta para procesar las cosas. Las gemelas se pasaron por el gimnasio, pero creo que se dieron cuenta de que no estaba realmente preparada para hablar de eso.

—Bueno, si te sirve de ayuda, Logan tampoco estaba precisamente saltando de alegría por ello —admitió—. Pero dijo que mientras pueda llevarme al altar, no le importa quién se siente en la iglesia.

—Por mucho que él y yo nos parezcamos —dije—, él es mucho más sensato que yo.

—Cierto —convino Molly con facilidad.

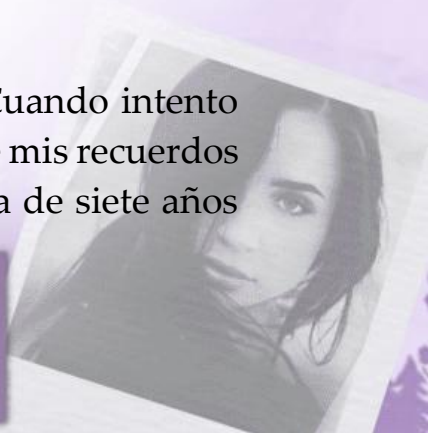
Vi fijamente a la pantalla y mi hermana se rio.

—¿Sabes lo que me hizo entrar en razón hoy?

—Es difícil de decir.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—Mucho de lo que recuerdo de Brooke es... confuso. Cuando intento recordar cómo era cuando era nuestra mamá, la mayoría de mis recuerdos son borrosos. —Exhalé—. Y estaba escuchando a una niña de siete años



hablar de los recuerdos de su propia mamá, y me di cuenta de que mucho de lo que me asusta de que Brooke aparezca ni siquiera se basa en lo que recuerdo de ella.

Molly frunció el ceño mientras escuchaba, pero no interrumpió.

—No puedo predecir, por mucho que intente imaginarlo, lo que podría decir o hacer. Y no hay nada que me aterre más —admití en voz baja.

—Brooke es algo que no puedes controlar.

Finalmente, asentí.

—Tal vez no tenga sentido, pero incluso oírte a ti, o a Claire, o a Lia decir que no tengo que hablar con ella si no quiero lo hizo aún peor. Porque, ¿y si es horrible? —Hice una pausa—. ¿Y si es horrible *contigo*? ¿O con las gemelas? Nunca me perdonaré no haber estado a tu lado para eso.

Molly sonrió.

—Aunque venga, y aunque no sea una invitada perfecta, nos encargáramos. —Se encogió de hombros—. Eso es lo que hacemos, ¿sabes?

—Le daría una paliza si te arruinara el día de tu boda.

Se rio.

—Lo sé.

Emmett entró corriendo en la casa, sin aliento y con la cara roja.

—¿Iz? Mmm, tenemos un problema.

—¿De qué se trata?

—Hola, Emmett —dijo Molly.

Él la ignoró, y una fosa bostezó ancha y oscura en mi vientre.

—Any a y yo estábamos jugando en la casa del árbol, y mmm, ella quería enseñarme algo, y... —Hizo una pausa, sus manos se retorcían nerviosas—. Se subió a una de las ramas y ahora no puede bajar.

—Oh, mierda —respiré—. Molly, espera.



Su rostro se inclinó con preocupación.

—¿Puedo llamar a alguien para que venga a ayudar?

Abrí de golpe la corredera del patio trasero.

—Todos se han ido —siseé—. Por eso estoy aquí.

—¿Quién está en la rama? —preguntó Molly.

La vi.

—La hija de Aiden.

—Oh, mierda.

Rodeé el árbol y la vi. Anya estaba en una rama incluso más alta que el techo de la casa del árbol. Estaba agarrada a ella con fuerza, con las piernas colgando a ambos lados.

—¿Puede ayudarme a bajar, señorita Isabel? —preguntó, con la voz temblorosa por los nervios.

—Sí, cariño, *ahora* voy, ¿de acuerdo? Lo estás haciendo muy bien ahí sentada —respondí con mucha más calma de la que sentía.

—¿Qué puedo hacer? —Oí preguntar a Molly.

Parpadeé, frotándome la frente con la mano mientras pensaba.

—Mmm, tengo que colgar, pero... escucha, si no tienes noticias mías en unos diez minutos, ¿puedes llamar a Aiden al gimnasio?

—Por supuesto. Te quiero, Iz.

Con los ojos fijos en Anya, respondí:

—Yo también te quiero.

Colgué y le pasé el teléfono a Emmett. Estudiando la posición de Anya y el tamaño de la rama, le hablé en voz baja mientras me colocaba justo debajo de donde ella estaba.

—¿Has intentado moverte hacia atrás, cariño?

Ella asintió frenéticamente.

—Hizo que la rama se tambaleara y me asusté.



—No pasa nada. Estar asustada es totalmente normal, Anya. —Inspiré profundamente—. Aunque tengamos miedo, podemos hacer cosas valientes cuando es necesario.

Anya me vio y vi lágrimas en sus ojos. Me dio un vuelco el corazón al ver esos ojos tan grandes.

—Si subo hasta ahí, ¿crees que serías capaz de volver a intentarlo?

Anya tragó saliva y asintió lentamente.

Emmett parecía nervioso y me agaché frente a él.

—Bien, este es el plan. Tú sujeta el teléfono y no la pierdas de vista mientras yo subo. Creo que puedo alcanzarla donde está sentada.

—Respiré hondo—. Solo habla con ella normalmente, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza, la cara pálida y las mejillas rojas.

—Puedo hacerlo.

Le di un beso en la cabeza y le susurré al oído.

—Recuerdas cómo hacer una llamada de emergencia, ¿verdad? No la necesitaremos, pero necesito saberlo por si acaso.

Emmett exhaló.

—Sí. Sé cómo.

—De acuerdo, bien.

Exhalé un fuerte suspiro mientras subía a la casa del árbol.

—¿Cómo diablos hizo esto? —murmuré al llegar a la entrada. Utilizando la barandilla que rodeaba el borde, apoyé el pie en el borde de una ventana, me agarré con ambas manos a la línea del techo y me impulsé hacia arriba. La casa del árbol emitió un ominoso crujido cuando me desplazé con cuidado por el tejado y encontré la rama en la que estaba ella. Había una más baja que ella y apoyé el pie en ella para comprobar si soportaba el peso.

—Bien, Anya, ¿recuerdas cuando dijiste que me parecía a la Mujer Maravilla? —Ante su asentimiento, exhalé con firmeza—. Bueno, las dos vamos a canalizarla. Voy a mantener mis pies en esta rama inferior justo

aquí y te agarrarás en la que estás. Cuando esté a unos metros, ¿puedes intentar retroceder un poco? Podré agarrarte del brazo y ayudarte a volver del todo.

Mis movimientos eran lentos y constantes, pero cada centímetro que avanzaba parecía un kilómetro. Anya me miraba con ojos enormes, y me aseguré de sonreír animándola a medida que me acercaba. Ahora que estaba más cerca, no me gustaba el aspecto de la rama en la que estaba, que se balanceaba cuando ella cambiaba de peso. Cada vez que lo hacía, sus manos se agarraban con más fuerza.

—Allá vamos —dije mientras me acercaba. Mi posición me colocaba a la altura de su pecho. No era la posición perfecta, pero confiaba mucho más en esta rama que en la que ella estaba—. Voy a agarrarte del brazo, Anya. Sigue sujetándote a la rama como lo estás haciendo y comienza a retroceder lentamente. Está bien si son pequeños movimientos. Una vez que hayas retrocedido lo suficiente, te recogeré, ¿de acuerdo?

Una lágrima resbaló por su cara e hipó.

—De acuerdo.

—Quiero que me mires. —Cuando lo hizo, le sostuve la mirada—. Puedes hacerlo, cariño. Eres fuerte y valiente, y una vez que bajemos, comeremos cualquier golosina que encuentres en la despensa, ¿de acuerdo?

—¿Incluso tus Pop-Tarts? —preguntó Emmett—. Le gustas de verdad si está dispuesta a compartirlas.

Lancé una carcajada forzada.

—Te daré toda la caja, niña.

Anya asintió.

—De acuerdo.

Di un paso más hacia los lados y la rama crujió. Con una lenta exhalación, extendí la mano y la agarré por el brazo. Pero en lugar de agarrarse a la rama, como se suponía, Anya giró su peso y se agarró frenéticamente a mi brazo con la otra mano.

—De acuerdo, de acuerdo —respiré—, muévete despacio, cariño. Estás bien.

Pero entonces balanceó la pierna, como si fuera a intentar subirse a mis brazos tal y como yo estaba. Lo último que oí antes de caer fue el violento chasquido de la rama y a Anya gritando mi nombre.



18

Aiden

—Gracias, Aiden —dijo mi cliente—. La mejor sesión de sparring que he tenido—

Había una razón por la que le había hecho trabajar tanto, pero no iba a explicársela.

Asentí con la cabeza.

—Me alegra oírlo. La próxima vez nos centraremos en tu juego de pies. Sigues teniendo tendencia a querer cuadrarte delante de mí, dejas demasiado abierto tu cuerpo.

Sonrió.

—Después de hoy, eso es lo último que quiero. Sentí como si me enfrentara a ti en tus días de lucha.

De algún modo, logré esbozar una sonrisa cortés. Había una razón para eso. En aquel pequeño armario, casi me había abalanzado sobre Isabel como una jodida bestia voraz. Un segundo más y, sin la interrupción que me había detenido, habría rasgado ropa, derribado estanterías, la habría mantenido quieta mientras perdía la cabeza de deseo.

No habría sido ni lento ni dulce ni respetuoso. Y si se esperaba que compartiera espacio con ella, aunque fuera durante cinco minutos, necesitaba sudar la gota gorda.

—Te veré la semana que viene —le dije.

—Me parece bien. —Se colgó la bolsa de deporte del hombro y sonrió a Emily cuando se acercó con el teléfono del gimnasio en la mano.

FORBIDDEN

A juzgar por su mirada, no iba a salir de aquí como quería. Ya tenía ganas de ir a buscar a Anya.

—El teléfono es para ti —dijo Emily—. Puedes tomarlo en el inalámbrico o en tu despacho.

Suspiré.

—¿Dijeron quién era?

—Es Molly Ward. La hermana de Isabel.

Con las cejas fruncidas por la confusión, tomé el inalámbrico de su mano extendida.

—Este es Aiden. —Todavía había mucho ruido en el gimnasio, y me llevé la mano libre a la otra oreja para oírla mejor. Y en cuanto lo hice, se me cayó el estómago de los pies—. Mierda —ladré—. ¿Y no has vuelto a saber nada de ella?

—No, lo siento mucho. Y no quiero distraerla tratando de llamar si está en medio de bajar con Anya.

Volví corriendo a mi despacho y tomé las llaves y el móvil.

—Por desgracia, no me sorprende. Mi hija tiene tendencia a hacer esto siempre que quiere un poco de atención extra.

—Estoy segura de que está bien —insistió Molly—. Isabel nunca dejaría que le pasara nada.

Las palabras se me atascaron en la garganta, porque aunque sabía que Molly probablemente tenía razón y que la probabilidad de que Anya estuviera herida era escasa, la sola idea me helaba el cuerpo de terror.

Perder a Beth había sido horrible. Agotador. Desgarrador.

Pero si algo le pasaba a Anya... no estaba seguro de poder sobrevivir.

—Ahora me voy del gimnasio, pero este es mi móvil —le dije mi número y Molly lo repitió—. Llámame si oyes algo.

—Lo prometo, lo haré. —Molly dijo mi nombre en voz baja—. Respira hondo, ¿de acuerdo? Especialmente antes de ponerte al volante.



Apreté los dientes, pero de algún modo su voz era lo bastante reconfortante, lo bastante amable, para que pudiera hacer lo que me decía.

Desconecté la llamada tras darle las gracias a Molly, me metí el teléfono en el bolsillo y llamé a gritos a uno de los entrenadores. Era idéntico a uno de los otros chicos, y los dos estaban en la universidad, y yo seguía sin acordarme de sus putos nombres.

—Necesito que te quedes y ayudes a Emily a cerrar. Si no puedes, pídeselo al otro. —Chasqueé los dedos—. ¿Cómo se llama?

Sonrió.

—Él es Grady, yo soy Gavin.

—Jodidamente no me extraña —murmuré.

—¿Qué?

—Nada. ¿Puedes quedarte?

—Sí, no hay problema.

Salí trotando del edificio de un empujón hacia la puerta principal, con los pies golpeando el pavimento.

El ruido de mis neumáticos atrajo algunas miradas sucias cuando salí del estacionamiento, al igual que mis habilidades al volante, ya que batí casi todos los récords de velocidad terrestre desde el gimnasio hasta la casa.

Probablemente estaba bien. Mi hija, la pequeña mierda, trepaba por todas partes. No era la primera vez que mordía más de lo que podía masticar. Pero yo estaba acostumbrado. Mi familia estaba acostumbrada.

Isabel no lo hacía.

Y probablemente fue por eso que Anya lo hizo en primer lugar, para llamar su atención. Mis manos se tensaron inútilmente sobre el volante. Por supuesto que querría llamar la atención de Isabel.

No era mejor que mi hija porque el aviso de Isabel me estaba convirtiendo en un animal. Al menos en mi cabeza.



Eso era algo con lo que tendría que lidiar más tarde, mientras mi pie pisaba un poco más fuerte el acelerador, el rugido del motor igualando la energía bajo mi piel.

Cuando entré en su calle, sentí en el estómago la misma sensación de tensión que antes de las peleas. No eran nervios, no exactamente. Era no saber el resultado de una ventana de tiempo corta y específica. No había salida para la energía que me hacía botar los pies, no había forma de tomar el control de la situación todavía.

Fue entonces cuando vi el rojo y blanco de la ambulancia en la entrada.

—Oh, Dios —respiré. No sabía si era una súplica, una plegaria o una forma de prepararme para lo peor.

La parte trasera de la ambulancia estaba abierta, no había nadie a la vista. Vi a unos cuantos vecinos de pie en su patio delantero tratando de echar un vistazo a lo que estaba sucediendo.

Subí la camioneta a la acera, puse la palanca de cambios en la posición de estacionamiento y salí corriendo por el lateral de la casa hacia el patio trasero.

Primero vi la parte de atrás de los paramédicos, Emmett de pie a un lado después. Se estaba secando las lágrimas.

—¿Anyá? —grité.

Un paramédico se giró y vi a Isabel recostada en la camilla, con el brazo en la mano del otro médico, sangre en la sien y a mi hija fuertemente abrazada a ella. Anya volvió la cara hacia mí con una sonrisa y mi pánico se calmó de inmediato. Nunca dejó de abrazar a Isabel.

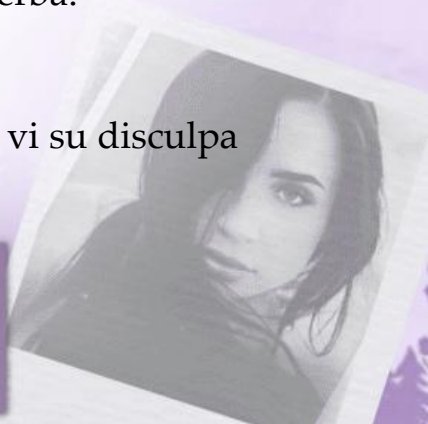
—¿Qué ha pasado? —pregunté, pasando la mano por la espalda de Anya.

—Nos caímos —dijo Anya.

Se me paró el corazón cuando vi la rama rota sobre la hierba.

—Su hija está bien —me aseguró el paramédico.

Los ojos de Isabel por fin se encontraron con los míos, y vi su disculpa incluso antes de que abriera la boca.



—Debería haberlos vigilado más de cerca.

Levanté la mano para detenerla.

—Está bien, lo prometo.

La visión del corte en la línea del cabello, la forma en que se estremeció cuando la paramédico le presionó la muñeca, fue casi demasiado.

—¿Está roto? —pregunté.

La mujer se volvió hacia mí y negó con la cabeza.

—Creo que no. Pero es casi imposible saberlo sin que te revisen en el hospital.

Los ojos de Isabel se cerraron con fuerza.

—No necesito ir al hospital.

A juzgar por la mirada que compartieron los paramédicos, no era la primera vez que lo decía.

En lugar de discutir con la mujer sangrante de la camilla, como quería, me volví y puse la mano en el hombro de Emmett.

—¿Estás bien, colega?

Asintió, pero me di cuenta de que había estado llorando.

El tipo que atendía la frente de Isabel sonrió a Emmett.

—Fue él quien llamó al nueve-uno-uno en cuanto cayeron. —Isabel siseó cuando él limpió alrededor del corte—. No creo que necesite puntos, pero señorita Ward, es muy posible que tenga una contusión, le aconsejo encarecidamente que deje que la llevemos.

Isabel me vio, pero sus ojos no sostuvieron los míos por mucho tiempo.

—No siento náuseas, nunca perdí el conocimiento...

—Que tú sepas —intervino la mujer que le envolvía la muñeca.

Anya acurrucó la cara en el cuello de Isabel, con los brazos apretados hasta el punto de que Isabel hizo una mueca de dolor.



—Gingersnap —dije en voz baja—, ¿podemos dar a los paramédicos un poco de espacio para terminar de revisarla?

Cuando Anya no se bajó inmediatamente del regazo de Isabel, ésta giró la cabeza y susurró algo que no pude entender. Su mano buena trazó círculos relajantes en la espalda de mi hija y Anya asintió a lo que había oído.

Su visión casi me hizo caer de rodillas. No podía respirar a través de ello, ni siquiera podía nombrarlo si lo intentaba.

—Está bien —dijo Isabel en voz baja—. No me importa.

A pesar del rugido de mi cabeza, de mi corazón, solo pude asentir levemente.

La mujer terminó de vendar la muñeca de Isabel y me hizo un gesto para que me alejara de la camilla con ella. Me pasé una mano por la boca e intenté ordenar mis pensamientos acelerados.

—Su hija es muy afortunada —dijo en voz baja.

—¿Seguro que está bien?

Ella asintió.

—Por lo que dijo el chico, la señorita Ward recibió todo el impacto con la forma en que giró su cuerpo. Su costado va a tener un moretón feo, pero parece que su muñeca golpeó primero.

Mi mandíbula se tensó peligrosamente.

—¿Crees que debería ir al hospital?

Con un suspiro, se encogió de hombros.

—No podemos forzarla. Emmett estuvo de acuerdo en que no se desmayó al caer. La muñeca y la cadera se llevaron la peor parte de la caída, pero no se sabe exactamente dónde ni con qué fuerza se golpeó la cabeza.

Isabel sonrió por algo que le dijo Anya, incluso mientras el tipo terminaba de limpiar el corte, y cuando lo cubrió con una venda de mariposa, no apartó los ojos de mi hija.



El ritmo de mi corazón adquirió un cariz peligroso, una velocidad peligrosa que no podía precisar.

Demasiado pronto. Demasiado pronto. Demasiado pronto.

Isabel como tentación para mí solo era una cosa, oculta en momentos tranquilos entre los dos donde se trataba de manos codiciosas y deseos susurrados. Pero que Isabel me mostrara atisbos de un futuro que yo había llorado era algo para lo que no estaba preparado.

—No puede estar sola esta noche —dijo el paramédico, interrumpiendo el tren acelerado de mis pensamientos—. Ella mencionó que su familia está fuera de la ciudad, pero no sé qué tan pronto alguien podría estar aquí. No quería preocuparlos si podía evitarlo.

—Hablaré con ella —le contesté.

Como si me hubiera oído, o hubiera escuchado el tono duro de mi voz, los ojos de Isabel se clavaron en los míos. Ya no parecía arrepentida ni pálida.

Al instante, me transporté a la noche en que estuvimos en el gimnasio, ella tenía esa misma mirada combativa en los ojos.

Cuando me acerqué a la camilla, Isabel se incorporó y mi hija por fin se estiró. Anya me tendió los brazos y la abracé con fuerza. Con su pequeño cuerpo entre mis brazos, por fin pude respirar.

—¿Estoy en problemas? —susurró.

Sonreí un poco.

—No. Pero nada de subirse a árboles altos, ¿de acuerdo, gingersnap?

—Está bien, papi. —Se inclinó hacia atrás para sonreírme y se me revolvió el estómago cuando vi una mancha de tierra en su mejilla.

—¿Puedes ir a ver la televisión con Emmett mientras hablo con la señorita Isabel?

Ella asintió.

La dejé en el suelo y le hice un gesto varonil a Emmett.

—Gracias por cuidar bien de ella, amigo.



Sonrió, el color de su cara parecía mejor.

—De nada.

El paramédico ayudó a Isabel a levantarse de la camilla, y ella hizo un gesto de dolor cuando puso todo su peso en pie. Ambos médicos la observaron atentamente mientras caminaba hacia mí, pero su equilibrio parecía bueno, aunque avanzaba lentamente. Tomé una silla de la mesa del patio y la acerqué a ella.

Sonrió agradecida, apoyando la mano en el respaldo.

—Probablemente debería pedir que me cubran para la clase de mañana, ¿eh?

Exhalé de golpe.

—Yo diría que sí.

—Llamaré a Kelly —suspiró—. Ella me lo debe. Pero volveré el lunes.

Inclinando la cabeza, la vi fijamente.

—Si vas a hacer una llamada ahora, será a alguien de tu familia para ver quién puede volver y quedarse contigo.

Ella juró.

—Necesito llamar a Molly.

—¿Cuánto tiempo hasta que pueda estar aquí? —pregunté.

Isabel no me vio a los ojos.

—Solo... le enviaré un mensaje rápido.

—¿Cuánto tiempo hasta que alguien pueda estar aquí? —enmendé.

Me ignoró, sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje. Cuando le dio a enviar, se lo arrebaté de las manos.

—Eh —protestó ella.

—*Todo bien por aquí. Me duele la muñeca y tengo un rasguño en la frente. No hay por qué preocuparse* —leí en voz alta. Le clavé una mirada incrédula y apreté la mandíbula—. ¿Estás loca?

Los paramédicos seguían al alcance del oído, y el tipo se acercó a nosotros inmediatamente.

—Señor, no se le puede dejar sola esta noche. Alguien tiene que despertarla cada tres o cuatro horas, y le aconsejo encarecidamente que no la deje sola.

Levanté la barbilla y le devolví el teléfono.

—Tienes una oportunidad para llamar a alguien aquí.

Isabel tragó saliva, pero se guardó el teléfono en el bolsillo.

—No los voy a obligar a volver a casa de sus trabajos, ni de sus viajes porque me haya dado un golpe en la cabeza. Estoy bien. Me pondré hielo en la muñeca, tomaré Tylenol y pondré una alarma.

Me crucé de brazos sobre el pecho.

—¿Vas a despertarte si tienes una conmoción cerebral?

Se movió sobre sus pies.

—Puedo pedírselo a un vecino.

—¿Que se quede contigo toda la noche?

Isabel rodó los labios entre los dientes y me vio fijamente.

—Ajá.

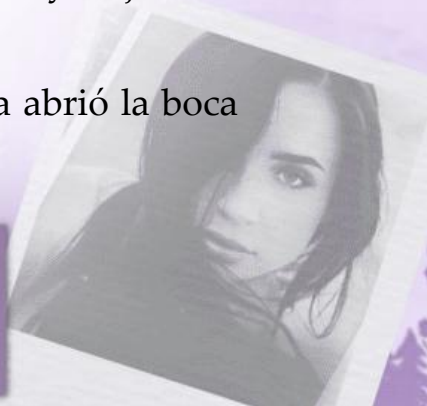
El paramédico negó con la cabeza.

—Está bien —le dije—. Yo me encargo.

Isabel entrecerró los ojos. El paramédico volvió a la camilla para ayudar a su compañero a cargar el equipo.

—Puedes hacer todas esas cosas si quieres. El hielo, el Tylenol, el resto —dije con calma. Me vio con desconfianza. Me incliné hasta que menos de un centímetro separó nuestros rostros—. Pero lo harás en mi casa, y si discutes conmigo en este momento, yo mismo te cargaré y dejaré tu testarudo trasero en el hospital, ¿entendido?

El tenso silencio se estiró como una goma elástica y ella abrió la boca para discutir. Vi el calor que desprendían sus ojos azules.



—Lo entiendo —dije antes de que pudiera discrepar—. Odio cuando la gente tiene que cuidar de mí. Nada me hace sentir más impotente.

Isabel resopló molesta.

—Esto no es solo acerca de ti, ¿de acuerdo? —Suavicé mi tono—. Estoy en deuda contigo, Isabel.

Al oír su nombre, sus ojos se suavizaron.

Nunca había dicho su nombre de pila en voz alta, o al menos no a ella.

Algo cambió en su cabeza, quizá nunca sabría el qué, porque cerró los párpados, respiró lenta y profundamente y luego asintió.

—Bien —dije en voz baja—. ¿Quieres hacer tu maleta o lo hago yo?



19

Aiden

El interior de mi camioneta se separó en dos estados de ánimo muy distintos en el viaje de vuelta a casa mía y de Anya. En el asiento trasero, donde estaban Emmett y Anya, había risas y carcajadas, ella contándole todos los juguetes que tenía, todas las cosas que podían hacer durante la fiesta de pijamas.

El asiento delantero estaba un poco más tranquilo. Isabel miraba por la ventanilla, con su mochila negra a los pies. Por el rabillo del ojo pude ver la sangre seca en su sien, y mis manos se tensaron sobre el volante.

Su silencio no me molestó, porque yo tampoco sabía qué decir.

¿Adivina qué? Hace seis horas, me imaginaba follándote contra la puerta del armario, y aquí estamos, de camino a mi casa, para que pases la noche.

Las palabras no fluyeron exactamente con naturalidad de la lengua.

Abrí la boca para decir... algo... y me detuve. Esa indecisión me irritó. Un malestar del tipo “uñas arañando una pizarra”. Nunca me cuestioné mis decisiones, nunca dudé de cuál sería mi siguiente paso.

Pero la situación en la que me encontraba, creada por mí mismo, me hacía temblar. Isabel se movió en el asiento del copiloto y vi cómo intentaba disimular una mueca de dolor.

—¿Tomaste algo ya? —pregunté.

Me vio con la misma cautela que cuando nos conocimos. Finalmente, sacudió la cabeza.



—Me siento como si me hubiera atropellado un auto —admitió—. Creo que se me está pasando la adrenalina.

—Mañana va a ser aún peor.

Con la cabeza inclinada hacia atrás, suspiró pesadamente.

—Lo sé.

Metí la camioneta en nuestro barrio y Emmett acercó la cara a la ventanilla.

—¡Genial! Viven justo al lado del lago.

—Bastante cerca —le dije—. Podemos ir andando después de cenar si tu tía quiere echarse una siesta.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó Anya—. Me muero de hambre.

—Por favor, no dejes que Isabel cocine —suplicó Emmett.

Isabel giró la cabeza y sonrió.

—Oye, no te he dejado morir de hambre este fin de semana, ¿verdad?

—Técnicamente no —murmuró en voz baja.

Me sorprendí a mí mismo sonriendo un poco ante el intercambio.

Cuando nuestra casa apareció a la vista, su cabeza se inclinó con interés cuando aminoré la marcha. Parecía pequeña desde el frente, con los pinos sobresaliendo por encima. Pero por dentro, se abría al tipo de espacio y vistas que nunca podría haberle proporcionado a Anya en California. Tenía un patio para jugar.

Montañas y agua prácticamente en nuestro patio trasero. Era la infancia más idílica que podía darle, como único responsable de su educación.

Y por primera vez desde que Beth murió -sin importar las circunstancias-, iba a entrar por la puerta principal con otra mujer para que durmiera bajo nuestro techo.

Mientras pulsaba el botón de la puerta del garaje, no pude evitar preguntarme qué demonios estaba haciendo, trayéndola aquí de esta manera. El instinto de hacerlo, de pie en su patio trasero, había sido

abrumador e imposible de ignorar. Nunca habría sido capaz de salir por esa puerta si hubiera sabido que estaba sola.

Esto, sin embargo, era diferente. Porque ahora, no había vuelta atrás.

Negar que me sentía atraído por ella era una tontería. Podía mentirme a mí mismo sobre muchas cosas, pero no sobre esto, a pesar de lo que había crecido entre nosotros en las dos últimas semanas.

Pero tenerla en mi casa, el lugar que compartía con mi hija, después de la experiencia que acababan de compartir, me parecía tentar a la suerte.

Estacioné la camioneta y dejé salir a los niños, observando atentamente para asegurarme de que Isabel caminaba con paso firme mientras esperaba a que yo abriera la puerta de la casa. Su progreso era lento, la cadera claramente le molestaba más a medida que pasaba el tiempo.

En cuanto abrí la puerta, me dedicó una tenue sonrisa mientras pasaba a la cocina a través del lavadero.

—Vamos —gritó Anya, corriendo hacia las escaleras—, te enseñaré mi habitación. ¡Tengo un dosel rosa!

—Uhh, de acuerdo.

Isabel exhaló una suave carcajada.

—No creo que se muestre muy impresionado. —Mientras caminaba lentamente hacia la sala de estar, su mirada se iluminó en la pared de ventanas, en forma de A, con vistas a la extensa vista del lago Sammamish—. Es precioso —dijo.

—Gracias —respondí—. ¿Quieres ir directamente a la cama? ¿O descansar en el sofá?

Sus ojos volaron hacia los míos y sus mejillas se tiñeron de rosa.

—¿Qué habitación debo usar? No me importaría echarme una siesta.

Exhalé un fuerte suspiro porque no había pensado bien esta parte. La habitación de invitados, que había supuesto que usaría Emmett, estaba al otro lado del pasillo, frente a la habitación de Anya, en el segundo piso. El tercer dormitorio, el mío, estaba en la planta principal, en la parte

trasera de la casa, con las mismas vistas que la sala de estar. Señalé en esa dirección.

—Puedes dormir ahí. No quiero obligarte a subir escaleras.

Sin discutir, Isabel se dirigió en esa dirección y, cuando saqué el Tylenol del armario de la cocina, tuve que tomarme un momento. Con las manos apoyadas en la encimera, me sobrepuse a la sensación de que había cometido un grave error al hacer esto.

En cuanto atravesé el salón, con analgésicos en una mano y una bolsa de hielo en la otra, y la vi sentada en el borde de mi cama, supe que lo había conseguido.

Se tomó los analgésicos sin quejarse y me dejó que retirara las sábanas para que pudiera acostarse. No dijo ni una palabra mientras se acomodaba en mi almohada y me dejaba ponerle la bolsa de hielo en la cadera. Me alegré de eso, porque ni siquiera sabía qué decir.

Isabel Ward era la manzana roja como la sangre, tentadora solo por ser ella misma. Ella era lo que yo no debería querer, pero que podría destrozar el mundo a mi alrededor para intentarlo.

Una probada, incluso el más pequeño capricho, y sabría exactamente lo que me estaba perdiendo.

Si me lo permitiera, querría devorarla entera. Porque no había medias tintas, no con ella. Podría haber cientos de cosas que no supiera de ella. Cuál era su comida favorita. Si bailaba bien. Si le gustaban las películas de acción o las románticas o las historias que la hacían llorar. Si le gustaba leer o si un helado en invierno le sonaba bien.

La frenética necesidad de destapar todas y cada una de las cosas me tomó por sorpresa.

Porque nunca había sentido nada igual.

Era imposible no compararla con Beth, y eso también lo odiaba. Beth había sido un crecimiento lento y dulce. Y esto... esto no estaba en el mismo universo.

Salí del dormitorio y respiré hondo porque no necesitaba resolverlo inmediatamente.

FORBIDDEN



Mientras ella dormía profundamente en mi cama, di de cenar a los niños y bajamos un rato al lago.

Cuando volvimos a la casa, empujé la puerta sin hacer ruido. Ahora estaba boca arriba, con la muñeca enrollada sobre el pecho, que subía y bajaba uniformemente.

—¿Vas a despertarla? —susurró Anya.

La aparté de la puerta.

—Pronto. Solo lleva dormida un par de horas. Le daré otra hora y luego veré si puedo despertarla.

Emmett me vio nervioso desde donde estaba sentado en el sofá.

—¿Y si no puedes?

—Podré —le prometí—. Ella estará bien, amigo. ¿Dijiste que nunca se desmayó cuando ella... cuando se cayeron? —Casi tartamudeo con la pregunta porque despertaba una reacción peligrosa y violenta en mi cabeza si intentaba imaginarla a ella y a Anya estrellándose contra el suelo. Algo volátil.

Sacudió la cabeza.

—No, dijo demasiadas malas palabras cuando cayó al suelo.

De mala gana, sonreí.

—Es una buena señal. —Incliné la cabeza hacia el dormitorio—. ¿Tus papás se van a enfadar cuando se enteren de esto?

Sus ojos se volvieron enormes.

—Ah, sí. En realidad se suponía que iba a hacer FaceTime con mi mamá esta noche, pero tal vez voy a ignorarlo para que no se entere y tratar de conseguir un vuelo a casa. Mi papá tiene que entrenar mañana.

Si tuviera que adivinar, perderse un partido sería un sacrificio fácil para ambos, pero no se lo dije.

—¿Está el teléfono de Isabel en su mochila?

Se encogió de hombros.



—Probablemente.

Su mochila seguía en el suelo, junto a la puerta, justo donde la había dejado al entrar. Después de poner una película para los niños, la tomé y me detuve antes de abrir el bolsillo delantero.

El teléfono estaba justo ahí y, cuando toqué la pantalla, vi unos cuantos mensajes y dos llamadas perdidas de Paige.

—¿Conoces su código de acceso? —le pregunté a Emmett.

—¿Estás entrando en su teléfono? Genial. —hizo un gesto—. Conozco el patrón. Arriba, en medio, abajo, luego en medio.

Tocó la pantalla y el teléfono se desbloqueó de inmediato.

—No irás a tirarme debajo del autobús si me pateas el trasero por esto, ¿verdad?

Emmett se rio.

—No. Le diré que lo hice.

Asentí con la cabeza, salí a la terraza trasera y busqué la llamada perdida. Seleccioné el nombre de su cuñada y respiré hondo.

Paige contestó al primer timbrado.

—Mierda, Isabel, he estado enloqueciendo desde que Molly me mandó un mensaje. ¿Te caíste de un árbol?

Hice un gesto de dolor.

—Este es Aiden, en realidad. Su... jefe.

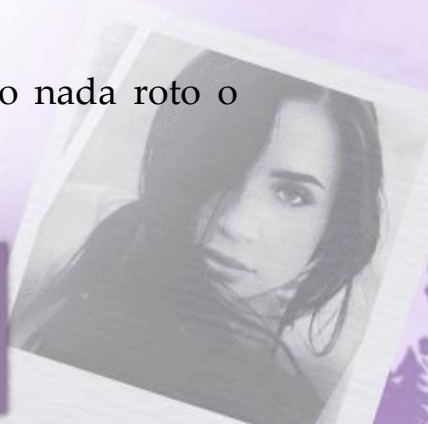
Un silencio ensordecedor recibió mi anuncio.

—Eres... —Hizo otra pausa—. ¿Aiden Hennessy?

—Sí. Siento llamarte así.

—¿Ella está bien? ¿Por qué tienes su teléfono? —preguntó Paige, la preocupación en su voz alta y clara.

—Está dormida y creo que estará bien. Dolorida, pero nada roto o gravemente herida.



Exhaló pesadamente, luego la oí tapar el micrófono y repetir lo que le había dicho a su marido.

—Voy a ponerte en el altavoz, Aiden. Logan quiere saber qué está pasando. ¿Está bien Emmett?

—Sí, se puso un poco nervioso cuando aparecí por casa, pero fue él quien llamó al 911 cuando se rompió la rama. Es un chico valiente.

Logan habló a continuación.

—¿Qué pasó exactamente?

Les conté lo que sabía y lo que me transmitieron los paramédicos.

Paige hizo un ruido seco.

—¿Por qué no me sorprende que sea tan testaruda? —Su voz vaciló al final. Luego olfateó y oí que Logan le murmuraba algo en voz baja. Volvió a resoplar—. Lo siento, Aiden, es que odio estar lejos cuando les pasa algo a mis bebés.

Sonreí un poco, imaginando a la mujer en mi cama como el bebé de cualquiera.

—No son necesarias las disculpas.

—¿Estás seguro de que no debería ir al hospital? —preguntó Logan—. ¿Cómo sabes que ella no tiene una conmoción cerebral?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Pero yo he tenido un par, así que sé qué buscar. Está firme sobre sus pies, nunca se desmayó, sin náuseas, sin confusión. —Me senté en una silla y vi el agua, pensando en la noche que tenía por delante—. La despertaré cada tres o cuatro horas, y si tengo la más mínima preocupación, prometo que la llevaré.

—¿Qué pasa con los niños? —preguntó Paige.

—Mis papás viven a unos cinco minutos. Puedo llamar a mi mamá para que venga si hace falta.

Exhaló audiblemente.



—Bien. Antes de hablar contigo, decidí cambiar mi vuelo al primero que salga mañana. Logan va a hablar con su entrenador, no sé si vendrá conmigo o no.

—Te enviaré mi dirección.

Paige hizo una pausa.

—Va a odiar que nos hayas llamado. Como, mucho.

—Sí, me lo imaginaba —respondí con ironía—. Pero soy papá. Querría saberlo si fuera yo.

—Te agradecemos que nos lo digas —dijo Logan.

—Dame un segundo, cariño —le dijo Paige a su marido, y oí el sonido de una puerta cerrándose un segundo después—. Solo... un consejo, Aiden. Si estás abierto a él.

Mi ceño se frunció ante el cambio en su tono.

—Por supuesto.

—Isabel es la más testaruda de las cuatro chicas, y eso es... una hazaña bastante impresionante si has conocido a sus hermanas. —Respiró hondo—. Y debajo de eso está el corazón más bondadoso y grande de todos los que conozco.

Mi cara se calentó.

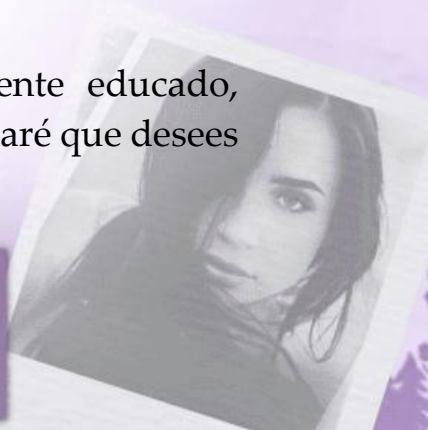
—Paige, yo...

Me ignoró.

—Ella discutirá contigo ayudándola. Luchará contra ti a cada paso esta noche, y necesito que me prometas que la ignorarás cuando diga que puede arreglárselas sola o que no necesita nada. Porque saber que alguien está ahí para cuidarla es lo único que evita que pierda la cabeza ahora mismo.

—Te lo prometo —le dije.

—Pero también —continuó, con un tono perfectamente educado, perfectamente dulce—, si la disgustas de alguna manera, haré que desees no haber nacido.



Mis cejas se alzaron.

—Mmm, ¿de acuerdo?

—Buena charla, Aiden. Te veremos por la mañana.

A pesar de la advertencia, volví a entrar en casa con una sonrisa en la cara.

Los niños estaban totalmente absortos en su película, y yo caminé en silencio más allá de la sala de estar y por el pasillo a mi dormitorio.

La luz del pasillo se colaba por la abertura e Isabel no se había movido desde la última vez que la revisé.

Me agaché junto a la cama y pronuncié su nombre en voz baja.

Sus párpados se agitaron, pero no se despertó.

Incluso mientras contenía la respiración antes de levantar la mano, me preguntaba por la inteligencia de permitirme siquiera ese leve roce.

Incluso antes de que Paige terminara de decir lo que dijo, incluso antes de que reconociera el profundo oleaje de emoción en las palabras, supe exactamente lo que Paige iba a decir sobre Isabel.

Porque de alguna manera, en medio de todo lo mundano, sabía exactamente quién era esta mujer. Por eso los detalles no me importaban.

Con cuidado, deslicé las yemas de los dedos por su pómulos y exhalé lenta y temblorosamente.

Su piel era tan suave.

—Isabel —volví a decir—. Hora de despertar.

Tarareó. Giró la cabeza hacia mis caricias.

—Mmmhm —Murmuró somnolienta.

Mis dedos recorrieron la línea del cabello en su nuca y volví a pronunciar su nombre. Le acaricié el cuello con la palma de la mano, que ahora enmarcaba toda su cara.

Lentamente, sus párpados se agitaron y se despertó.

—Aiden —susurró.



—Sabes quién soy. Eso es bueno.

—Ajá. —Inhaló, y vi el lento goteo de conciencia en su cara por la forma en que la estaba tocando.

Retiré la mano aunque esa conciencia me decía que era un toque bienvenido.

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

—Ese puto árbol —dijo, ahogando un bostezo.

Yo sonreí.

—¿Y el año?

Me lo dijo. Con una mirada seca, también me dijo quién era el presidente y qué tipo de auto conducía.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—Un poco. —Usó su mano buena para apoyarse en el colchón y sentarse. Tenía el cabello revuelto y menos mal que estaba herida. Menos mal que había niños en la otra habitación. Como parecía tan jodidamente irresistible, tuve que apartarme de la cama.

—Iré a calentar lasaña —le dije.

Con un leve movimiento de cabeza, Isabel abrió la boca y, como un idiota, puse un dedo sobre sus labios suaves como pétalos.

—Sin discusiones —dije con voz ronca. Mi dedo se apartó lentamente de su boca, y sus ojos eran enormes cuando levantó la vista hacia mí.

—Sin discusiones —aceptó en voz baja.

Las palabras de Paige pasaron por mi cabeza mientras le preparaba un plato y se lo acercaba a donde estaba apoyada contra mi cabecera. Con perfecta claridad, comprendí sus instintos protectores hacia Isabel. No porque no fuera fuerte o porque no pudiera valerse por sí misma. Sino porque en el fondo de su alma reconocía que debía protegerla.

Que si alguien la molestaba, le haría desear no haber nacido.

Solo una vez en mi vida me había sentido así. Me había casado con ella. La amaba. Y cuando la perdí, lamenté volver a sentirme así.

FORBIDDEN



Pero mientras veía a Isabel comer, beber un poco de agua, y mientras la veía abrazar a mi hija de buenas noches como si fuera algo precioso, ya sabía que de alguna manera, por arte de magia, por algún milagro, estaba ocurriendo de nuevo.

Nada, absolutamente nada, podría haberme aterrorizado más.



20

Isabel

Gestioné bien cada despertar.

Cada tres horas, Aiden me sacaba de un sueño profundo, rodeada de sábanas que olían a él. No volvía a tocarme la cara, simplemente me llamaba por mi nombre o me ponía una mano suave encima de las sábanas sobre el hombro. Sus preguntas eran inocuas: el año, mi segundo nombre, dónde trabajaba. En un momento dado, me dio más analgésicos y una nueva bolsa de hielo para la muñeca, e incluso con el frío glacial contra mi piel, me quedé dormida.

Cada vez, me las arreglé bien. Y él también. Hasta la última.

No estaba soñando porque estaba demasiado agotada, demasiado adolorida. Pero la última vez que me despertó, la habitación seguía completamente a oscuras, con una débil luz procedente del pasillo. Apenas me había movido en el colchón extragrande, pegada a un lado y a mi espalda porque me dolía demasiado la cadera para girar hacia el otro lado.

Su voz, baja y tranquila, atravesó la bruma del sueño y me encontré tarareando satisfecha. Mi nombre en sus labios me hizo querer acurrucarme como un gato en su regazo y arquear mi cuerpo en el sonido, rodar mi espalda en sus manos.

—Isabel, vamos, tienes que despertarte por mí.

Esta vez, su mano me rozaba la parte superior del brazo en pequeños círculos, y los callos de sus palmas se sentían deliciosos sobre mi piel.

—Mmm, qué bien se siente —me oí decir.

FORBIDDEN



Su mano solo se congeló un momento, pero luego continuó.

—¿Ah, sí? —preguntó en voz baja. Apoyé la cara en su almohada e inhalé. Mantuve los ojos firmemente cerrados porque si estaba soñando esto, me negaba a despertarme. Quería permitirme este momento de lengua suelta y somnolienta, en el que podía decir las cosas que tenía en la cabeza sin miedo a avergonzarme.

—Todo lo que haces me gusta —murmuré—. Me gustaría que hicieras más.

Aiden se quedó callado un momento y, con cautela, abrí los ojos en estrechas rendijas para verle la cara a la tenue luz de la habitación. Era tan terriblemente íntimo lo cerca que estaba de la cama. No se sentó en el colchón para no incomodarme. Había renunciado a su cama para que yo pudiera dormir mejor.

Su perfil era visible mientras lo estudiaba, pero no podía decir hacia dónde miraba. Tal vez estaba observando su mano en mi brazo porque se movió desde la parte superior de mi brazo, bajando alrededor de la curva de mi codo, dejando que las yemas de sus dedos se arrastraran suavemente sobre mi antebrazo, deteniéndose justo antes de envolver mi muñeca. Luego volvió a subir.

—¿Dónde dormiste? —le pregunté.

—En el sofá.

Mis labios se curvaron ligeramente.

—¿Cables en esa cosa?

—No muy bien —admitió—. Pero he dormido en sitios mucho peores.

Ajusté la cabeza y lo vi abiertamente.

—Gracias por hacer eso por mí.

La gruesa columna de su garganta se movió en un pesado trago, pero asintió.

—Te lo dije, te lo debo, Isabel.

—No, no lo haces. —Hice una pausa—. Hice lo que cualquiera hubiera hecho...

FORBIDDEN



La presión de su mano aumentó cuando volvió a subir por encima de mi hombro, y ahí fue donde se detuvo, con los bordes romos de sus dedos enredándose en mi cabello.

—No estoy hablando de lo que cualquier otro hubiera hecho. Estoy hablando de lo que hiciste por Anya. Y por mí. —Cambió su peso, y por fin pude ver con claridad sus ojos. No miraba su mano, me miraba a mí—. Gracias, Isabel. Necesito que me oigas decir eso.

Nunca nadie me había mirado como lo hacía Aiden, y no sabía qué pensar.

Esto no era la realidad, este pequeño momento en su habitación. Y si pensaba demasiado en lo poco que sabíamos el uno del otro, me cuestionaría mi cordura. Pero él me miraba como si fuera inesperada, y no estaba segura de cómo manejarme de la manera correcta. Aiden me miraba como si yo perteneciera a su casa, a su cama, y tal vez le pareciera bien.

Dejé escapar un suspiro tembloroso.

—De nada.

—¿Cuál es tu comida favorita? —preguntó de repente.

Parpadeé ante el cambio de tema, el cambio de tono. Fue la única razón por la que respondí con sinceridad.

—Pop-Tarts de fresa.

Ahora fue el turno de Aiden de parpadear.

—No, no lo es.

—No puedes discutir conmigo sobre eso.

—La comida favorita de nadie son las Pop-Tarts después de los siete años.

—Bueno, la mía sí —dije indignada—. Son deliciosas, y quizá es que hace mucho que no te comes una y no te acuerdas.

La sonrisa que se dibujó en su rostro fue cálida y me hizo empalagar por dentro, así que volví a apretar mi cara, ahora caliente, contra la

almohada que olía a él. Su cálida sonrisa se convirtió en una risita divertida.

—No tenía ni idea de que fueras tan crítico —bromeé—. Será mejor que me digas tu comida favorita ahora.

—Eres muy exigente cuando te despiertas.

Eso era porque mi filtro había desaparecido. El proceso había sido lento, superando la vergüenza, las primeras semanas inestables y luego el paso de puntillas hacia una relación más equilibrada. Ni siquiera se había dado cuenta de que era yo, abierta de par en par.

Pero lo hice. Y por eso importaban esos momentos de tranquilidad.

—¿Jugo de arándano? —pregunté.

Se rio, con los ojos recorriendo mis rasgos.

—Cada vez más caliente.

Tuve que enterrar la cara en su almohada para ocultar mi sonrisa de satisfacción.

Aiden pasó de estar agachado a sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en la mesita, y giró la cabeza para mirarme. Metí la mano buena debajo de la almohada e imaginé que aquello era... normal. Los dos intercambiando preguntas susurradas en la cama. Hizo una mueca y vio a la mesa por encima del hombro.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Solo el mango clavándose en mi espalda. —Sus ojos recorrieron mi cara—. Soy demasiado viejo para estar sentado en lugares como este.

Respiré hondo y decidí no sopesar la sensatez de lo que estaba a punto de salir de mi boca.

—Puedes acostarte aquí —susurré—. Encima de la manta —me apresuré a añadir cuando su mirada se agudizó.

Después de un silencio pesado, Aiden finalmente respondió.

—Sabes que no puedo.

FORBIDDEN



Mis labios se fruncieron pensativamente.

—¿Y si trazo una línea invisible que no puedes cruzar?

Sus párpados se cerraron, su pecho subió y bajó en una inhalación y exhalación lentas y constantes.

—Eres peligrosa para mi salud mental, Isabel Ward.

Sonreí aunque él no podía verme. Me gustaba saberlo. Me gustaba que lo hubiera dicho en voz alta. Tal vez Aiden era tan consciente de que esto no era la realidad, y se nos permitió hacer admisiones susurradas que nunca podrían ver la luz del día.

Había un millón de cosas que podría haberle dicho, que podría haberle contado, en esta última conversación de nuestra larga noche en vela juntos. Cosas que nadie sabía de mí, o cosas que yo quería que él supiera de mí. Pero me guardé todas esas palabras porque, de algún modo, sabía que no era el momento.

Cuando abrió los ojos y me estudió, parecía estar dándole vueltas a los mismos pensamientos, a juzgar por la expresión pensativa de su rostro.

—Confundiría a Anya —dijo al cabo de unos segundos.

Bajé las cejas.

—Si ella entrara aquí —me explicó.

Bien.

No tenía que tomar todas mis decisiones a través de la lente de un niño. Y fue un oportuno recordatorio de que sí lo hacía.

—Tienes razón.

—Ella ya piensa que eres una superhéroe, sobre todo después de lo de hoy. No importa qué línea invisible haya —hizo una pausa significativa—, si nos viera juntos en la cama...

Asentí con la cabeza.

—Entiendo.



Sin embargo, mis ojos ardían de calor, porque parecía como si un reloj de arena se hubiera dado la vuelta cuando me metí en su cama, y estaba viendo los últimos granos de arena deslizarse por la abertura.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Con cuidado, rodé sobre mi espalda e hice una rápida evaluación de mi cuerpo.

—La cabeza no me duele tanto como anoche.

Extendió una mano.

—Déjame ver tu muñeca.

Volví a girarme y apoyé suavemente la muñeca vendada en su palma. Su rostro no mostraba ninguna expresión mientras la giraba y pasaba los dedos por la zona.

—La hinchazón no ha empeorado mucho, así que es buena señal. —Me vio—. ¿No sientes hormigueo en los dedos?

Sacudí la cabeza.

Cuando la punta de su dedo trazó el borde de la cinta y rozó la piel de mis nudillos, hice un descubrimiento que quizá ninguna mujer en la historia había descubierto jamás: si el hombre adecuado, con los dedos adecuados, tocaba la piel de tus nudillos, podías sentir cómo se extendía cálida y lentamente por todo tu cuerpo.

No podía respirar, y mucho menos responder a su pregunta.

Mi falta de habla no pareció llamarle la atención porque sus ojos seguían fijos en nuestras manos. Despacio, tan despacio y con tanta delicadeza, encontró el borde de la cinta y empezó a desenredarla.

A lo largo de los años, lo había visto infligir una violencia increíble. Dejar a sus oponentes sangrando y empapados de sudor en la lona.

Y ver cómo sus manos retiraban lentamente el esparadrapo médico como si estuviera desenvolviendo un regalo de valor incalculable casi me hizo romper a llorar.

Odiaba que la gente cuidara de mí. La última vez que tuve gripe, me metí en la cama con una auténtica farmacia en la mesilla de noche y les

dije a todos que me dieran cuarenta y ocho horas para soportar la plaga en paz.

Solo había que preguntar a los paramédicos que me ayudaron qué tipo de paciente era. La peor. Yo era la peor paciente del mundo.

¿Qué tenía Aiden que me hacía sentir segura para estar en esta posición?

Me moví, colocando el brazo en una posición más cómoda para él, y levantó la vista con una pequeña sonrisa. Eran fácilmente las cuatro de la mañana y no parecía tener prisa.

—¿Cuál es *tu* comida favorita? —susurré.

Sus manos hicieron una pausa en su desenvolvimiento para comprobar el hematoma de la parte inferior de mi muñeca con un leve roce de sus dedos.

Me estremecí.

Se dio cuenta.

Antes de contestar, volvió a quitar el envoltorio.

—Pop-Tarts de fresa no.

Me reí.

Sus ojos se posaron en mi boca.

—No te ríes muy a menudo.

—Tú tampoco.

—Mi hermano te hizo reír —dijo despreocupadamente.

Oh, mi corazón. No me sorprendería que Aiden lo oyera agitarse salvajemente donde estaba sentado.

—Dijo algo gracioso.

Cuando me clavó una mirada escrutadora, me limité a alzar las cejas.

—¿Qué?

—Nada.



—Aún no me has dicho cuál es tu comida favorita.

Su sonrisa era leve y sexy.

—Llamé a Paige cuando estabas durmiendo.

Como técnica de distracción, fue realmente eficaz. Me quedé con la boca abierta.

—¿Tú qué?

Terminó de desenvolverme la muñeca y la giró con cuidado. Pero no tuvo más remedio que soltarme la mano cuando me incorporé. Mis piernas se balanceaban frente a él en el suelo, así que las recogí cruzadas debajo de mí.

—¿Por qué la llamaste? El objetivo de venir aquí era que nadie lo supiera.

—No —contraatacó—, el objetivo de venir aquí era que no tuvieras que ir al hospital. Se enteró de lo del árbol por Molly y te llamó varias veces.

—¿Así que desbloqueaste mi teléfono y la llamaste?

Una ceja se alzó en su frente imperiosamente.

—Técnicamente, Emmett desbloqueó tu teléfono.

Le dirigí una mirada fulminante. Resultaba increíble que los nudillos-casi-orgásmicos llegaran tan lejos cuando él se encargaba de contarle algo a Paige sin preguntar. Levanté la barbilla.

—No tenías derecho a hacer eso.

—No tenía tu permiso, no. —Se puso de rodillas, con las manos apoyadas en el borde del colchón, acercando su cara a la mía—. Pero si tenía derecho es discutible. Estás en mi casa con una herida en la cabeza, y lo peor que podría imaginarme como papá es que pasara algo horrible y yo no lo supiera.

Mi mirada fulminante se suavizó en algo un poco menos... fulminante porque no se equivocaba.

—No estaba enfadada —me dijo—. Cambiaron al primer vuelo de esta mañana. Creo que estarán aquí después del desayuno.



Mis hombros se hundieron.

—No quería preocupar a nadie.

—Lo sé.

Con cuidado, flexioné los dedos, girando la mano hacia adelante y hacia atrás para poder verla a la luz. Estaba hinchada, pero no terriblemente. El hematoma sería feo, pero era muy afortunada. Anya era muy afortunada.

—Pero tal vez —dijo—, está bien dejar que la gente se preocupe por ti de vez en cuando. No significa que seas una carga. No significa que seas débil, porque eso es lo último que eres.

Casi me balanceé en su dirección. Una vez que Logan y Paige nos buscaran a Emmett y a mí, una vez que saliéramos de su entrada, probablemente no lo vería en unos días. Desde luego, no así.

En general, no era una persona impulsiva. Era decidida, y eso era diferente. No tardaba mucho en decidirme sobre... cualquier cosa, en realidad, porque siempre tenía claro qué curso de acción tenía más sentido.

En ese momento, supe que iba a tocar a Aiden porque no podía no tocarlo.

—Creo que ya no dormiré más —dije en voz baja. Inhalé despacio, y él estaba *tan* cerca, aunque yo me miraba la mano y él me miraba a mí. Me sentí más segura de esa manera, para mantener mi mirada lejos de la suya. Deslicé los dedos de mi mano buena sobre la suya y disfruté de su exhalación. La mano de Aiden era mucho más grande que la mía. Abarcaría gran parte de mi cuerpo con esos dedos extendidos.

Mientras movía las yemas de mis dedos sobre sus nudillos, no pude evitar preguntarme si tendría el mismo efecto en él que en mí.

En lugar de luchar contra el impulso que tiraba de mi cuerpo hacia él, dejé que fluyera a través de mí. Una oleada de fuerza me hizo girar la cabeza y apoyar la frente en su sien. Bajo mi palma, sus dedos se cerraron en un apretado puño. Los músculos de sus antebrazos se flexionaron y exhaló por la nariz, una breve bocanada de aire que sonó fuerte en mis oídos.

Y ese gran hombre, que causó tan grandes sentimientos, no se apartó.

Ni yo tampoco.

Deslicé la mano por su antebrazo, enroscando los dedos en torno a sus músculos y tendones cambiantes, hasta que sentí el duro nudo de su codo, la curva tensa y caliente de su bíceps bajo la piel. Me clavé los dientes en el labio inferior cuando vi, a través de sus pesados ojos, cómo se flexionaba y se contraía su mandíbula.

Agárrame.

Tócame.

Bésame.

Casi se me escapan las palabras, pero las retuve porque no me atrevía a romper el hechizo.

Tal vez no fuera un hechizo, me pregunté, mientras mis dedos se enroscaban y las puntas de mis uñas se clavaban ligeramente en la superficie de su piel. Tal vez era yo la que metía la mano voluntariamente en el fuego, solo para ver si ardía como imaginaba.

Todo su cuerpo se estremeció cuando -al levantar ligeramente la barbilla-, mis labios rozaron su pómulo. Si alguna vez descargara toda su fuerza sobre mí, probablemente me partiría por la mitad por el impacto.

Aiden se hundió unos centímetros, con la frente apoyada en mi hombro desnudo. Su exhalación, pesada y caliente, serpenteó por el hueco de mi camisa y, cuando tocó mi pecho, se me escapó un sonido del fondo de la garganta.

Su mano, que seguía apoyada en la cama, salió disparada hacia delante y, con una fuerte presión de su mano sobre mi cadera buena, mis piernas se desplegaron como si hubiera accionado un interruptor. Enroscó su enorme mano a lo largo de la parte baja de mi espalda, bajo la camisa, y me tiró hacia delante en la cama. Mi mano subió por su brazo, pasó por su hombro y mis dedos se enroscaron en su nuca.

Y luego nada.



Nuestras cabezas se quedaron como estaban, la suya apretada contra mi hombro y la mía contra el suyo, como si ninguno de los dos se atreviera a moverse.

Ambos habíamos dado un paso hacia la línea invisible porque un roce podía ignorarse, pero en el momento en que sus labios chocaran con los míos, en el momento en que supiera cómo se sentía su lengua resbalando y deslizándose contra la mía, la línea quedaría borrada.

Aniquilada.

Una palabra tan buena para lo que era capaz de hacerme. Aiden Hennessy era *enorme*, y los dedos de mis pies se curvaron indefensos al sentirle presionado entre mis piernas. Todo lo que necesitaría sería una inclinación hacia atrás, un tirón de unos restos de material sin sentido, y yo sería suya.

—*Por favor* —dije contra su mejilla.

—Mierda —susurró, un susurro torturado que hizo que mis muslos se apretaran alrededor de sus caderas—. No puedo —siseó.

Aiden se apartó de la cama y se levantó, saliendo de la habitación antes de que pudiera volver a respirar.

Volví a caer en la cama, con la mano sobre el pecho martilleante, y me pregunté si era posible morir de tensión sexual acumulada.

Aunque la puerta estaba abierta y oí el golpe de un armario de cocina, me quedé donde estaba. No ganaba nada siguiéndolo fuera del dormitorio, presionándolo sobre por qué mantenía esa línea imaginaria.

O no ahora.

Esta noche parecía una encrucijada. El momento que acabamos de compartir era una carretera que se bifurcaba en dos caminos distintos frente a nosotros.

Hay que reconocer que la suya era aún mayor que la mía. Él estaba superando un amor que había perdido. Yo simplemente estaba dando un primer paso hacia algo tan grande.



Cansada, me levanté de la cama y entré en el enorme cuarto de baño anexo a su habitación. La bañera blanca hundida tenía un aspecto increíble, junto con tramos de azulejos relucientes y una ducha acristalada. Me dolía todo el cuerpo, y ni siquiera sabía cuánto de ello se debía a lo que acababa de pasar con Aiden, a la pérdida de energía que me había mantenido en pie en ese momento.

En el espejo del tocador doble, me incliné y estudié el corte de la frente. Tenía un hematoma mínimo alrededor, lo cual era bueno. Quizá Paige no se enfadaría tanto cuando me viera.

Todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas me golpeó al mismo tiempo. Toda la montaña rusa era demasiado para que mi cuerpo la procesara.

Solo quería... flotar.

Sentirme cálida, limpia y bien.

Una vez tomada la decisión, me acerqué a la bañera y abrí el grifo, probando el agua cuando alcanzó la temperatura adecuada. En el cuarto de baño no había jabón de lujo, pero en el armario de la ropa blanca encontré un poco de sal de Epsom a la antigua, que vertí bajo el grifo. Se disolvió en el agua cuando pasé la mano por los cristales.

No se oyeron más golpes en la cocina y volví al dormitorio para coger la ropa limpia de la mochila. Al enderezarme, vi a Aiden sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos.

Cuando me detuve en la puerta, levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron.

—Si te parece bien, voy a darme un baño —le dije.

Sus ojos ardían, pero no contestó.

—A menos que te apetezca explicarme por qué no puedes —añadí—. Porque me encantaría entenderlo.

Aiden dejó caer la barbilla sobre el pecho, ocultando su mirada.

—Estás herida, Isabel —dijo en voz baja.

Sacudí la cabeza.



—No es eso.

Levantó la cabeza, pero no discutió.

El espectro de su mujer se cernía entre nosotros. Yo lo sabía.

—Sé que no es eso. —Mi voz cobró fuerza—. Y me gustaría que me lo explicaras.

Nunca había visto unos ojos como los suyos. Una respuesta sin palabras me golpeó directamente en el corazón mientras me miraba fijamente. *No puedo*. Fue tan claro como si lo hubiera dicho en voz alta.

—No me digas que no puedes —le dije en voz baja—. No lo harás, y hay una diferencia.

Mis pulmones no funcionaban del todo bien cuando agarré el pomo de la puerta de la habitación y él desapareció de mi vista. La puerta se cerró con un chasquido silencioso y me apoyé en ella un momento.

Empujé la puerta y entré en el cuarto de baño, me quité la ropa y la dejé caer desordenadamente al suelo. Mientras me deslizaba en el agua, sabía que él no entraría. Ya no estaba dispuesta a fingir que no sentía nada por ese hombre. Ya le había rogado dos veces que hiciera algo. Y no lo había hecho.

Tenía la sensación de saber por qué.

Pero yo también necesitaba que se abriera un poco. No del todo, ni de golpe. Pero si no estaba dispuesto a darme nada, tenía que decidir si podía hacer las paces con eso.



21

Isabel

Unas horas después, Emmett y yo estábamos listos para volver a casa.

Bueno... Emmett no lo estaba.

Ya lo creo que sí. El baño me había reanimado y, con la ayuda de una dosis más de Tylenol, aunque aún me dolía el cuerpo, podía arreglármelas con más facilidad. Y mientras me movía por la cocina después de preparar mi mochila y hacer su cama, Aiden actuó como si hubiera un campo de fuerza de dos metros a mi alrededor que no le estaba permitido traspasar.

El desayuno eran bagels (para los adultos) y cereales (para los niños) porque no era como si Aiden se había preparado para los huéspedes.

—Tengo hambre —me dijo Emmett, lanzando una piña al aire y atrapándola.

Logan y Paige llegarían en cualquier momento.

—Te dije que deberías haberte comido un bagel.

Con la lengua entre los dientes, lanzó la piña más alto y se lanzó hacia un lado para atraparla, pero no tenía buena coordinación ojo-mano, así que rebotó en mi cabeza.

—Lo siento —dijo con una mueca.

Me quité las motas de piña del cabello, que llevaba recogido en una trenza que me bajaba por la espalda.

—Oye, ¿qué es una lesión en la cabeza más.



Anya salió volando por la puerta principal y se subió a mi regazo, donde yo estaba sentada en una silla Adirondack blanca que daba al jardín delantero. Me estudió la cara y torció la boca en una mueca pensativa cuando vio el vendaje que tenía en el nacimiento del pelo.

—¿Te duele? —preguntó.

—No está tan mal. —Toqué suavemente la parte inferior del vendaje de mariposa—. Pica un poco, pero necesito dejarlo aquí unos días.

Sus ojos, de un azul brillante y de un tamaño y un tono totalmente distintos a los de su papá, se encontraron con los míos. Los ojos de su mamá. Mis ojos también provenían de mi mamá, y no pude evitar pensar en lo diferente que me habría sentido si me hubiera gustado ver ese recuerdo de ella en el espejo. A Anya sí. Y Aiden, cada vez que miraba a su hija, veía destellos de la mujer que habían perdido.

Con cuidado, le pasé el cabello por detrás de las orejas.

—No te ríes mucho, ¿verdad? —me preguntó.

Su papá me había preguntado algo parecido, y me esforcé por no sentir que había hecho algo malo por la repetición de la pregunta.

Le di un golpecito en la barbilla con el pulgar, que le arrancó una sonrisa.

—Me río más cuando me conoces —le dije.

Mi respuesta la hizo feliz, y mi corazón se esforzó por superar el dulce dolor melancólico que hizo aflorar en mí. Si ya me estaba enamorando de su papá, entonces Anya podría haberle ganado la partida.

Me encantaban sus preguntas serias. Me encantaba su vena temeraria, aunque me doliera la muñeca en señal de protesta. Me encantaba que se tumbara en medio de un ring de boxeo cantando a pleno pulmón.

—Anoche me dormí enseguida —me dijo en tono serio.

—Eso es... bueno. —Mi ceño se frunció porque ciertamente parecía que me estaba diciendo algo importante—. ¿Normalmente te cuesta conciliar el sueño?

Se encogió de hombros.

FORBIDDEN

—A veces.

Sus ojos pasaron de mi cara a las letras de mi camiseta de los Wolves. La desgastada tela negra no era algo que hubiera metido en la maleta de haber sabido que nadie fuera de Emmett tendría el privilegio de verme en todo mi esplendor matutino. Había agujeros en el dobladillo. Le había arrancado los brazos años atrás porque odiaba las mangas de las camisetas cuando hacía ejercicio.

—¿Qué te mantiene despierta, cariño? —le pregunté. Mientras la observaba, me resultaba imposible no pensar en las noches en que me quedaba mirando el techo de mi habitación cuando era más joven.

—No lo sé. —Su respuesta fue sincera y sencilla, pero aun así... me clavó algo crudo y vulnerable en el corazón—. Pero me gustaba que Emmett estuviera al otro lado del pasillo. Fingía que era mi hermano mayor. —Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos—. Y tú estabas abajo. Papá tampoco estaba solo. Creo que era más fácil dormir porque estaba feliz.

Era casi imposible tragar más allá de lo que tuviera alojado en la garganta. Pensé en lo que Aiden dijo la noche anterior, sobre confundirla.

—Tu papá fue muy amable al dejar que nos quedáramos porque yo estaba herida —dije con dulzura.

Anya asintió.

Me encontré estudiándola más detenidamente que nunca.

Probablemente había visto fotos de la mujer de Aiden en el pasado, pero si lo había hecho, no recordaba su rostro. Tampoco había buscado su foto en la casa la noche anterior, pero no dudaba de que había imágenes de ella por el espacio donde vivían.

Detrás de mí, lo sentí acercarse, su presencia algo parecido a su propio campo de fuerza.

Desde que cerré la puerta para bañarme, no me había dirigido la palabra.

Se limitó a observarme, me estudió con una cautela que no había visto antes en él, como si le hubiera hecho daño de algún modo que yo no comprendía.

FORBIDDEN

¿No lo sabía? No quería hacer ningún daño invisible. Los amaría tan fácilmente si me dejara...

—¿Volverás a traer a Emmett a jugar alguna vez? —preguntó Anya, ahora jugueteando con el borde de mi trenza—. No llegaste a caminar hasta el lago con nosotros y verme saltar rocas. Soy muy buena en eso.

Aiden se acercó a la silla y, con cuidado, levanté la vista, pero su atención estaba puesta en su hija.

—Hablaremos de ello más tarde, ¿de acuerdo, gingersnap? —dijo.

Hizo un mohín.

—Solo dices eso cuando no quieres decir que no delante de la gente.

Ahugué una sonrisa.

—Te diré una cosa, Anya, quizá tu papá pueda dejarte en casa de Emmett algún día que yo esté ahí. —Le di un golpecito en la nariz—. Pero nada de subirse a ese árbol.

—¿Puedo, papi? —preguntó rebotando excitada en mi regazo.

Aiden asintió levemente.

—¿Por qué no te bajas de su regazo? Creo que su hermano está aquí.

El todoterreno de Logan se detuvo en la entrada y vi sus idénticas expresiones de preocupación.

—Allá vamos —murmuré.

—Mamá parece enfadada —susurró Emmett.

Lo vi cuando Aiden suspiró.

Emmett vio a Aiden, con voz seria.

—No sé si está preparado para esto, señor Hennessy.

Aiden bajó las cejas.

—¿Para qué?



Paige abrió la puerta de par en par y, en una ráfaga de cabello rojo, piernas largas y afecto maternal, llenó todo el patio delantero con su presencia.

Sus manos recorrieron mi cabello, mis hombros y luego inclinaron mi barbilla hacia un lado.

—Dios, Isabel, vamos directos al hospital. ¿Qué te pasa?

Me puse en pie y, cuando hice una mueca por una punzada en la pierna, ella se puso las manos en la cadera y me vio fijamente.

—Me dijiste que su cabeza estaba bien —le dijo a Aiden. Paige señaló el vendaje en mi cabeza—. ¿Llamas a eso estar bien?

Sus ojos eran enormes y me vio en busca de ayuda.

—Yo...

Me encogí de hombros porque había tenido más de una década para acostumbrarme a ella. Logan se acercó a una velocidad normal, y con un don de gentes normal, le tendió la mano a Aiden.

—Logan. Encantado de conocerte.

Aiden la sacudió, todavía lanzando miradas cautelosas a Paige mientras cacareaba y arrullaba sobre mi muñeca, que estaba envuelta de nuevo en vendas limpias después de mi baño.

—Encantado de conocerte a ti también.

—Paige —dijo Logan uniformemente.

Ella ni siquiera lo vio.

—No es el momento de refrenarme, colega. —Sus ojos estaban clavados en mí—. ¿Estás segura de que esto no está roto?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Créeme, si el dolor o la hinchazón fueran peores hoy, dejaría que me llevaras. Pero estoy bien.

—Perdóname si no confío en tu opinión al respecto, señorita *me negué a que me revisaran en el hospital.*



Any a vino a mi lado y tiró de mi mano buena.

—¿Es tu mamá? Es guapa.

—Más o menos —le expliqué—. Tenía catorce años cuando se casó con mi hermano, así que aunque es mi cuñada, es mi mamá en todo lo que importa.

Paige moqueó ruidosamente y la vi.

—No empieces a llorar ahora.

Paige suavizó su postura, dándole a Anya una dulce sonrisa.

—Tú debes de ser Anya.

Anya asintió.

—Siento haberte roto la rama del árbol.

—Oh, cariño, no necesitas disculparte por eso. Me alegro de que estés bien.

Paige se enderezó y Logan le pasó un brazo por la cintura. Me vio la muñeca.

—¿Qué tan grave es el esguince?

—Grado dos —Aiden intervino—. Si tuviera que adivinar.

—Me encanta cuando los atletas hacen diagnósticos médicos como si fueran doctores —dijo Paige—. Es lo que más me gusta.

Logan la ignoró.

—Te he concertado una cita con el quiropráctico del equipo para un ajuste. Vendrá a casa mañana. —Cuando abrí la boca, levantó una mano—. Te quedarás con nosotros un par de noches.

—Me encanta cuando los hombres de mi vida toman decisiones por mí —le dije a Paige—. Es lo que más me gusta.

Aiden se pasó una mano por la boca y Logan me dirigió una mirada ecuánime.

—Isabel, mi hermana a la que quiero y respeto mucho, ¿serías tan amable de quedarte en nuestra casa mientras te recuperas?

FORBIDDEN



Le pedí más con un gesto.

—Por favor —consiguió decir.

Como respuesta, le dediqué una sonrisa magnánima.

—Por supuesto. Gracias por preguntar tan amablemente.

—Aiden, ha sido un placer conocerte. Gracias de nuevo —dijo mi hermano, y luego se dirigió de nuevo al auto, murmurando algo sobre hermanas y canas.

Paige se rio.

—Emmett, toma la mochila de Iz. Está herida.

—Yo puedo llevarla.

—De ninguna manera, que sea útil. Es bueno para él.

Emmett se lo echó al hombro y se despidió de nuestros anfitriones con la mano.

—Gracias por dejar que nos quedemos.

Aiden asintió. Anya corrió hacia Emmett justo antes de que subiera al asiento trasero y lo estrechó en un fuerte abrazo. La cara de Emmett se puso roja y Paige sonrió.

—Amo a ese chico.

Anya corrió hacia nosotros y se abrazó a mis piernas. Le pasé una mano por su suave cabello.

—Espero que te sientas mejor pronto —me dijo—. Gracias por atraparme.

Paige agitó una mano delante de su cara y sus ojos brillaron sospechosamente. Probablemente los míos también lo estaban. Aiden miraba al suelo.

—Cuando quieras —le dije—. Te veré más tarde, ¿sí?

Cuando Anya volvió a entrar en casa, Aiden por fin me vio a los ojos. Se me revolvió el estómago ante lo que vi.



Exhalé un suspiro lento porque ambos parecíamos haber perdido la capacidad de fingir nada después de lo ocurrido en su dormitorio.

Paige vio entre nosotros, levantando las cejas.

—Voy a subir al auto. Aiden —dijo, esperando a que él la mirara para continuar—, gracias por cuidar de mi chica.

Asintió con la cabeza.

—De nada.

—Ahora mismo voy —le dije a Paige.

Me apretó la mano, con ojos cálidos y comprensivos. Sinceramente, no había forma concebible de que entendiera una mierda porque le había contado muy poco. Ese era siempre mi problema. Sostenerlo el tiempo suficiente para que presionara las costuras de mi piel hasta reventar.

Lo había hecho con mi mamá yéndose. Lo había hecho con Paige apareciendo. Y ahora lo estaba haciendo con Aiden.

Todas las grandes cosas, los cambios que no había visto venir, las piezas que me hacían ser quien era.

Y ahora, lo sabía, él era parte de eso. Aunque él no pudiera decir lo mismo.

Ninguno de los dos habló durante un momento después de que Paige nos dejara solos.

—Probablemente me tome uno o dos días libres en el trabajo —dije en voz baja.

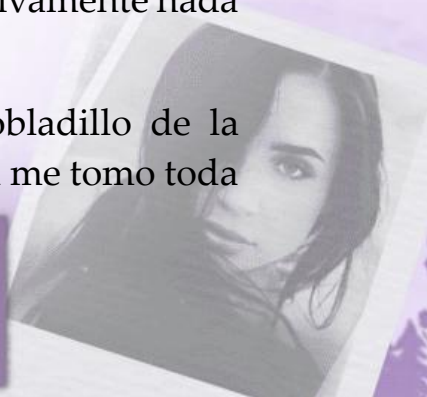
Bajó las cejas.

—Me volveré loca sentada en casa.

Aiden suspiró, moviendo brevemente la mirada hacia el auto, donde Logan y Paige ni siquiera fingían no mirarnos.

—Me sentiría mejor si te tomaras toda la semana. Definitivamente nada de enseñar.

—Ya tengo las clases cubiertas. —Jugueteé con el dobladillo de la camisa porque no tenía nada que hacer con las manos—. Si me tomo toda



esta semana libre, eso significa que me pierdo la mayor parte de las próximas dos semanas.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—La boda de mi hermana. Está en el calendario. —Suspiré—. Y la... —Se me cortó la voz porque no era como si yo fuera la dueña de la clase de defensa personal. Pero era importante para mí. Para él también.

Vi en su cara que quería preguntar, en la forma en que abrió la boca, en la forma escrutadora en que me observaba. Pero no salió ninguna palabra, y la búsqueda cesó cuando volvió a centrar su atención en el auto.

Permanecer en silencio con él ya no me resultaba tolerable, y esa sensación podía convertirse fácilmente en frustración, en ira, si me lo permitía.

Él me quería. Sabía que lo hacía.

—Gracias, Aiden —dije.

Su mandíbula se apretó. Y nada.

Bien.

—De nada.

Había tantas cosas que quería gritarle después de eso. A raíz de esas frases de mierda, educadamente dichas. Quería al Aiden que se sentaba en la oscuridad conmigo. Pero en vez de eso opté por proteger lo que me quedaba de energía después de veinticuatro horas realmente agotadoras, y me dirigí al auto con la cabeza alta.

Una vez que me abroché el cinturón, Paige se dio la vuelta y me vio.

—Mierda, chica, tú y yo vamos a *hablar* cuando llegemos a casa.

Logan suspiró, tirando de la palanca de cambios para poder sacar el vehículo de la calzada.

—No tengo por qué participar en esa conversación, ¿verdad?

—No —respondimos Paige y yo al unísono.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

—Excelente. —Me vio por el retrovisor y me guiñó un ojo—. ¿Lista para volver a casa?

Me hundí en el asiento y suspiré.

—No tienes ni idea.

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



22

Isabel

—Por favor?

—No.

—Paige, estoy tan aburrida. —Apreté el labio, pero lo único que hizo fue poner los ojos en blanco. Nunca había hecho pucheros en mi vida, pero este parecía tan buen momento como cualquier otro—. Llevo tres días sin hacer nada. No puedes retenerme aquí. Ya oíste al quiropráctico de los Wolves, dijo que si me siento bien, puedo hacer trabajo de oficina ligero. Kelly me envió un mensaje diciendo que el horario es un desastre.

Terminó de guardar la compra.

—Sí, también le oí decir que debías tener cuidado por lo mal que tenías la cadera. Dijo hielo, estiramientos y descanso, nada extenuante por unos días.

—Han *pasado* unos días.

—Estuvo aquí ayer, Iz.

Respiré con rabia y me dirigí a la sala de estar para sentarme en el sofá. Emmett me tendió un mando y yo negué con la cabeza.

—No, gracias, colega, ya he jugado a suficientes videojuegos como para que me duren diez años.

—Sabes —dijo Paige desde la cocina—, esto solo demuestra lo mucho que necesitas encontrar un hobby. Solo los adictos al trabajo enloquecen después de tres días libres.

—Tengo aficiones.

FORBIDDEN



Se rio.

—Nombra una.

—Yo... —Se me desencajó la mandíbula cuando no se me ocurrió nada—. Me encanta salir con mi familia. Y... los deportes. Me encantan los deportes.

—Eso no cuenta, Iz. —Sacó una caja de Pop-Tarts de la bolsa de papel—. Admítelo o no te lanzaré una de estas.

—Eso es guerra emocional —le dije—. Y no estoy admitiendo nada. No hay nada malo en amar mi trabajo y querer estar ahí. Siempre he sido así. Eso no significa que no tenga aficiones.

—Caerte de los árboles para rescatar a la hija de tu jefe caliente no cuenta, chica.

Con los ojos muy abiertos, señalé a Emmett.

—No está escuchando —dijo Paige.

—Sí, lo hago. —Pulsó botones en el mando—. ¿Crees que el señor Hennessy está caliente?

Vi a Paige.

—Responde con cuidado.

La única forma en que podía describir su sonrisa era *pura maldad*.

—Vaya, vaya, alguien suena posesivo. Nunca me contaste lo que pasó.

—No ha pasado nada.

De nuevo, señalé a Emmett.

—*Mentirosa* —dijo.

—Entonces, la boda —dije—. Acercándose, ¿eh?

—Qué cambio de tema más discreto. —Pero Paige sonrió mientras miraba su reloj—. En realidad tengo que irme. He quedado con Molly en casa de ella y Noah para repasar los últimos detalles de la cena de ensayo. Si tanto te aburre, podrías venir.

Incliné la cabeza hacia Emmett.

FORBIDDEN



—¿Qué pasa con él?

—Me voy a casa de mi amigo —dijo, con los ojos aún pegados al televisor—. Su mamá me recogerá dentro de un rato.

Empecé a pensar de inmediato.

—No, adelante —le dije a Paige—. Puede que me eche una siesta.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, así que bostecé.

—De acuerdo.

—¿Todavía nada de... ella? —pregunté.

Incluso después de tantos años, no me gustaba pronunciar el nombre de Brooke, y Paige lo sabía.

Paige negó con la cabeza.

—Todavía no. —Paige sabía lo de mi llamada con Molly, pero yo seguía odiando sentirme como si no estuviera segura de qué esperar—. Yo no me preocuparía por eso. Si ella fuera a venir, habría enviado su RSVP.

Me reí sin gracia.

—Ustedes le dan más crédito por sus modales que yo.

Paige caminó alrededor y dejó caer un beso en la parte superior de la cabeza de Emmett, luego en la mía. Con cuidado, pasó el pulgar por el vendaje de mariposa.

—Está empezando a despegarse un poco. ¿Cuánto falta para que te lo puedas quitar?

—El paramédico dijo que probablemente de siete a diez días. Una vez que la herida esté totalmente cerrada.

Ella asintió, luego ladeó la cabeza.

—¿Te vas a escabullir al trabajo en cuanto me vaya?

La vi a los ojos.

—Tal vez.

—¿Aiden sabe que irás?



—Es su día libre, así que no. Solo quiero arreglar el horario y comprobar que ha hecho bien las nóminas. —Hice una pausa—. Y asegurarme de que no me ha desordenado el armario del almacén.

Paige suspiró.

—Nada de patadas ni carreras ni puñetazos ni *nada* que no sea un paseo tranquilo, ¿de acuerdo?

Sonreí.

—De acuerdo.

Quince minutos después, estaba al volante de mi auto con el cálido aire de septiembre soplándome en el pelo. No es que no estuviera disfrutando de tiempo extra con Logan, Paige y Emmett, pero hacía mucho tiempo que no tenía que rendir cuentas a nadie. Y después de la noche en casa de Aiden, ansiaba un poco de soledad para procesarlo.

Era la única razón por la que me sentía algo bien con los cuatro días libres acordados, añadidos a mi día libre habitual. Al verlo, pensando en lo que diría o cómo actuaría, seguía andando de puntillas.

Lo último que quería era hacer que el ambiente de trabajo fuera imposible para cualquiera de los dos, pero no se me daba bien fingir. Nunca lo había sido. Mis pensamientos, para bien o para mal, siempre se habían estampado claramente en mi cara.

Probablemente por eso la mayoría de los hombres ni siquiera lo intentaban conmigo.

Y ahora -qué ironía-, había encontrado a un hombre al que quería, y su falta de voluntad se debía a algo totalmente distinto. Solo que no estaba segura de si alguna vez me confiaría la verdad del porqué.

Después de estacionar el auto y asegurarme de no ver la gran camioneta negra de Aiden, entré en el gimnasio y sonreí a Gavin, que estaba al teléfono detrás de la recepción. Murmuró algo, pero no pude entenderlo.

Señalé hacia mi despacho.

—Dímelo luego —le dije.

Me levantó el pulgar.



Pero en cuanto despejé la zona delantera, supe lo que intentaba decirme.

Aiden estaba de pie frente a un pequeño equipo de noticias, con una mujer atractivamente vestida que le apuntaba a la cara con un micrófono. Aún no me había visto porque estaba de espaldas a la puerta principal.

—¿Y cuál es el mayor problema que ves que afrontan los jóvenes luchadores hoy en día, Aiden?

Con las manos apoyadas en las caderas y una camiseta negra con el nuevo logotipo del gimnasio ceñida al pecho, Aiden parecía tan serio, tan guapo. Sacudió la cabeza.

—No hay duda, es la forma en que están dispuestas las clases de peso. Si no añaden más, cada vez verás a más tipos grandes deshidratándose al entrar en combate para poder llegar a una categoría de peso inferior.

Ella asintió.

—¿Y por qué ves eso como un problema?

—Si alguien pesa noventa antes del combate, pero normalmente pesa cien, y se enfrenta a un tipo que pesa ochenta, habrá más lesiones. Y graves. No solo las lesiones que pueden producirse en un combate limpio. Es una de las razones por las que estaba listo para retirarme.

Sonrió.

—¿No hay posibilidad de que vuelvas?

—No, mis días de lucha han terminado. Estoy entusiasmado con lo que podemos lograr aquí.

Moví mi peso, y Aiden lo notó.

Hizo una rápida mueca y su semblante se ensombreció como un nubarrón. Cabizbaja, volví a mi despacho con la esperanza de que la entrevista fuera muy, muy larga.

El locutor empezó a hablar de nuevo y cerré la puerta de mi despacho.

—Bueno, mierda —susurré.



Me puse a trabajar porque tenía la sensación de que mi puerta se abriría de golpe, y un hombre muy alto y muy enfadado estaría detrás de ella en cuanto lo hiciera.

Mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador y hacía clic en algunas cosas, mi teléfono zumbó.

Molly: *Ooooh, PAIGE ME HABLÓ SOBRE EL CONTACTO VISUAL PERSISTENTE. Me debes historias.*

Molly: *Necesito algo que me distraiga del estrés de la boda. ¿Por qué no nos fugamos a una playa con nuestras familias?*

Yo: *No es demasiado tarde, Mol. Todavía puedes.*

Molly: *No creas que no me doy cuenta de cómo te desvías.*

Yo: *¿Ves? La boda no te está deprimiendo. Sigues afilada como una tachuela.*

Volví a meter el teléfono en el bolso y, cuando oí que alguien llamaba a la puerta, me quedé helada.

—Entra —le dije.

Gavin asomó la cabeza.

—¿Tienes un minuto?

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

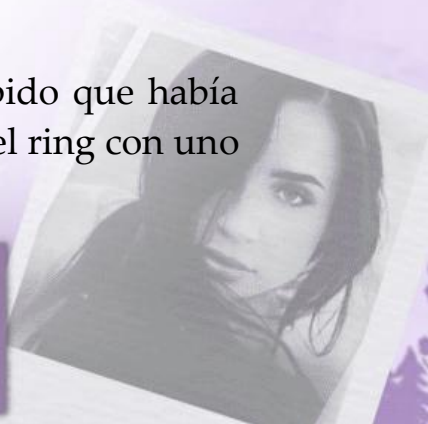
Señaló con la cabeza la aparatosa muñequera negra que llevaba.

—¿Cuánto tiempo hasta que puedas deshacerte de eso?

—Otra semana probablemente. Gracias por cubrirme esta tarde.

—Claro. —Sacó su teléfono—. No estaba seguro de si debía hacer fotos o vídeos para nuestras redes sociales con ese equipo de noticias apareciendo, así que esto es todo lo que tengo.

Hojeé un par de fotos y me detuve a ver un vídeo rápido que había grabado de Aiden demostrando algunos movimientos en el ring con uno de nuestros clientes habituales.



—Son geniales, Gav. ¿Puedes enviármelos por mensaje de texto?

—Claro.

Gavin era solo un par de años más joven que yo, uno de nuestros estudiantes universitarios que estaba estudiando kinesiología. Una vez que tuviera ese papel, y cualquier otra cosa que decidiera añadir a su educación, estaría mucho más cualificado para este trabajo que yo. Pero momentos como éste me hacían estar aún más agradecida de que Amy se hubiera arriesgado conmigo.

Ahora solo necesitaba que el tipo grande y enfadado de la zona principal resolviera sus problemas para no tener que preocuparme por mi sitio.

O mi corazón.

Gavin, unos centímetros más alto que mi metro setenta, estudió mi frente después de enviar el mensaje.

—Te va a quedar una cicatriz chica mala.

Sonreí.

—Totalmente mi intención.

En el momento en que le sonreía, un cuerpo muy grande entró en la puerta de mi despacho.

—Un minuto de tu tiempo, Ward —casi gruñó.

Ahh. Volvimos a Ward.

Nunca el sonido de mi apellido me había provocado una rabia tan inmediata y ardiente.

Prácticamente se me derritieron los huesos.

Gavin enarcó brevemente las cejas.

—¿Te parece bien que me vaya? —preguntó en voz baja.

El semblante de Aiden se ensombreció aún más.

Le dediqué a Gavin una tenue sonrisa.

—Sí, gracias.



Asintió con deferencia a Aiden mientras salía de mi despacho. Me crucé de brazos mientras Aiden cerraba la puerta del despacho tras de sí.

Tardó un segundo en decir algo una vez que estuvimos a salvo de miradas indiscretas.

Por extraño que parezca, fue la primera vez que no sentí mariposas, ni aleteos, ni la sensación de caminar por una cuerda floja por el hecho de que él y yo estuviéramos solos.

No, estaba demasiado frustrada con él para eso. Así que incluso cuando se acercó e inclinó la cabeza para mirarme el vendaje, no me moví, no sonreí, no rompí el silencio.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó.

—Arreglando el horario que estropeaste.

—Yo no... —Respiró hondo—. Bueno, probablemente lo hice.

Levanté las cejas.

—Y asegurándome de que no hacías lo mismo con las nóminas. Si piensas mantener a tus empleados, como que tienes que pagarles.

—Me perdonarían —respondió simplemente.

Exhalé una carcajada.

—Bueno, al menos te sientes más seguro en tu papel.

—Por ti —explicó—. Me perdonarían por ti. —Ante mi silencio, se acercó un paso más—. Pero nada de eso importa porque no deberías estar aquí. Deberías estar de baja al menos cuatro días.

—He terminado de descansar, pero agradezco tu preocupación. —Enganché un pulgar en mi escritorio—. ¿Eso es todo? Me gustaría volver al trabajo.

Mi tono se mantuvo tranquilo y uniforme, pero mi corazón empezó a acelerarse ante su cercanía. Una reacción inconsciente sobre la que no tenía control. Nacida de la frustración de aquello, le di la espalda a Aiden y me dirigí al armario de almacenaje de la esquina. Ni siquiera estaba segura de lo que buscaba; solo necesitaba espacio. Necesitaba distancia entre su cuerpo y el mío, y mi escritorio no me proporcionaba suficiente.

FORBIDDEN

La respuesta de Aiden tardó en llegar, pero cuando lo hizo, me paró en seco.

—Estás enfadada conmigo.

Mientras sacaba un montón de camisas del armario, se me congelaron las manos.

—¿Es eso? Estás enfadada por lo de la otra noche.

Ni en un millón de años esperé que me presionara. Que insistiera en lo que había pasado -o no había pasado-, en su dormitorio. Despacio, volví a colocar las camisas en su sitio y cerré el armario.

Cuando me volví, su cara era imposible de leer. Necesitaría un cincel y una palanca para sacar con claridad los pensamientos de este hombre. Déjame encontrar a alguien así para que finalmente me ilumine por dentro. Alguien reservado y cauteloso. Alguien que no podía -o no quería- facilitar las cosas.

Era... justicia poética en su máxima expresión. Me merecía a alguien como Aiden porque así era como todos, en toda mi vida, se habían sentido siempre por mí.

Y fue la única razón por la que empecé a reír. Una vez que empecé, no pude parar. Aiden me vio como si hubiera perdido la puta cabeza porque yo sentía que sí.

Apretó la mandíbula y cruzó los brazos sobre el pecho, pero no dijo ni una palabra mientras yo intentaba controlarme. Al final lo conseguí, y mientras me secaba las lágrimas que tenía bajo los ojos, él negó con la cabeza.

—¿Terminaste?

—Al diablo si lo sé —dije entre unas risitas perdidas. Nunca me reía. Pero esto, él y yo... era demasiado. Y si no me reía de eso, probablemente lloraría. Finalmente, respiré hondo—. Eres... imposible, Aiden Hennessy.

Su cara se quedó en blanco por el shock.

—¿Yo?



—Siempre he sido esa persona —le dije—. La imposible. Siempre. Y ahora entiendo lo que debió ser para la gente que me esperaba.

El ceño de Aiden se frunció, su pecho trabajaba sin cesar a medida que aumentaba su respiración.

—Ojalá confiaras en mí lo suficiente como para decirme por qué es tan difícil. —Busqué su rostro—. Quiero saberlo. Pero no voy a seguir poniéndome en esta situación, en la que *casi* lo hacemos, los dos *queremos*, y luego tú te echas atrás. No lo haré más.



Aiden

Tenía razón.

Y se equivocaba.

Sabía mucho estando en ese despacho con ella.

Quería agarrarle la nuca y tomar su boca, no con suavidad, no con dulzura. Quería ver lo que encontraría si le quitaba los diminutos pantalones de deporte de sus largas piernas.

Y más allá de todo eso, quería envolverla en mis brazos porque sabía por qué estaba frustrada.

Sabía lo que estaba haciendo para causarlo.

Pero no sabía cómo parar. Cómo explicarlo.

Nunca en toda mi vida había sentido esa clase de energía apenas controlada, e Isabel no tenía ni idea de lo cerca que estaba de abrir de un empujón las compuertas que contenían a la bestia que gruñía dentro de mí.

No me gustaba que estuviera frustrada conmigo.

No me gustaba haberme alejado de ella en mi dormitorio.

FORBIDDEN



No me gustaba que siempre pareciéramos caminar por esta cuerda floja de toques suaves y robados o combustión inmediata.

Ante mi silencio, hizo un ruido de frustración en el fondo de su garganta.

—Lo siento —exclamé. Desplegué los brazos y puse las manos en las caderas. Era la única forma de evitar agarrarla y tirar de ella hacia mí como yo quería—. Siento lo de la otra noche. No debí...

Pero mis palabras se detuvieron ahí. Porque no podía disculparme por haberla tocado.

No podía disculparme por el momento en que sentí la presión de su cuerpo contra el mío. Imaginé que la empujaba de nuevo a mi cama y encontraba un dulce y resbaladizo confort con sus piernas alrededor de las mías. Había pensado en ello una docena de veces desde que se marchó de mi casa, cada vez, encontrando una liberación vacía con la ducha palpitando caliente sobre mí, la cama vacía a mi lado.

—¿No deberías qué? —susurró. Isabel no retrocedió ni un milímetro—. Incluso ahora, no puedes decirlo.

Mis ojos sostuvieron los suyos porque, por supuesto, ella sabía lo que yo no estaba dispuesto a decir.

Me contuve porque este precipicio era peligroso y no era el lugar para que cayéramos por él. No había forma, no ahora, de explicarle lo egoísta que sería para mí seguir este camino con ella.

Qué poco preparado estaba para alguien como ella.

Sus ojos azules cambiaron mientras yo permanecía en silencio, del deseo teñido de ira a la resignación, y me dieron ganas de rabiar.

—Isabel —dije, acercándome a ella y levantando las manos hacia ella.

—No —dijo con firmeza. Subió la mano y se detuvo justo al lado de mi pecho. Creo que sabía -los dos lo sabíamos-, que si nos tocábamos ahora, cualquier buena intención se desvanecería. No solo desaparecerían, sino que explotarían—. No me llames por mi nombre de pila, no actúes como si fueras a tocarme ahora mismo, a menos que sepas *exactamente* lo que eso significa para ti.

Retrocedí y dejé caer las manos a los lados.

Su barbilla tembló peligrosamente, pero aspiró con fuerza. Era increíble ver cómo controlaba sus emociones.

—Estoy harta de asombrarme por ti, Aiden Hennessy. Me cansé de actuar como si no te quisiera porque te quiero.

Si un hombre podía mantenerse en pie sintiéndose humillado hasta la médula, sin caer de rodillas, entonces yo lo acababa de conseguir. Ella se tambaleaba en su fuerza, y tuve mi primer destello de inquietud de que estaba jodiendo algo grande... algo que podría no volver a sucederme.

—Y creo que la parte que me enfurece —continuó—, es que sé que tú también me deseas.

Tuve que apartar la mirada. Tenía que controlarme. Recordar por qué estaba tan equivocada para mí.

Pero aunque así fuera, Isabel tenía razón en esto, y yo la respetaba demasiado como para mentirle.

Mi voz apenas funcionaba cuando hablaba. Sonaba oxidada y áspera, pero las palabras salían claras igualmente.

—No tienes ni idea de lo difícil que es esto para mí.

—Entonces dímelo —suplicó, acercándose—. Dímelo.

Me pasé una mano por la boca.

Si cerraba los ojos, podía oír a Beth hablando con Anya. Podía oír las palabras que decía. Isabel representaba cada deseo egoísta que podría haber conjurado para mí. Así que eso fue lo que hice. Intenté poner ese recuerdo en primer plano porque me parecía la única forma de encontrarle sentido a todo este lío.

—Solo necesito que tengas paciencia conmigo —le dije, la voz adquiriendo un tono áspero y frustrado.

—Estoy siendo paciente. —Isabel tragó saliva—. Pero eso no significa que vaya a seguir dándome de latigazos hasta que decidas que esto está bien. Me han pasado muchas cosas en la vida que no he tenido más

remedio que superar. —Su voz era inestable, pero sus ojos eran claros—. Pero esto, puedo elegir. Hasta que estés listo para hacer lo mismo.

Mis sentimientos por Isabel eran demasiado grandes. En ese momento, lo peor que podía haber hecho era decírselo.

Que ella era demasiado.

Demasiado joven.

Demasiado hermosa.

Demasiado reservada. No quería nada más que derribar sus muros y dejar que ella hiciera lo mismo conmigo.

Que juntos éramos demasiado intensos, en una época de mi vida en la que lo único que buscaba era paz. Lo último que haría sería hacerla sentir así. Y no confiaba en mí mismo para hablar.

Isabel tragó saliva con brusquedad, con los ojos repentinamente brillantes.

—Por favor, déjame volver al trabajo.

Se dio la vuelta y su larga melena oscura emitió un sonido sordo en el silencio de la oficina, y cuando volvió a sentarse ante el escritorio, vi que le temblaban las manos.

Fue el temblor lo que me hizo alejarme como ella me pidió.



23

Isabel

Una cosa que no podía echarle en cara a Aiden era lo bien que escuchaba.

Como le había pedido, se mantuvo alejado. Como le había pedido, me dejó volver al trabajo.

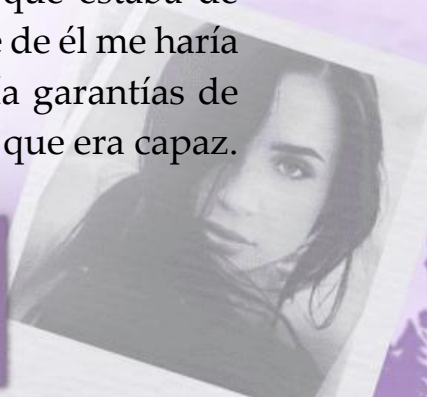
Aunque no daba clases, hacía casi todo lo demás simplemente para mantenerme ocupada. Si iba más despacio, gritaba, solo para dar salida a mi frustración. No es que él pudiera saber el tipo de energía inquieta que esta distancia provocaba en mí.

Porque la peor sensación del mundo era enamorarse de alguien que no era capaz de devolverte ese amor de la forma que necesitabas. Mientras daba los últimos retoques para preparar la clase de defensa personal en mi último día de trabajo antes de la boda de Molly, no dejaba de pensar en Brooke.

Pensé en la expresión que había visto en su cara la noche antes de que se fuera.

Había ahí una resolución que aún hacía que se me retorciera el estómago desagradablemente cuando pensaba en ella. El amor de Logan y Paige no podía borrarlo del todo, aunque ayudaba tanto como cualquier otra cosa.

Decirle a Aiden lo que sentía por él era lo más cerca que estaba de desnudarme completamente ante él. Estar desnuda delante de él me haría sentir menos vulnerable que este silencio. Porque no tenía garantías de que alguna vez me amaría como yo quería. Como yo sabía que era capaz.



Nunca había tenido la oportunidad de rogarle a Brooke que se quedara. Tantos años después, sabía que no lo haría, aunque tuviera la oportunidad. Pero seguía provocándome el mismo nerviosismo incómodo que si lo hubiera hecho.

Por eso me volqué en el trabajo que podía hacer.

Me senté en el mostrador, los agradables sonidos del gimnasio detrás de mí se filtraban en mis pensamientos mientras preparaba todo para la clase. La puerta principal se abrió y Casey entró seguida de otras tres chicas.

—Buenos días —le dije—. ¿Están listas para golpear a la gente?

Se rieron.

—Bien, no vamos a golpear a nadie, pero adelante y formen parejas. Marqué lugares en el área abierta principal. Debería haber dos de ustedes en cada sección.

Casey me dio un repaso.

—¿Qué te ha pasado?

Me toqué el vendaje, que pronto me quitarían, con la mano que aún llevaba un feo aparato ortopédico negro.

—Tuve un percance con la rama de un árbol que decidió no sujetarme más.

—Ouch. —Hizo una mueca—. ¿Entonces no darás clases hoy?

—Estaré en el micrófono guiando a todos por los movimientos, pero tendré algo de ayuda de nuestros entrenadores.

Kelly, Gavin y Grady ya estaban calentando, junto con un par de personas más, y tenía la sensación de que Aiden también ayudaría, aunque aún no había salido de su despacho.

Casey fue a reunirse con sus amigas, y yo me quedé ocupada, saludando a las chicas que entraban por la puerta principal con sus sonrisas y su energía nerviosa. Para cuando todos los de la lista habían llegado, teníamos el gimnasio lleno, y el ambiente era diferente al de una clase típica, que me encontré sintiéndome un poco nerviosa.

Aiden estaba de pie en la puerta de su despacho, observando el energético bullicio de la sala con una leve sonrisa en el rostro. Pero cuando sus ojos se cruzaron con los míos, su sonrisa se desvaneció. Su mirada se afiló, e incluso con la distancia entre nosotros, la intensidad de la misma era como la hoja de un cuchillo. Completamente letal si la apretabas lo suficiente.

Así que vi hacia abajo y terminé de conectar el micrófono.

—Muy bien, todo el mundo. Bienvenidos al Gimnasio Hennessy, para lo que esperamos sea la primera de muchas clases como esta. —Las chicas aplaudieron con entusiasmo. Hice un gesto a Gavin y Kelly para que se unieran a mí delante de ellos—. Estos son mis ayudantes. Estarán demostrando todos los movimientos básicos de defensa personal que queremos enseñaros hoy, y yo andaré por ahí ayudándolos mientras practican. También lo harán Grady y Aiden. —Hice contacto visual con todos—. Si solo quieren que Kelly o yo los ayudemos, por favor, levanten la mano en cualquier momento si tienen dificultades, e iremos enseguida.

Levanté la muñeca.

—Por desgracia, hoy no voy a patearle el trasero a nadie porque me he peleado con un árbol y he perdido, pero confíen en mí... podremos infligir algo de daño juntos, ¿de acuerdo?

La pequeña carcajada alivió parte de la excitada tensión.

Durante la hora siguiente, descubrí la nueva parte favorita de mi trabajo. Cuando terminamos, había gritos, vítores y más de un entrenador golpeándose contra la colchoneta.

Me reí cuando Casey consiguió empujar a Gavin sobre su rodilla.

—Son unos salvajes, me encanta.

Algunos de ellos se quedaron después para seguir practicando, y fue entonces cuando me fijé en Anya, sentada en el borde del cuadrilátero central de boxeo. Me saludó con la mano, con una sonrisa desdentada que me hizo sonreír.

Me acerqué a ella.

—¿Cuándo llegaste?

FORBIDDEN



Pateó las piernas de un lado a otro.

—Más o menos a la mitad. Mi tío Clark me dejó. Dijo que debería aprender a golpear a los chicos para cuando sea mayor.

Me reí.

—Bueno, solo usamos cosas así si alguien intenta hacernos daño a nosotros o a uno de nuestros amigos.

Anya se quedó pensativa.

—¿Alguna vez has tenido que hacerle eso a alguien?

—No, y estoy muy agradecida por eso.

Sus cejas seguían bajas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Eres... gentil?

Ladeé la cabeza.

—¿Qué quieres decir, cariño?

Los grandes ojos azules de Anya buscaron los míos y, de nuevo, tuve la sensación de que intentaba averiguar algo que era mucho más serio de lo que yo podía adivinar.

—¿Cantas canciones de cuna aunque no seas buena cantante?

Exhalé un suspiro y miré por encima del hombro para ver si Aiden estaba cerca, pero no lo estaba.

—La verdad es que no —admití.

Anya asintió, aún sumida en sus pensamientos.

—¿Por qué lo preguntas? —pregunté con suavidad.

Oh, sus ojos cuando me vio, tuve la extraña sensación de que estaba a punto de arrancarme el corazón del pecho, y cuando habló, no me equivoqué.

—Eres diferente de lo que pensé que serías.

—¿Qué? —susurré.

FORBIDDEN



—Mi mami me dijo que sería dulce y gentil, que me hornearía galletas y me cantaría canciones de cuna cuando no pudiera dormir, pero tú eres diferente.

Mi corazón daba saltos erráticos mientras ella hablaba, y no sabía qué impulso era más fuerte: taparme los oídos ante lo que decía o envolverla en mis brazos y hacerle saber que el amor tenía muchas formas distintas.

A mi espalda, Aiden se acercaba sin hacer ruido. Pero lo sentí igualmente.

—Any a —dijo en voz baja—. ¿Por qué no vas a jugar a mi despacho?

Me sonrió y se bajó del ring, corriendo hacia su despacho. Me tapé la boca y cerré los párpados.

—Isabel... —empezó.

Me giré y su voz se apagó ante lo que pretendía decir a continuación.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser pensar en seguir adelante —dije en voz baja—. Nunca he... —Hice una pausa—. Nunca he estado casada ni comprometida. Nunca encontré a alguien que me hiciera desear nada de eso hasta ahora —admití. Sus ojos se encendieron. Forcé las palabras, y sentí cada una como un cristal en la garganta—. Perder eso —apreté una mano sobre mi corazón—, debe haber sido el infierno en la tierra.

Sus ojos se apartaron de los míos, con la mandíbula tensa.

Un grupo de chicas se despidió y yo saludé. Aiden se frotó la nuca, pero cuando levantó la cabeza, vi la verdad enterrada en su expresión culpable.

—Y nunca jamás esperaré que dejas atrás el recuerdo de tu esposa y lo que significó para ti. Pero no puedo competir con los deseos de un fantasma, Aiden. —Mis ojos ardían de lágrimas no derramadas—. No lo haré.

—Yo no... —Hizo una pausa, con el rostro torcido en una mueca.

Hice rodar los labios entre los dientes y le supliqué en silencio que me diera algo. Cualquier cosa. Cuando volvió a verme, su mirada era indómita, desprevénida.

—Eso es lo que hace que esto sea tan jodidamente duro para mí —susurró con fiereza. Se me secó la boca porque si estuviéramos solos, me habría agarrado a él. Podía verlo en sus ojos—. Cuando se trata de ti, Isabel, no hay competencia, y no sé cómo hacer las paces con eso.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se dirigió a su despacho. Antes de que nadie me viera la cara, me volví hacia el ring y respiré hondo varias veces.

Pero mi corazón, oh, mi corazón. Puse una mano sobre él, intenté calmar su tamborileo salvaje y furioso.

—¿Iz? —dijo Kelly desde detrás de mí.

Exhalé un suspiro más y me giré.

—¿Sí?

—A ellas dos les encantaría inscribirse. ¿Puedes ayudarles mientras termino aquí?

Sonreí a las dos chicas.

—Por supuesto. ¿Por qué no me siguen hasta el mostrador? Les traeré algo de papeleo para rellenar.

Me dediqué a mi trabajo durante la hora siguiente y, cuando recogí mis cosas para irme, aún no estaba segura de si me sentía mejor o peor después de su ingreso.

—Eso pareció intenso durante un minuto —comentó Kelly suavemente, observando cómo terminaba de ordenar mi escritorio y apagaba el monitor del ordenador.

—¿Lo hizo?

—Vaya, vaya, qué lejos hemos llegado desde que te escondías detrás de las cajas. —Me dio un codazo mientras caminábamos hacia el frente—. Creo que nuestro jefe parece un poco enamorado de ti, Isabel Ward.

Me reí, y el sonido estaba teñido de un leve toque de histeria. La puerta de su despacho seguía cerrada y, cuando salí del edificio, ya no volvería hasta después de la boda de Molly. Volví a centrar mi atención en Kelly.

—Llámame si necesitas algo este fin de semana. El sábado es el único día que no puedo contestar al teléfono.

Suspiró ante mi evidente desvío.

—No es demasiado tarde para invitarme, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco.

—Adiós, Kelly.

—Que tengas un buen fin de semana libre —me dijo.

Cuando me giré para saludarla, vi a Aiden mirándome desde la puerta de su despacho. Y como siempre me ocurría con él, mi corazón respondió como si me hubiera tocado la piel con alambres desnudos.

No disminuyó hasta que me alejé, y aún así... lo sentí. Empezaba a darme cuenta de que probablemente siempre lo haría.



24

Aiden

Los días que estuvo fuera fueron aún más difíciles que cuando la tenía delante, porque ni siquiera podía intentar descifrar lo que pensaba.

No podía soportar lo poco que tenía de ella, aunque fuera una versión pálida y aguada de lo que yo quería. Me daban ganas de romper cosas, golpear cosas y poner mi rabia y frustración en algún lugar. Y mi rabia no iba dirigida a ella. Apenas podía mirarme al espejo porque odiaba lo que veía cuando lo hacía.

Estaba haciendo las cosas como no las había hecho desde la muerte de Beth. Más de una vez, sorprendí a mi familia observándome, sorprendí a Anya hablándome, cuando solo había oído la mitad de lo que decía.

¿Y si te equivocas?

Eso era lo que no podía silenciar en mi cabeza, para distraerme.

¿Y si te equivocas?

Era la primera vez en mi vida que me cuestionaba tanto a mí mismo y odiaba la rabia que despertaba.

No era nada de lo que Beth había hablado, nada de lo que había intentado imaginar.

Y tal vez eso era parte del problema. Nunca había intentado imaginar a la persona que vendría después de Beth. Nunca quise hacerlo. Su descripción, sus deseos eran tan buenos como cualquiera, porque no tenía ningún deseo de encontrar a alguien más que ocupara ese espacio en mi vida o en la de Anya.



Cada día que Isabel sostenía el muro invisible que había prometido, uno que yo podría haberme lanzado por encima con facilidad si lo hubiera decidido, me deslizaba un poco más hacia el cuestionamiento de mí mismo.

—Tienes una pinta de mierda —me dijo Deacon cuando cenamos todos en casa de mis papás.

Habían pasado de puntillas a mi alrededor toda la semana.

—No dormí bien. —No es que pensara explicar por qué. Cuando Isabel salió del trabajo el día anterior, estaba libre los tres días siguientes por la boda de su hermana. Y desde que había salido del edificio, no había sabido nada de ella. ¿Y por qué iba a saberlo?

Puede que Isabel fuera la que más tardara en afianzarse a mi lado, pero solo había una persona demasiado cobarde para admitir lo que sentía, y no era ella.

—Puedes tomar prestada mi lámpara especial —me dijo Anya—. Me ayuda a dormir.

Le dediqué una sonrisa cansada.

—Gracias, gingersnap. Quizá lo intente esta noche.

Clark se levantó de la mesa.

—Vamos, Anya. ¿Quieres ayudarme a arreglar algo en el patio trasero?

Chilló cuando la levantó y se la echó al hombro.

Cansado, me froté la nuca.

—¿Quieres hablar de algo? —me preguntó mi mamá más tarde mientras la ayudaba a recoger los platos antes de llevar a Anya a casa.

Mi papá le puso una mano en la espalda mientras dejaba su plato en la encimera.

—No te metas, cariño.

Ella lo espantó.

—Preguntar no es entrometerse.



Le dio una palmada en el trasero.

—Lo es cuando tú lo haces.

—No hay de qué preocuparse, mamá. —Le di el paño de cocina.

Aunque todos me observaban atentamente, nadie más dijo una palabra. Cargué a Anya en la camioneta y regresé a casa, con el cansancio cubriéndome como una manta de hierro. Era distinto a perder a Beth, muy distinto, pero seguía sintiéndolo como una pena.

Como si estuviera de luto por algo que en realidad nunca tuve.

Fue una constatación sorprendente, que me sacudió más de lo que quería admitir. Pero cómo iba a conciliar todo lo que había creído que podría necesitar algún día con lo que quería cuando la vi.

Anya se estaba durmiendo en el asiento trasero cuando llegué al barrio y vi un auto desconocido estacionado delante de nuestra casa. No era el auto de Isabel, pero cuando alguien con su complexión y su larga melena oscura salió del asiento del conductor, mi corazón empezó a latir con fuerza.

Pero cuando levantó la cabeza y sonrió mientras conducía la camioneta hasta nuestra entrada, supe que era una de sus hermanas. Por las fotos que había visto en la entrada de la casa, todas se parecían, y me tranquilizó saber que no era ella. Más o menos.

Anya se había dormido del todo y decidí dejarla donde estaba mientras hablaba con la hermana de Ward que me esperaba.

Ella estaba caminando por el camino de entrada cuando salí de la camioneta.

—¿Aiden? —Me hizo un pequeño gesto con la mano, sus rasgos eran tan parecidos a los de Isabel que casi costaba mirarla—. Soy Molly, la hermana de Isabel.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Estaba demasiado cansado para bromas, demasiado agotado por el ciclo a través de esta situación en mi cabeza para incluso tratar de manejarlos.



Me tendió un sobre grande, ribeteado en oro, y me pesó en la mano cuando se lo tomé.

—Me gustaría invitarte a mi boda este fin de semana.

Levanté la cabeza.

—¿Por qué?

Molly sonrió.

—Porque mi hermana nunca lo hará.

Inmediatamente, sacudí la cabeza.

—Créeme, ella no me quiere ahí.

—Si supiera que estoy aquí —dijo Molly con cuidado—, se enfadaría conmigo.

Volví a extender el sobre hacia ella.

—Entonces quizá no deberías.

Inexplicablemente, eso hizo que su sonrisa se ensanchara.

—Sé que no conoces a Isabel tan bien como yo, pero por lo poco que he oído, has conseguido vislumbrar muy bien quién es. —Molly se acomodó un mechón de cabello detrás de las orejas y el enorme diamante que llevaba en el dedo parpadeó bajo el sol—. Ella nunca te pedirá que vengas a esta boda, aunque ella quiera que estés ahí, porque es tan testaruda como cualquiera que haya conocido.

Exhalé una carcajada sin humor.

—Siento que estamos hablando en círculos.

—Lo sé. —Se lamió los labios antes de volver a hablar—. No sé cuál es tu relación con ella —continuó Molly—. Porque aunque puede darnos consejos como si fuera su trabajo, rara vez nos cuenta algo por lo que esté pasando. Y creo que es porque está haciendo lo que hacía cuando era joven, cuando Paige apareció. Ella te da estas pequeñas ventanas de oportunidad, y si no las tomas, no tendrás otra oportunidad. Mi hermana es una de las personas más fuertes e increíbles que conozco, pero se cerrará a cualquiera si tiene miedo de que le hagan daño.

Me pasé una mano por la boca, mirando a Molly con curiosidad sin filtro.

—¿Por qué me cuentas todo esto? Ni siquiera me conoces.

Su sonrisa era misteriosa.

—Porque conozco a mi hermana. Y si se niega a hablar de ti, entonces has puesto un pie en la puerta, y eso significa que eres importante para ella. —Se acercó un poco más—. Lo que te estoy dando, Aiden, es una oportunidad.

Vi al cielo y respiré hondo.

—Pero —dijo con cuidado—, solo arriésgate si la ves en tu futuro. Nunca haría una declaración tan dramática por nadie que no fuera ella. —Me puso una mano en el brazo—. Sé que has perdido a tu mujer, y eso pone mucha presión extra en cualquier relación que tengas después. Pero si crees que podría ser ella, no pierdas la oportunidad.

Si Molly Ward me hiciera empezar a llorar en mi propia entrada, nunca la perdonaría.

—Ya... ya he hecho todo esto, y no pretendía volver a hacerlo —dije en voz baja—. La gran boda y tener un hijo, y ni siquiera sé si es justo pedirle que se meta en todo eso, sabiendo las primicias que debería estar viviendo con la persona que la ama.

Era una simplificación excesiva de los obstáculos mentales a los que me enfrentaba, pero suficiente para que Molly me dedicara una sonrisa alentadora.

—Hay una cosa que puedo decirte con un cien por cien de certeza, Aiden. —Me sostuvo la mirada—. A mi hermana no le importan las primeras veces que vivan juntos. Lo que ella quiere es para siempre.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Te escucho.

—Bien. —Me estudió—. Espero verte ahí. Pero si no lo hago, entonces nunca la mereciste para empezar.



Aunque su golpe de despedida fue un puñetazo en las tripas, Molly me dedicó una pequeña sonrisa y bajó por mi entrada como una reina.

Con la cabeza dándome vueltas, trasladé a una dormida Anya de mi camioneta a su cama. Bajé las escaleras aturdido y me hundí en el sofá. Al final del pasillo, la puerta de mi dormitorio estaba abierta y, si cerraba los ojos, me resultaba muy fácil imaginarme a Isabel tumbada en mi cama. Una vez más, me sorprendió el completo péndulo de nuestras interacciones.

No había tibieza.

No hay matices de gris que diseccionar.

Me quedé mirando la invitación de boda e imaginé que iba a ir a buscarla ahí. Imaginé quedarme en casa, sabiendo que pensaría en ella toda la noche.

Como no podía no hacerlo, imaginé lo que Beth diría. Lo que me diría que hiciera. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, saqué mi teléfono y marqué el número de mis papás. Mi mamá contestó al primer timbrado.

—¿Ya me echas de menos? —preguntó, con una sonrisa evidente en la voz.

—Mentí. Antes. —Pulsé el botón para ponerla en altavoz y dejé el teléfono a un lado, desplazándome ociosamente hasta que encontré una foto de Beth en mi teléfono. De antes de que enfermara, antes de que se le hundieran las mejillas y la piel se le encogiera sobre los huesos.

Su respuesta tardó unos segundos en llegar:

—De acuerdo. ¿Sobre qué?

—Cuando te dije que no te preocuparas. —Me pellizqué el puente de la nariz—. No... no sé qué hacer, mamá. Y normalmente, puedo imaginar lo que Beth me diría, qué consejo me daría, y no puedo con esto.

La cara de mi mujer me sonreía desde el teléfono, pero por primera vez en dos años no oía su voz en mi cabeza. Me empezaron a hormiguear las manos, se me tensó el cuello y el pecho me pesaba tanto como si tuviera un elefante encima del corazón.

—Háblame, hijo —me dijo suavemente.

No había ninguna parte de mí que quisiera recapitular mi relación con Isabel, así que tomé el proverbial bisturí y corté directamente al corazón de lo que me molestaba.

—¿Qué significa si mis sentimientos por Isabel son... mierda, no sé, más grandes? Más intensos. Más —mi voz vaciló—, todo, que lo que tuve con Beth.

—Oh, Aiden —exhaló pesadamente—, no hay ningún libro de reglas para esto. Nada que diga que no puedes amar a alguien de una manera diferente a como amabas a Beth.

—Lo hice. —Mi dedo y mi pulgar volvieron a apretarme el puente de la nariz hasta que me dolió—. La *amaba*. Era amable y divertida y una mamá estupenda, y nunca quise que pasara esto. No sé qué dice de mí que Isabel no se parezca en nada -y quiero decir en nada-, a la persona que amé primero. —Solté la mano y me obligué a mirar fijamente la foto de Beth. El dorado de su cabello y los profundos hoyuelos a ambos lados de su sonrisa. Apreté los ojos—. Isabel me da mucho miedo, y nunca tuve eso con Beth.

Hizo un sonido suave que no pude descifrar.

—Y se lo prometí —dije en voz baja—, se lo prometí a ella y a Anya, y no sé cómo romper esa promesa sin sentir que he traicionado su memoria.

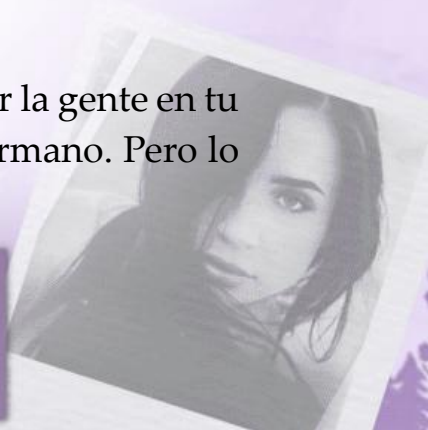
—Aiden —empezó con cautela—, yo también amaba a Beth. Pero nunca debió darle esa lista a Anya. Sé que solo trataba de hacer que una niña asustada se sintiera mejor, y tal vez a ella también, pero no creo que realmente pretendiera encajonarte en algo que realmente no querías.

Una lágrima perdida resbaló por mi mejilla y me la enjuagué.

—No estás traicionando a Beth por encontrar la felicidad, hijo. Es una mierda, y si ella estuviera aquí, te diría lo mismo.

Exhalé una carcajada.

—Eres muy honorable. Siempre has hecho lo correcto por la gente en tu vida. Es lo que te hizo un buen papá, y esposo, e hijo y hermano. Pero lo



único que importa es que encuentres a alguien que te ame y ame a Anya. Eso es todo.

—Es tan pronto —dije en voz baja—. Y cuando me mudé aquí, quería calma. Paz. Habíamos tenido tanto caos, tanta agitación.

—¿Isabel no te trae paz? —preguntó.

Exhalé una carcajada.

—No. Creo que no he tenido un momento de paz desde que puse mis ojos en ella. Es demasiado... es más de lo que esperaba.

Mi mamá lloriqueó al otro lado del teléfono.

—Sabes tan bien como cualquiera, que no hay un libro de reglas que puedas seguir, ningún plan que esté garantizado. Y si esta persona puede traer vida a tu corazón, al de Anya, entonces le debes a Beth ver a dónde te lleva.

Tardé un segundo en encontrar mi voz, pero cuando lo hice, estaba ronca.

—Sabes, creo que incluso si me hubieras dicho que la dejara ir, que encontrara a alguien... más, no creo que hubiera podido hacerlo. Pero me alegro de que no lo dijeras.

—Estoy deseando conocerla —dijo afectuosamente—. Ahora, ¿cómo puedo ayudar?

Recogí la invitación de boda, con la cabeza despejada y el corazón más firme de lo que había estado en mucho tiempo.

—¿Estarías dispuesta a cuidar a Anya mañana por la noche?



25

Isabel

—Creo que voy a vomitar.

Acomodé un mechón de cabello en la pequeña pinza de diamantes que sujetaba el cabello de Molly.

—No, no lo harás.

—Solo quiero verlo. —Agitó una mano frente a su cara, el sudor empañando su frente, a pesar de que el día de su boda había amanecido perfectamente claro y templado—. Lo has visto, ¿verdad?

Me agaché para mullir la organza de su vestido y tarareé en señal de asentimiento.

—Parece tan nervioso como tú.

—¿En serio? —Sonrió ampliamente. Mi hermana, con lo guapa que era en el día a día, era la novia más preciosa que había visto nunca—. Dímelo a mí. Dios, apuesto a que le queda muy bien el esmoquin. Se afeitó, ¿verdad?

—Creo que lo hizo, pero no puedo decir que me daría cuenta si no lo hubiera hecho.

El fotógrafo se movía a nuestro alrededor, disparando mientras yo preparaba a Molly para hacer algunas fotos con Logan en los jardines exteriores de Cedarbrook Lodge. Se había arriesgado a celebrar una boda al aire libre en el lugar de sus sueños y, de momento, Seattle estaba cumpliendo. El hotel se extendía a nuestras espaldas, con el salón de



recepciones interior ya tenuemente iluminado y decorado en suaves tonos crema y dorados.

A un lado, Lia y Claire charlaban alegremente, haciendo sus propias fotos. Paige estaba entre ellas, con el pelo rojo recogido y el vestido azul pavo real que la hacía parecer una diosa.

—No es demasiado tarde para verlo ahora —se burló Paige—. Evítale al hombre la vergüenza de echarse a llorar delante de cien personas al verte.

Molly se rio.

—De ninguna manera, no puedo esperar a que alguien lo grabe en cámara.

Me aparté y el fotógrafo se movió alrededor de Molly, dirigiéndola de un lado a otro. Paige deslizó un brazo alrededor de mi cintura.

—Ustedes cuatro seguro que arreglan bien.

—Para el tiempo que pasamos en una silla de peluquería y maquillaje, mejor que lo hagamos —dijo Claire.

Como Molly nos dejaba libertad a la hora de elegir nuestros vestidos, Claire y Lia habían optado por un tono azul empolvado, y por estilos similares que caían suavemente desde las caderas, con tirantes que sostenían un escote corazón. Todas llevábamos el cabello suelto y rizado, Molly era la única que lo llevaba recogido.

Su vestido de novia, con unos tirantes imposiblemente finos que lo sujetaban sobre los hombros, se ceñía a la cintura, cubierto de un delicado encaje floral antes de fluir soñadoramente hacia el suelo.

Y después de probarme vestidos con demasiados volados y adornos, encontré uno en un azul marino intenso que me llegaba hasta el cuerpo, con tela entrecruzada que me cubría los pechos y dejaba una pequeña abertura debajo. Mi espalda estaba completamente desnuda.

Me veía hermosa, me sentía hermosa y, hasta ahora, podía respirar tranquila porque los momentos previos a la boda estaban transcurriendo sin sobresaltos.



—Logan está de camino —nos dijo la organizadora de la boda, dando golpecitos con su auricular a nivel de la CIA y hablando con alguien a quien no podíamos ver.

Asentí con la cabeza, tomé mi pequeño bolso de mano y caminé a su encuentro, con cuidado de no pisar las grietas del camino con mis tacones, a pesar de que eran cuñas. Lo último que necesitaba era un tobillo torcido. Acababa de deshacerme de la muñequera el día anterior.

Me detuve al ver a mi hermano mayor caminando hacia mí. Con las manos metidas en sus pantalones negros de esmoquin y el cabello oscuro empezando a mostrar un ligero matiz plateado en las sienes, se veía guapo y visiblemente nervioso.

Su sonrisa fue lenta cuando me vio.

—Mírate.

—Espera a ver a la novia —le dije.

Logan se detuvo frente a mí y sacudió la cabeza.

—Estás preciosa.

En lugar de desviarme como tanto deseaba, respiré hondo.

—Gracias. —Incliné la cabeza hacia atrás, donde Molly lo esperaba—. ¿Estás listo para esto?

—Claro que no —respondió con sentimiento.

Me reí.

Pero para mi horror absoluto, sus ojos se volvieron brillantes mientras miraba por encima de mi hombro.

—Mierda, acabo de verla.

—No te pongas a llorar. —Vi al cielo y parpadeé—. Si tuvieras idea de lo que ha tardado este maquillaje, te apiadarías de mí.

Detrás de él, vi que los invitados empezaban a filtrarse hacia el jardín adyacente, donde tendría lugar la ceremonia. Desde donde estaba, Molly quedaba protegida de la vista por un gran seto. Aferré mi bolso con fuerza y Logan puso una mano sobre la mía, apretando suavemente.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte, Iz. Ella no está aquí.

Giré mi mano y apreté la suya.

—Lo sé. Creo que siempre supe que no iba a venir.

Sus ojos, tan capaces de ver a través de todos nosotros, me estudiaron detenidamente.

—Desde el primer día, ha sido su pérdida. Y mi increíble ganancia.

Cuando se me aguaron los ojos, respiré hondo.

—Hoy va a ser genial —le dije—. Aunque llores como un bebé cuando la lleves al altar.

Se rio entre dientes.

—¿Quién está llorando como un bebé? —preguntó Paige. Sonrió a Logan cuando se apartó de mí y deslizó un brazo alrededor de su cintura—. ¿Eres tú, esposo?

—Tal vez —murmuró.

—¿Lista para ir a ver a nuestra chica? —dijo Paige suavemente—. Está esperando.

Logan asintió, con la mandíbula tensa.

Me quedé en mi sitio y los vi caminar de la mano hacia Molly. Mi hermana se giró y vio a Logan, y mi hermano mayor tuvo que detenerse para frotarse sospechosamente los ojos. Paige le frotó la espalda, que exhaló con fuerza. Se acercó a Molly, sacudiendo la cabeza. Alargó la mano y le pasó un pulgar por debajo de los ojos, y cuando se abrazaron con fuerza, tuve que bajar la vista a la hierba para no perderla del todo.

Pasara lo que pasara durante el resto del día, estaría bien. O mañana, o la semana siguiente.

Aunque me sentía un poco vacía después de lo que pasó con Aiden, y de su continuo silencio, días como hoy llenaban parte de ese vacío con pura alegría.



Es la única razón por la que pude sonreír mientras giraba hacia el hotel. Pero me detuve en seco, con la respiración entrecortada como un puñetazo.

Aiden.

Estaba al final del camino, esperándome. El cabello bien peinado hacia atrás, la mandíbula ligeramente oscurecida por la barba incipiente y su musculoso cuerpo cubierto por un traje azul marino que le sentaba tan bien que podría haber llorado. No llevaba corbata y las manos colgaban sueltas a los lados.

Me llevé la mano al estómago y sus ojos siguieron el movimiento.

Debió ser suficiente para él, porque se acercó con pasos largos, ojos seguros, boca ligeramente curvada en una sonrisa.

—¿Q-Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

Sus ojos recorrieron mi cara, pero no dijo nada hasta que me tendió la mano.

—Estoy aquí para ti.

La visión de su brazo extendido se difuminó a través de las lágrimas que llenaban mis ojos hasta que las aparté. Respiré lentamente y deslicé la palma de la mano contra la suya, exhalando solo cuando entrelazó nuestros dedos.

Juntos, bajamos por una pequeña bifurcación del camino asfaltado, y me dedicó una sonrisa reservada por encima del hombro cuando dimos la vuelta a un gran muro de baldosas que daba a un pequeño jardín cerrado.

Le agarré la mano con tanta fuerza cuando se detuvo que me pregunté si me la quitaría. En lugar de eso, me tomó la otra mano, me rodeó la muñeca con los dedos y se la llevó a la boca para darme un beso en el lugar donde había llevado la muñequera.

Sus ojos se clavaron en los míos y, sinceramente, no estaba segura de cómo seguía en pie.



No estaba segura de cómo mis piernas seguían funcionando o de cómo mi corazón seguía bombeando sangre a mi cuerpo porque todo se precipitaba a través de mi cabeza.

Incluso con mis tacones, sobresalía por encima de mí, pero Aiden tiró suavemente, atrayéndome hacia sus brazos.

Sus manos se deslizaron por la piel de mi espalda, mis brazos se enroscaron alrededor de su cintura y exhalé temblorosamente cuando no había nada más que él. Nada que pudiera oler, ver o sentir excepto a Aiden.

Todas las veces que habíamos estado solos, me había imaginado el calor y encendido una hoguera, las llamas golpeando el cielo con un agudo silbido.

Pero esto, un lento y suave deshacer de mi corazón. Sus dedos se deslizaron por las protuberancias de mi columna vertebral y arrimé mi cuerpo al suyo. Aquellas manos, empujaron por debajo del velo de mi cabello hasta ahuecar mi nuca.

Me aparté para mirarlo fijamente. Mi sonrisa era tan fácil como respirar, que era más o menos lo que sentía al enamorarme de él. Me di cuenta de que era simplemente mi forma de trabajar. Era el panorama general que no había sido capaz de ver hasta que lo tuve delante. Amarlo era la cosa para la que había nacido.

Su gran mano se deslizó por un lado de mi cara, rozando con el pulgar la comisura de mis labios.

—Siento haberte hecho esperar —susurró.

Mis labios se separan en una sonrisa feliz.

—Tú lo vales.

Aiden me tomó la cara con las dos manos y se inclinó. Pero en vez de rozarme con sus labios, me besó el pómulos. La frente. La punta de la nariz. Mis manos se enroscaron en las solapas de su chaqueta, puños indefensos que no hicieron nada para que se diera prisa en besarme de una vez. Entonces tiré de él y se rio contra mi sien.

—Impaciente —dijo.

Mi nariz rozó la suya, incliné la cabeza para que nuestras bocas estuvieran a un pelo de distancia.

—No tienes ni idea —le dije.

—Y hermosa. —Besó el borde de mis labios—. Tan hermosa. —El otro lado.

Cada centímetro de mi cuerpo vibró peligrosamente, sus labios se cernieron sobre los míos durante un instante. Nuestras miradas se cruzaron y vi el desafío que contenía en las suyas.

Deslicé las manos por su pecho hasta rodearle el cuello, enrosqué los dedos en la curva de su cráneo y me impulsé sobre las puntas de los pies, cerrando la boca sobre la suya.

Fue el único momento en que tuve el control.

Aiden me rodeó la cintura con un brazo, deslizó su lengua contra la mía e inclinó la cabeza para profundizar el beso. Sus dedos se enredaron en mi cabello e intenté acercarme, pero no pude.

Gimió en lo más profundo de su pecho cuando le chupé la lengua. Sus dedos se clavaron en mi carne mientras nuestro beso no cesaba.

Sorbiendo mis labios, Aiden probó la forma en que nuestros labios se movían juntos. Nuestros cuerpos estaban tan cerca, el aliento se movía de mí a él, y cuando deslizó su lengua en una larga pasada sobre la mía, tarareé feliz.

Su cuerpo era tan fuerte, tan duro, que me tambaleé hacia atrás, con los omóplatos golpeándome contra la baldosa calentada por el sol. Me siguió, inclinando la cabeza para chuparme el labio inferior.

Eché la cabeza hacia atrás y sus dedos encontraron la curva de mi trasero a través del vestido, me agarraron con fuerza y me atraieron hacia él. Su boca se deslizó por el borde de mi mandíbula, el filo de sus dientes tirando del lóbulo de mi oreja hasta que gemí una maldición.

—¿Iz? —Lia llamó desde el otro lado de la pared.

Aiden y yo nos quedamos helados.

—Espera —me las arreglé.



—Sí, mmm —sonaba como si estuviera sonriendo—, te necesitan para unas fotos.

Aiden me vio fijamente, con cara de querer devorarme entera, y cuando me lamí los labios, apretó la mandíbula hasta que un músculo le hizo un delicioso tic. Retiró la mano de mi trasero, la deslizó por mi cintura, bordeó mi pecho y se detuvo brevemente para arrastrar el pulgar por la pequeña abertura de mi vientre.

—Quería ir un poco más despacio —me dijo, hablándome en la coronilla y dejándome caer un beso en la parte superior de la cabeza.

Exhalé un fuerte suspiro.

—Estoy segura de que no me quejo.

Aiden se echó a reír, con una sonrisa amplia y alegre, los dientes blancos y rectos, y volvió a envolverme en sus brazos.

Cuando me aparté, sentía las mejillas acaloradas.

—¿Has estropeado todo mi maquillaje?

—Estás perfecta.

Levanté las cejas con escepticismo, me pasé los dedos por el pelo y recogí el bolso que se me había caído al césped. Volví a aplicarme ChapStick, porque ni siquiera el día de la boda de mi hermana estaba dispuesta a pintarme los labios.

Me recogí el cabello detrás de las orejas y le dediqué una leve sonrisa.

—Te encontraré después de la ceremonia.

Asintió con la cabeza.

—Creo que voy a esperar aquí y recitar las tablas de multiplicar.

Vi hacia abajo, frunciendo los labios pensativamente.

—Probablemente sea una buena idea.

Cuando doblé la esquina, Lia sonreía como una loca.

—Cállate —le dije.



Cuando miré por encima del hombro, lo vi observándonos. Y la promesa que vi en sus ojos, no pude evitar estremecerme.

—Ooooh, nena, Isabel tiene *novio* —cantó—. Ya era hora.

—Te odio.

Con un suspiro feliz, deslizó su brazo alrededor de mi cintura.

—No, no lo haces. Ahora ven, vamos a casar a Molly.



26

Isabel

Cualquier intento de salvar mi maquillaje de Logan o de Aiden o de cualquier hombre que pareciera destinado a arruinarlo era una tontería.

Una vez que me dirigí hacia el altar, agarrando el pequeño ramo, fue el último momento seco que experimentaron mis ojos durante los veinte minutos que duró la ceremonia.

Emmett, vestido con un esmoquin a juego con el de Logan, empujaba un cochecito que habíamos decorado con los colores de la boda de Molly y Noah. Dentro iba Gabriel, con el esmoquin de bebé más bonito que el mundo había visto jamás, sujetando un pequeño cojín que decía: *"Aquí viene mi tía"*. Con tan solo unos meses, puede que él fuera el primero en hacerme llorar.

La música sonó por los altavoces y sonreí a Noah. El hombretón parecía tan nervioso como nunca lo había visto, con las manos inquietas delante de él mientras esperábamos a que aparecieran Molly y mi hermano. La había visto toda la mañana, había sido testigo de su transformación en la novia que él estaba a punto de ver por primera vez, así que, en lugar de mirar el pasillo, vi a Noah.

Y lo supe en el momento en que apareció porque el extremo defensivo más temible de la liga, el que creció en la casa de detrás de la nuestra, se derrumbó por completo cuando vio a mi hermana caminando hacia él.

Se llevó una mano a la boca brevemente, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas. Su amigo y compañero de equipo, que estaba en la misma posición que yo, le dio una palmada en la espalda y le susurró

algo a Noah que le hizo soltar la mano y enderezarse para poder mirar a Molly. Una lágrima resbaló por un lado de su mejilla cuando le sonrió.

Detrás de mí se oían los sollozos conjuntos de las gemelas y, en primera fila, Paige lloraba sin siquiera intentar detener el flujo de lágrimas por su rostro mientras Logan acompañaba a Molly por el pasillo. Cuando llegaron al frente -como estaba previsto-, Paige se levantó de su asiento y ocupó su lugar al otro lado de Molly, anclando su brazo alrededor de la cintura de mi hermana.

Logan besó la mejilla de Molly y le susurró algo que la hizo emitir un sollozo acuoso. Con una breve mirada al cielo, parpadeé rápidamente. Claire me dio un golpecito en el hombro y me tendió un pañuelo de papel. Sonreí, secándome suavemente las ojeras.

Después de un breve saludo, el ministro tomó su lugar con una sonrisa, haciendo un gesto a Noah para tomar a Molly.

—¿Y quién da a esta mujer para casarse hoy?

Paige y Logan compartieron una mirada significativa.

—Lo hacemos —dijeron al unísono.

Noah y Logan intercambiaron un pequeño y secreto apretón de manos que hizo que los compañeros de los Wolves se rieran entre dientes. Y entonces mi hermana tomó la mano de Noah, haciendo una pausa para que pudiera decir algo en voz baja, solo audible para ella, que hizo que lo mirara con tanto amor, que las lágrimas casi volvieron a brotar.

Me costó quedarme quieta, sobre todo con aquellos tacones de vértigo, pero una vez que le cogí las flores a Molly, ese era mi trabajo. Solo una vez -y estaba muy orgullosa de mí misma-, vi hacia las filas de asientos.

Aiden me vio y, cuando nuestros ojos se cruzaron, me dedicó una sonrisa tenue que hizo que me sudaran un poco las palmas de las manos.

Vaya primera cita.

Llorando a mares delante de cien personas, liberándome por fin del peso emocional que me había estado oprimiendo los hombros y llevando el tipo de vestido que hacía completamente imposible cualquier tipo de ropa interior que no fuera una tanga.

Aunque me hubiera imaginado mi primera cita con Aiden, nunca me hubiera imaginado esto. Una caminata tal vez.

Paseando por el centro. Algo sencillo y fácil, nada recargado o quisquilloso. Esto era lo más quisquilloso que podría llegar a ser. Y aún así, estaba aquí.

Darle vueltas a lo que significaba era inútil. Por eso volví a centrar mi atención en el ministro y en Molly y Noah.

No podía ver la cara de mi hermana, pero sí la de Noah, y la forma en que la miraba fue suficiente para convertirme en un gigantesco montón de papilla.

Molly respiró hondo cuando le llegó el turno de pronunciar los votos.

—Hoy, rodeada de todas las personas que más nos quieren, digo las palabras que digo, pero prometo de verdad que lo haré. —Sonrió, levantando una de sus manos para darle un suave beso—. Tomaré tu mano y estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo. Seré la luz que te guíe en la oscuridad, tu hombro en el que apoyarte cuando la vida sea dura. Como tu esposa, seré tu navegante y tu mejor amiga. Prometo honrarte, quererte y amarte en todas las aventuras de la vida. —Su voz se tambaleó—. Hoy, Noah Griffin, y todos los días mientras viva, te elegiré como esposo.

Noah le sonrió.

—Hoy, rodeado de todas las personas que más nos quieren —retumbó con esa voz profunda suya—, digo las palabras que *digo*, pero en realidad prometo que *lo haré*. Tomaré tu mano y estaré a tu lado en lo bueno y en lo malo. Seré quien apoye tus sueños más que ningún otro. Te protegeré de cualquier tormenta que nos azote. Como tu marido, seré tu compañero y tu mejor amigo. Prometo honrarte, apreciarte y amarte a través de todas las aventuras de la vida. Hoy, Molly Ward, y todos los días mientras viva, te elegiré como esposa.

Se intercambiaron los anillos, fueron declarados marido y mujer, y cuando él la envolvió en sus brazos para darle un beso sorprendentemente apasionado, una ovación de proporciones dignas de

un Super Bowl resonó en los jardines. Mientras reía con mis hermanas, no pude evitar mirar a la gente sentada en las sillas.

Reconocí la mayoría de las caras, pero no todas. De todas esas caras, no vi la que buscaba.

Era extraño darse cuenta, en medio de una felicidad tan desbordante, de que Brooke no había venido. Si se le daba la oportunidad, ofrecida con gracia por alguien que la había perdonado, se había mantenido alejada.

Sabía que Molly estaría bien. Mientras su flamante marido se alejaba de ella, le metía la mano en el pliegue del codo y la acompañaba por la alfombra de exuberante césped esmeralda al son de vítores y silbidos, pensé en todas las maneras diferentes en que la gente sigue adelante.

Tal vez me aferré al pasado, me aferré a la ira, o a mi reserva con los hombres de manos blancas porque todo eso era algo que podía controlar, pero que Aiden apareciera hoy por mí era algo que no había podido controlar.

También era su forma de pasar página, y yo tenía que reconocer el gesto, aunque no hubiera venido acompañado de grandes discursos. Todavía.

No podía haber predicho cómo reaccionaría, pero aun así, apareció. Me tendió la mano, me dio a elegir.

Cuando tomé del brazo a Kareem, uno de los compañeros de equipo de Noah, y seguimos a la feliz pareja por el pasillo, supe que mis elecciones se desplegarían delante de mí toda la noche.

Decidí, mientras Aiden me observaba con mirada firme y tranquila, dejar de lado todo lo que Brooke hubiera podido hacer -o dejar de hacer- hasta ese momento. Como dijo mi hermano, ella se lo había perdido, y siempre se lo había perdido.

Cuando Molly saltó a los brazos de Noah para darle otro beso, me sentí más ligera de lo que me había sentido en años.

Más feliz.



La organizadora de la boda sacó a toda prisa a los novios a otro jardín para hacerles fotos y, cuando vi por encima del hombro para ver a Aiden, me guiñó un ojo.

Ese guiño me sostuvo durante el eterno tiempo que tardamos en hacernos fotos con toda la comitiva nupcial. Si lo que tenía que hacer era esbozar una sonrisa durante mil millones de clics de su cámara, eso era lo que haría.

Al asomarme al borde del jardín lateral donde estábamos, vi un atisbo de su traje azul marino. El coordinador de bodas estaba hablando con el fotógrafo, y Molly y Noah susurraban en voz baja entre ellos, así que decidí escabullirme en su dirección.

Le di un codazo a Lia. Las dos gemelas se giraron.

—Estaré ahí si me necesitan —dije, inclinando la cabeza hacia donde le había visto.

—Me aseguraré de avisar con tiempo antes de ir a buscarte a la vuelta de la esquina —respondió con seriedad.

Mientras caminaba hacia Aiden, le hice un gesto con el dedo corazón, lo que hizo que ella y Claire se rieran.

Se giró cuando me acerqué, sin sonrisa en la cara pero con ojos cálidos, cálidos. Era aterrador lo mucho que deseaba sumergirme en él y no volver a salir a la superficie.

Aiden abrió los brazos y fui directa a su abrazo. Sus manos me acariciaron la espalda desnuda y me acurruqué contra él, hundiéndome más en su calor.

Esto no puede ser normal, pensé.

Cuando su ancho pecho empezó a temblar por una carcajada, me di cuenta de que había hablado en voz alta.

Apartándome para poder verle la cara, le dediqué una sonrisa avergonzada.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí —murmuró.

FORBIDDEN



—Ni siquiera pregunté antes, pero ¿quién te invitó?

—Molly —dijo. Sacó una mano de mi espalda y la deslizó por la línea de mi brazo, como si simplemente quisiera tocar la mayor parte posible de mí—. Pasó por mi casa.

—¿En serio?

Aiden asintió.

Pero entonces pareció esforzarse por encontrar las palabras, y no pude evitar sonreír.

—De acuerdo, la rutina del gran hombre melancólico y silencioso solo es sexy en ciertas situaciones, y ésta no es una de ellas, Hennessy.

En respuesta, me acercó con una risa contenida y jugué con el borde de su solapa. Olía tan bien, pero caramba, dejaría de olisquear como una loca si viniera solo por esto.

—¿No tuviste tiempo de practicar qué decir? —bromeé.

Sus ojos se clavaron en los míos, sus dedos barrieron las puntas de mi cabello.

—No... no se me dan bien este tipo de discursos. Nunca sé qué decir, ni cómo explicar lo que siento.

Debajo de mi mano, sobre su chaqueta, su corazón latía con fuerza. Era increíble la paz que me transmitía saber que estaba tan nervioso como yo cuando estaba con él.

Aiden y yo, todo este tiempo, habíamos estado sentados en un balancín invisible, y al final, nos equilibraríamos perfectamente. Tenía la sensación de que sería esta noche.

Su mano me acarició la cara y giré la cabeza para besarle la palma.

—Conocí a Beth durante años —empezó en voz baja. Me obligué a no reaccionar mientras hablaba, simplemente mantuve mi mano sobre su corazón y mi cuerpo apretado contra el suyo—. Éramos amigos. Se mudó al final de la calle y el primer día que la conocí nos trajo un plato de galletas gingersnap para presentarse.

Le dediqué una pequeña sonrisa.

—El apodo de Anya.

Asintió con la cabeza.

—Y mi comida favorita. Me resultaba... imposible explicártelo cuando estabas en mi cama —dijo, con la voz áspera por la emoción.

Mis ojos se cerraron por un momento.

—Sí, puedo imaginarlo.

—Cuando teníamos dieciocho años, me anunció que iba a besarme y que yo sería su primer novio porque vio cómo la miraba y estaba harta de esperar.

Mi sonrisa se ensanchó. Tenía la sensación de que Beth me habría caído bien.

—Era mi mejor amiga —continuó Aiden—. Y lo sabía todo sobre ella. Quererla, enamorarme de ella, fue algo lento y constante y gradual, hasta que de repente fue... todo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras hablaba.

—Siento mucho que la hayas perdido —le dije.

Sus propios ojos brillaban cuando se inclinó para besarme la frente.

—Yo también. —Cuando se apartó, estudió mi rostro—. Ella fue mi primer amor, y cuando vine aquí, no buscaba reemplazarlo, Isabel.

Mis dedos se agitaron inquietos, pero me negué a apartar la mirada.

—Lo sé.

—Tú —continuó, con los ojos clavados en mis labios—, no llegaste a mi vida ni despacio ni a paso firme.

Sonreí.

—Por eso —susurró Aiden—, se convirtió en algo a lo que sentí que tenía que resistirme. Algo demasiado intenso para lo que era capaz en esta segunda oportunidad de mi vida.

Lentamente, asentí. Todo aquello tenía sentido. Y mi corazón, respiró un poco más tranquilo al entenderlo.



Estábamos con el tiempo contado en esta conversación, y no sabía de cuánto tiempo dispondría. Mis dedos recorrieron el borde de su mandíbula y siguieron la línea de sus labios.

—Mi hermana debe de haberte dado una buena charla de ánimo —dije con ligereza.

Esos labios se curvaron en los bordes, y Aiden besó las puntas de mis dedos mientras retiraba mi mano.

—Ella solo afirmó lo que yo tardé un poco en descubrir por mí mismo.

—¿Qué es eso?

Sus ojos se clavaron en los míos y la intensidad de su mirada me hizo sentir el estómago ingravido. Todas las mariposas del primer día que le conocí volvieron a su sitio.

—Que si podía verte en mi futuro, tenía que aprovechar la oportunidad.

La forma en que lo dijo sonaba tan simple, tan segura.

—Es muy lista —respondí con seriedad.

Aiden me rodeó con sus brazos y yo hice lo mismo alrededor de su cintura.

—Solo me aseguraba de que no hiciera de esto una cita por lástima —le hablé en el pecho—. Porque si estás aquí por mis problemas con mamá, te patearé en las bolas.

Aiden se echó a reír. Con una sonrisa aún en los labios, deslizó la mano por mi mejilla, entrelazando los dedos por mi pelo hasta que me acarició la nuca. Bajó la boca y sus labios rozaron los míos con una lentitud tentadora cuando habló.

—Lo último que siento por ti es lástima.

Podría haber dicho algo como, *oye, eso es maravilloso*. Pero fue todo lo que pude hacer para no caer mientras él profundizaba el beso en algo rebosante de tensión no gastada. Sus labios se movieron con más fuerza y mi respiración se aceleró cuando sus manos se deslizaron por mi cuerpo. Él y yo necesitaríamos una semana encerrados en una habitación de hotel para sentir que la necesidad estaba saciada. Era todo lo que podía hacer

para mantener los pies en el suelo, las piernas sosteniéndome mientras su lengua se arremolinaba alrededor de la mía.

Y ahora mismo, lo único que quería era rodearle la cintura con ellas.

Una de las gemelas me llamó por mi nombre desde el otro jardín y gemí.

Aiden me dio un beso fuerte en los labios y luego otro.

—Fotos familiares y luego termino. —Deslicé la mano bajo su chaqueta y me llevé el labio inferior a la boca. Sus dedos se enroscaron alrededor de mi cadera, y la presión caliente de él contra mi estómago hizo que los dedos de mis pies se enroscaran en mis zapatos.

—De acuerdo. —Se apartó y sonrió.

—No me sonrías así —le dije, mirándole la boca.

—¿Por qué no?

Mi mano se enroscó en su cinturón, el calor de su estómago duro atravesando el material de su camisa cuando tiré de él más cerca y hablé contra su cuello.

—Porque acabaré desapareciendo de las fotos de mi familia cuando empiece a arrancarte la ropa.

Aiden exhaló un suspiro lento.

—Eres peligrosa, mujer.

Besé el borde de su mandíbula.

—Solo espera.

—Vete —dijo con voz áspera.

Sin mirar atrás, lo hice. Porque, bueno, pensé que éramos potentes en ese armario o en su dormitorio. Al parecer, realmente encontramos nuestro paso en las bodas de jardín.

Lia sonrió con satisfacción cuando me acerqué.

Le devolví la mirada.



Jude hacía rebotar a Gabriel en sus brazos, y yo tomé sus manos regordetas y las besé cada una.

—¿Cómo está mi niño? —arrullé. Sus grandes ojos azules y su mata de cabello oscuro me hicieron sonreír, al igual que sus chillidos. Le di un beso en la mejilla y me reí cuando me tiró de un mechón de cabello—. Un poco de ayuda, por favor.

Jude sacó con cuidado el puño de Gabriel de mi cabello.

—Pequeño niño salvaje que tenemos.

—Entonces encaja perfectamente —intervino Bauer mientras se acercaba. Besó a Claire en la coronilla.

—Hola —dijo con una sonrisa—. Casi llegas tarde a la boda.

Sonrió.

—Llegué exactamente a tiempo, muchas gracias. El tráfico era un poco denso viniendo de Vancouver. Me tocó sentarme al lado del nuevo novio de Isabel. —Bauer se quedó pensativo—. Es enorme e intimidante, y me parece que lo apruebo de todo corazón partiendo de la base de que probablemente podría partirme por la mitad.

Las gemelas se rieron, Jude sonrió y Bauer me tendió el puño para que lo tocara.

—Buen trabajo, Iz —dijo—. Creo que por fin has encontrado a uno que puede seguirte el ritmo.

El fotógrafo nos llamó y me ahorré tener que responder. Jude y Bauer se colocaron a un lado mientras las cuatro chicas se reunían en torno a la pareja, y nosotros nos desplazamos alrededor de Logan, Paige y Emmett.

Me encontré dando golpecitos con el pie mientras el fotógrafo trabajaba.

Gabriel lloró y graznó en los brazos de Jude una vez que los chicos se unieron a nosotros, lo que nos hizo reír a todos, pero a pesar de todo, sentí un empuje, una urgencia por estar junto a Aiden. La organizadora de la boda nos sacó del encuadre para que pudiera preparar algunas tomas para Molly, Noah, Logan y Paige.

Logan apareció a mi lado mientras el ayudante del fotógrafo arreglaba la espalda del vestido de Molly. Al principio no dijo nada, y observamos juntos en silencio.

—Parece que, después de todo, hemos tenido un invitado sorpresa —comentó.

Sonreí.

—Parece que sí.

Me vio.

—¿Tengo que llevarlo aparte y tener una charla con él?

Casi se me escapa una carcajada histérica. Si mi hermano mayor, el hombre más protector que he conocido nunca, supiera que mi primera cita con mi jefe, más viejo que yo desde hacía una década, acabaría (cruzando jodidamente los dedos) con mi pérdida de la virginidad, le daría un infarto.

—No para advertirle —enmendó Logan.

Me giré ligeramente y enarqué una ceja.

—¿No?

Me rodeó con un brazo y dejé que mi cabeza descansara sobre su hombro.

—Si quieres a este, hay una razón.

El corazón se me encogió y traté de disimular mi sonrisa de satisfacción.

—No, no hay sermón de *no puedo creer que otra de ustedes haya elegido un atleta*.

—No.

—¿Paige te gritó por eso después de que se lo dijiste a Lia?

—Sí.

Me reí.

—¿Qué le dirías entonces en tu pequeña charla?



Logan respiró hondo y me agarró con fuerza un momento antes de girarme con suavidad para que quedáramos frente a frente.

—Para bien o para mal, eres muy parecida a mi, chica. Siempre lo has sido. —Sonrió—. Nos contenemos hasta que no tenemos más remedio. Paige es exactamente la persona adecuada para mí porque destrozó esa reserva como un ariete.

Me reí.

Su rostro se volvió serio.

—Pero tú, Isabel, eres más valiente de lo que yo nunca fui a tu edad. Espero que sepa que el hecho de que lo elijas significa que está recibiendo uno de los mejores regalos del mundo, porque la forma en que quieres a las personas de tu vida... —Su voz se entrecortó. Me acarició la cara—. Es un *privilegio* ser una de ellas.

Me ardían los ojos y me hormigueaba el puente de la nariz.

—Gracias.

Logan se aclaró la garganta y me besó en la frente.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Lo rodeé con mis brazos y lo abracé como hacía tiempo que no lo hacía. ¿No era gracioso? Cuando ves a alguien todo el tiempo, se hace tan fácil olvidar lo mucho que puedes necesitar sus abrazos. Y nada, en ese momento, se sentía más como una bendición para seguir adelante que un abrazo de mi hermano.

Paige se acercó con una pequeña sonrisa en la cara.

—Puedes irte —me dijo.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Ya terminaron con las fotos familiares. Tienes unos treinta minutos más antes de que te necesitemos en fila para la recepción.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

Al instante, me quité los zapatos de una patada, deteniéndome solo para recogerlos por la correa. Me agarré al dobladillo del vestido y corrí por la hierba al son de las risas de Paige.

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



27

Isabel

No tardé mucho en encontrarlo. Caminaba descalza a paso ligero mientras cruzaba el vestíbulo del hotel y entraba en la zona de recepción. Estaba poco iluminada, con mesas altas que rodeaban el perímetro de la sala para que los invitados se mezclaran y tomaran un cóctel mientras esperaban a que llegara el cortejo nupcial. A lo largo de los bordes y en los rincones de la sala había mullidos asientos, algunos envueltos en gasa blanca, que aportaban una atmósfera mágica junto con los cientos de velas y las luces centelleantes que descendían por el techo.

Aiden estaba de pie, hacia el borde de la habitación, hablando con Luke Pierson, uno de los antiguos compañeros de equipo de Logan. Junto a ellos, con el brazo alrededor de la cintura de Luke, estaba Allie Sutton-Pierson, la dueña de los Wolves y una de las mejores amigas de Paige.

Allie dijo algo que hizo reír a los hombres, y su cara se iluminó con una sonrisa brillante cuando me vio.

—Iz, estás preciosa.

Cuando la abracé, vi rápidamente a Aiden.

—Gracias. ¿Han venido las chicas contigo?

Luke negó con la cabeza.

—Faith y Lydia decidieron que un fin de semana en casa de la abuela era mucho más divertido que una boda.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —preguntó Aiden.



Me deslicé a su lado y me quedé sin aliento cuando cruzó su mano con la mía.

Allie se dio cuenta y me lanzó una mirada mordaz. Tuve que morderme el labio para no echarme a reír. Ninguna de estas personas me había visto nunca en una relación, y se notaba en su absoluta falta de frialdad.

—Faith tiene dieciséis años, Lydia casi once, y nunca me he sentido más viejo en mi vida que cuando digo eso en voz alta —admitió Luke.

Aiden sonrió.

—Mi hija tiene siete años, así que lo entiendo.

Era difícil concentrarse en lo que decían porque yo estaba de pie junto a Aiden, tomándole de la mano y charlando con los amigos de la familia como si nada tuviera de extraño. Mi impaciencia por quedarme a solas con él debió de notarse porque Allie me guiñó un ojo y luego le dio un golpecito en el pecho a su marido.

—Sabes, mi vaso está vacío. ¿Me invitas a una copa?

Le sonrió.

—Logan invita. Claro que sí, te invito a una copa.

Se alejaron y yo respiré hondo.

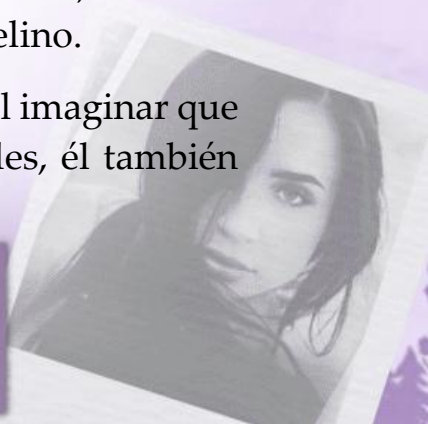
—¿Conseguiste algo en el bar? —le pregunté.

Me vio con ojos cálidos e iluminados por el humor e inclinó la cabeza hacia una mesa.

—Está ahí.

Aiden nos apartó del tumulto de gente y nos llevó a un rincón donde había un sofá blanco lo bastante grande para dos personas. Llevaba la chaqueta colgada del brazo, como si se hubiera asegurado de reclamar este lugar ligeramente privado. Se deslizó hasta el rincón y estiró un brazo sobre el respaldo del sofá. En lugar de unirme a él de inmediato, me tomé un momento para estudiarlo así, tumbado como un gran felino.

Sus largas piernas estaban ligeramente abiertas y era fácil imaginar que estábamos solos. A juzgar por la mirada de sus ojos verdes, él también estaba imaginando.



Mi piel se calentaba bajo su mirada, se tensaba bajo la sedosa tela de mi vestido, donde quería tener sus manos. Si estuviéramos solos, deslizaría el vestido por encima de mis muslos y me subiría a su regazo, deslizaría mis manos por su pecho, dejaría que esas manos grandes y capaces me sostuvieran en su sitio y que su boca encontrara las partes de mí que mejor sabían.

Aiden exhaló una risita baja, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Si sigues mirándome así, vamos a causar problemas.

Parpadeé lentamente, saliendo de mi estupor. Con cuidado, tomé asiento a su lado, metiendo una pierna debajo de mí para poder inclinarme en su dirección. Sus dedos se deslizaron sobre mi omóplato y jugaron con las puntas de mi cabello.

Luego hizo una pausa y cogió un vaso alto que había en una mesa junto al sofá. Cuando me lo dio, arqueé las cejas.

—¿Destornillador? —pregunté—. No te tenía por un tipo de bebidas mezcladas.

Sin mediar palabra, me hizo un gesto para que lo tomara. Nuestros dedos se rozaron cuando tomé el vaso y, tras dar un sorbo, sus ojos se calentaron.

—¿Jugo de naranja? —pregunté, con una enorme sonrisa en la boca.

Aiden tomó el vaso y bebió un trago. Me lamí los labios cuando dejó el vaso. Se inclinó hacia mí, inclinando la espalda para impedirme verlo, y me besó con voracidad, con la punta de los pies curvada, con un sabor a cítricos brillantes y la promesa de sexo. Cuando se apartó, ya estaba lista para *treparme a él*.

—Jugo de naranja —dijo.

—Tomaré nota para el trabajo. —Este nivel de felicidad debería ser ilegal.

—¿Te parece bien sentarte en una esquina conmigo en la boda de tu hermana? —preguntó.



Eché un vistazo a mi alrededor y solo vi a unas pocas personas con las que probablemente debería haber estado charlando. Finalmente, volví a mirar a Aiden y estudié su atractivo rostro.

—Completamente de acuerdo —le dije—. Prefiero hablar contigo.

Como podía, toqué con el pulgar la curva inferior de su labio y lo pasé suavemente por la barba incipiente de su mandíbula. Me encantaba que no se hubiera afeitado para esto. Le daba un aspecto un poco peligroso, o tal vez solo era eso lo que sentía al estar así con él. Todo aquello me parecía demasiado grande para ser real, para estar segura.

¿Podrían dos personas sobrevivir a este nivel de tensión sexual? Porque no estaba segura de que pudiéramos.

—¿De qué quieres hablar? —me preguntó. Apartó mi mano de su boca y besó la punta de mi pulgar antes de posarlo sobre su muslo duro como una roca, con los dedos ligeramente entrelazados con los míos.

Tantas preguntas que podría hacer. Algunas que podían esperar, un par que no.

Respiré hondo y pregunté lo primero que tenía en mente.

—¿Es ésta... nuestra primera cita? —Lo vi por debajo de las pestañas.

—¿No cuentas cambiar el fusible?

Con una sonrisa, negué con la cabeza.

—No.

—¿Tu noche en mi casa?

Lo vi secamente.

Aiden tarareó.

—¿Qué hay de nuestra primera sesión de entrenamiento?

Lentamente, alcé las cejas. Sé que aquella noche había sentido como si el más mínimo roce suyo me hubiera hecho explotar, pero nunca estuve segura de que él hubiera sentido lo mismo.

—Tal vez —concedí.



—Las primeras citas consisten en descubrir a la persona con la que estás —dijo—. Aprendí mucho sobre ti esa noche.

—¿Como...? —Se me cortó la voz.

Sus dedos recorrieron mi espalda y me estremecí.

—No te gusta agobiar a la gente con lo que te preocupa. Hablar de ello probablemente lo empeora. —Ante la certera afirmación, levanté ligeramente la barbilla. Siguió hablando—. No podías decidir si te encantaba u odiabas que te hubiera estado observando tan de cerca y no te dabas cuenta. Normalmente siempre sabes lo que está pasando.

—Cierto —concedí—. ¿Qué más?

—Cuando aflora, aprovechas tu ira en algo productivo, algo tangible, probablemente para no arremeter contra la gente que te rodea.

Me removí en el sofá, con la respiración entrecortada por el hecho de que se hubiera dado cuenta de todo aquello en una sola noche.

Aiden se inclinó, nuestras rodillas se tocaron, e inclinó su cuerpo para que tuviéramos aún más intimidad.

—Y que yo te diga esto hace que quieras correr, solo un poco.

Sin dejarme intimidar por los aleteos de pánico que me causó su acertada apreciación, le vi de frente.

—No voy a ninguna parte.

—¿No? —preguntó con voz áspera y desigual. Cuando negué con la cabeza, inclinó la suya hacia abajo y deslizó su boca sobre la mía para darme un beso dulce y lento. Mi lengua se deslizó hasta el borde de sus labios, pero él se apartó—. Ya basta, mujer. Me estás matando.

Mi sonrisa estaba llena de satisfacción porque sonaba como si estuviera caminando por el filo de la navaja de la moderación.

—Segunda cita entonces —dije.

—Trato hecho. —Se sentó hacia atrás, permitiendo una distancia más segura entre nosotros, dado que ambos sentíamos la necesidad de montarnos el uno al otro en público.



—¿Dónde está Anya esta noche? —le pregunté.

—En casa de mis papás. —Sacó su teléfono y me enseñó una foto que me hizo reír a carcajadas.

—¿Es tu papá?

—Lo es.

Le quité el teléfono de la mano y amplié la imagen. Anya estaba de pie sobre la encimera de su cocina, detrás de un hombre que se parecía a Aiden dentro de unos veinte años. Compartían la misma mandíbula, la misma nariz, la misma constitución. Y su papá, a juzgar por la sonrisa de satisfacción que se dibujaba en su rostro, estaba perfectamente contento de dejar que su nieta le colocara rulos de espuma en el pelo ligeramente canoso.

—¿Puedo? —Señalé la foto.

Asintió con la cabeza. Hojeé unas cuantas fotos, estudié una... de su mamá.

—Tus papás parecen jóvenes, considerando... —Me detuve, sin saber qué decir, *teniendo en cuenta la edad que tienes*.

Aiden rio suavemente.

—¿Me estás llamando viejo?

Me mordí el labio para ahogar mi sonrisa.

—No.

Me quitó el teléfono de la mano, buscó una foto de toda su familia y me dejó estudiarla. Al igual que mi familia, tenían un gran parecido entre sí, pero aún así se las arreglaron para ser un equilibrio perfecto de sus papás.

—Mis papás tenían quince años cuando se conocieron —dijo—. Dieciséis cuando mi mamá se quedó embarazada de mí.

Levanté los ojos sorprendida.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.



—Se casaron antes de que yo cumpliera dos años, pero sabían que aún eran demasiado jóvenes para añadir más niños a la mezcla. —Aiden señaló las caras en la foto—. Beckham vino cuando yo tenía diez años, luego Clark, Deacon fue el siguiente. —Y cuando señaló a una mujer que parecía más joven que yo, descubrí que me gustaba su amplia sonrisa y la forma en que parecía reír—. Y como no podía ser otra que la más joven y mimada, Eloise fue el gran final de la familia Hennessy.

—Vaya —respiré. Antes de que pudiera decir nada más, un suave golpecito en el hombro desvió mi atención de Aiden. Era el coordinador de bodas.

—Siento interrumpir, Isabel. Vamos a anunciar la fiesta de la boda y luego puedes volver. Como Molly y Noah solo tienen una mesa para ellos dos, solo necesito robarte unos minutos.

Aiden sonrió, uniéndose a mí mientras me levantaba. El perfecto caballero en una primera cita poco convencional.

Y así continuó, una vez que pude unirme a él en la mesa que compartíamos con mis hermanas y sus hombres. Mantenía una mano alrededor de mi muslo bajo la mesa, entablando una agradable conversación con todos mientras comíamos. De vez en cuando, se inclinaba y me preguntaba algo al azar, cambiando su mano de descansar en mi muslo, a estirarse detrás de mi espalda a lo largo de mi silla.

—¿Película favorita?

Tarareé.

—Rara vez las veo, así que es difícil elegir.

—¿En serio? —dijo, claramente sorprendido.

—Pero —modifiqué—, me encanta un buen documental deportivo.

—A mí también. —Se inclinó para darme un dulce beso.

Era tan fácil olvidar que había otras personas en la mesa cuando me miraba de esa manera. No me importaba que mis hermanas me estuvieran mirando con descarado interés, porque Dios sabe que yo ya había tenido que ver bastantes besos en los últimos dos años.

Deslicé mi mano sobre la suya, saboreando el fácil afecto.

—Las preguntas que Anya me hizo —empecé. Sonrió con tristeza, pero no me interrumpió—. ¿De qué iban?

Su pecho se dilató al respirar hondo. Luego me contó la historia, y ni siquiera intenté detener la lágrima que resbaló por mi mejilla. Él la apartó.

—Fue algo que ella consideró durante mucho tiempo como... la verdad, supongo. Que si alguien lo sabría, sería Beth.

—¿Lo hacías? —pregunté con cuidado.

Aiden negó con la cabeza.

—Era, no sé cómo decirlo bien. No pensaba utilizarlo como lista de comprobación, si es eso lo que preguntas, sobre todo porque no tenía intención de encontrar a nadie. —Enroscó los dedos alrededor de mi muslo, alisándolo arriba y abajo. Me dedicó una sonrisa irónica—. Pero probablemente no ayudó que fueras exactamente lo contrario de lo que le dijo a Anya.

Sonreí.

—Probablemente no. —Me estudió intensamente—. ¿Qué? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Nada.

Lo que me encantó fue que podía esperar a preguntarle más porque teníamos tiempo, no porque temiera la reacción.

La gente se movía a nuestro alrededor, trasladándose a la pista de baile mientras él y yo hablábamos. Prefería el invierno al verano y se rompió una pierna a los doce años. No bebía a menudo, y solo una cerveza cuando lo hacía.

Cuando fue a la universidad, su hermana le hizo llevarse un peluche para que no se sintiera solo, y lo tuvo sobre la cama todo su primer año, por mucho que sus compañeros de habitación se burlaran de él.

Me preguntó por qué había decidido no ir a la universidad y cómo me había criado mi hermano.

FORBIDDEN



Cuando cortaron y repartieron la tarta, él tomó un trozo de coco y yo elegí el de fresa, que compartimos. Cuando me tendió el tenedor para que mordiera su tarta, me pregunté distraídamente si alguna vez me cansaría de hablar con él. De oír lo que tenía que decir.

Sus ojos se ensombrecieron cuando me lamí una mota de glaseado en el borde del labio.

Cuando nuestros platos quedaron limpios de tarta, me senté de nuevo en mi sitio y le observé detenidamente.

—No es una mala cita, Hennessy.

Al oír su apellido, enarcó una ceja.

—Lo mismo para ti.

—Bueno —dije, descruzando la pierna para girarme completamente hacia él—, creo que aún me debes un poco.

—¿Lo haces?

Su tono seco me hizo sonreír.

—No tuviste que invitarme a cenar —le dije—. Ni el postre.

Tarareó y me aprisionó apoyando un brazo en la mesa y el otro en el respaldo de la silla.

—¿Cómo terminarías normalmente una cita como esta?

No había forma de responder a eso sin delatarme por completo. No tenía ni idea de a dónde me llevaría la noche, pero sabía a dónde quería que me llevara.

—Creo que nunca he tenido una cita así —le dije con total sinceridad.

Por la expresión de sus ojos, vio la verdad de mi respuesta.

—Yo tampoco.

Me dejó sin aliento cuando lo dijo, y no me di cuenta de cuánto ansiaba algún tipo de señal de que esta intensidad no era unilateral, no se limitaba solo a mi inexperiencia.



Como no podía no hacerlo, me incliné hacia delante, tomé un lado de su cara con la mano y deslicé mis labios sobre los suyos en un suave beso.

Dejamos el beso ahí, retirándonos al mismo tiempo, contentos de no profundizarlo más. Aiden se giró y me dio un beso en el centro de la palma de la mano.

—¿Bailas conmigo? —me preguntó.

Lentamente, asentí, y él se puso en pie, sujetándome firmemente de la mano mientras nos conducía a la pista de baile abarrotada de gente. Estábamos entre un exjugador defensivo del año y su mujer, y un ejecutivo del trabajo de Molly en Amazon, y ni una sola vez vaciló su atención.

Me di cuenta de que no importaba quién nos rodeara.

No importaba lo que él hubiera vivido en su pasado, ni lo que yo tuviera que vivir en mi futuro. Se trataba de nosotros. Aiden juntó nuestras manos contra su pecho, sobre su corazón que latía sin cesar, y su otro brazo me rodeó la cintura mientras me atraía hacia su cuerpo. Mi mano libre se deslizó por su espalda y apoyé la cabeza en su pecho mientras nos balanceábamos.

Sus dedos se desviaron lentamente, primero hacia el borde del vestido, que me envolvía el cuerpo, pero luego se sumergieron bajo la tela para rozarme con ligeros toques la curva de la cadera. Con una exhalación inquieta, me acerqué más y él apretó su mano alrededor de la mía.

El ritmo de la canción era lento y dulce, pero en sus brazos se convertía en algo totalmente distinto.

Eran los preliminares.

Todo lo había sido.

Durante días y semanas.

Mis dedos en su espalda se curvaron, las uñas se clavaron ligeramente en los duros y cambiantes músculos de su espalda y perdí la capacidad de respirar correctamente cuando cerré los ojos e imaginé cómo se sentirían cuando se moviera sobre mí. Sería implacable. Sería brutal si yo se lo pidiera.

FORBIDDEN

El pecho de Aiden se dilató al inspirar profundamente y su nariz se hundió en mi cabello. Cuando hizo un movimiento inquieto, sentí cuánto me deseaba. El ruido que surgió en mi garganta fue prácticamente un ronroneo. Y él lo oyó.

—O dejamos de bailar o nos largamos de aquí —me dijo al oído.

Levanté la cabeza para mirarlo fijamente y me lamí los labios antes de hablar. Sus fosas nasales se encendieron cuando lo hice.

—¿Qué me harás si elijo la segunda opción?

De algún modo, consiguió agarrarme con más fuerza y acercarme aún más a él para poder apoyar los labios en mi oreja.

—Voy a hacerlo todo —gruñó—. Y créeme, a mi imaginación se le han ocurrido muchas cosas desde que decidiste meterte en mi bañera sin mí.

Jadeaba cuando retrocedí, con las manos temblorosas. Al principio, su rostro se suavizó como si pensara que iba a negarme.

—Tienes diez minutos para conseguir una habitación —le dije con voz notablemente uniforme—. Te veré junto al ascensor.

Tardé seis minutos en abrazar y besar a Molly y Noah, que estaban inundados de gente, y en informar a las gemelas de que abandonaría la fiesta antes de tiempo. Nadie discutió conmigo, y Lia me chocó los cinco de forma odiosa.

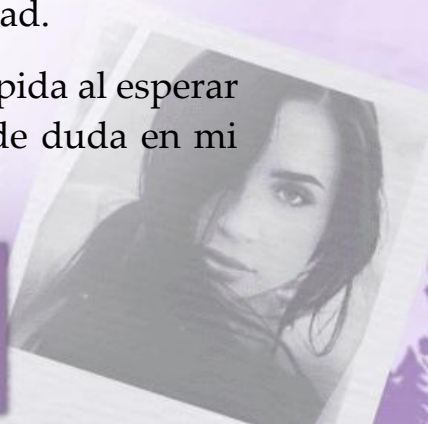
Me dirigí -con zapatos y bolso en mano-, al ascensor, donde lo vi esperándome.

Con calma, apretó el botón y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Exhalé un suspiro lento mientras los números descendían.

En el silencio que reinaba entre nosotros, me pregunté una docena de cosas sobre cómo sería entre nosotros, qué nos esperaba cuando abrimos la puerta de la habitación del hotel para tener total intimidad.

Pero una cosa que no me pregunté fue si había sido estúpida al esperar a alguien que me hacía sentir así. No había ni un ápice de duda en mi



interior. Las puertas se abrieron y entramos uno al lado del otro, silenciosos como una tumba.

Aiden pulsó el botón de la planta correcta y, en cuanto se cerraron las puertas, en cuanto nos quedamos solos, entró en acción.

Antes de que pudiera respirar, estaba contra la pared, su boca dura y exigente sobre la mía, sus manos despiadadas mientras tensaba las costuras de mi vestido empujando su agarre por debajo para llenar sus palmas con mi carne.

Su lengua estaba caliente y resbaladiza, y gemí cuando recorrió la mía en un tentador círculo. Tenía los brazos tan apretados alrededor de su cuello que, cuando se enderezó, apenas pude encontrar apoyo en el suelo. Pero no lo necesitaba. Me levantó la cadera y rodó entre mis piernas.

Este beso fue un oscuro preludio sobre el que habíamos bailado durante todo el tiempo que nos conocimos.

Era sucio, y todo lo que yo quería, todo lo que había soñado de él. Devoró mi boca, inclinando la cabeza para profundizar aún más, y le robé el aliento de los pulmones porque no sería yo quien se apartara.

Viviría ahí, en ese beso, si me dejara.

Su cuerpo temblaba por la fuerza de todo lo que estaba vertiendo en nuestro abrazo. Si nos hubiéramos quedado en el ascensor mucho más tiempo, te juro que me habría entregado a él ahí mismo.

Llegamos a nuestro piso, un discreto ding anunció la suave parada del ascensor, y Aiden se apartó, respirando con dificultad, con los labios enrojecidos por nuestro beso.

—Jodidamente por fin —dijo, tirando de mi mano mientras yo exhalaba una carcajada.

Corrimos por el pasillo y, cuando encontró la puerta correcta, casi se le cae la llave en su prisa por abrir la puerta.

Detrás de él, no pude contenerme. Apoyé mi frente en su espalda y empecé a desabrocharle el cinturón. Una mano salió disparada, apoyándose en el marco de la puerta, y murmuró otra palabrota cuando conseguí desabrochar la hebilla.

FORBIDDEN

—Voy a decirte algo antes de que entremos en esa habitación —susurré contra su espalda agitada. Los músculos se movieron contra mi frente cuando levantó la cabeza. Mis ágiles dedos sacaron el cinturón de cuero de la hebilla metálica—. Por razones que podemos discutir más tarde, necesito que sepas que nunca he hecho esto antes.

Cuando todo su cuerpo, grande y ancho, se quedó inmóvil como una estatua, sonreí. No poder verle la cara debería haberme hecho sentir en desventaja, pero nunca me había sentido tan poderosa. Nunca me había sentido tan dueña de lo que quería.

Todavía estábamos en el pasillo, le saqué la camisa de la cintura y deslicé las manos por las crestas de su abdomen, que era todo piel escaldada y músculos pesados. Cuando intenté bajar la mano, Aiden gruñó mi nombre. Me detuve.

—Eres un... nunca has... —No pudo decirlo.

—Nunca —afirmé.

Aiden se giró, me agarró la cara con las manos y me vio con ojos ardientes.

—¿Por qué?

Le dediqué una sonrisa tímida, acercándome a su espalda para terminar de introducir la tarjeta llave en la puerta.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. Ni las manos ni la boca de nadie —susurré, poniéndome de puntillas para succionar su labio inferior en mi boca—, y perder el tiempo con alguien que no sabe cómo manejarme nunca ha sido atractivo. —Besé la fuerte columna de su cuello—. Pero creo que sabes exactamente qué hacer.

Con un gemido torturado, acercó su boca a la mía y me agarró el cabello con la mano. Nuestras lenguas se batieron en duelo y lo sentí forcejear con el pomo de la puerta. Exhalé una carcajada cuando aún no conseguía abrirla.

Al final del pasillo, oímos el tintineo del ascensor, y él separó su boca de la mía para mirar de nuevo a la entrada de la habitación.



La puerta se abrió con un chasquido y él la empujó con tanta violencia que golpeó la pared. Aiden se giró y su mirada me dejó sin aliento, porque sabía que estaba a punto de destruir cualquier fantasía que hubiera tenido con él de la mejor manera. Me agarró del vestido y tiró de mí hacia delante mientras entraba en la habitación.

—Me las pagarás —dijo, echando un breve vistazo a su cinturón abierto.

—¿Me lo prometes?

La puerta se cerró detrás de mí y, antes de que pudiera moverse, me llevé la mano a la nuca y me desabroché la correa que me sujetaba el vestido. Antes de que cayera, se acercó a mí y me agarró por la nuca.

—Nada más se quita si no lo hago yo —susurró contra mis labios.

Se me cerraron los párpados. Quería decir algo descarado como: “Sí, jefe, o quizá lo haga yo misma”. Pero no me salían las palabras. Había perdido la capacidad.

Al ver mi expresión, soltó un suspiro entre dientes apretados.

—Sobre la cama —me ordenó.

Entré en la habitación, con el corazón palpitante y las piernas temblorosas cuando cerró la puerta.



28

Aiden

El clic de la cerradura bien podría haber sido un disparo en la habitación. Por mis venas corría una tensión al rojo vivo, rabiosa por haber estado reprimida tanto tiempo. Antes de ir hacia ella, apoyé la frente contra el frío metal de la puerta del hotel e intenté calmar las manos. No temblaban porque estuviera nervioso, pero sentí un ligero temblor de aprensión ante mi capacidad para mantenerme a raya.

Tal vez fuera la forma en que la había deseado, o cuánto tiempo me había resistido a algo que me parecía irresistible. Tal vez fuera que había pasado tanto tiempo sin sentir este tipo de deseo, salvaje e indomable. No estaba seguro de haberlo sentido nunca, y necesitaba este momento de pausa para asegurarme de que no desataría una bestia sobre Isabel en mi necesidad de saciar lo que había despertado en mí.

Ya pocas cosas me sorprendían.

El hecho de que fuera virgen casi me hizo caer de rodillas en aquel pasillo decorado con elegancia. Echarle en cara a alguien su pasado era el tipo de hipocresía que odiaba, pero el hecho de que el suyo la trajera hasta mí sin haber sido tocada por ningún otro hombre me humilló lo suficiente como para conseguir desabrocharme la camisa con calma mientras me giraba hacia donde ella me esperaba. La otra opción era desgarrarla en mi prisa por tocarla, saborearla, perderme en ella.

Seguiría haciendo todas esas cosas.

Isabel se sentó a los pies de la cama, con las manos apoyadas en la espalda y las largas piernas cruzadas con recato.



La forma en que me sostuvo la mirada, la forma en que la suya ardía al verme acercarme, no se parecía a ninguna imagen de ninguna virgen que yo hubiera podido conjurar.

De nuevo, me recordó a la pantera negra que había visto en el zoo. Puede que yo tuviera un poco más de experiencia que ella, pero me miraba como si fuera su próxima comida. Y en cuanto se me pasó por la cabeza, sus ojos recorrieron la parte delantera de mi pecho y se lamió el labio inferior.

En lugar de merodear sobre ella e inmovilizarla con las manos sobre la cabeza en el mullido colchón, me despojé de la camisa y la dejé caer en un montón en el suelo.

Exhaló lentamente y le tendí la mano para que se levantara. Ni una sola vez parpadeó tímidamente, ni su mirada vaciló, ni se cruzó una palabra entre nosotros cuando me pasó la palma de la mano por el pecho. Mis fosas nasales se encendieron ante su contacto, el fuego salvaje que desató en mi sangre. Había pasado tanto tiempo y la deseaba tan visceralmente.

Mientras recorría con la punta de los dedos la grácil línea de su cuello y tiraba con cuidado de su vestido hacia delante, caí en la cuenta de que ella y yo éramos iguales, y que por eso nunca la había esperado, nunca esperé encontrar un pozo de sentimientos como este. Porque nunca, en toda mi vida, había conocido a una mujer que fuera mi contrapunto exacto.

Algunas personas encontraban un alma gemela en aquel que rellenaba sus huecos y cerraba sus piezas con uno de los suyos. Pero ella y yo, no éramos así. Isabel y yo éramos iguales en el calor que nos recorría, y en lugar de atemperar las llamas, ardíamos mucho más juntos.

Los tirantes entrecruzados de su vestido cayeron con un suspiro y yo aspiré un suspiro cuando quedó desnuda ante mí. Isabel no necesitó que la guiara mientras tiraba de la pequeña cremallera oculta en un lateral del vestido, que se deslizó silenciosamente por sus caderas hasta que se quedó ante mí en nada más que un pequeño trozo de tela.



Recorrí con la punta del dedo la parte delantera de su garganta, susurrando entre sus pechos hasta que mi mano abarcó su cintura. Jadeaba solo con ese contacto.

—Tan hermosa —murmuré.

Con la gracia de una diosa, se sentó en la cama y enarcó una ceja.

—Tu turno.

Me quité los pantalones y ella rodó los labios entre los dientes. Con su cuerpo así tendido, no fue ningún sacrificio caer de rodillas ante ella. Me llené las manos de su carne y tiré de sus caderas contra mi vientre, Isabel aferró mi cabeza a ella mientras yo usaba mis labios y mi lengua y mis dientes hasta que echó la cabeza hacia atrás con un fuerte jadeo. Con una mano en el pecho, empujé suavemente hasta que se tumbó en la cama, y me arrastré hacia arriba y sobre ella, lamiendo una línea sobre los huesos de su cadera, mordisqueando la curva de sus costillas.

Cuando le di un beso de succión justo debajo del ombligo, su piel se estremece de expectación.

—Oh, por favor —susurró.

—Has esperado tanto —murmuré contra el músculo liso de su muslo—. Puedes ser paciente un poco más.

Su cabeza se agitó en la cama al contacto con mis dedos, su espalda se arqueó en una curva deliciosa.

—No puedo.

—Las manos sobre la cabeza —le ordené—. Si puedes hacer esto sin ponerme una mano encima, te daré lo que quieres.

Al instante, ella obedeció, y sentí que la bestia que gruñía dentro de mí se agitaba peligrosamente.

Y entonces usé mi boca, sus piernas se cerraron con fuerza sobre mis hombros, pero ella mantuvo las manos aferradas al edredón. Cuando por fin se soltó, un gemido agitó su cuerpo. Apoyé los puños a ambos lados y me deslicé por su cuerpo hasta cubrirla por completo. Mi mano se enroscó sobre la suya, que permaneció sobre la cama mientras nos besábamos. Ella

superó las réplicas de lo que le había hecho con besos feroces y profundos, inclinando la cabeza para recibir más y más y más de mí.

A pesar de su inexperiencia, Isabel tomaría de mí todo lo que yo le diera, y ya, sabía que me serviría en bandeja con tal de tenerla así el resto de mi vida.

—No sé qué he hecho para merecer esto —susurré contra su boca, y sus párpados se abrieron. Una de sus manos me acarició la cara mientras yo acercaba uno de sus muslos a mi costado—. Para merecerte.

—No se trata de merecer, Aiden. —Me besó—. No se trata de ser digno o perfecto. Se trata de encontrar a la persona adecuada y elegirla.

Isabel se movió debajo de mí con impaciencia, pero volví a besarla, estrechando su cuerpo contra el mío hasta que no hubo espacio, ni lugar para una sola respiración entre nosotros.

—Me estoy enamorando de ti —le dije porque no podía no decírselo—. Y te elijo a ti, cada obstinado —empujé hacia delante, y ella jadeó—, frustrante —hacia delante—, sexy —más—, inteligente centímetro de ti —con un chasquido final, dejé que mi frente se apoyara en la suya mientras intentaba recuperar el aliento.

Isabel soltó un sollozo. Luego me agarró de las caderas, clavándome las uñas en la piel.

—¿Estás bien?

Sonrió, parecía más que un poco borracha.

—Sí. Y recuerda quién se enamoró primero de quién.

Exhalé una carcajada, tirando de sus labios con un beso. Se convirtió en algo más profundo, algo que la hizo moverse, tirando de mi espalda. Pero me mantuve ahí, permitiendo que ambos nos acomodáramos en la sensación.

—Más, por favor —suplicó.

—Solo estoy empezando —susurré contra su boca.

Mientras me movía, despacio al principio, quería asegurarme de no hacerle daño. Entonces me mordió el lóbulo de la oreja, succionándolo



hacia su boca, y la correa de mi control se rompió en un estallido irregular y desordenado.

No pensaba en la delicadeza o el ritmo, ni en nada que no fuera nuestro placer mutuo.

El mío empezó antes que el suyo, y yo luché por quedarme con ella hasta el final, incluso cuando mi pecho se agitaba, mi espalda se arqueaba impotente cuando el calor me recorría las venas.

Ahugué los sonidos que salían de mi boca en la curva de su cuello brillante por el sudor, y cuando ella chasqueó sus muslos contra mis caderas, la espalda curvada, mi nombre en sus labios, caímos juntos por el borde.

Me desplomé sobre ella. La fuerza de cien hombres no podría haberme conmovido por lo aletargado que me sentía.

Me besó suavemente, me pasó las manos por la espalda y por el cabello. Rodé hacia un lado, manteniéndola pegada a mí, con las piernas entrelazadas mientras nos deleitábamos con el sabor del otro, con el dulce sorbo de su boca contra la mía.

—Sabía que me destrozarías. —Suspiró feliz. Besé a lo largo de su mandíbula, que ella inclinó para que yo pudiera alcanzar más de su piel.

—¿Lo hacías?

Los dedos de Isabel trazaron los rasgos de mi cara mientras asentía.

—El día que te conocí, creo que lo supe.

La delgada línea de su espalda estaba húmeda de sudor y toqué todo lo que pude de ella con largos movimientos de la palma de la mano.

—Siempre has sido más inteligente que yo en esto.

Se rio.

—No más inteligente —corrigió—. Más consciente, tal vez.

Le aparté el cabello revuelto de la cara.

—Si hubiera tenido alguna idea, probablemente nunca habría entrado por la puerta.

FORBIDDEN



Tal como esperaba, Isabel sonrió ante mi sinceridad.

—Lo sé.

A pesar de que estábamos completamente enredados, con tantas partes del cuerpo juntas como era humanamente posible, me acurruqué a su alrededor y la respiré. Era cursi y poético, el tipo de pensamientos a los que nunca he sido propenso, pero Isabel olía a la paz que había estado buscando y que creía que ella no era capaz de darme. Irónico, teniendo en cuenta que ella había destrozado mi vida, convirtiéndola en algo que solo funcionaría con su presencia.

—Pero me alegro de que lo hicieras —susurró—. Aquí es donde debo estar.

Cerré los ojos y la abracé contra mí. Era fácil imaginar que cada paso de mi vida me había conducido a este momento. No solo el momento, sino a ella.

—Yo también —le dije.

Al final, nos tapamos con las mantas, susurrándonos mientras la noche avanzaba.

Decidí que, después de dulces y suaves caricias durante todo el tiempo, habíamos terminado de estar en la cama.

—Me debes un baño —le dije.

Su sonrisa era amplia y feliz.

—¿Sí?

Me acurruqué en su cuello y decidí que ahí olía mejor.

—Sí. ¿Tienes idea de lo duro que fue saber que estabas ahí?

Su mano se deslizó entre mis piernas y exhalé una risa dolorida.

—Dímelo.

Dándole un fuerte beso en los labios, le tomé la mano y me levanté de la cama.

—Te lo diré ahí dentro.



Cuando estuvimos bajo el agua y la bañera se llenó de una espuma de burbujas que olían a limpio, Isabel se volvió hacia mí y me rodeó la espalda con sus largas piernas para colocarse en mi regazo. Le aparté el cabello mojado de la cara.

—Esto es lo que me imaginaba —le dije.

Ella barrió algunas burbujas de mi hombro.

—¿Sí?

Mi mano se movió bajo el agua y ella me vio burlona cuando me limité a trazar círculos justo al lado de su pecho.

—Tal vez me imaginé algo un poco más potente.

—Creo que estaba demasiado frustrada contigo como para imaginarme algo sucio —dijo.

Tragué saliva y elegí mis palabras con cuidado. Antes de hablar, apreté la palma de la mano contra la piel de su corazón; no había nada sexual en el contacto, a pesar del cálido peso de ella, con el que ahora estaba íntimamente familiarizado.

—Siento mucho haberme apartado. No sabía cómo —hice una pausa y sacudí ligeramente la cabeza—, cómo hacer las paces contigo. Con lo que me hiciste sentir —enmendé.

Isabel me rodeó el cuello con los brazos y me abrazó, y nos quedamos sentados así durante un minuto, con el agua lamiéndonos suavemente la piel.

—Seguir adelante no es fácil —dijo, dándome un suave beso en el hombro y apoyando la barbilla en él.

—No lo es.

Se apartó, y su rostro era tan abierto, tan dulce, que tuve que volver a besarla. Pero cuando me aparté, decidido a profundizar el beso, me puso un dedo en la boca.

—Creo que tú y yo nos aferramos a las cosas que nos hacían daño porque parecía... más fácil, de alguna manera. —Me dedicó una suave sonrisa—. Lo tuyo era tu dolor, lo que perdiste. Y el mío fue —entornó los

labios—, más o menos lo mismo. Yo también perdí algo, pero gané algo muy grande a cambio. Pero sé que controlé las cosas que podía controlar para no volver a sentirme así.

Asentí con la cabeza.

—Nadie podrá volver a hacerte daño si no los dejas entrar. —Se me encogió el corazón al ver la comprensión en sus ojos de medianoche. Durante tanto tiempo y por tantas razones, la había tildado de equivocada, pero tenía toda la razón.

—Tienes el poder de hacerme daño, Aiden Hennessy —admitió. Isabel deslizó una mano por mi mejilla—. Y confío en que no lo harás.

Rodeé su espalda con mis brazos y suspiré satisfecho por la fuerza de nuestro abrazo.

Cuando por fin se apartó, sus ojos parecían un poco enrojecidos, pero supe que no debía comentarlo.

—¿Sabes lo que me debes? —dijo.

—¿Mmm?

Se inclinó hacia mí, susurrándome algunas de las cosas potentes que había imaginado cuando había estado en mi propia bañera, y para cuando salimos del baño, envueltos en toallas de felpa y con la piel arrugada, había cumplido todas y cada una de ellas.



29

Isabel

—No te creo.

Apoyé la barbilla en su pecho a la mañana siguiente, antes de que el sol se hubiera levantado en el cielo, y sonreí feliz.

—Es verdad.

—¿Nunca has probado el sushi?

Con un movimiento de cabeza, dejé que mis dedos recorrieran su abdomen.

—Nada podría sonarme peor que pescado viscoso sin cocinar.

—Eso es un crimen —murmuró, tomándome los dedos para besarme las puntas—. Tu turno.

Suspiró.

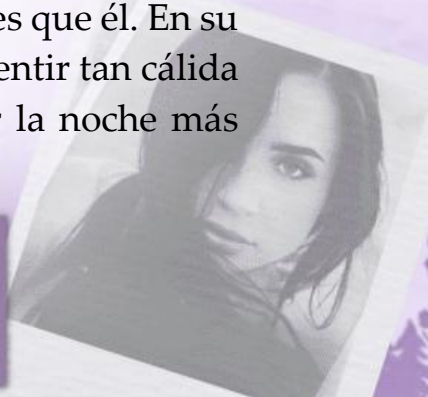
—Nunca he hecho un pastel.

—Nunca he horneado uno *bien* —dije—. Añádelo a la lista.

La mano de Aiden recorrió la parte baja de mi espalda.

—¿Qué más tenemos?

Habíamos pasado la última hora tratando de imaginar las primeras experiencias que podríamos vivir juntos, un intento de Aiden de hacerse a la idea de que yo nunca me había acostado con nadie antes que él. En su mente, me debía unas cuantas de esas, y la idea me hacía sentir tan cálida y derretida por dentro que no discutía. Acababa de vivir la noche más



perfecta de toda mi vida, aunque saliera cojeando del hotel con el vestido de dama de honor de la noche anterior.

—Nunca corrimos una maratón —empecé—. Nunca hemos horneado una tarta con éxito. Nunca hemos usado patines. Y nunca hemos dormido bajo las estrellas.

Su rostro adoptó una expresión pensativa.

—Probablemente no debería admitir esto.

—Dímelo.

Los dedos de Aiden se deslizaron por mi cabello y cerré los ojos al sentirlo, absorbiendo el cariño como una esponja reseca. Me sentí tan bien que casi me pierdo lo que dijo.

—Nunca he comprado flores para alguien.

Mis ojos se abrieron de golpe.

—¿En serio?

Sacudió la cabeza.

—Las flores hacían que Beth estornudara como loca, así que nunca le compré ninguna.

Era la primera vez que la mencionaba desde que salimos de la recepción, y extendí la mano sobre su pecho, depositando un suave beso sobre su piel.

—¿Cómo era ella?

Aiden cerró los ojos y respiró hondo.

—Divertida. Siempre estaba sonriendo. Fue lo primero que noté en ella. Inteligente. Amable. Parecía que todo lo hacía con facilidad.

No era el momento de hablar, solo de escuchar.

Se metió una mano bajo la cabeza y me vio fijamente.

—Y hacía las mejores galletas de jengibre del mundo.

Sonreí.



—¿Anya habla mucho de ella?

—No tanto desde que nos hemos mudado aquí. Creo que estar en nuestra propia casa ha marcado una gran diferencia. Estar con la familia. En California, éramos solo nosotros tres —dijo—. Creo... creo que ahí sintió más su pérdida.

Apoyando la mejilla en su pecho, pensé en sus brillantes ojos azules, en su sonrisa de dientes separados, y me encontré sonriendo yo también.

Lo sintió.

—¿Qué?

—Solo pensaba en Anya. Es una gran chica, Aiden.

Hubo una breve pausa antes de que volviera a hablar.

—¿Estás preparada para asumirlo? Cuando se lo digamos, quiero decir.

Antes habíamos decidido no anunciarle nada todavía.

Afianzarnos como pareja primero. Pero esta era una pregunta que podía responder fácilmente.

Me puse de lado y me subí a la cama para poder besarlo. No había tiempo para profundizarlo porque los dos teníamos que irnos pronto: él a recoger a Anya y yo a un almuerzo familiar en casa de Logan y Paige mientras Molly y Noah abrían unos regalos antes de marcharse a su miniluna de miel.

—Ya amo a Anya —le dije—. No me caigo de los árboles por cualquiera, ¿sabes?

Se rio.

—Espero que no.

—Es lo que tiene mi familia —le dije. Apoyé la cabeza en la mano y volví a acurrucarme junto a él—. Los lazos de sangre no significan nada al final, no cuando se trata de eso. Logan y Paige, mis hermanas, Emmett... son mi familia porque luchamos el uno por el otro todos los días. Éramos nosotros contra el mundo. —Sonreí—. Ahora tenemos unos cuantos cuerpos más, Noah, Jude, Bauer y el pequeño Gabriel. Tú y Anya —dije

en voz baja—. Puede que ella aún no lo sepa, pero acaba de ganar un montón de gente en su esquina.

Aiden me acercó para darme un beso.

—Me gusta cómo suena eso —murmuró.

Se me saltaron las lágrimas cuando volvió a estrecharme entre sus brazos.

—A mi también.

Resoplé en voz baja, pero él me oyó.

—¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza, pasándome la mano por la cara.

—Cada vez que me ocurría algo importante, nunca entendía por qué. Aunque supiera lo que iba a pasar, aunque odiara cómo me sentía, no me daba cuenta de que cada pieza tenía que suceder exactamente de la manera en que lo hizo —eché la cabeza hacia atrás para poder verle la cara—, para poder estar aquí contigo. Incluso en las cosas difíciles.

Aiden deslizó su pulgar por mi mejilla.

No teníamos tiempo para eso. Ni siquiera estaba segura de que físicamente pudiera soportar más, pero él se movía sobre mí, meciéndose suavemente entre mis piernas, compartiendo mi respiración, robándome el corazón y haciendo que me enamorara de él aún más de lo que ya estaba.

Me susurraba al oído todo tipo de cosas que me empujaban cada vez más alto, aunque mantenía sus movimientos lentos y constantes. Fue la relajada velocidad y la inexorable fuerza de su reserva lo que finalmente me abrió en una cálida oleada.

No eran fuegos artificiales y explosiones, sino algo aún mejor.

Era para siempre.

Nos vestimos en silencio. Me abrochó la espalda del vestido y yo le abotoné la camisa, estirándome de puntillas para besarle el borde de la mandíbula cuando terminó. Y como podía, deslicé su chaqueta por encima de mi vestido de dama de honor. Entramos en el ascensor tomados

FORBIDDEN

de la mano, intercambiando sonrisas en el brillante reflejo de la puerta mientras bajábamos al vestíbulo.

En mi auto, Aiden me dio un profundo beso de despedida y tardamos unos minutos en separarnos.

—Te llamaré más tarde —me dijo—. Tal vez podamos resolver algo mañana si uno de mis hermanos puede ayudar con Anya.

Asentí con la cabeza.

—Supongo que también tendremos que tener cuidado en el trabajo, ¿no?

Tarareó, apartándome el cabello del hombro para dejar caer un beso sobre mi cuello.

—Oh, no. El primer día que trabajemos juntos, al segundo todos se habrán ido, tengo otra primera vez de la que ocuparme en mi despacho.

Mi sonrisa era enorme.

—¿Qué es eso?

Aiden levantó la cabeza y me clavó esos ojos verdes.

—Tú en mi mesa.

—De acuerdo —respondí sin aliento—. ¿Podemos trabajar juntos mañana tal vez?

—Tal vez podamos aparecer los dos accidentalmente una hora antes.

—*Me encanta* llegar al trabajo una hora antes.

Su risa era un estruendo alegre y, si he de ser sincera, me sentí un poco drogada al oírla. Finalmente nos despedimos y me apresuré a ir a mi apartamento para ponerme ropa limpia y recogerme el cabello en una coleta. Tomé una Pop-Tarts del armario de la despensa, volví al auto y me puse en camino hacia casa de Logan y Paige en menos de quince minutos.

Y supe que estaba en mal estado cuando los recién casados se me adelantaron. Cuando entré en la cocina, toda la familia se quedó en silencio. Mi cara debía estar muy roja.

—Buenos días.



Molly sonreía como una loca. Lia intentó ocultar su sonrisa tras el café. Claire, en el sofá con Gabriel, hacía rodar los labios entre los dientes.

Paige se acercó con una sonrisa engañosamente dulce y me tendió una taza enorme.

—¿Quieres café, cariño? Debes de estar cansada.

Logan murmuró algo desde la mesa y Emmett le tendió la mano. Mi hermano rebuscó en la cartera y le dio un dólar.

Tomé la taza.

—He dormido *bien*, gracias.

Lia resopló.

—¿Estamos abriendo regalos o qué? —pregunté.

Molly apartó una caja.

—Ya empezamos.

—¿Aiden no quería venir contigo? —preguntó Paige, completamente impertérrita.

Le di un sorbo lento al café y le sostuve la mirada.

—¿No tenía hambre?

—Paige —dijo Logan en tono de advertencia.

Ella parpadeó inocentemente.

—¿Sí, marido?

La vio.

—Si no quiere hablar de eso, no tiene por qué hacerlo.

—Puedes contármelo más tarde —susurró ella.

Emmett negó con la cabeza.

—Esta familia está loca. Me voy afuera.

—Voy contigo, amigo. —Bauer se levantó del sofá con besos en la mejilla de Gabriel y en la boca respingona de Claire—. Jude, ¿querías enseñarme esa cosa?

El británico se levantó con un movimiento de cabeza y tomó un balón de fútbol del suelo.

—Enseguida salgo. —Besó a Lia.

—Caray —murmuré—. Sí que saben cómo despejar una habitación.

—Probablemente sean las feromonas del sexo que acabas de tener —añadió Lia.

—¡Eso es! —gritó Logan—. Me largo de aquí.

Mi hermano salió de casa a toda prisa y las risas de mis hermanas lo siguieron mientras abría de un tirón la puerta corredera.

Noah hizo una mueca ante el gigantesco montón de cajas sin envolver, y luego lanzó una mirada a Paige y Lia.

—¿Pueden parar ya que tengo que estar aquí?

Paige le acarició la mejilla.

—¿Por mi yerno favorito? Por supuesto.

—¿Ahora paras? —pregunté.

Paige me envió un guiño, luego hizo un gesto a Molly y Noah.

—Procedan.

Molly empezó a desenvolver una cajita, pero me dedicó una cálida sonrisa.

—Nos alegramos por ti.

—Lo sé —le dije. Tomé asiento en el sofá junto a Claire y extendí los brazos para tomar al bebé. Ella me lo entregó con una pequeña sonrisa. Acurrucada junto a su cálido cuerpo, aspiré la parte superior de su cabeza—. Dios, deberíamos embotellar este olor. Haríamos una fortuna.

Aparté a mi sobrino de mí y me reí cuando me dedicó una sonrisita tímida.

Claire me dio un golpe con el pie.

—¿Qué tal ha ido? —susurró.



Soplé suavemente en la cara de Gabriel, sonriendo cuando sus ojos se abrieron de par en par, su boca gomosa abriéndose en feliz sorpresa.

—La boda fue genial —respondí—. Lo cual ya sabes, porque estuviste ahí.

Puso los ojos en blanco ante mi evasiva.

—¿Qué es eso? —preguntó Noah.

Molly estudió algo en su mano, pero no pude distinguir lo que era.

—Es un anillo, pero no puedo decir cuál es el diseño.

—¿Hay una tarjeta? —preguntó Paige.

Noah tomó un pequeño sobre blanco, lo abrió y sacó una tarjeta. Su mirada se desvió hacia Molly.

—Creo que deberías leer esta.

Molly tomó la tarjeta y sus ojos se abrieron de par en par. Le entregó el anillo a Noah y luego nos vio a cada uno de nosotros.

Respiró hondo y empezó a leer.

—En España hay naranjos en flor por todas partes. Por eso es la flor más tradicional en las bodas. Para los españoles, o para los que hemos hecho de este lugar nuestro hogar, el azahar representa la alegría y la felicidad, especialmente para una pareja de recién casados. —Hizo una pausa y Noah acercó su silla para rodearle el hombro con un brazo—. Este anillo me lo dio la mamá de mi marido el día que nos casamos, y le pedí su bendición para enviártelo. He encontrado la felicidad en este camino de mi vida, y espero que tú también, Molly. Gracias por tu invitación. Sé que no la merecía. Más allá de mi deseo de que experimentes la misma alegría que representa esta flor, creo que el mejor regalo que puedo hacerte es dejar que tú y tus hermanas vivan en el camino que han creado desde que me fui.

La habitación se quedó en silencio y yo acurruqué la cara en el suave cabello de Gabriel. No estaba segura de cómo me sentía, pero no pude evitar pensar en lo que le había dicho a Aiden después de oír las palabras

de Brooke. *No se trata de merecer, de quién es perfecto o digno. Se trata de encontrar a la persona adecuada y elegirla.*

Vi a mi familia y sonreí.

—¿Cómo nos sentimos acerca de esto? —preguntó Paige con cuidado.

—¿Nos? —dijo Claire con una sonrisa.

—Sí. —Paige hizo un gesto vago—. Ya sabes, el colectivo nosotras. Ustedes. Lo que sea.

Molly le devolvió el anillo a Noah y lo estudió.

—Es bonito. Creo que me parece un poco gracioso que hayamos estado conteniendo la respiración para ver si venía, pero su respuesta estuvo sentada aquí mismo en una pila de regalos durante probablemente las últimas dos semanas.

Lia suspiró.

—España, ¿eh? ¿Con un marido?

—Supongo. —Molly volvió a estudiar la nota y la pasó por la mesa.

Claire extendió la mano y Gabriel la tomó.

—Creo que es una buena señal que sea lo suficientemente consciente como para saber que su presencia, aunque fuera invitada, podría no ser lo más saludable para todos nosotras. Quizá esté madurando —dijo con una sonrisa de pesar.

Le devolví Gabriel a Claire cuando la alcanzó, y luego parpadeé al darme cuenta de que todos en la sala me miraban fijamente.

—¿Qué?

—¿Tienes ganas de golpear algo? —preguntó Paige.

Respiré hondo, con las cejas fruncidas.

—No, la verdad es que no.

Molly sonrió.

Mis dedos hurgaron en el dobladillo de mi camisa.



—Solo veo el panorama general, supongo. Todos estamos en el camino que se suponía que debíamos seguir. —Me encogí de hombros—. Es difícil seguir enfadada con ella si es así.

Molly intercambió una mirada con Lia, y Lia intercambió una mirada con Claire.

La sonrisa de Paige se curvó lentamente.

—Dios, *¿qué?* —pregunté.

—Solo hay una razón para que estés tan tranquila ahora —dijo Lia—. Te acostaste con alguien anoche.

Noah levantó las manos y salió.

Lo vi con una ceja levantada.

—¿No te gustaría saberlo?

Mis hermanas se echaron a reír.

Paige me sostuvo la mirada.

—¿Cuántos trozos de tarta comiste anoche, Iz?

Lentamente, levanté tres dedos.

Paige sonrió, y yo volví a ocultar mi sonrisa tras el café.

Quizá algún día compartiría los detalles, pero por ahora, eran todos míos.



30

Isabel

—La mía sigue torcida.

Aiden ladeó la cabeza.

—No es...

Lo vi.

—De acuerdo, sí, tu tarta está torcida. —Me dio un beso en la mejilla mientras movía su tarta perfectamente nivelada a su lado—. Es un poco impresionante lo mala que eres en esto.

—Gracias —respondí secamente.

Me dio una palmada en el trasero.

—Igualmente horneaste con éxito un pastel.

Vi el pastel en cuestión.

—No tengo que decorarlo, ¿verdad?

Aiden se acercó por detrás y me rodeó las caderas con sus grandes manos.

—Sí. —No podía verme la cara, pero lo estaba mirando mal—. Podríamos hacer un doble desafío —sugirió.

—¿En qué sentido?

Bajó la cabeza y habló contra mi nuca.

—Primera vez lamiendo glaseado del cuerpo de alguien.



—Vendido. —Me giré y agarré su camiseta con las manos para bajarle la cabeza y darle un beso. Y así fue, así fuimos, durante un par de semanas después de la boda de Molly.

Debido a Anya, habíamos planeado con antelación breves ventanas de tiempo para poder lograr algunas primeras veces juntos. Solo en una de ellas, ella se había unido a nosotros, sin darse cuenta de que él y yo lo considerábamos una cita porque él solo me tocaba cuando ella estaba en otra habitación.

Logan nos invitó a un partido de los Wolves y lo vimos desde la primera fila, justo detrás del banquillo. Anya pasó la mayor parte del tiempo mirando con los ojos muy abiertos a los jugadores y al personal. Dos veces me había dado un beso a hurtadillas, pero nada más.

El patinaje sobre ruedas había acabado con él cayéndose tres veces porque no podía seguirme el ritmo.

Además, había llevado unos pantalones cortos que él dijo que eran “categóricamente injustos” cuando se suponía que debía mantener el equilibrio.

Su familia sabía que estábamos saliendo, pero yo no había hablado con ninguno de ellos desde que empezamos, principalmente porque queríamos que Anya participara cada vez que yo fuera a casa de sus papás la primera vez.

Eso cambió al cabo de dos semanas.

El día después de hornear nuestras tartas en mi apartamento, me senté detrás de la recepción para actualizar algunos archivos de nuevos miembros. Alguien abrió la puerta, que estaba abierta porque yo iba a dar una clase dentro de una hora.

Levanté la vista con una sonrisa cortés y me quedé helada al reconocerla en la foto de Aiden.

Llevaba el cabello recogido y una bolsa de deporte colgada del hombro.

—Tú debes ser Isabel. —Puso las manos sobre el mostrador y me estudió sin pudor.

Le tendí la mano.

FORBIDDEN



—Tú debes ser Eloise. Es un placer conocerte.

—Hoy voy a tu clase —me informó—. Decidí que valía la pena saltarme un día de clase y conducir hasta la ciudad.

Con una sonrisa, le entregué un formulario.

—¿Has venido a formarte tu propia opinión?

—Aiden me asegura que eres un ser humano glorioso, así que me inclino a creerle. —Aunque ella sonrió—. Pero sí, estoy aquí para hacerme mi propia opinión sobre ti.

Me levanté y empecé a vendarme las manos.

—Bueno, Eloise, para cuando termines aquí, o me odiarás o me amarás. No suele haber mucho término medio conmigo. —Incliné la cabeza hacia su despacho—. ¿Sabe que estás aquí?

—No. Mis hermanos me apuestan diez pavos a que no consigo que vaya a clase al mismo tiempo que yo, sobre todo si tú das clase.

—Le echaré veinte si consigo que se una.

Se rio.

—No creo que acepte una apuesta contra ti, Isabel Ward.

—Iré a hablar con él mientras rellenas esto. —Entré en el despacho de Aiden y llamé suavemente antes de entrar. Estaba leyendo algunos artículos sobre entrenamiento con pesas, y en su cara estaban esas gafas tan sexys como el infierno—. Creo que deberías tomar mi clase hoy.

Giró en su silla con expresión pensativa.

—¿Sí? ¿Por qué?

Me acerqué despacio, terminando la segunda envoltura con un tirón fuerte a la correa de velcro del extremo.

—Quizá quiera torturarte un poco.

Aiden ensanchó las piernas para que yo pudiera pasar entre ellas, deslizó las manos por mis muslos hasta que me sujetó las caderas con los dedos.



—Me torturas solo con caminar por aquí.

Apoyé una mano en el respaldo de su silla y me incliné para darle un beso. Me acarició la nuca y deslizó su lengua contra la mía con un zumbido de satisfacción.

—De acuerdo —dijo contra mis labios—. Iré a tu clase.

Sonreí.

—Con una condición —añadió.

—¿Cuál?

Sus ojos me miraron fijamente.

—Quiero que vengas esta noche después de que Anya se acueste.

Mis cejas se alzaron.

—¿En serio?

Aiden se levantó de la silla y me cogió la cara entre las manos.

—Echo de menos abrazarte mientras duermo. Por muy divertido que sea el sexo en la oficina, o en la cama estrecha de tu apartamento, quiero saber qué se siente al meterte en mi cama contigo justo donde te he imaginado.

Dejé escapar un profundo suspiro. Me besó la frente, pero me dejó pensar.

—¿No te preocupa que Anya se despierte?

Sacudió la cabeza.

—Hace semanas que no se despierta en mitad de la noche, y las últimas veces siempre me llama. Mientras pongamos una alarma, no tendrá ni idea.

Asentí con la cabeza, la excitación iba en aumento a medida que me lo imaginaba.

—Trato hecho.

—¿Vas a ser suave conmigo en clase?—



Me puse de puntillas y tiré del lóbulo de su oreja con los dientes. Le susurré al oído:

—Ya quisieras.

Sus ojos prometieron venganza un millón de veces durante la siguiente hora y media. Cuando vio a su hermana, cuando desaté en él toda la dominatrix que llevaba dentro y le dejé el pecho agitado y empapado en sudor cuando empecé a enfriar la clase. Probablemente me pasé un poco cuando me puse delante de él y le dije que bajara el trasero otro centímetro en la tabla que estaba sujetando.

Y como Anya fue dejada justo antes de que termináramos, no habría sexo de escritorio para que me diera revancha.

Pero se aferró a eso. Toda la noche.

Con el cielo oscuro y la mochila enganchada a los hombros, llamé suavemente. Abrió la puerta de un tirón y, sin decir una palabra de saludo, se agachó y me recogió sobre su hombro.

—Aiden —me reí sin aliento—. Bájame.

—Créeme, no quieres eso. —Se dirigió a su dormitorio.

—¿No quiero?

—No, porque una vez que tus pies toquen el suelo, vas a pagar por eso.

Sonreí, con el cabello colgando hacia el suelo mientras él cerraba la puerta tras nosotros. Me zarandeó y reboté en el colchón con una carcajada.

Y se vengó.

Mi ropa, prácticamente arrancada de mi cuerpo, acabó en un montón en el suelo junto a la suya. Y procedió a torturarme, llevándome al límite, pero sin dejarme llegar nunca hasta el final, una y otra vez, hasta que me estremecí.

Aiden me mantuvo boca abajo y me obligó a agarrarme al edredón.

Para cuando nos sacó de nuestra miseria, yo estaba sin sentido, arqueando las caderas para buscar el final explosivo a todo un día de

expectación. Me cubrió con su enorme cuerpo, manteniéndome en mi sitio, moviéndose tan despacio que casi lloro.

Se quedó quieto, arrastrando sus labios por mi mejilla, solo se detuvo cuando su boca estaba sobre mi oreja.

—Te amo —susurró.

La lentitud había terminado.

Lo gentil se había ido.

En su lugar había ferocidad y brutalidad. No tardó más de cinco segundos, la fuerza contundente de sus manos sujetando las mías, y fui arrojada indefensa a un lugar que en realidad no sabía que existía. Él llegó ahí conmigo.

Mi columna vertebral prácticamente se resquebrajó por el calor que sacó de mi interior, y conseguí contener mis sonidos en la almohada junto a mi cara.

Nos quedamos sin fuerzas durante unos diez minutos, intentando recuperar el aliento. No sabía cómo había podido sentirme completa ante este hombre, ante este amor.

Me vio ponerme el top y mis pantalones cortos de dormir con los ojos pesados y abrió los brazos para que me metiera en la cama a su lado.

—Esto es lo que necesitaba —dijo en la parte superior de mi cabeza—. Gracias.

Suspiré.

—Gracias a *ti*.

El pecho le temblaba de risa.

Hablamos un rato y, cuando empecé a quedarme dormida, su dedo recorrió el borde inferior de mi labio.

Tarareé.

—Esto es lindo.

—Tú lo dijiste —añadió en voz baja—. La noche que estuviste aquí.



Abrí los ojos y lo estudié en la habitación a oscuras.

—¿Lo dije?

Aiden asintió.

—Me alegro de tener la oportunidad de decirlo otra vez. —Bostecé.

—Isabel —dijo, dándome un codazo para que volviera a despertarme.

—¿Mmm?

—Sabes que vas a tener que casarte conmigo, ¿verdad?

Con los ojos aún cerrados, mi boca se curvó en una sonrisa.

—En cuanto a propuestas, le doy un cuatro.

Se rio en voz baja.

—Solo es una afirmación general. Me has arruinado para dormir solo.

—Bien. —Me giré hacia un lado, y él dobló su cuerpo alrededor del mío, enterrando su nariz en mi nuca—. Porque sí, voy a tener que casarme contigo, Aiden Hennessy.

Dormimos así, larga y profundamente, hasta que sentí una ligera caricia en el brazo.

Cuando parpadeé, vi un cuerpo pequeño de pie en mi lado de la cama. Se me revolvió el estómago al instante al ver cómo podía reaccionar.

Anya me sonrió.

—*Sabía* que eras tú —susurró.

Me incorporé y vi a Aiden, que seguía durmiendo, tumbado boca arriba con una mano sobre el pecho.

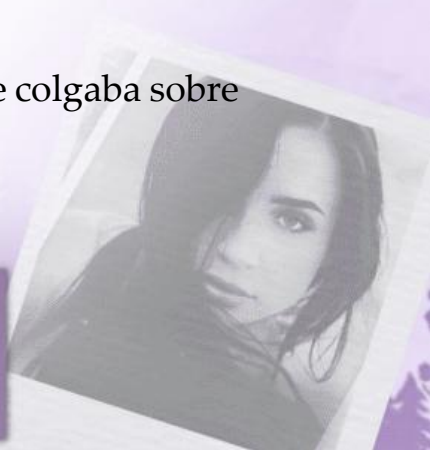
Se me aceleró el corazón cuando pasé las piernas por encima de la cama y ella se subió a mi regazo.

—Lo sabías, ¿eh? —le pregunté en voz baja.

Anya asintió, jugando con el extremo de mi trenza donde colgaba sobre mi hombro.

—¿Quieres que te lleve a la cama, cariño?

FORBIDDEN



Volvió a asentir y, sin despertar a Aiden, subimos las escaleras y, una vez en su habitación, aparté las mantas de su cama. Se subió las mantas hasta la barbilla y vio la foto de Beth.

—Está ahí detrás —dijo—. Puedes sacarla.

Con cuidado, tomé el marco y estudié su cara. Era bonita. Una gran sonrisa y líneas de expresión que me decían que había hecho las dos cosas a menudo.

—¿Detrás del cuadro?

Anya asintió.

Quitó la parte de atrás del marco y vi un trozo de papel doblado detrás de la imagen de su mamá.

Cuando lo abrí, me costó entender lo que veía. Anya señaló a un lado, letras a las que realmente no les encontraba sentido.

—Me dijo que lo sabría —dijo Anya—. Aunque no coincidieras con la lista, lo sabría.

Se me hizo un nudo en la garganta y le aparté el cabello de la frente.

—¿Sí?

Anya parpadeó lentamente, el sueño tironeándola.

—Lo escribí en un lado del papel, pero no creo que papá pudiera leer esa parte. Mamá dijo que lo sabría porque nos haría más felices a todos. Y ésa eres tú.

Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras me inclinaba para depositar un ligero beso en su frente. Sus brazos me rodearon el cuello con fuerza.

—Te amo —susurró.

—Yo también te amo.

Me levanté de la cama y me giré. Me detuve en seco al ver a Aiden mirándonos desde la puerta. Se había puesto unos pantalones de dormir de algodón, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pequeña sonrisa en la boca. Tenía los ojos enrojecidos.



—Nos han atrapado —susurré.

Me tendió la mano y la tomé.

—¿Lista para volver a la cama? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

Estaba preparada para todo con él. Con ella. Sobre todo, estaba preparada para que nuestra vida juntos empezara, y mientras me dormía en sus brazos, tuve la sensación de que acababa de hacerlo.



EPÍLOGO

Isabel

Seis meses después

—No es muy bonita.

En voz baja, me reí de la expresión de duda de Anya. Nos sentamos en la cama de mi dormitorio con Aiden, y frente a ella estaba la caja de cerraduras de color rosa que había encontrado en Internet.

—Es rosa, sin embargo, así que eso es algo.

Me vio.

—Puede que el año que viene tenga un nuevo color favorito. ¿Qué voy a hacer entonces con todas mis cosas secretas?

Tarareé.

—Bueno, quizá podamos pintarlo con spray si eso ocurre.

Vio la mía.

—¿Nunca has cambiado la tuya?

Sacudí la cabeza, saqué la llave de la bolsita y agité la cerradura hasta que pude abrir la caja.

—Fue un regalo de mi abue... la mamá de Logan. Sabía que necesitaba un lugar que fuera solo mío para guardar todas mis cosas especiales que debían estar a buen recaudo.

—¿Qué contiene? —Anya se inclinó hacia delante.



Le enseñé cada objeto, explicándole de dónde procedían y por qué me parecían importantes.

Cuando llegué a la carta que le había escrito a su papá, me detuve antes de sacarla.

—Esto es algo que nunca le he enseñado a nadie —le dije.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio?

A mi lado había otro sobre que no había enseñado a nadie, pero ya llegaríamos a eso.

Con mucho cuidado, tomé el papel doblado y sacudí la cabeza al ver mi pulcra caligrafía, los garabatos de tinta morada a los lados.

—Escribí esta carta cuando era adolescente.

Ella se puso de rodillas, los dientes tirando de su labio inferior en su interés.

—¿Nunca lo enviaste?

Abrí el papel y negué con la cabeza.

—Decidí que debía seguir siendo un secreto.

Era un riesgo enseñársela. Pero a lo largo del último año, esta joven se había convertido en mi compañera, mi compañera de viaje, al margen de su papá.

Cuando le entregué el papel, el diamante de mi anillo de compromiso captó la luz. Anya tomó la carta y abrió los ojos al leer la primera línea.

—Es para mi papá —susurró.

Asentí con la cabeza.

—¿Y la has guardado todo este tiempo? —Su dedo siguió las palabras del papel rayado mientras lo leía.

—Bastante loco, ¿eh?

Los ojos de Anya brillaban de emoción.



—¿Cómo sabías que ibas a conocerlo?

—No lo sabía —respondí simplemente.

Cuando terminó de leer, dobló el papel con cuidado y lo volvió a meter en la caja de metal negro.

Ya la conocía lo suficiente como para saber que estaba procesando, así que hice girar suavemente mi anillo mientras esperaba a que hablara.

Me lo había dado un mes antes, atado a una cinta, alrededor del tallo de un ramo gigante de margaritas.

Fue el mismo día que me mudé con él y Anya, después de cinco meses de intentar por todos los medios fingir que básicamente no vivíamos juntos.

Anya volvió a mirar su caja de metal y me vio a mí.

—Me alegro de que no se la enviaras.

Mis cejas se alzaron.

—¿Sí?

—Creo que tal vez habría recordado cuando te conocí en el gimnasio. Y necesitaba que fueras alguien nuevo.

Se me dibujó una sonrisa en la cara al ver con qué cuidado elegía sus palabras.

—Creo que tienes razón —dije en voz baja.

Se echó hacia delante en la cama y me dio un fuerte abrazo.

Le besé un lado de la cabeza.

—Te amo, Iz.

—Yo también te amo —susurré.

Cuando saltó de la cama, con la caja pegada al pecho, volvió a mirar la mía.

—¿Vas a contarle a papá lo de la carta?

—¿Qué carta? —preguntó desde la puerta.



Me vio, con los ojos muy abiertos.

—Lo siento.

Me reí.

—No pasa nada.

Anya se fue corriendo a su habitación, el golpeteo de sus pies en las escaleras hizo que Aiden negara con la cabeza.

Cuando cerró la puerta del dormitorio y se acercó a la cama, estudié su aspecto con la camisa abotonada y los pantalones negros de vestir.

—Me gusta este look —le dije.

—¿Sí?

Apartó con cuidado la caja metálica y me empujó de nuevo sobre la cama. Mis manos tiraron de su camisa para sacársela de la cintura mientras me daba un beso alucinante. Aiden siempre me saludaba así cuando estábamos solos, como si llevara semanas sin verme, y nunca me cansaría de hacerlo.

Sus besos bajaron por mi cuello mientras me movía bajo él, desabrochándole el cinturón.

—¿De qué carta está hablando? —me preguntó, tirando del tirante de mi sujetador hacia abajo y depositando un beso succionador sobre mi corazón.

—Mmm, ¿nada?

Levantó la cabeza, lanzándome una mirada.

—Es una tontería —le dije—. Pero quería que viera qué cosas guardaba en la caja fuerte de mi abuela.

Aiden rodó hacia un lado, tomó la caja con una gran mano y la acercó a nosotros.

—Enséñamela.

Con la cara ardiendo, saqué la carta y se la entregué.



Su sonrisa era tan complacida, tan jodidamente divertida cuando llegó a la parte del vestido morado que empezó a reírse entre dientes.

Me tapé la cara.

—Ahora sabes por qué me tropecé literalmente con nada cuando te conocí.

Me bajó las manos y volvió a tomar mi boca.

—Me encanta que la hayas guardado —murmuró—. Eso demuestra que siempre has tenido buen gusto.

Le golpeé el pecho.

—Por supuesto que haces esto sobre ti.

Aiden se acomodó entre mis piernas mientras nos besábamos, su mano recorrió mi espalda de arriba abajo, posándose en mis nalgas. Aunque podíamos ir más lejos -Anya sabía que no debía abrir la puerta cuando estaba cerrada-, me encantaba que pareciera igual de contento besándome en nuestra cama grande en pleno día.

Nos dio la vuelta y me levantó la camisa para poder tocarme más. Cuando me acomodé boca arriba, arqueando el cuello, el arrugamiento del papel me dejó helada.

—¿Qué? —preguntó.

Mi mano tanteó en la cama hasta que encontré el borde del sobre.

—Algo más que enseñarte —susurré.

Sus cejas se fruncieron mientras lo tomaba. Mis manos alisaron sus brazos mientras lo abría, y mi corazón se aceleró al ver el borde de lo que había dentro.

—Isabel —respiró. Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿En serio?

Asentí con la cabeza, con los ojos llorosos por el asombro que vi en su cara. Aiden se pasó un nudillo por debajo del ojo mientras sacaba con cuidado la ecografía del sobre.

Lo vio fijamente y luego a mí.

—¿Vamos a tener un bebé? —susurró.

FORBIDDEN



Me temblaba la barbilla. Ni siquiera pude asentir con la cabeza porque se me saltaron las lágrimas de felicidad.

—Lo sé... —Hice una pausa cuando se me quebró la voz—: Sé que es antes de lo que habíamos planeado, y quería estar segura antes de decírtelo.

Me envolvió en sus brazos con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Vamos a tener un bebé —repitió, con voz desigual.

Me aferré a él, con las lágrimas cayendo por un lado de mi cara, desapareciendo en el nacimiento de mi cabello. Al instante siguiente, su boca estaba sobre la mía y, cuando se separó, tenía los ojos enrojecidos y llenos de felicidad.

—¿Esto significa que me casaré contigo antes?

Me reí.

—Me casaría contigo mañana mismo, Aiden Hennessy.

Apoyando su frente contra la mía, exhaló temblorosamente.

—Por supuesto que haríamos esto antes de lo planeado.

Lo besé de nuevo.

—Funciona para nosotros, creo.

Aiden me acarició la cara y me vio con tanta adoración que casi empiezo a llorar otra vez.

—Sí. Así es.

—¿Deberíamos ir a decirle a Anya?

—En unos minutos —dijo, reanudando con el levantamiento de la camisa. Me besó reverentemente el vientre y luego subió hasta quitarme la camisa.

—¿Solo unos minutos? —pregunté escéptica.

Aiden se sentó sobre sus rodillas, entre mis piernas, y se quitó la camisa de un tirón.

—¿Dudas de mí?

FORBIDDEN



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

Con una suave sonrisa en la cara, volví a tirar de él para darle un beso.

—Nunca —susurré contra su boca.

Fin.

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



ESCENA EXTRA

Isabel

—Tus hermanas no son muy pacientes.

La observación de Anya me arrancó una sonora carcajada mientras intentaba ponerme un poco más colorada.

—No, no lo son. ¿Intentaron burlar a mi guardaespaldas en la puerta?
Sonrió.

—Molly dijo que le daría cien pavos.

La vi por el espejo, con una ceja levantada.

—¿Y no los aceptó?

—No.

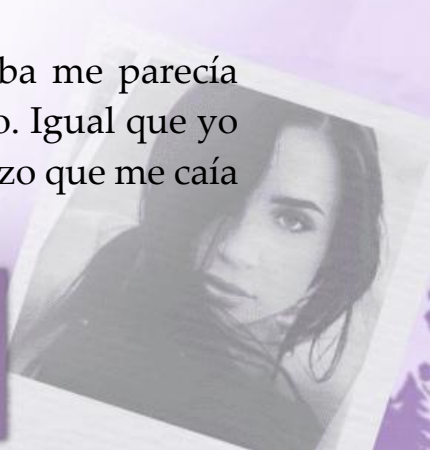
—Emmett ha demostrado su lealtad, eso seguro. —Dejé el cepillo y me giré para captar el reflejo de la luz en mi cara—. ¿Qué te parece?

Se acercó por detrás de mí y sonrió feliz.

—Perfecta.

En la cúspide de los diez, e imposiblemente preciosa para mí después de entrar sin problemas en el papel de casi hijastra y hermana mayor de Violet el año pasado, se ganó su lugar como la única a la que se le permitía ayudarme a prepararme para mi boda con Aiden.

Esperar un año para casarme con el hombre que amaba me parecía imposible algunos días, sobre todo porque ya lo sentía mío. Igual que yo ya era suya. Mientras Anya me arreglaba suavemente un rizo que me caía



sobre el hombro, supe que hoy no era más que una formalidad a los ojos del estado de Washington.

Éramos una familia, los cuatro. Cuando los ojos azules de Anya se cruzaron con los míos en el espejo, estaban llenos de lágrimas.

—¿De dónde han salido? —dije en voz baja. Me giré con cuidado en la silla para que no se me enganchara el satén blanco del vestido y apreté su mano entre las mías mientras sollozaba.

Anya acarició con cuidado el sencillo medallón de plata que llevaba al cuello, donde habíamos colocado una pequeña foto de Beth.

—Estoy muy contenta —me dijo—. A veces me siento un poco mal por estar tan emocionada. Por haberte casado con papá, cuando nació Violet. —Su barbilla tembló y mis manos se apretaron alrededor de las suyas. Le acaricié la cara y le quité una lágrima. Me dedicó una sonrisa valiente—. Pero sé que no pasa nada.

—Lo está —le dije—. Está bien sentir ambas cosas, ¿sabes?

Anya asintió.

—Amo a tu papá. —La envolví en mis brazos, con cuidado de no estropear el lila pálido de su vestido—. Y te amo a ti, pequeña. Las partes que recibes de tu mamá, y las partes de tu papá. Nunca sería capaz de casarme con él si no estuviera igual de emocionada por tenerte a ti en el trato.

—Lo sé —dijo ella. Su voz sonaba más fuerte.

Me aparté y la estudié, con una idea formándose en mi cabeza.

—¿Puedes hacerme un favor muy grande?

—Necesito que rompas una regla del día de la boda por mí.

Cuando le dije lo que quería que hiciera, sonrió y salió corriendo de la habitación nupcial a buscarlos.

Me pasé las manos por la parte delantera del vestido, un vestido sencillo de satén marfil liso, con una V profunda que mostraba el escote que me había dejado el nacimiento de Violet Paige Hennessy unos meses antes.

Llamaron a la puerta.

—Pasen —les dije.

Logan entró primero, con una sonrisa que se ensanchó cuando me vio. Violet estaba envuelta en pañales blancos, profundamente dormida en el hueco de su brazo. Paige entró tras él y sus ojos se humedecieron de inmediato.

—Oh, Iz, —respiró—. Estás perfecta.

Me estrechó entre sus brazos y se apartó inmediatamente para poder pasarme las manos por los brazos. Logan nos observaba con una sonrisa tranquila en el rostro.

—Como, perfecta —repitió—. Aiden se va a desmayar.

Me eché a reír.

—Espero que no.

Logan sacudió la cabeza.

—Cuatro bodas en dieciocho meses —musitó—. Me alegro de no tener que volver a hacer esta parte.

Paige sonrió.

—Creo que lloras más con cada una.

—Lo hace —estuve de acuerdo. Con un suspiro, me incliné para besar a mi hija dormida en la mata de suave cabello negro. Juro que podría colocarme con el olor de su frente—. ¿Ha estado dormida todo este tiempo?

Se la pasó a Paige.

—Sí. Molly me dijo que te dijera que le habían dado el biberón y un pañal nuevo hace una hora.

Una vez que sus manos estuvieron libres del bebé dormido, se volvió hacia mí de nuevo.

Incliné la cabeza.

—¿Sin lágrimas?

FORBIDDEN



Paige abrazó suavemente a mi hija y observó a mi hermano con una pequeña sonrisa. Logan me sostuvo la mirada y luego me envolvió en sus fuertes brazos.

—Sin lágrimas, Isabel —murmuró—. Has encontrado a tu pareja perfecta.

Ahora me ardían los ojos y lo abracé aún más fuerte. Si terminaba el día sin un festival de sollozos, sería un milagro.

—¿Qué necesitabas de nosotros? —preguntó Paige.

Me separé de Logan y le sonreí.

—Tengo que pedirles un favor, si están abiertos.

Como sospechaba, estuvieron de acuerdo de todo corazón, y no faltaron las lágrimas por parte de Paige. Besé sus mejillas, con otra a mi hija, y respiré hondo antes de que llegara mi hora de abandonar la suite nupcial.

Cuando salí de la habitación, el pasillo que me esperaba para caminar hacia el altar estaba vacío, excepto por Paige y Logan, que me llevarían a la pequeña capilla del bosque, flanqueándome a ambos lados. Aferré el pequeño ramo de lirios del valle mientras me acercaba a ellos.

—Molly está tan enfadada que les has hecho esperar para verte —dijo Paige.

Me reí.

—¿Qué puedo decir? Cuando hago una entrada, quiero hacer una entrada.

La música empezó a sonar, el sonido de las cuerdas llenó el ambiente y respiré hondo. Logan me tendió el codo y lo tomé con una sonrisa. Paige me rodeó suavemente la cintura con la mano, y por un momento nos detuvimos ahí y dejamos que el peso del momento se asentara dulcemente entre nosotros.

—¿Preparada? —preguntó mi hermano con voz áspera.

Giré la cabeza hacia él y asentí lentamente.

—Sí.

FORBIDDEN



La mano de Paige se deslizó a lo largo de mi espalda y nos volvimos hacia la capilla. Había gente en las filas, amigos y familiares y compañeros de trabajo, pero lo único que vi fue a Aiden.

Alto y fuerte, gran cuerpo cubierto con un traje azul oscuro perfectamente confeccionado. Tenía las manos entrelazadas delante de él mientras sus hermanos lo flanqueaban a un lado. El sonido de la reacción de mi hermana se filtró en el momento, pero no podía apartar los ojos del hombre al que amaba con cada fibra de mi ser.

Al que amaría el resto de mi vida, y probablemente hasta la próxima.

Tenía la mandíbula tensa y los ojos intensos mientras intentaba controlar sus emociones, viéndome acercarme a él por el pasillo. Dejé escapar una respiración agitada y luché contra el impulso de lanzarme a sus brazos. Debió de ver cómo aceleraba el paso y tiraba ligeramente del agarre de Logan y Paige, porque su boca se curvó suavemente en una sonrisa.

Un suave murmullo de risas entre la multitud me dijo que no era el único que lo había visto.

Y fue entonces cuando nos detuvimos, a mitad de camino hacia el altar.

Las cejas de Aiden se inclinaron hacia dentro, cuando me volví hacia Logan y Paige dándoles las gracias a cada uno en voz baja. Esperaron mientras yo volvía a mirarlo, y entonces, desde donde esperaba a su lado, Anya saltó por el pasillo hasta mí, donde deslizó sus dedos en mi mano extendida.

—¿Lista? —Le susurré.

Me sonrió y asintió emocionada.

Cuando volví a levantar la vista, Aiden había perdido la batalla y se pasaba la mano por la boca mientras una lágrima se deslizaba sin control por su hermoso rostro.

—Te amo —articulé.

Dejó caer la mano.

—Yo también te amo —articuló.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

Tomadas de la mano, Anya y yo terminamos el camino hacia él y hacia el resto de nuestra vida.

Fin...otra vez.

BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN



NOTA DE LA AUTORA

Cuando escribí *The Bombshell Effect* y el personaje de Logan Ward hizo un comentario sobre que tenía cuatro hermanas, nunca imaginé a dónde me llevaría esa línea de diálogo. No fue hasta justo antes del lanzamiento de *The Marriage Effect* cuando decidí escribir sus historias, e incluso entonces, no podría haber previsto cómo responderían mis lectores a las Ward.

Escribir estos cuatro libros cambió mi vida, y no lo digo a la ligera. Incluso cuando los libros eran difíciles (*carraspea*, te miro a ti, Isabel, porque me hizo TRABAJAR POR ELLOS), nunca he sentido una conexión con mis personajes como la que he sentido con esta familia.

Parecen reales, ¿verdad?

Desde el lanzamiento de *Focused*, me han pedido más. Me han suplicado que cree más hermanos de la nada (¡ojalá le hubiera dado más hermanas a Logan, créanme!) para poder quedarme más tiempo con esta familia.

Así que... lo he decidido.

No crear más hermanos, sino quedarme en este mundo, porque sinceramente no tengo ningún deseo de irme. Todo lo que necesito para poder hacerlo ya está en los libros que has leído. Tenemos toda una generación de Washington Wolves que merecen que se cuenten sus historias. Tenemos a Faith y Lydia Pierson. Tenemos a Emmett Ward (probablemente tendrá un par de amigos futbolistas, porque *sabes* que él está destinado a jugar en este equipo). Y ahora tenemos a Anya Hennessy y al hermanito que aún no ha nacido.

La próxima serie, cuyo título provisional es Washington Wolves: the Next Generation, comenzará con la hija de Luke y Allie, Faith, a quien conocimos en *The Bombshell Effect*.



Espero que te haga tanta ilusión como a mí. Es el mayor don de un escritor, crear un mundo ficticio que no solo me haga sentir como en casa a mí, sino también a ti.

Porque sin *ti*, mi querido lector, nada de esto sería posible. Gracias por quererlos tanto como yo.

Karla



AGRADECIMIENTOS

Este libro. Dios, este libro. No debería haberme sorprendido que Isabel fuera la hermana más difícil de escribir. Ella no quería, en toda su terca gloria, que yo hurgara en su cabeza ficticia.

Y la única forma en que pude sobrevivir al proceso de escritura fue gracias al grupo de amigas autoras que escucharon mis interminables mensajes de voz mientras construía esta historia. Kathryn Andrews, Fiona Cole, Amy Daws y Brittainy Cherry son las autoras principales de esta ronda, por sus consejos, comentarios y ánimos durante todo el proceso.

A Kandi Steiner por colarse como beta de última hora y animadora increíble. A Michelle Clay por proporcionarme un último par de ojos para asegurarme de que no estropeaba la historia.

A mi marido y su infinita comprensión y apoyo cuando despotricaba y despotricaba sobre cómo nunca lo haría bien, mientras me encerraba en nuestro dormitorio todo el fin de semana para escribir durante meses.

A Braadyn Penrod por capturar las fotos MÁS PERFECTAS que jamás podría haber imaginado para Aiden e Isabel, y a Najla Qamber por la impresionante portada y por seguir siendo una estrella del rock. (Y a los modelos Anna y Alex por ser increíblemente guapos y REALMENTE BUENOS posando juntos).

A Jenny y Janice por limpiar el desorden de este manuscrito. A Ginelle y Pauline por hacer una última lectura.

A mi grupo de lectores y al equipo de ARC, por estar tan entusiasmados con esta historia como cualquiera en el universo.

Sé fuerte y valiente. No temas ni te desanimes, porque el señor, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas. Josué 1:9

FORBIDDEN

ACERCA DE LA AUTORA



Karla Sorensen ha sido una ávida lectora toda su vida, prefiriendo historias con un final feliz a cualquier otro tipo, y considerando que tiene una partida completa en su presupuesto para libros, se dio cuenta de que podría ser más barato escribir sus propias historias. Todavía mantiene los dedos de los pies en el mundo del marketing de atención médica, donde se ganaba la vida antes de dar a luz. Ahora se queda en casa, escribiendo y haciendo de mamá a tiempo completo (esto se traduce en que casi todos los días son un 'día de pijama' en la casa de Sorensen... no juzguen). Ella vive en el oeste de Michigan con su esposo, dos hijos excepcionalmente adorables y un perro de rescate grande y peludo.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #4

Este libro fue traducido por:



BLACK CAT
SWEET POISON

FORBIDDEN

